

Como yo te he querido

Erma Cárdenas

Premios DEMAC 2009



México, 2009

Primera edición, agosto de 2009
Primera reimpresión, mayo de 2010

Como yo te he querido
por
Erma Cárdenas

Fotografía de portada: *Concepción Lombardo de Miramón*,
perteneciente a la colección del Centro de Estudios de Historia de México CARSO,
resguardada en el Fondo 411-CDXI, Foto 161.

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2009, por
Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.
José de Teresa 253,
Col. Campestre
01040, México, D.F.
Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208
Correo electrónico: demaclibros@demac.com.mx
demac@demac.com.mx

Impreso en México

ISBN 978-607-7850-03-8

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

ÍNDICE

A ti, lector	9
Prólogo	11
Amanecer	15
Juventud	67
Matrimonio	121
Europa	201
Preludio	225
Querétaro	263
Epílogo	339
Bibliografía	341



*Para Aline:
porque fuiste, y eres,
un rayo de sol.*



A TI, LECTOR

Esta biografía se escribió a dos tintas. La primera, en negrita, es una transcripción, casi literal, de las *Memorias* de Concepción Lombardo de Miramón. La segunda, en redonda, completa el texto citado. No todo termina ahí. La acción va perdiendo importancia hasta que la reflexión no sólo la sustituye: consolida el hecho histórico, dándole amplitud y resonancia actual, de manera que lo ocurrido en el pasado se torna vigente.

Mi propósito no es construir un personaje que responda a ciertas expectativas. Ahondo en el alma contradictoria de una mujer decimonónica, para rescatarla del olvido. Veo el mundo a través de sus ojos; si algo falta o mucho sobra, ella así lo determina. Nunca confiesa su edad cuando evoca su infancia. Los recuerdos forman un bloque sin fechas; en ocasiones hasta tenemos la impresión de que no siguen un orden cronológico. Únicamente menciona a su hermano mayor, Pancho, y al menor, Alberto; de los otros cuatro ni siquiera conocemos sus nombres. Las hermanas casadas apenas participan en la niñez de Concha: se reducen a un número. En tanto no ocurre una crisis, los hijos pasan a segundo término. Borra el entorno (mobiliario, alimentos, vestidos), quizá porque sus contemporáneos lo conocen al detalle y ella jamás imaginó que sus *Memorias*, escritas con la intención exclusiva de redimir al esposo, fueran leídas a siglo y medio de distancia. Habita casas y ciudades fantasmales, excepto en Europa. Entonces, deseosa de comunicar sus experiencias, hace descripciones minuciosas. A veces adopta un tono pedagógico para demostrar que ha superado su ignorancia; sin embargo, esto no evita que cometa errores. Por ejemplo, inventa palabras o emplea mayúsculas —que hemos conservado a lo largo de esta biografía—, para destacar la reverencia que le inspiran ciertos conceptos; además, su puntuación es caótica. No sólo eso, también se equivoca en

sus citas sobre geografía o cultura general. A pesar de todo, nos maravilla que una mujer que aprendió a leer de corrido a los once años, haya expuesto sus ideas en más de mil páginas.

Concepción se concreta, en lo posible, al medio doméstico; aun el público lo reduce (¿amplía?) a su ámbito, permitiéndonos entrever lo cotidiano: esas facetas, aparentemente insignificantes, sobre las cuales se construye la Historia. Respeto su decisión porque, al confiarnos los pasajes íntimos de su vida, humaniza lo cercano a ella, volviéndolo reconocible. No obstante, si encontramos una omisión reveladora, nos queda una última alternativa: evaluar ese vacío.

ERMA CÁRDENAS

PRÓLOGO

Mes de octubre del año 1867... Aparto la pluma pues, de repente, me irrita. “Virgen Santísima”, pienso, llevándome una mano al corazón, “mi pena tiene una medida”. Han transcurrido cinco meses desde la fecha trágica, fatal. Cinco meses en que vivo sin vivir. ¿Imagino? Oigo la descarga de seis fusiles. ¿Desvarío? Veo a un hombre caer sobre la hierba seca. Y tu existencia, Miguel, termina.

Las semanas en que deambulo, ajena a todo, abarcan desde el instante en que tú aún me pertenecías hasta este presente, totalmente absurdo. Creí, ipobre ingenua!, que mi sufrimiento disminuiría para no volverme loca... como ella, la Emperatriz. Llegué a odiarla. Ahora, sin embargo, la compadezco. Perdió a su esposo y ese dolor, inmenso, la redime. Quizá, durante sus momentos de extravío, visualiza la descarga de seis fusiles, el cuerpo que se derrumba. Dos muertes nos unen fundiéndonos en una sola angustia... Y, también, nuestros recuerdos.

Me equivoqué, Miguel. La pena no disminuye. Siento la misma congoja desde que me anunciaron... desde que... Tengo los ojos arrasados en lágrimas, mi ansiedad aumenta. Imposible; no puedo acabar la frase. Por fin tomo la pluma. Escribo: “desde que me anunciaron el principio de tu ausencia”. Ya no estás, ni conmigo ni en mí, amor. Además, pierdo la esperanza de recuperarte en el paraíso porque, lo sé, no merezco semejante dicha. Pecamos con la carne. Entonces, ¿cómo me acerco a la Santa Madre Iglesia a pedir consuelo? Pero si no me refugio en Dios, ¿en quién?

Después de la tragedia de Querétaro, mi vida se ha convertido en un pasado ardiente. Crece, me absorbe, borra a nuestros hijos... Deberían llenar mi existencia... No es así. Pienso en ti, en ti, ¡siempre!

Nunca recé antes de meterme al lecho. Ni siquiera me persignaba. Se nos hacía tarde para entregarnos a los besos, a tus manos, a tus sabias

enseñanzas. Gozábamos nuestros cuerpos de tal modo que resultaba superfluo si Dios decidía bendecir mi vientre, *mea culpa, mea culpa*. Aun siendo yo estéril, hubieras permanecido a mi lado... Gracias al Cielo te di seis hijos, aunque tú, tan hombre, también impregnaras a otras.

A la mañana siguiente, todavía oliendo a ti, iba a Misa. Tantas veces confesé el mismo pecado, la lujuria, que el sacerdote terminó por darme idéntica penitencia. ¿Para qué cambiar esas cincuenta Avemarías, recorriendo los cinco Misterios Dolorosos, si mi mal era ineludible... irremediable? Deseé arrepentirme, Miguel, te lo juro... como hoy trato. Pero, ¿comprendes lo que es dormir en nuestra cama, sola?

Ayer regalé los camisones de muselina. Vací mis perfumes: el agua destilada entre jazmines y rosas. Las noches se han vuelto una larga queja. Despierto buscándote a gritos. Una pesadilla, dice mi prima; de ese modo explica la fiebre, el sudor que humedece la frente, las axilas, los senos... que te ansían.

Haré el equipaje, me prepararé para el destierro. Estoy indefensa, Miguel, a la merced de tus adversarios, y voy de casa en casa, unos días aquí, otros allá, para no comprometer a los pocos que aún llamo mis amigos.

Antes de que partiera, durante una breve visita, me alojé en casa de una pariente. Eladia se conserva célibe. Tal hecho nos separa igual que un cuchillo partiendo una fruta. Un tajo radical. Su soltería ha impedido sabrosas confidencias, guiños cómplices, decepciones compartidas. Delante de ella no se mencionan ciertos temas, pues ignora "aquello": sexo, concepción, embarazo, parto. ¡La inocente ni siquiera comprende cuánto ha perdido! Iglesia, curas, santos, novenarios, procesiones, enfermos, caridades, rempazan el casorio. Pobre prima mía, la virginidad te marchita. ¿Y tú, inexperta, quieres curar mis calenturas con tisanas y consejos?

Un día fui llamada por el general don Santiago Blanco, uno de los numerosos prisioneros que el gobierno republicano tenía encerrados en la improvisada mazmorra del Convento de la Encarnación. Acudí a la cita, Miguel, porque ese viejo te admira y siempre ha sido nuestro amigo. ¿Recuerdas? Nos conoció en nuestra época feliz.

Vestí de luto riguroso, negro de la cabeza a los pies y, cuando estuve en su presencia, a pesar de mil propósitos, no logré controlarme. Lloré en sus brazos. No necesito nada, ni a nadie, para evocarte. Metido en mis entrañas, respiras conmigo. Mas, si platico con alguien que te conoció, un rencor terrible me invade. ¿Por qué otros viven y tú no? ¡Cómo me vería don Santiago que, en vez de consuelo, recibí un regaño!

–Se deja usted morir, Conchita, y esto es una cobardía imperdonable –caminaba tres pasos, se volvía, agitado–. ¡Mire qué ojeras! ¡Y esa palidez enfermiza! Tiene una misión. Cúmplala, cueste lo que cueste.

–Yo...

–Dé testimonio. Nuestros enemigos levantan una leyenda negra alrededor de Miguel Miramón. Un héroe no merece tales calumnias.

–¿Se refiere a...?

–Sí, al calificativo de... –no pudo agregar más; desvió los ojos mientras el silencio nos envolvía.

–Traidor –musité al fin.

El viejo asintió con la cabeza. Tras otra pausa, muy larga, inquirió:

–¿Va usted a permitirlo?

–No, don Santiago.

Mi respuesta lo alegró muchísimo, a tal grado que me tomó por los hombros para recalcar sus consejos.

–Escriba hasta que le sangren los dedos, hasta que la verdad enmudezca a esos levantafalsos.

Compartíamos un sentimiento: la rabia. A ambos nos sofocaba. Iba a agregar algo, cuando un sargento interrumpió nuestra entrevista:

–Ya pasó la media hora.

El general Blanco se inclinó, besó mi mano.

–No sabe cuánto le agradezco esta visita.

En ese momento ignoraba si fusilarían a ese pobre anciano tras un juicio amañado. Los liberales no actúan según sus propias reglas.

–Cumpliré su encomienda, don Santiago. Va mi nombre en prenda.

Hice la promesa, y como mujer de palabra que soy, he tomado la pluma, a pesar de mi ignorancia y de mis escasos conocimientos en literaturas.

Me limitaré a contar los sucesos más interesantes de mi azarosa vida. Mi esposo ocupará la mayor parte de estas memorias. Si con ellas aclaro algunos errores, de los muchos escritores que han tratado los tristes sucesos, me reputaré feliz, pues los historiadores tendrán acceso a verídicos apuntes sobre aquellos acontecimientos, relatados por un testigo ocular: yo.

Tú me conoces, amor. No requiero excusas para lanzarme a esta misión. Limpiar tu honra será mi recompensa. Ojalá lo logre, Miguel, pues, si fallo, me consideraré indigna de haber sido tu esposa y, sin un propósito en la vida, no respondo de mi salud... ni de mi cordura.

AMANECER

Yo nací el Domingo 8 de Noviembre del año 1835 en México, capital de la República Mexicana. En casa de mis Padres fuimos doce hermanos, seis varones, y seis hembras; yo completé la primera media docena. Siendo tan numerosos fui distinguida por la Providencia. Para bien o para mal, todos me consideraban la prenda más hermosa. Y, agregaría (modestia aparte), la más inteligente.

Poco después de mi nacimiento se inauguró en mi casa un Oratorio. Con gran pompa fui bautizada en él, por nada menos que un obispo. Quizá hasta debió ser arzobispo, pues por la rama materna desciendo de los marqueses de San Felipe.

Como la posición de mi señora Madre, doña Germana Gil, era tan elevada y sus obligaciones de sociedad ineludibles, nunca habría podido educarme. Por lo tanto, delegó esa responsabilidad. En realidad, a Mamá le importaba un comino nuestra instrucción: éramos mujeres, tarde o temprano nos casaríamos y no necesitábamos una gran cultura para cumplir con nuestro cometido.

A diferencia de las mayores, quienes, junto con mis hermanos, recibieron lecciones de un tutor, Mercedes y yo debimos conformarnos con asistir a una Amiga.¹ Desde entonces las cosas anduvieron mal pues, aunque nunca lo expresé, me carcomía la envidia.

Mis hermanas aprendieron con un tal Serrano, que hablaba francés y poseía cierta erudición; nosotras, con las solteronas Peñarroja, **apellidado perfectamente adaptado a sus corazones de piedra.** Su única cualidad consistía en haber sido compañeras de mi Madre en el convento, **pero, caídas en desgracia, se habían puesto a enseñar...** poco

¹ Escuela rudimentaria donde se impartían nociones de religión, lectura, escritura y labores manuales a las niñas de una clase media incipiente.

y mal. Nuestros estudios **se reducían a medio leer y al catecismo del padre Ripalda, que aprendíamos de memoria como si fuéramos presas.** Así que, por ayudar a sus condiscípulas, doña Germana me condenó a la ignorancia.

Mi señora Madre no pecaba por las dulzuras y como por otra parte yo no las merecía, al entregarme le dijo a la directora “Bernardina, amiga mía, haz con ella como si fuera tu hija”. ¡Ay! Si mi Madre hubiera comprendido el valor de aquella recomendación y las futuras torturas a que me iban a sujetar, de seguro no lo hubiera dicho. ¿De seguro? Quizá hizo tal observación con una esperanza: ya que ella no tenía tiempo, alguien necesitaba meterme en cintura, cortándome las alas.

Mis maestras ocupaban una vivienda en el Hospital de Terceros. Para llegar a nuestra aula, necesitábamos pasar por el depósito de cadáveres. **Cuando había uno sobre la mesa, esperando que lo lavaran, las alumnas pasaban a la carrera, tapándose los ojos.** Todas, excepto yo. Con el corazón desbocado por el miedo, me obligaba a mirar el rostro rígido, a aspirar aquel olor nauseabundo. Así aprendí a identificar la Muerte. Ya no era un concepto abstracto, sino una piel helada, un rictus eterno. Porque desde entonces me atrajo, Ésa, con quien tanta intimidad tendría.

—Concha, no te quedes ahí —chillaba mi hermana y, como yo seguía en Babia, me tiraba del brazo.

Atravesábamos un pasillo que conducía al hospital. Sin poder evitarlo, echábamos una miradita a los enfermos, algunos tan esqueléticos y macilentos que se confundían con los difuntos. Luego ascendíamos la escalera. En el primer tramo, un óleo representaba a Job mostrando sus llagas repletas de gusanos. Esa pintura se me grabó en la mente. Hubiera querido hacer preguntas, pero mis maestras no se prestaban a tamañas tonterías.

La vivienda tenía tres cuartos y una cocina bien oscura. Apenas entrábamos nos arrodillaban y recitábamos el Bendito, el Ave María y la Salve. Después nos sentábamos en el suelo, con las piernas cruzadas a manera de turcas, pues estaba prohibido usar sillas. En aquella posición estudiábamos tres horas. A las 11 y

media llegaban los almuerzos, que nos servían en mesitas bajas. Sin cambiar de sitio comenzábamos nuestras recreaciones, que consistían en juegos de prendas. Pero si no merecíamos esos descansos, no participábamos.

El gran premio que nos daban cuando éramos “muy buenas” y sabíamos nuestra lección era visitar a doña Pepita, la venerada madre de nuestras maestras y presenciar su almuerzo. Yo temblaba al recibir este premio porque aquella optuagenaria fumadora, tenía los dedos amarillos por el tabaco y daban la impresión de dos garras de gavilán. Para demostrarnos su satisfacción, tomaba un pedazo de pan, lo bañaba en un caldo de frijoles que comía y nos ponía en la boca esta delicada sopa.

La maestra de costura en blanco se llamaba María de Jesús. Las alumnas la apodábamos Chuchi, por desprecio. Debía andar en sus 60 años. Era sorda, miope y sólo tenía tres pelos en la cabeza. La clase empezaba haciendo dobladillo de ojo. Cuando se dominaba esta puntada, cada niña cosía un dechado de media vara, copiando dibujos de lomillo, calados, con hilo y seda, randas y bordados. Aquello era un verdadero mosaico, pero de grandísimo mérito, pues esos trabajos valen fuertes sumas, y sé de algunas señoras que los han vendido por 100 y hasta por 200 pesos.

Yo conservo el mío y aunque me causa cierta satisfacción, también recuerdo los castigos y lágrimas que me costó, pues la Chuchi acompañaba sus instrucciones con una lluvia de dedalazos o poniéndonos orejas de burro. Con esta preciosa guirnalda nos sentaba en una sillita (entonces sí nos daban silla) y nos sacaba al balcón que daba a una calle muy frecuentada. Un día, habiéndome hecho perder completamente la paciencia, le eché en su calva cabeza un gato.

Me asombra la ingenuidad humana. He prestado estas *Memorias* a varias personas; ansiosa de oír sus opiniones. Recibí muchas y muy diversas, pero nadie objeta la veracidad del texto. ¿Cómo es posible que alguien se trague tales patrañas? Hasta me da risa. ¿Tenía un gato a la mano y lo arrojé con tan buen tino que cayó sobre la cabeza (calva) de mi maestra?

¿Acaso nos permitían llevar mascotas a la escuela? Además, ¿quién acepta semejante majadería sin tomar medidas disciplinarias, es decir, venganza? Por lo visto, hoy desconocen las normas que regían en una Amiga. Importa algo más... ¿por qué razón miento en el primer esbozo de mi obra? Quizá porque no deseo inspirar lástima. Sufrí en mi niñez y no quiero que los demás me compadezcan.

La verdad fue menos graciosa. Desde niña odié bordar. Me parecía algo estúpido y tedioso y, al principio, hasta los hilvanes me quedaban disparejos. Una mañana, María de Jesús me ordenó, por segunda vez, desbaratar lo hecho.

—Cuenta los hilos, Concha. ¿No entiendes? Mira, un “bastón” se ve más grueso que otro.

No dije nada, simplemente agarré una tijera y corté a ciegas, echando a perder la muestra.

—¡Muchacha de porra! —aulló la Chuchi—. Ésta me la pagas —y, en un santiamén, me pinchó los dedos con la aguja.

El dolor me hizo gritar. Una gota de sangre cayó en el respunte. Segundos después, agarré el costurero y lo lancé a su cabeza. Fallé, desde luego; pero hilos, alfileres, broches, dedal, aro y ganchos, rodaron por el suelo. La sorpresa paralizó a mis compañeras. Instantes después, mi rebelión servía para que descargaran su rencor. Movidas por el mismo impulso, arrojaron sus costureros al suelo, resarciéndose de los muchos castigos que habían sufrido. Festejamos nuestra insurrección con exclamaciones y risitas histéricas, hasta que Bernardina Peñarroja abrió la puerta. Se quedó pasmada. Ni siquiera pudo articular su consabido: “¿A qué se debe tanto alboroto, señoritas?”

María de Jesús me señaló:

—Concha empezó todo esto. ¡Ya no la soporto! **Es una burra.** Imposible enseñarle algo.

—¿Burra? —repetí colérica—. ¿Burra? Habla igual que las indias.

—Usted se calla —ordenó la directora—. Mañana iremos a exponerle el caso a doña Pepita, para que le imponga una penitencia ejemplar.

Las alumnas sabíamos lo que esto significaba. **Más de una vez recibí una zurra con una disciplina de cuero que la vieja tenía colgada junto a su cama.**

Apenas regresé a casa, abrí de par en par las puertas e irrumpí en la sala.

—¡Mamá! ¡Mamá, no quiero ir a la escuela!

A doña Germana Gil de Partearroyo le molestaba enormemente que la interrumpiéramos. También que corriéramos por los pasillos y alzáramos la voz. Yo, en un minuto, había roto las tres reglas.

—¿Qué hiciste? —preguntó, conociéndome como me conocía.

Comprendí mi equivocación. Cometía un error tras otro, empeorando mi suerte. En primer lugar, no pedí perdón a la maestra cuando aún estaba a tiempo. Al revés, la equiparé con una india. Segundo, ¡oh, ilusa!, invoqué la piedad maternal. Como estas alternativas no dieron resultado, pretendí granjearme a mi progenitora inventando detalles jocosos.

Mamá ni siquiera sonrió. En cambio, mi Padre soltó una carcajada.

—Esta niña se parece a ti.

A Mamá no le hizo ninguna gracia la comparación.

—Por lo mismo, habrá que educarla para que no le saque canas verdes a su marido —asentó, irónica. Y volviéndose hacia mí—: Mañana, yo misma te llevo a la Amiga y te entrego a la maestra.

Debí haber previsto esa reacción, pero, como de costumbre, actué a tontas y locas y pagué las consecuencias de mis arrebatos.

La penitencia se efectuó de la manera acostumbrada: frente a mis discípulas. Bernardina Peñarroja me inmovilizó **con sus garras**, mientras la vieja me golpeaba las piernas, hasta sacarme verdugones. Grité a pleno pulmón; como no dio resultado, prometí enmienda. Fue inútil. Sólo cuando el esfuerzo sofocó a doña Pepita, cesó el castigo.

No contenta con lastimar mi dignidad, la directora se dirigió a “mis cómplices”:

—He aquí la sentencia: durante quince días beberán agua y comerán pan, en vez de chocolate y buñuelos.

Mataba dos pájaros de un tiro; se ahorra algunos pesos y ponía a mis amigas en mi contra. Divide y vencerás.

Por indicación de Mamá, me condujeron a la iglesia, ante un sacerdote, para ver si me sacaba al diablo del cuerpo. Ya por aquella época, don

Anselmo gozaba de una fama ganada a pulso. “Es un santo”, decían los fieles. Muchos años después averigüé lo que semejante alabanza implicaba: no se le conocían bastardos, ni queridas; ayudaba a los pobres, poseía un carácter bondadoso y, sobre todo, sentido común.

—Conozco tu última hazaña —me saludó, yendo directamente al grano. Tales palabras bastaron para ponerme a la defensiva. Aunque los varazos habían levantado llagas en mis muslos, primero muerta que admitirlo. Me tomó la mano. El contacto con su piel apergaminada me provocó una grata impresión, como si un abuelo bonachón me acariciara.

—Vamos entendiéndonos, criatura, ¿qué necesidad tienes de causarle tantas preocupaciones a tu madre? —alcé los ojos. A Mamá no le causaba preocupaciones, únicamente disgustos—. Eres su predilecta y...

—¿Yo? —respingué, olvidando todo lo demás.

—Desde luego. Te pareces a ella como una gota de agua. Ninguna de tus hermanas es tan bonita.

Abrí la boca, desconcertada. Rebatiría semejantes afirmaciones con... De repente recordé una reunión dominical: mientras servían el café, mis hermanos pidieron permiso para levantarse de la mesa y salir al patio. No obstante la desaprobación materna, me senté en las rodillas de mi Padre, quien ofreció un habano al general Escobar. El militar aspiró su aroma antes de encenderlo. Yo no osaba respirar. Adivinaba que, si llamaba la atención, me expulsarían del comedor.

Nuestro huésped se limpió la boca, dispuesto a paladear su propia anécdota.

—Siendo capitán, me encontraba en el cuartel cuando vi de lejos a su señora esposa, don Francisco. Sin reflexionar en las consecuencias que traería mi admiración, grité: **¡Soldados de la guardia, a formar!** La tropa presentó armas y yo, arrojando al suelo mi quepí, exclamé: **¡Que pasa el sol!** Esa tarde fui a dar con mis huesos a una celda para curarme de galanterías. Sin embargo, el precio por pregonar su belleza, señora Lombardo, me pareció poco.

“Así que Mamá es preciosa”, concluí, volviendo al Oratorio y a don Anselmo.

—También heredaste el carácter materno, muchachita. A su debido tiempo, serás una esposa ejemplar.

—¿Mamá es ejemplar?

—¿Alguna vez la oíste quejarse? Dios la bendijo con doce hijos, pero esa alegría también encierra una enorme responsabilidad. Administra un caserón, mantiene a su marido fiel, aumenta vuestra hacienda, recibe con tanta elegancia que se considera un honor la admisión en sus tertulias. Él mismo, no obstante sus votos, deambulaba por nuestros salones cometiendo el sabroso pecado de la gula. Observé su barriga, incapaz de decidir si lo consideraba un santo o un glotón.

—Esas cualidades engalanan a muy pocas —agregó entusiasta—. Tu Madre ha sabido corresponder a tan preciados dones, actuando como una católica intachable. Yo bauticé a sus criados. Asisten al Catecismo, van a Misa y practican piadosamente nuestra Fe. A tu hogar sólo le falta un detalle, pequeñito, para alcanzar la perfección.

Fijé la mirada en el suelo. Ante la dulzura del cura, mis pecados me avergonzaron. Por primera vez me sentí culpable: una mancha en aquel Paraíso terrenal.

—No quiero irme al infierno.

—Nadie quiere —se burló.

—Si me dieran permiso para ir con mis hermanas a la escuela... —aventuré, dispuesta a mil sacrificios.

—No pongas condiciones, criatura. Tus padres te educan de la mejor manera posible. Agradécelo.

—En la Amiga no me enseñan a tocar el piano, ni dibujo, ni hay libros... Quiero leer.

—Si te refieres a las novelas que decomisé... Las juzgué un material nocivo para ojos tiernos. Tus hermanas me las entregaron sin el menor reparo.

—Después de aprendérselas de memoria.

—Ni ellas, ni tú, deben leerlas —sentenció, poniendo punto final a la discusión—. Las mujeres no requieren latines. Ahí tienes a tu madre. La casaron a los quince, acabando de salir del convento. **Le presentaron al novio el Miércoles de Ceniza y se efectuó el enlace el Sábado de Gloria.**

En ese momento ya estaba harta de que mi Madre, **una ignorante**, fuera el modelo a seguir.

–Pues yo odio la costura –refunfuñé.

–Ofrece esa labor a la Virgen y tu sacrificio dará frutos.

Me llevó a la capilla, iluminada por la luz del atardecer. El ocaso cubría de oro los candelabros; el silencio del templo apaciguaba el alma. Contemplamos a la Inmaculada, la suavidad del rostro, le pureza de la sonrisa.

–Cada vez que algo te moleste, recapacita. Cuenta hasta diez y luego, obedece. Si lo logras, pones una flor a los pies de María.

–¿Por qué casaron a Mamá tan jovencita? –indagué, sin prestar atención a tales recomendaciones.

–En ese momento su familia pasaba penurias económicas. Malos negocios, según doña Germana me confió. Además, tu padre era diputado; a los veintiséis años había firmado nuestra Acta de Independencia, al lado de muchos hombres ilustres, y ante él se abría un gran porvenir.

–Porque él sí sabía sus letras y sus números.

No me convertí en modelo de virtudes. Al contrario, demostré que ni los castigos ni el temor al infierno me doblegarían. **Puedo decir que crecí salvaje, como las plantas del desierto.** Sin embargo, a partir de la entrevista con el cura, mi vida se volvió menos desagradable. En primer lugar, mi edad impedía que siguiera concurriendo a la Amiga; en segundo, por el simple hecho de estarme convirtiendo en señorita, las criadas cambiaron de actitud. Ahora debía hacer algo verdaderamente atroz para que me acusaran con la patrona.

¿Mi paseo favorito? El jardín Tolsá. Pertenece a mi Padre y él lo prestaba a la ciudad; así que, siendo un lugar público, a veces lo invadían vagos y malvivientes. A mí me importaban un rábano las diferencias sociales. **Allí encontraba campo para divertirme en el columpio, el volador, apuestas a correr y todos los juegos varoniles que formaban mis delicias.**

Una tarde descubrí a un ahogado en el estanque. Lejos de apartarme, lo moví con una vara, pero no logré contemplar su rostro. En otra ocasión, burlando el cuidado de mi nana Lola, me acerqué a un hombre con la cara cubierta.

–¿Te atreverías a darme la mano? –me miró fijamente.

—Sí —respondí tendiéndosela.

Desde donde estaba, la criada lanzó una advertencia y el desconocido, volviéndose, hizo un ademán soez. Luego desapareció entre los árboles.

—Ven acá, escuincla —ordenó enojada—. ¡Saludaste al verdugo!

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Entérate.

A renglón seguido me describió un ahorcamiento. Nunca me habían impresionado ni la enfermedad, ni la Muerte. Sin embargo, me repugnó imaginar al criminal, con la lengua afuera, cagándose en los pantalones.

—Y el verdugo aprieta la argolla, hasta que lo deja tieso —concluyó mi nana—. No se te ocurra tocarme con esa mano, ini siquiera después de que te laves!

Contemplé mi diestra; recordé la del proscrito. **Y me di una tal horrorizada que en muchos días no quise volver al jardín.** Cuando lo hice, estaba tan “mansita” que obedecía en todo. Ni siquiera jugué con los hijos de un viejo que, según la plebe, practicaba la magia negra.

Ayudó a la transición hacia mi adolescencia, un teatrito que construyó el maestro carpintero Pedro. A estas funciones iban nuestros **catorce criados**, incluso Barrera, el portero. Entre la servidumbre, yo escogía a una recamarera y **la vestía de reina para que presidiese la representación.** Huelga decir que su traje lo sacaba, “prestado”, del ropero de Mamá.

Una noche mis Padres asistirían a una fiesta del general Santa Anna, presidente de la República. Suponiendo que habían partido, organicé una comedia en tres actos y gran final.

Mamá planeaba estrenar su mejor vestido; no lo encontró. Buscándolo, nos pescó con las manos en la masa. Yo anunciaba: “En esta función se va a bailar con un dardo. ¡Gritemos con alegría! ¡Qué viva don Francisco María Lombardo!” De pronto quedé paralizada. Mamá me observaba con furia asesina. A la recamarera la agarró del cabello y la sacudió bien y bonito; yo recibí un par de pellizcos.

—Respetar mis cosas —exigió furibunda y, con el siguiente resuello—: Pídeme perdón.

Por respuesta, le saqué la lengua.

Doña Germana se llevó la mano al pecho, gesto melodramático que presagiaba sus desmayos, pero no tuvo tiempo de aspirar las sales. Un grito estentóreo nos paralizó.

–¡Germana! Don Antonio nos aguarda.

–Mamita, todavía te falta rociar tu capa con agua de rosas, polvearte la cara... –dijo mi hermana Lupe.

–El brillo para los labios –intervino la camarera.

–Y se te zafó una horquilla.

En medio de aquella conmoción, me libré de un castigo mayor. O eso creí. **Nunca volví a ver mi teatro. ¡Cuántas lágrimas lloré privada de la diversión que más me agradaba! ¡Adiós brujas, diablos, disfraces y comedias!** Ahora aceptaría un entorno sin escape, tan gris como el hastío.

Un 2 noviembre nos compraron catafalcos de madera pintados de negro a los cuales dan el nombre de *Tumbitas*. Tienen tres o cuatro gradas, en disminución una de otra, donde colocan canillitas y huesos de azúcar. En la parte superior ponen un muñeco de papel, vestido de obispo o general, con la cabeza formada por un garbanzo. Este regalo no era de balde. El Día de Muertos nos incitaba a recordar el fin del hombre.

Pues bien, Mamá nos prohibió encender las velas que, por tradición, rodean el catafalco. Eso bastó. Junto con mi hermana, me encerré en un cuarto y desobedecí.

Milagros llevaba un vestido de muselina con grandes mangas. Pasó el brazo sobre las velas prendidas y en un segundo ardió su vestido. Cuando vi las llamas, eché a correr dando gritos de terror. Los criados se lanzaron a ver lo que sucedía y gracias a sus esfuerzos apagaron el fuego que ya había devorado el corpiño de mi pobre hermana. Las llagas en el cuello fueron tales, que durante tres meses se luchó por salvarla.

Mamá, entre sollozos, sólo atinaba a advertirme:

–Si tu hermana se nos muere, caiga este crimen sobre tu conciencia.

Milagros se recuperó, aunque nunca fue la misma. Le dijo adiós a su alegría. Las cicatrices, aun disimulándolas con encajes, estaban siempre

presentes. Cada tarde, mi hermana se revisaba ante el espejo: la noche de bodas su marido descubriría aquel horror y observaría la piel arrugada, tan frágil como papel de china.

—Si se queda soltera, tú tendrás la culpa —sentenció Mamá.

Ese pronóstico no me lo quité de encima en mucho tiempo. Hasta rezaba para que mi hermana encontrara marido y los remordimientos me dejaran en paz.

El año de 1846 fue funesto para mi Patria, el gobierno de los Estados Unidos comenzó sus hostilidades contra México y los ánimos estaban tan exaltados que no se hablaba de otra cosa que de fusiles, cañones y guerra. Los terremotos derribaron la cúpula de la iglesia de Santa Teresa. En algunas casas se abrieron grandes cuarteaduras y había barrios por donde no se podía pasar porque amenazaban derrumbes.

Sin embargo, en lo esencial, nada cambiaba para nosotras. Seguíamos con nuestra vida y, si a mis Padres les preocupaba la situación, nunca lo comentaron ante sus hijas.

Pero el 18 de abril de 1847 ya no fue posible seguir con la cabeza enterrada en el suelo, como los avestruces: **el general Santa Anna perdió la batalla de Cerro Gordo, quedando triunfante el americano Winfield Scott. El ejército invasor avanzaba rápidamente hacia la Capital, el terror era general, y el que podía escapaba al interior del país o a las haciendas aledañas.**

Se decidió que nos fuéramos a pocas horas de la Capital, cerca de Toluca (o Tollucan). Allí tenía mi Madre una hermana casada, cuyo marido desempeñaba un empleo del gobierno de Tenancingo.

Este cambio agradaba a mi naturaleza, siempre en busca de aventuras; además, necesitaba separarme de don Francisco Lombardo. Nunca expresé, apenas admití para mis adentros que, al apoyar mi Padre a Santa Anna, propiciando su regreso, contribuyó a la inestabilidad de la Patria y, por consiguiente, a nuestra capitulación. Ahora que era irremediable, la derrota nacional me dolía hasta el alma. Según mi opinión, de aquel fracaso humillante sólo se salvaba la tropa, el soldado

raso que caminó legua tras legua, sin comida ni mantas, para combatir al enemigo. Y a esos harapientos, ¿quién les daba las gracias? Nadie. Los generales los consideraban carne de cañón; el público, sabandijas que devoraban nuestros impuestos.

Mi Padre se quedó con mi hermano mayor y algunos criados. Nosotras nos llevamos las nanas y el cochero y, derramando lágrimas, lo dejamos en medio del peligro. No obstante sus errores, la familia seguía dependiendo de él.

Iniciamos el trayecto. Un carruaje oscilante, por el que se filtra el polvo, no era el mejor sitio para instruirnos. Sin embargo, Mamá nunca desaprovechaba una oportunidad; menos todavía ésa: tenía a su disposición una audiencia cautiva.

—Los Partearroyo descienden del marqués de San Felipe y de doña Aurora de Guzmán —afirmó, iniciando su tema predilecto—: **En el siglo dieciocho asentaron sus reales en Andalucía.** Mi bisabuelo... —y nos ensartaba una historia antediluviana—. Mi abuelo... —y nos hacía tragar otra retahíla de datos—. Mi Padre...

Mamá tuvo una ventaja sobre mí: admiró a su progenitor sin cortapisas. Mi imagen paterna, por el contrario, mostraba fallas imperdonables. Para empezar, empezó bien. Don Francisco María Lombardo se opuso a Iturbide y la erección de un imperio. Su preclara inteligencia lo hizo ganar casos que se daban por perdidos. Gracias a él, cincuenta reos, condenados a la última pena, salvaron la vida. Sin embargo, mi Padre también formó parte de la dictadura santanista y siempre le fue fiel al vendepatrias. No añadido más. Tales equivocaciones estropeaban mi amor filial. Por eso, al llegar a mi vida, jamás tuviste rival, Miguel. Agradezco, ino sabes cuánto!, tu entereza, tu hombría, tu honestidad, tu coraje ante la desgracia. Puedo alabarte con la frente erguida, sin las disculpas que se deben a los muertos. Tu apellido, el que asumí cuando fui tu esposa, resguarda mi dignidad... la que mantuviste en alto hasta el final.

Tenancingo dista dos leguas de la tierra caliente (donde el clima es cálido) y cuatro del gran valle de Toluca. Colocado graciosamente en la falda de un cerro, lo circundan tres ríos. Sus tierras

producen plátano, mango, café, peras, duraznos, chirimoyas, naranjas, limas y limones, así como toda suerte de legumbres, aunque la industria principal es la fabricación de rebozos y chales de finísimo hilo.

Mi pobre Madre, sin duda a causa de graves preocupaciones, se esquivaba, confiando nuestro cuidado a mis tías. ¡Al menos ésa era su disculpa! A mí no me engañaba. Según mi juicio, evadía responsabilidades con el pretexto de que ya había cumplido con haber parido doce hijos. El resto lo dejaba “en manos de Dios” y, por supuesto, de nuestros parientes.

Yo, que comenzaba a meter mi cuchara por todas partes, ponía en juego mi habilidad para participar en las reuniones que se organizaban para entretenernos.

Una mañana fuimos a un lugar que llaman el Desierto. Allí se almorzó y se pasó el tiempo alegremente. Al caer la tarde volvimos al pueblo, pero aquella juventud, no contenta con haberse divertido todo el día, proyectó bailar por la noche. A eso de las seis y media, llegamos a casa de... No, no quiero mencionarlos. **Dejamos nuestras cabalgaduras y se armó el bailecito. Yo había hablado como una cotorra, reído y dicho tantas chusquerías, que aquellos jóvenes se propusieron divertirse a mis expensas. Me ofrecían bizcochos y licores, y bebí y comí al por mayor, pero ay de mí, aquel vino que nunca había probado, se me subió a la cabeza. Apenas recuerdo que llegué a mi casa cargada en brazos. Mi Madre se sulfuró al verme en esa facha. “Duerme, hijita mía”, susurró. “Mañana nos entenderemos”. En efecto, al día siguiente me administró una buena zurra y me retiró por completo las licencias.**

¿Qué hubiera pasado si se entera del resto? Sucedió así: ante mi lamentable estado, mi “respetable” anfitrión intervino.

–Esta niña no se encuentra en condiciones de viajar sola –decidió–. Yo la llevo a su casa.

Besó a su esposa, a sus tres hijas y, una vez en el carruaje, me humilló al máximo. Primero me sentó sobre sus piernas, luego, metiendo la mano bajo mi corpiño, tentó mis pechos, todavía tiernos, en extremo sensibles.

Forcejeando, intenté oponerme. El miedo, la vergüenza y ese gordo, apesotado a tabaco, me hacían sudar a mares. A pesar de mi repugnancia, no coordinaba mi defensa, por instantes el sueño me vencía.

—Por favor, por favor, don... (ni siquiera sabía su nombre), no haga eso. Me acarició las piernas. Yo, totalmente ebria, repetía la misma cantinela.

—Por favor, no haga eso.

Me subió la falda.

—Son jueguitos inocentes, nena. Tú no sabes lo que podría ocurrirte, si me lo propusiera, pero eres hija de don Paco Lombardo.

—Lo voy a acusar con él.

—Mejor deja las cosas como están. Nadie le creería a una tonta a quien se le pasaron las cucharadas.

Desperté doce horas más tarde para acudir al llamado de mi Madre. Me recibió con la palmeta. Sin embargo, me supo bien la zurra. De alguna manera, expiaba mis pecados.

En el pueblo se desarrolló una terrible epidemia de sarampión; no había casa en la cual no estuvieran los muchachos en cama. Enfermaron mis hermanas y, para librarme del contagio, me llevaron a casa de mi tía Marcela, donde me encontré con la entenada de mi abuela, que estaba allí por la misma razón.

Tomasa era bizca y tan fea como el nombre que llevaba. Nos encerraron en un cuarto apartado, en el traspatio. Compañeras por fuerza, a las pocas horas intercambiamos confidencias. ¿La más jugosa? ¡El organista de la parroquia se había enamorado de Tomasa! Desde luego, desconfié de semejante afirmación y me propuse averiguar si mentía o si realmente el amor es ciego, pero ni siquiera nos dejaban ir a Misa.

—¿Y qué tanto le permites a tu novio? —indagué, con la esperanza de que me iluminara, pues nunca me hubiera atrevido a hacerle semejantes preguntas a mis hermanas.

—Casi nada —me respondió ruborizándose.

—¿Ni un beso?

—¿Cómo crees?

—Entonces, no lo quieres.

—De la boca se pasa a las manos, Concha. Y luego... quedas embarazada.

El color huyó de mi cara. Aprovechando mi embriaguez, ¿me había preñado el asqueroso gordo?

—Con sólo tocarle... ¿sucede lo peor?

—¡No seas tonta! Tienen que pasar muchas otras cosas.

—¿Cuáles?

—Pregúntaselo a tu mamá.

Desde luego, no seguiría ese consejo. Esa noche, recé un Rosario para agradecer que aquel desagradable suceso no hubiera tenido mayores consecuencias. Además, derramé lágrimas amargas porque mi cuerpo había sido mancillado por un cerdo que ni me amaba ni volvió a verme.

La vida en aquella mazmorra se convirtió en algo intolerable, triste y monótona en extremo; ninguna diablura podía yo hacer, porque el tío Isidoro (así se llamaba el marido de mi tía), era hombre que aguantaba pocas pulgas.

Hartas del encierro, Tomasa y yo decidimos escaparnos. Escribí un billete al organista, advirtiéndole el día y la hora de nuestro escape. Lo enviamos con Crispín, un peón medio tonto, pero dócil.

A las cinco de la mañana, burlando la vigilancia, salimos en dirección a la Iglesia. No andamos ni diez pasos cuando, al pasar por una barbería, salieron tres hombres, que arrebataron a Tomasa. Perdió el sentido y los raptores (de los cuales uno era el novio) la metieron dentro de un coche y entrando ellos cerraron la portezuela.

Corrí a casa y dejo al lector imaginar la desesperación de mi abuela. Puso en movimiento a la policía y esa misma tarde descubrieron a los enamorados en una accesoria, con un sacerdote y dos testigos. La policía llegó a tiempo para impedir el casorio. A Tomasa, llorando a moco tendido, la depositaron con un Cura y al raptor lo metieron en la cárcel junto con sus cómplices. Se le formó causa y yo me hice una gloria de ir, a mi edad, a dar declaración ante el juez.

A su debido tiempo, mi tía me endilgó una filípica acerca de la honra familiar y la necesidad de guardarse para el matrimonio. Nunca lo dijo

muy claro; al revés, torcía las frases para no “meterme en camisas de once varas, pues a tu madre le toca abrirte los ojos”. La pobre no sabía que un gordo se encargó de hacerlo, dejando en mi espíritu una inquietud morbosa y secreta. “Ten cuidado, Concha. Propiciaste un rapto sin importarte las consecuencias de semejante necedad. Estas cosas se saben y, sumadas a tu rebeldía... ¡ini quien cargue contigo!”

Me asombraba que mis parientes pusieran tanto empeño en conservar a Tomasa soltera. Mucho después averigüé que mi abuela la había recogido no por caridad, sino como inversión: Tomasa la cuidaría durante su vejez. Y, habiendo cumplido la patrona su parte del trato, la entenada también debería hacerlo, olvidándose de organistas y otras bestias.

Las noticias de la guerra eran cada vez más graves. Nuestro ejército había perdido dos importantes batallas, Padierna y Churubusco y el 12 de septiembre los norteamericanos atacaron el Fuerte de Chapultepec que era entonces colegio militar. Los alumnos, a las órdenes de don Nicolás Bravo, defendieron heroicamente el castillo, que al cabo sucumbió.

No fue eso lo peor. El general Santa Anna, viendo perdida la batalla de Molino del Rey, abandonó el mando y con gran parte de la caballería se fugó a Oaxaca. Don Benito Juárez, gobernador de ese Estado, no le permitió entrar a la ciudad, propiciando la catástrofe final. Sin un refugio, Santa Anna se dirigió a la costa, allí se embarcó para la isla de Saint Thomas, dejando el país en poder del enemigo.

Cuando cayó el gobierno, mi Padre fue aprehendido. Lo llevaron al local de la Inquisición, ahora cárcel política, pues como Ministro de Hacienda no era posible que permaneciera libre.

Apenas nos enteramos, la familia entera se alarmó y Mamá dispuso que regresáramos a la Capital inmediatamente. Al amanecer emprendimos el viaje. El sol tardó en iluminar esos campos. Nadie hablaba por temor a que la conversación terminara en llanto.

Ante un paisaje que se deslizaba contra el horizonte, ofreciendo distintos verdes y azules, se desvaneció mi vida en Tenancingo, como si pasara un trapo húmedo sobre una pizarra.

Por temor a encontrarnos con fuerzas del enemigo, o bien alguna cuadrilla de ladrones, elegimos caminos extraviados. Formábamos una verdadera caravana, mis hermanos y yo, tres nanas y cuatro criados a caballo. Pasamos dos días por aquellos llanos que bien se pueden llamar desiertos, semejantes a las estepas de la Rusia. La última noche, mi nana Lola nos advirtió que no nos apartáramos del campamento ni para orinar.

—¿Por qué?

—Porque hay fantasmas.

—Pues yo las defiando —ofrecí muy segura de mí misma.

Armaron el campamento, apenas iluminado por pequeñas fogatas. Temblando de frío, bajo unas mantas bastante ralas, intenté permanecer en vela, pero los ojos se me cerraban y al fin me venció el cansancio. Por tan módico precio, consolidé mi fama de osada.

A la mañana siguiente, llegamos a nuestro destino. Nos instalamos en un hotel, pues nuestra casa había sido confiscada por oficiales del ejército norteamericano. Esto aumentó mi odio hacia quienes nos despojaban, impunemente, del hogar donde habíamos nacido.

No acabábamos de desempacar, cuando comencé a rogar que me llevaran a la prisión.

—Tu papá está incomunicado. ¡Hasta a mí me niegan el permiso! —explicó doña Germana, impaciente.

Pero yo me di tales trazas y mis instancias fueron tales que conseguí que me mandasen con el criado que llevaba la comida a mi Padre.

En la puerta, un guardia levantó la servilleta que cubría la canasta y registró minuciosamente el contenido. Luego se volvió hacia el sirviente y dijo:

—**Entra; la niña se queda aquí.**

Cuando oí esa sentencia me eché a llorar.

—**Señor, se lo ruego a Ud., déjeme ir a dar un beso a mi Papá.**

Conmoví al oficial y me franqueó el paso. Debería callar mi hazaña por humildad, mas existía otro factor: por ese tiempo ya era muy hermosa. No había paseado en que no recibiera requiebros. Así me fui acostumbrando

a salirme con la mía a cambio de una sonrisa, un puchero o, si las cosas se ponían difíciles, algunas lagrimillas.

Recibí una fuerte impresión al ver a Papá. Ese hombre quieto, silencioso, no tenía ninguna relación con don Francisco Lombardo, famoso jurisconsulto, defensor de causas perdidas.

—Vueltas da el destino, hija —susurró, estrechándome en sus brazos—. Aprovecha los tiempos propicios, porque los aciagos llegarán; tenlo por seguro.

Hubo un silencio. Como si se introdujera en una ciénaga, indagó:

—¿Y tu madre? ¿No vendrá a visitarme?

—No se lo permiten.

Suspiró resignado.

—Entonces, te voy a dar instrucciones, Concha. Presta atención.

Recurría a mí porque nadie había logrado entrevistarse con él y yo, poco a poco, desplazaba a mis hermanos.

—Tengo una casa frente a la Alhóndiga. Ocúpennla. Me disgusta la cercanía del canal, malsano, lleno de miasmas; por desgracia, no hay otra opción. Les recomiendo que la amueblen con lo indispensable y manden poner barrotes en las ventanas. ¿Entiendes?

—Desde luego, Papá. Te preocupa nuestra seguridad, pero no tengas cuidado. Sabremos cuidarnos.

Mi Padre sonrió, pensando, quizá, que su hija consentida se transformaba en señorita.

Pronto tuvimos que lamentar nuestra mudanza.

Una tarde, me asomé al balcón con mi hermanita Paula. A los pocos momentos vi que se demudaba.

—¿Qué tienes? —inquirí, alarmada.

—Quiero vomitar. Estoy muy enferma.

—¡Llaman al doctor Torres!

No volvió a hablar. La Muerte me escogía para que atestiguara sus actos. Aestó un tajo certero cuando más descuidados estábamos intentando recuperar nuestra dicha.

Todos los cuidados fueron infructuosos; Paula expiró a las dos de la madrugada, presa de un ataque cerebral violentísimo, dejando a mi familia en la mayor tristeza.

Durante el velorio, aquella consternación aminoró: de doce hijos, mi Madre sólo había perdido a esa niña. Debíamos estar agradecidos.

En el entierro, derramamos copiosas lágrimas. Sin embargo, la resignación se introdujo mientras rezábamos el Novenario, aliviando la pena común. Yo era la excepción. Para mí, la Muerte se transformaba en ausencia perpetua y me causaba un dolor intenso.

Una mañana contemplé cómo mudaban la cama de Paula al sótano. Les cerré el paso, hasta que comprendí: mi oposición era inútil. También regalaron su ropa. ¡Me llevé una sorpresa terrible cuando descubrí a una mendiga con las zapatillas azules de mi hermana!

La eternidad me repugna; hoy más que entonces. Mi Fe titubea ante las separaciones violentas, a las que no podré acostumbrarme nunca. ¿La otra vida? Un espacio sin esperanza, a donde llegaremos tras enormes sufrimientos. Así lo siento, Miguel. Tú eres el último adiós, el que me ha roto.

Ese año de 1848 el general Herrera, presidente de la República, firmó el funesto Tratado de Paz con los Estados Unidos, por el cual perdió México la mitad de su territorio. Nos conmovimos hasta lo más hondo: derrota, frustraciones, desesperanza, se mezclaban en los sentimientos públicos. Cada uno se echaba la culpa de esa mutilación lacerante.

Hubo algo positivo. Una emoción desconocida, la de pertenecer a un país con tradiciones, religión, lengua e historia comunes, nos unía... aún más que durante la Independencia, pues muchos aceptaban, sin excusas, que no supimos defender lo nuestro. Nos arrebataron la herencia ancestral, mientras nos enzarzábamos en disputas internas. Ahora sólo nos quedaba un consuelo bastante mediocre: el lamento. Mi mente revivía a Job, en la escalera del Hospital de Terceros. Sus úlceras purulentas, que tanto me impresionaran en mi infancia, representaban a la Nación entera.

No obstante la crisis, mi vida recobró su antigua normalidad. Los soldados norteamericanos evacuaron la plaza. Al recobrar su libertad, mi Padre reparó los daños causados a su propiedad y al fin **podimos entrar en nuestro antiguo hogar. Estaba lujosamente amueblado,**

sus paredes tapizadas de hermosos espejos y encima de las consolas había algunos grupos artísticos de bronce y mármol. Aumentaba el lujo del salón un gran piano de cola de fábrica inglesa.

La recámara de mi Padre estaba en armonía con su carácter sencillo, pero la de mi Mamá tenía una cama de caoba, estilo Primer Imperio, con ricas colgaduras que pendían hasta el suelo. Un corredor adornado con hortensias, canarios y jilgueros, conducía al Oratorio donde fui bautizada. A los pocos pasos, una puerta llevaba al cuarto de mi tío don José Gil de Partearroyo, coronel de artillería. Disgustado por el segundo matrimonio de mi abuela, se fue a vivir a nuestra casa. Más tarde tendré que hablar a mis lectores de este miembro de la familia. Por el momento, reanudemos el relato.

Lo que formaba mis delicias era el tocador de mi Madre. En esa edad, cuando superada la infancia se entra a tientas en la adolescencia, aquel sitio me atraía como un imán, porque guardaba los secretos para resaltar la belleza femenina, clave de toda dicha. **Dos hileras de cajones contenían objetos de *toilette*: peines, peinetitas, horquillas, postizos de trenzas y de rizos, flores, guantes, abanicos...** El ingreso a las habitaciones de doña Germana estaba prohibido, particularmente para mí, gracias al episodio del teatro y al vestido “prestado”. Pero, como mi nana Dolores era la guardiana, me apoderé de sus llaves y entré al Paraíso. ¡Qué preciosas flores! ¡Qué cintas de seda! No sabía cuál tomar en mis manos. ¿Y los perfumes? ¿El ámbar sería agradable al olfato? Comencé a sacar zapatos de raso y me puse un pájaro en la cabeza, adorno que estaba por entonces en boga. No lo hice como juego; competía contra Mamá. Deseaba comprobar si, usando afeites que realzaran mi prestancia, la opacaba.

Admirándome ante el espejo, envidié sus posesiones. Papá jamás le negaba un capricho: todo lo tenía en exceso, perfumes, joyas, vestidos... en cambio nosotras... ¡debíamos ganar a pulso cualquier chuchería!

En lo mejor de la diversión, oí la voz de doña Germana. ¿Qué hacer? ¿Cómo salvarme? Me metí atrás del gran espejo de cuerpo

entero. La señora Lombardo observó por un instante el desorden y luego ordenó:

–Deja de hacerte la tonta y sal de tu escondite.

Yo, alzando la cabeza, caminé hacia ella, procurando no desbarrancarme con los tacones altos. Me revisó de la cabeza a los pies, mientras su cutis enrojecía por el enojo. En ese preciso instante, tratando de no perder el equilibrio, aplasté un prendedor.

–¡Se acabó! Usted ya no pertenece a esta familia. Mañana mismo se va con su abuela.

Era el destierro. Me alejaba de mis hermanas, de mi hogar, de mi nana Lola.

–Por favor, Mamá, te prometo que nunca, nunca más...

–No prometa lo imposible –me interrumpió desdeñosa.

Entonces, algo se rompió, algo similar a un dique que estalla.

–Me tiene envidia –le dije, con una saña que hasta a mí me asombró–.

Por tal motivo, me aparta. Soy más bonita y más inteligente, y sabría mucho más que usted, si me hubiera inscrito en un colegio. ¡Tanto se lo pedí! Pero de ninguna manera iba a darme gusto.

No me abofeteó. E hizo bien, porque ignoro cómo hubiera reaccionado yo... aunque jamás le habría devuelto golpe por golpe. El rechazo materno supera todo.

Los criados llevaron mi ropa al caserón de mi abuela, en tanto su segura servidora lloraba como Magdalena. Nadie mencionó una virtud, el arrepentimiento. Por lo tanto, terminé por secarme las lágrimas y formar un plan. Apenas saludé, lo puse en práctica.

–Mamá dice que soy una patada en el trasero.

–Pues...

–¿Sabe por qué, abuelita? Porque no tengo nada que hacer. Inscríbame en un colegio, por favor, présteme libros, contrate un maestro de piano.

–Se te subirían los humos.

–Le prometo que no. ¡Por favor! Ocupada, jamás le daré problemas. Se lo juro.

–No jures en vano.

Sin embargo, tomó muy en cuenta mis palabras. Para conservar la tranquilidad de su hogar, me llevó con la viuda del general Múzquiz.

Había sido casada dos veces, la primera con un señor Campillo de quien tuvo nueve hijos. Cuando enviudó, casó con el general Múzquiz y tuvo otros diez hijos. Su esposo fue presidente de la República y su equidad lo llevó al sepulcro. La señora hubiera podido subsistir con la pensión que le correspondía; pero, tras la guerra, el gobierno no pagaba ni un centavo a las viudas. De ahí que se dedicara a la enseñanza.

Fue un periodo feliz. En esa escuela no se aprendía con castigos. A los tres meses sabía escribir (aunque aún tengo grandes faltas de ortografía) y leer de corrido. **Me adiestré en la Historia Santa y, quién lo creería, en toda clase de bordados. Estaba tan contenta que cuando me iban a buscar no quería volver a casa.**

Gracias a tanta dicha, ya no sentía rencor contra mi Madre. Al contrario, consideraba justo su castigo.

La única nube que oscurecía mi felicidad era Federico, el hijo de mi maestra. Algunas veces lo encontraba en la escalera completamente borracho y me asustaba a tal grado, que saltaba yo los escalones de cuatro en cuatro para bajar más aprisa.

Habría que preguntarse si mi afirmación era cierta. ¿Un vicioso se cruzaba, entre clase y clase, con las alumnas? Nadie se ha planteado esa interrogante, pues la mayoría acepta mis aseveraciones como verdad absoluta. En fin... analicemos el caso. A mí, que tocaba muertos, espantaba fantasmas y platicaba con el verdugo, ¿iba a asustarme un borracho? En aquella escalera, a pocos pasos de mi maestra, hubiera pedido auxilio con un grito. Jamás lo hice.

Revivo la escena, los sentimientos encontrados en que la curiosidad vence... Federico se acerca, sonriendo. Su gesto cínico me asquea; me encanta. Sonríe de nuevo: se saldrá con la suya. Espera unos instantes. No debe exigirme demasiado o me invadirá el miedo. En cambio, si no me obliga a nada, cooperaré. Ambos lo sabemos. Quiero investigar posibilidades. Mejor aquí, en la escalera. Federico únicamente llegará hasta donde yo acceda. Desde luego, ni un beso: su aliento me da asco.

La primera vez, le arañé la cara... aunque ya había sembrado en mí cierta inquietud. Sus manos sobre mis pechos. Las caricias filtrándose a través de la tela. Y un calor tremendo subiendo por las piernas hasta el corpiño. Como si me quemara. ¡Qué diferencia cuando una quiere, cuando una propicia! Nunca más con un vejete, obeso, apestando a tabaco. Mi marido debería ser joven, oler a sudor fresco y a colonia y sus manos... conecedoras, hábiles.

Mi siguiente encuentro con Federico fue mejor.

A fines del año 1849, el general don Joaquín Herrera acabó tranquilamente su mandato. Fue el único que lo logró desde nuestra Independencia. Y entró al poder don Mariano Arista. El nuevo presidente dio una amnistía y los presos, como dije antes, fueron puestos en libertad.

Recibimos a Papá con grandes muestras de alegría. El alivio que sentíamos era inmenso. Pero él no aprendió la lección. Además de oponerse al gobierno, continuaba trabajando por el retorno del general Santa Anna al país; pues (según él) sólo don Antonio sería capaz de dirigir la Patria en las tristes circunstancias actuales. Esto le valió a mi Padre una gran persecución. Muchas noches tenía que dormir fuera de casa porque le avisaban que lo iban a prender; otras veces debía pasar varios días fuera de la ciudad. Así llegó el mes de diciembre y, aunque la situación no era propicia para divertirse, mis tías se empeñaron en hacer una posada. Se comenzaba por rezar una Novena a los Santos Peregrinos. Luego se ponían las estatuillas de la Santísima Virgen montada en un asno y de San José guiándolo, en unas andas cubiertas de verdura y de flores, y cuatro niñas vestidas de pastoras los tomaban en hombros. Se formaba la procesión, acompañando los cánticos con músicos.

Entonábamos: “¿Quién les da albergue a estos peregrinos, que vienen cansados de andar los caminos?” “Albergue no doy, ni lo voy a dar, pues serán ladrones que querrán robar”, cuando escuchamos golpes en el portón. Con esos malos modos, únicamente podía ser la policía. Mientras los criados se tardaban en abrir, mi abuela les avisó a mi

Padre y al general Miñón que los buscaban. Papá logró huir, no así su compañero.

Los policías catearon la casa y, en tanto hacían sus pesquisas, la procesión siguió, sin hacer caso de aquella gente. Al pasar frente a una salita, el general Miñón le quitó a un músico la guitarra y se unió a la letanía.

Uno de los guardias se le acercó:

–Perdone, señor. Aquí en confianza, le diré... no conocemos al general Miñón. Ud. ¿sabe cómo es?

–Es un hombre feo, muy feo –le contestó–, y tiene una nariz muy grande.

En efecto, la descripción era justa; pero, aun con este aviso, no lo pudieron reconocer. En cuanto la policía se fue, el militar puso pies en polvorosa.

La comedia de errores me parece encantadora, pero no se basa en la realidad. ¿Cómo es posible, entonces, que alguien crea mis patrañas? Aunque Miñón se ocultó, fue descubierto. Se lo llevaron a rastras, en medio de la consternación de todos nosotros, aunque nadie movió un dedo para salvarlo. El miedo vence a la amistad.

A principios de 1850 la epidemia del cólera invadió la ciudad. Temiendo un contagio, mi abuela decidió sacarme del colegio y devolverme a mi casa. Cuando me anunció su resolución me eché a llorar suplicándole que no me separara de mis amadas maestras; pero no logré disuadirla y tuve que someterme a su voluntad.

¡Con cuánto dolor me alejé de allí! ¡Cuántas lágrimas derramé al decir adiós! Sobre todo la última tarde, en la huerta, al despedirme de Federico. Gracias a esa separación, sus manos no terminaron de mancharme. Mi honra, un tanto maltrecha, estaba a salvo.

El regreso al hogar fue difícil. Doña Germana y yo apenas nos dirigíamos la palabra y mi desdén hacia su autoridad aumentaba. **Mamá no percibía que ni la gramática ni los números entraban en mi cerebro porque ella misma, ¡pobrecita!, había crecido en la ignorancia.**

Sin embargo, algo había que hacer para que yo no estuviera de ociosa, mientras me casaba.

No sé qué amigo le recomendó un maestro francés, Monsieur Michel, director de coros en París, en tiempos de la Malibrán. Con tal de quitarme de en medio, fui a dar con él. Pero no me quejo. A los seis meses cantaba algunas piecitas. Tenía yo una voz de soprano bastante extensa y se me desarrolló una pasión tal por la música, que cuando no estaba en el piano (¡Por Dios, Concha! Ya tocaste esa partitura cinco veces seguidas. ¡Danos un respiro!), repetía mis escalas y mis trinos hasta el cansancio.

—¿Nunca te callarás? ¡Tengo dolor de cabeza!

—Mamita, debo estudiar. De lo contrario, pagarías las clases en balde.

En el santo de mi hermana mayor, me exhibí cantando la Cavatina de la Linda di Shamounix, y me hicieron tantos elogios que me parecía ser una primadona en toda la regla. Hasta Mamá me felicitó.

También me aficioné a la equitación. Para montar, tomaba yo un caballito muy manso de uno de mis hermanos. Al poco tiempo me gustó tanto este ejercicio que hacía largas correrías sin sentir fatiga.

—¡Te vas a romper la crisma! Pero a ti nadie te sosiega.

No contenta con cantar y con montar a caballo, quise tirar al blanco.

—¡Eso sí que no! ¡Una marimacha en casa! ¿A quién se le ocurre? ¡Líbrenos el Señor de una muchachita manejando armas!

Ante tanta oposición, no me quedaban muchas opciones. **Elegí por maestro al padrastro de mi Madre.**

—Practicaremos en la azotea del segundo patio, don Crispín. Si les da una propina a los criados, no nos delatarán. Además, Mamá sale de visita todas las tardes.

Este señor (el segundo marido de mi abuela) tenía un empleo en Mazatlán y casi siempre estaba fuera de México, pero cuando volvía de sus viajes, llegaba cargado de regalos. Desde que empezaron las clases, también traía algunos para mí.

Jamás se propasó. No obstante, la cercanía exacerbaba nuestros instintos. La necesidad de que tomara mi diestra para enseñarme cómo apuntar... de que me recargara en su pecho, mientras él alzaba mi brazo, ayudándome a sostener la pistola, me crispaba los nervios. ¿Y él? Yo notaba su respiración acelerada, sus carraspeos... y me sentía divina, la tentación personificada... ¡Con el padrastro de mi Madre!

Una vez le traje a mi abuela unos pañuelos primorosamente bordados. Al verlos exclamé: “¡Imposible que este trabajo sea hecho con la aguja!”

Me entusiasmé por aprender aquella puntada, pero nadie la sabía hacer en México. “¿Y qué importa?”, decidí. Puse manos a la obra y comencé por elaborar verdaderos horrores, luego los fui perfeccionando y acabé por bordar maravillas. Mi mejor obra la dediqué a mi Madre. No por amor, ni siquiera por agradecimiento. Al fin entendí que más valía tenerla por aliada que por enemiga.

Esa primavera de 1850 efectuaron una exposición y, como era una novedad, levantó un positivo entusiasmo. Nosotros estábamos invitados a la premiación y cuando nos preparábamos para ir a ella, se presentó en casa un empleado del Ayuntamiento trayendo un oficio en el cual se me notificaba que debía asistir. Mis Padres supusieron que aquello era un equívoco, y sin pensar más en ese incidente nos fuimos a la exposición.

Armonizaban la fiesta varias bandas de música y formaban la guardia los alumnos de la Escuela Militar, en cuyas filas se encontraba el joven Miguel Miramón.

Las quinceañeras suspiraban por los cadetes cuyos uniformes, espadas y botas relucientes conquistaban más corazones que el mejor de los requiebros.

Mucho tiempo después, Miguel, me confesaste tus pensamientos. “Te admiro desde lejos, aunque tú ni siquiera me mires. Ojos y cabellos negros, tez de criolla, arrogancia de reina.”

Lo más selecto de la sociedad rivalizaba en lujo y elegancia. En esa época no se usaban sombreros y las señoras llevaban vestidos claros y mantillas.

Años más tarde, presa entre tus brazos, admitiste los sentimientos de ese instante preciso. “Te grabas en mi memoria. Dios me conceda una gracia: seas tú lo último que vea.”

Yo tenía un vestido rosa con muchos olanes y un mantón blanco de encaje; era la primera vez que me vestía así.

Tras dos besos, aceptaste que me considerabas “la más hermosa, sin duda, de esa fiesta”.

El presidente comenzó a dar premios, uno de los regidores nombraba a los agraciados, y cual no sería mi sorpresa al oír:

–La señorita doña Concepción Lombardo, primer premio de bordado.

Mientras tú, Miguel, aprendías mi nombre y lo repetías como un rezo.

Luego, ¿no había sido broma, ni equívoco? ¡Yo premiada! ¿Y por qué, si nada había presentado?

Me rehusé a alzarme de mi asiento, negándome a las instancias de mi Padre. El público esperaba... Entonces el presidente Santa Anna me mandó buscar con el general Blanco, Ministro de Guerra, quien me tomó del brazo y me condujo al estrado a recibir mi premio. Me detengo; doy paso a la evocación. ¡Don Santiago, el viejo querido que me indujo a escribir estas memorias! Desde entonces forma parte de mis recuerdos.

–Señorita –me dijo el Primer Mandatario–, felicito a Ud. por su artístico bordado –y me dio un diploma y medalla de plata que con gran cariño aún conservo.

Agradecí aquellas palabras. La atención convergía en mí, pero de todas las miradas, una, la tuya, amor, me atrajo. Y me volví, intuyéndote.

Terminada la repartición de los premios, el público pasó a visitar la exposición, yo que ardía en deseos de saber por qué me habían premiado, fui a la sección de bordados y ¿qué cosa encontré allí? ¡La obra dedicada a mi Madre!

–No te enojas conmigo –me pidió Lupe, haciéndome un guiño–. Yo la inscribí al concurso.

–La que se enojará será Mamá –le advertí.

–¿Estás loca?

–Ya lo demostré: bordo mejor que ella.

Mi hermana me escuchaba boquiabierta.

—Eres una vanidosa, Concha. Eso es pecado.

—También verdad —rematé, muy oronda, en la cúspide de mi gloria.

Cuando nos íbamos, amor, me enviaste un último ruego: “Concepción, ven. Descúbreme. Acércate. Dime, ¿cuándo te recupero? Porque ya, desde hoy, me perteneces”.

Hablemos ahora de mi tía Mariquita. Vivía con mi abuela y, aunque la mostraba en fiestas y paseos, ya andábamos perdiendo las esperanzas de casarla. Entonces se le presentó un pretendiente: juez, cincuentón, honrado, rico, perfecto caballero.

Un día de visita me encontró devanando una madeja.

—¿Qué hace, Conchita, tan sola en el balcón?

—Trato de desenredar el estambre, pero no puedo.

—¿Quiere usted que la ayude? —indagó dejando su sombrero sobre la mesa.

—Sí, gracias. Veremos si es más hábil que yo.

El juez se concentró en la tarea, como si en ello se le fuera la vida. A los pocos minutos logró su cometido.

—Le hace falta más paciencia, muchachita.

—Todavía no terminamos. Extienda los brazos para que me ayude —ordené, sin que me intimidaran sus canas.

Obedeció de mil amores. Yo cogí la hebra y comencé a formar una bola, riéndome de los piropos que me echaba este santo señor.

Divertidos, y quitados de la pena estábamos los dos, cuando dirigiendo nuestras miradas al corredor... ¿qué vimos? A la tía Mariquita que nos contemplaba hecha un energúmeno. ¡Pobre juez! Al descubrirla perdió el color, dejó caer los brazos y exclamó: “¡Ay de mí!”

En efecto, la cólera de mi tía no tuvo límites, puso al novio de mil colores y, por más ruegos y súplicas que le hizo, rompió sus relaciones y se fue a tierra aquel matrimonio.

—Por tu culpa —me acusó, entre sollozos—. ¡Por tu maldita coquetería!

—¡Ah, no! Tú y Mamá siempre me echan la culpa de todo. ¡Pues se acabó! No voy a cargar con la soltería de la familia entera. ¿Por qué no lo perdonaste?

—Ni pensarlo. Si me engaña de novios, ¿qué será de casados? No me afectaron sus lamentos: estaba demasiado ocupada evaluando los alcances de mi belleza. Entonces, ¿bastaba una sonrisa, un pequeño mohín, para que un perfecto caballero perdiera la cabeza? Así parecía, mas necesitaba confirmarlo con un pretendiente propio, imío!, que me enviara rosas y cartas a escondidas.

Frecuentaba mi casa un joven, Agustín Franco. Tenía unos veinticinco años, tez blanca, hermosos ojos negros, boca grande, adornada con una magnífica dentadura y un gracioso bigote. Vestía a la última moda, pero lo aquejaba un grandísimo defecto, iera cojo! lo cual era para mí motivo de risa.

Agustín soportaba con paciencia angelical mis travesuras. Algunas veces le escondía la muleta y me ponía detrás de una cortina para observarlo; cuando se cansaba de buscarla salía de mi escondite riendo a carcajadas y se la entregaba. En plena calle me propuse hacerlo caer y cuando estaba más descuidado, le empujé la muleta y pataplán, ial suelo! En su cara se traducía la rabia y eso era precisamente lo que me divertía.

Me propuso enseñarme inglés, acepté y comenzamos las lecciones. Poco a poco se fue estableciendo entre nosotros cierta intimidad, de la cual no me daba mucha cuenta. Sin decirme una sola palabra de amor, me enamoraba.

Agustín no murmuraba un requiebro ni por milagro; para mayor humillación retiraba la mano si yo, accidentalmente, se la rozaba. ¿Por qué me trataba con tanta indiferencia? ¡Yo era una Lombardo! Pertenecía a una de las mejores familias de la Capital; gozaba de buena posición económica, juventud, belleza, gracia... ¿qué más podía pedir un pobre cojo?

Sin saber cómo, comprometí mi corazón a los quince años. Esta vez no falté a la verdad. Agustín Franco me traía besando el suelo que él pisaba. La razón, bien simple, era mi soberbia. Deseaba que aceptara lo evidente: yo le hacía la merced de quererlo. Necesitaba doblegarlo, tenerlo de rodillas, rogándome. Y no encontraba la manera. ¡Ni siquiera mi belleza le hacía mella! Jamás elogiaba un nuevo peinado, ni mi

perfume (el agua de rosas que mi nana Lola destilaba), ni un bonito sombrero.

Absorta en mis designios, ignoré los suyos. Mi maestro intentaba some-terme para vengar las groserías y desprecios que sufrió bajo la aparien-cia de travesuras. Nuestra relación se redujo a una lucha sorda. Mezcla-mos todas las emociones, menos el amor... aunque yo me empeñara en usar esa palabra a cada frase.

El primer síntoma de aquel capricho fue disgustarme cuando me abandonaba para jugar al tresillo con mis hermanos. A unos pa-sos de Franco, observaba su boca, lo imaginaba besándome. ¿Qué su-cedería cuando restregara su bigote contra mis labios? Sus ojos, fijos en las cartas, los deseaba posados en mi escote, contemplando mis senos. **Si no venía me sentía triste, fastidiada, y mi corazón parecía sa-lirse del pecho después de un día de ausencia, al oír el ruido de la muleta.** “Hoy me confesará su amor”, pensaba. ¡No puede ocultarlo más tiempo! Sin embargo, pasaba la velada y Agustín se despedía, de-jándome en ascuas.

Acaso, hastiada por tantas frustraciones, hubiera desistido, pero mi con-tendiente era astuto. Cuando captó que debía soltar prenda para no perderme, lo hizo.

La primera vez que me habló de su cariño fue en unos versos, lue-go me escribió una carta, luego otra, y finalmente todos los días. Al despertar, encontraba debajo de mi almohada un billetito que allí ponía una de las criadas; me apresuraba a contestar, y él por la noche traía mi carta y me mostraba las faltas de ortografía. No mencionaba si mi cariño lo hacía feliz o si su vanidad estaba satisfecha. Se especializaba en destacar mis muchas fallas. Él también pertenecía a una buena familia; era rico, inteligente, distinguido, culto... sobre todo culto, algo de lo cual yo no podía vanagloriarme. Considerándose muy superior a mí, me hacía el favor de cortejarme.

En esa época dieron un gran baile en la Lonja, club fundado por los ingleses residentes en México. Nosotras asistimos; Franco tam-bién; allí por primera vez me vio bailar. Desde esa noche se le despertaron tales celos, que no me dejaba vivir.

—Te lo digo de una vez: conmigo obedeces. ¡Que tus caprichos los aguanten en tu casa! A mí no me convertirás en el hazmerreír de todos. ¿Te pones a bailar con otro? ¿Me haces detestar mi invalidez? No, Concha, o te pliegas a mis condiciones o rompemos.

Prohibición de bailes, prohibición de canto, prohibición de montar a caballo, disgusto si reía, enfado si estaba con mis amigas, escenas si me asomaba al balcón... ¡Dios mío, aquello no era vida! Sin embargo, yo amaba y amaba tanto que me plegaba a sus caprichos, y aceptaba con gusto sus ridículas exigencias.

A diferencia de antaño, su físico ya no incitaba mi risa; ahora me provocaba honda compasión. Deseaba cuidarlo como muestra de mi generosidad. Así disminuiría el sufrimiento moral que le causaba su cojera.

Hubo en México un brillante carnaval. Se organizaron carros artísticos y comparsas que iban al paseo de Bucareli en coches abiertos o a caballo. Mis hermanas, ansiosas de ir a esa fiesta, no me permitieron quedarme en casa. Por lo tanto, tuve que resignarme a asistir con el temor del enfado de Franco, a quien de seguro iba yo a disgustar.

Para darme confianza, convinimos que no mencionaríamos que yo había ido. Pero algo debió sospechar Agustín, pues al día siguiente se presentó en casa.

Lo recibimos en la sala, acompañadas de mis Padres. Después de saludarnos se dirigió, con gesto adusto, a mi hermana.

—Ayer la vio un amigo mío en Bucareli. ¿Se divirtió usted?

Ángela, que ignoraba si el tal amigo también me había visto, empezó a sudar frío.

—M-mucho. Varias máscaras nos saludaron. Había un moro, con la cara pintada de negro que... —se dio cuenta de su error: hablaba demasiado.

—...que tuvo el descaro de piropearla, señorita —intercaló Agustín.

—Fue una broma.

—¿Broma? Provocó una pelea entre su novio y ese moro.

Mis Padres, ignorantes de lo sucedido, intercambiaron una mirada, alarmados.

—Ambos se lanzaron improperios y bofetones. La policía intervino: el pleito acabó en la cárcel. Por esta razón, opino que tales espectáculos no son para jóvenes de su clase. El circo para la chusma; ustedes, en su hogar.

Ante semejante dictamen, mi hermana se ruborizó hasta la raíz del cabello. Bajó los ojos fijando la vista en su regazo.

—Y en medio de aquella batahola, ¿qué hacía Concha? —continuó, implacable, Franco.

La pobre Ángela no sabía ni dónde estaba. Mis Padres nos contemplaban atónitos. Sin duda, todo México conocía aquel desagradable incidente. ¡Las Lombardo suscitaban una pelea callejera!

—¿Q-qué hacía Concha? —tartamudeó mi hermana con cara de tonta.

—Aquí presente —ironizó Agustín.

—Se asustó mucho y... —de repente se le soltó la lengua, como si hubiera guardado su rencor para ese momento—: Se enfadó conmigo... ¡cuando, del disgusto, por poco me desmayo!

Franco se volvió hacia mí:

—¿Conque fuiste al paseo?

Y sin esperar mi contestación, tomó su sombrero y se despidió de mis Padres.

Perdí la cabeza. Corrí tras él, dándole razones que no escuchaba, lo seguí por la escalera y lo habría seguido a su casa si el puño de hierro de Papá no me hubiera hecho retroceder.

—¡Concepción! Exijo que tengas un poco de dignidad. ¿Una mujer rogándole a un hombre? Date a valer. Si ese petimetre no te la hace buena, ya habrá otros. Mejores, desde luego, pues peores resultaría difícil.

—Los demás me importan un comino —repliqué, fuera de mí—. ¡Quiero a Agustín! ¡Lo amo! ¡A él entregué mi corazón!

Don Francisco Lombardo me contempló durante varios segundos. Al cabo, dictaminó:

—No salen a ningún lado en dos meses.

Mis hermanas suspiraron.

—¡Ese majadero! ¡Regañarlas frente a nosotros! —intervino doña Germana, recordando los detalles de la entrevista—. ¡Como si estuviéramos pintados! ¡Insolente! Desde hoy, no entra a esta casa.

–Pues lo veré en la calle –amenacé a gritos.

–Basta –advirtió mi Padre, sin alzar la voz–. Ni una palabra más.

Me encerré en mi cuarto hecha un mar de lágrimas. No bajé a cenar y a la mañana siguiente anuncié que tenía calentura. Nadie me prestó atención. Ni siquiera mi nana, que no entendía cómo un tullido me dominaba en tal forma.

Los disgustos eran continuos. Mi Madre habló con las criadas previéndolas: ni cartas ni regalos podían llegar a mis manos. Una desobediencia, aún mínima, pondría en peligro su empleo.

Transcurrieron tres semanas en un silencio total. **Agustín era altivo, de carácter dominante y no quería sufrir ninguna oposición, así que optó por una medida dramática. Pediría mi mano.**

Después supe que había dicho a un amigo: “Nadie me separará de Concha. Cuando sea mi mujer, yo, y únicamente yo, decidiré lo que hace y lo que deja de hacer”.

Mi novio cometió la torpeza de montar nuestro hogar teniendo por cierto que yo lo accedería. En ese cálculo acertó. (Dos consideraciones me impulsaban: la primera, escaparía a la tutela materna, convirtiéndome en la esposa de un hombre que ella despreciaba; la segunda, tendría a Franco a mis pies. No en vano había escuchado las conversaciones de la servidumbre: “a un hombre se le amansa en la cama”. No comprendía bien a bien lo que aquello implicaba; sin embargo, estaba dispuesta a todo con tal de mandar a mi marido y regir en mi casa.) **También creyó que mis Padres aceptarían su petición; en esto se equivocó por completo.**

–No es mi intención ofenderlo –aclaró mi Padre–. Pero siento decirle que no posee las cualidades que requiere mi futuro yerno. Por lo tanto, rechazo su ofrecimiento.

Agustín palideció al oír aquello y casi se ahoga de indignación. Ese insulto fortaleció sus planes. Casándose conmigo vengaría cada una de mis afrentas infantiles y también humillaría a mi familia.

Entonces comenzó una lucha terrible. Franco sobornó a la galopina y, por medio de ella, restablecimos nuestra comunicación. **Sus cartas, breves, abruptas, exigían que abandonara mi hogar y me uniese a**

él. Rehusé. Por otra parte, no tenía la fuerza para renunciar a Agustín. En medio de un caos emocional, lloraba, no quería ir a ninguna parte, apenas comía, y mi salud peligraba...

Doña Germana Gil se confesaba con el padre Pinzón, franciscano secularizado, de gran cultura y talento. Una tarde lo vi llegar y me escondí para oír lo que hablaba con Mamá.

–Por favor –suplicaba ella–, hable Ud. con Agustín Franco y dí-gale que se case con mi hija pues ya no tengo valor para verla llorar.

Esto me causó una inmensa satisfacción. ¡Mamá se plegaba a mis caprichos! Yo había ganado la partida, era la más fuerte, la más... y también capté, de súbito, algo vital: mi Madre me quería. Mi salud y mi felicidad le importaban.

–No, señora, de ninguna manera fungiré de mensajero pues si ese muchacho amara a Conchita, hubiera tenido paciencia y hubiera buscado el modo de conquistarlos. Y a ella no la estaría haciendo sufrir.

Esas palabras “si la amara” me hicieron reflexionar. Allá, muy en el fondo, admití que el cura tenía razón. Agustín nunca me amó. Ni siquiera le inspiraba algo parecido al cariño o a la amistad. Lo nuestro era una guerra estúpida. Nos empeñábamos en someter al otro, aun a costa de nuestra dicha. Además, la claudicación materna desinflaba mi persistencia, robándome el motivo principal de aquel noviazgo: rebelarme contra la autoridad.

Sin embargo, Agustín no me permitía olvidarlo. **La galopina que antes me llevaba sus cartas, viéndome llorar, me decía: “Niña, no llore. Encomiéndose al arcángel San Rafael y ya verá que le alcanza lo que a Ud. le convenga”.** Lo que nadie tenía muy claro era si mis lágrimas las provocaba el despecho, un berrinche o el verdadero amor.

Desde esa época, comencé a rezar. Al principio a borbotones, entre sollozos, exigencias y ruegos interminables. Después, las oraciones sosegaron mi espíritu y, poco a poco, me dieron energía suficiente para romper mi compromiso.

Franco actuó con inteligencia hasta el final. No se opuso: aceptó la devolución de sus cartas sin el menor reparo y no volvió a escribirme.

La Semana Santa del año 1851 fue tristísima. Frecuentaba nuestra casa don Juan de Dios Cañedo, hombre finísimo, dotado de bellas cualidades. Era antiguo amigo de mi familia y hacía más de tres generaciones que aquella amistad duraba entre sus antepasados y los nuestros.

El Miércoles Santo indicó el deseo de visitar los monumentos (así se llaman en México a los altares donde ponen el Sacramento para la adoración pública) y se arregló que viniera a buscarnos a las ocho de la noche del jueves.

Lo esperamos hasta las nueve, como no venía, nos fuimos a nuestras devociones y al volver a casa, poco antes de las doce, se oyeron fuertes toquidos en la puerta del zaguán; era mi hermano Pancho, que entró despavorido.

—¡Han asesinado al señor Cañedo! Está tirado en su habitación, en un mar de sangre; dicen que tiene más de treinta puñaladas.

—Niñas, ustedes a su recámara —ordenó doña Germana sin quitarse el mantón ni perder el aplomo—. Nosotros, Francisco, al hotel, a ver si podemos hacer algo por don Juan.

Mis Padres se fueron con mi hermano, pero la policía no los dejó entrar.

Por primera vez, nosotras, “las niñas”, nos interesamos vivamente en el caso, encontrando un placer morboso al discutir los detalles del crimen. Por mucho que Mamá pretendiera evitarlo, el entorno nos invadía, desgarrando las nubes color de rosa con que nos rodeaba.

El señor Cañedo tenía algunos enemigos, entre otros el Presidente Arista. Todo mundo pensó que aquello había sido un asesinato político, pero el gobierno no tuvo parte y dio órdenes severísimas para encontrar al culpable.

—Si se lo propusieran de veras, ya lo hubieran hallado —opinó Lola, mientras doblaba nuestros camisones—. *Ansina* parece que no hay prisa.

Pasó un año sin tener indicios de aquel criminal. A fines de 1852 se supo que lo habían encontrado en el pueblo de Temascaltepec.

Confesó sin dificultad. El móvil había sido el robo, pues un mozo del hotel le contó que el señor Cañedo guardaba oro en su habitación.

Se hizo el proceso y en pocos días concluyó condenando al asesino y a su informante, a la pena capital.

—Ora sí les gana la prisa, ¿verdad? —refunfuñaba mi nana, peinando a Mercedes—. El interés tiene pies.

En cierta forma, le di la razón. Los procesos criminales duraban eternidades, pero el señor presidente, deseoso de lavarse las manos, interpuso su influencia ante el juez que llevaba el caso. El resultado fue el previsto. **Debajo del balcón del cuarto que había ocupado el señor Cañedo, en el hotel *La Gran Sociedad*, construyeron un tablado. Por la escalera de delante, debían subir los condenados; el verdugo por la de atrás.**

Encima del tablado, colocaron dos especies de sillones, en los cuales estaban unos gruesos anillos de hierro. El verdugo los cerraba con unos bastones, oprimiendo el cuello del condenado, hasta causarle la muerte.

Como mi hermano Pancho vivía enfrente del hotel, nos invitó para ver pasar a los criminales.

—Se los permito con una condición: rogarán por el alma de esos desgraciados —propuso mi santa Madre—. No obstante la amistad que nos unía con don Juan, jamás debe complacernos el sufrimiento humano. Por otra parte, su padre comprobará un detalle jurídico... ¿se ejerció la tortura para obtener la admisión de culpa? Si los criminales cojean o muestran golpes en cara o brazos, interpondrá una queja.

Después de prometer todo lo pertinente, cogimos nuestros rosarios y en fila, como pollitos tras la gallina, nos dirigimos al cadalso.

A las diez de la mañana comenzó a llenarse la calle de guardias, soldados y curiosos. Luego llegó la tropa y algunos gendarmes a caballo. A las once en punto desfiló la triste procesión. Los sentenciados por delante, con grillos en las manos, y dos sacerdotes a su lado que en alta voz recitaban las oraciones de los agonizantes. Detrás seguía el verdugo, cubierta la mitad de su cara con un pañuelo de seda y con su sombrero en la cabeza.

—¿Recuerdas, Conchita, que tú le diste la mano en el parque? —preguntó Lola con la poca discreción que la caracterizaba.

Mamá, que tenía oído de tísico, se volvió, exigiendo al punto un reporte completo de lo ocurrido. Mi nana hubiera querido retractarse. Se enredó en evasivas, hasta mintió, pero no era pieza para su patrona.

—¡Ay! Siempre me has causado enormes decepciones —suspiró doña Germana, cuando Lola terminó su relato.

—Entonces era una niña. ¡No sabía lo que hacía!

—Pues no has cambiado mucho. Este rosario será para pedir perdón por tus torpezas.

Entre el murmullo de las Avemarías, me hundí en cavilaciones. El pavor que me causaba ese encapuchado era superior a mis fuerzas. “Mata o mutila usando las manos que me tocaron”, cavilé. Y de pronto me sentí sucia, como si el verdugo me hubiera transmitido la crueldad de su oficio.

Los tambores acallaron nuestras rogativas. Los jóvenes nos dirigimos al balcón. A mí me sudaban las manos. Presenciar una ejecución, tan de cerca, me causaba una terrible agitación, un nerviosismo que subía por la garganta, despertando náuseas y, también, el tonto orgullo de contar lo inaudito: ¡había atestiguado una ejecución!

Cuando vimos que les ponían las corbatas de hierro, echamos a correr. Nuestra Madre que no había querido ver nada, había encendido las velas de la Buena Muerte y seguía rezando. Nos unimos a ella y de lo más emocionadas imploramos al Cielo el perdón de aquellos infelices.

Mareada por el calor, recité las oraciones, mientras crecía en mi interior una atracción siniestra hacia el fin de la existencia, con secuelas de dolor, sangre, olores de agonía... El patíbulo me obligaba a revisar el pasado: el Hospital de Terceros; los cadáveres, mi osadía al desacralizarlos con mi mano, contacto momentáneo que me estremecía, transmitiéndome el frío de una piel en descomposición. Y después, esas horas lentas, largas, mientras bordaba... sin olvidar, ni por un instante, al muerto.

Cuando nos íbamos, con mi habitual curiosidad dirigí una mirada hacia el cadalso. ¡Qué horror me causaron aquellos cuerpos! Tenían la tez denegrida, los ojos casi fuera de su órbita, y las

lenguas colgando como si las quisieran vomitar. Sin embargo, no apartaba la vista. Mis pies, clavados en el pavimento, me mantenían inmóvil.

—Ándale, Concha, o tu mamacita te va a regañar.

Me dejé llevar por Lola. Aún así, volvía la cabeza. **“¡Dios mío, Dios mío”, pensé, “lo que se gana con robar!”**

De este modo se hacía la justicia en México.

El año 1853 hubo una revuelta que llamaron de las Polkas (tal vez porque estaba en boga ese baile). Los partidarios de Santa Anna conspiraban para hacerlo volver al país, el gobierno lo supo y comenzaron las persecuciones. El ejército y los rebeldes se batían desde las torres, las azoteas y las calles, pero los partidarios de Santa Anna triunfaron, e hicieron caer a don Mariano Arista, que salió de la presidencia a fines de marzo. Don Antonio no tardó en regresar al país, desembarcando el día 1 de abril en el puerto de Veracruz.

Papá, una vez más, estaba en la cúspide, pues ocupaba el ministerio de Relaciones Externas. El dinero entraba a manos llenas, las fiestas se sucedían. Nuestra vida hubiera sido perfecta; por desgracia, la perfección no es de este mundo.

El Sábado de Gloria amaneció mi Madre con una ligera calentura y duró cinco días sin que causara ningún temor su enfermedad. Ahora, aunque ya no es posible remediar nada, me pregunto si mi Padre debió aceptar aquella situación. No habiendo motivo de alarma, ¿por qué la fiebre persistía?

El jueves, el doctor que la curaba ordenó que se confesara, poniendo en gran alarma a nuestra familia. Doña Germana cumplió con sus deberes religiosos y quedó serena y tranquila. Pero, cuando la velaba, se incorporó en la cama, me miró con ojos vidriosos y dijo: “tú eres mi segundo marido”. ¿Qué significaba esto? Ni siquiera hoy, después de tanto tiempo, comprendo la intención de tal afirmación. ¿Era yo la única persona a quien no había logrado dominar? ¿La única que le inspiraba confianza, admiración y respeto?

—¿Por qué? ¿Por qué soy tu segundo marido? —inquirí temiendo una respuesta desagradable. ¿Me juzgaba inteligente, capaz de triunfar en la vida? O, al contrario, ¿era una barrera contra la que se habían estrellado sus mejores esfuerzos?

Me agarró del corpiño, acercándose a su aliento agrio. **Hizo un esfuerzo supremo, pero no pudo hablar. ¡Se le había declarado una horrible meningitis!**

Fueron inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para salvarla, después de once días de enfermedad la perdimos. Estando aún robusta y bella, murió a los 43 años habiendo dado a luz doce hijos y criado ocho.

Por segunda vez, amor, la Muerte se convertía en huésped, algo nuestro, propio, dentro de nuestra casa. Revivía olores y texturas prestándoles un toque nuevo.

Mi rebeldía me causaba un profundo sufrimiento. Sencillamente, no aceptaba que Ella segara vidas a su antojo. ¿El futuro dependía del azar? **Creí morir al perder a mi progenitora.** Doña Germana, rival en la predilección de mi Padre, ya no existía. Permanecí a su lado, tan cerca como era posible, robándoles ese derecho a mis hermanos.

Me quedé con Mamá hasta que se la llevaron. Nuestra relación fue tan negativa, que nadie sino yo pude amarla, ¿odiarla?, con tal intensidad.

Grité más de veinticuatro horas sin derramar una lágrima. Creí que aquel dolor sería el más grande de mi vida, pero, ¡ay de mí! el Cielo me reservaba otros mayores.

La habitación donde dormía mi Madre nos dividía del cuarto de su esposo. Mis hermanas y yo decidimos dormir ahí para asistir a nuestro amado Papacito, que como nosotras, estaba traspasado de dolor.

Yo, la más valiente, me acosté en la cama donde había muerto mi Madre y mis lectores comprenderán que no logré cerrar los ojos en toda la noche. No por miedo; las dudas me torturaban. ¿Por qué, siendo católica, no me resignaba? ¿No debía consolarme que Mamá estuviera entre los bienaventurados? En lo más recóndito de mi

alma, desconfiaba de esa posibilidad, aferrándome a lo tangible. La eternidad me parecía, que Dios me perdone, una quimera para que nuestro fin, irremediable, siempre al acecho, no nos enloqueciera.

Cuando supo la muerte de mi Madre, Agustín Franco me escribía diariamente dos líneas que, lo confieso, no me consolaban. Después comencé a recibir largas cartas y nuestras relaciones se reanudaron. Insistí para que volviese a casa, esperando que Papá consintiese en nuestro casamiento. Pero, por más instancias que hice, mi novio se rehusó.

Su actitud despertó esa sed de dominio que tanto me había costado... y que después causó graves problemas en nuestro matrimonio, Miguel. Si no hubiera sido por mi carácter autoritario, habrías cedido a mis ruegos... y hoy estarías vivo. ¡Ah! ¡No cien, mil veces me lo he reprochado! Debí emplear la seducción en lugar de darte órdenes... debí... debí... y ahora te tendría entre mis brazos, cubriéndote de besos.

Volvamos al pasado. Mi sed de dominio me impidió olvidar a Franco. En medio de esta ofuscación, decidí rebajarme. Recurrí a los ruegos, ofreciéndole que jamás provocaría sus celos, que lo obedecería sin objeciones. Resultó inútil.

Desesperada, me fui a confesar con el padre Pinzón, le conté mi pena y él me dijo:

–Váyase Ud. haciendo el ánimo de renunciar a ese hombre, pues se marcha para Europa.

Me quedé fría, y volviendo a casa le escribí a Agustín preguntándole si aquello era cierto, me contestó que no, que únicamente se iba a los Estados Unidos, que regresaría pronto y entonces nos casábamos.

Mi disgusto fue grande, le advertí que si en seis meses no volvía rompería con él. No volvió y le escribí rompiendo; vino su contestación, una carta llena de ternura, de pena, de promesas... Lo creí todo... porque deseaba creerlo. La única voz que escuchaba era la del orgullo maltrecho. Si aceptaba esa reconciliación, nadie se burlaría de mí: ¡Agustín me amaba! Los prejuicios de mi Madre contra él carecían de fundamento. Y juré que, cuando lo tuviera a mis pies, me cobraría cada uno de sus agravios.

Ahora, a distancia, me pregunto: ¿por qué me causaba tanta desazón que alguien no me amara? ¿El rechazo había minado mi confianza a tal extremo que mendigaba cariño?

Le mandé una carta confesándole que mi corazón era el mismo y que lo esperaría veinte años. A mi generosidad, replicó con estas líneas: “Me ha parecido bien extraña tu resolución, primero que no me querías esperar, luego que me esperarías veinte años. ¡Como son las mujeres! Pues te digo que aquel corazón que por ti latía es ya de otra”. Fue tal mi rabia que superó mi dolor.

Miento, nada superó aquel insulto. La cara se me quemaba de vergüenza al comprender que provocaría lástima. Agustín Franco se había salido con la suya: tuvo la última palabra. Además, conservaba mis cartas... que podía enseñar a quien le viniera en gana. Ahora debería enfrentar chismes y burlas, resignándome a la posibilidad de que ningún otro me tomara en serio.

Aquel noviazgo dejó mi corazón tan enfermo y con tal odio al sexo masculino, que hubiera querido encontrar hombres hasta por los aires para despreciarlos y burlarme de ellos.

A punta de golpes, se formaba mi carácter, Miguel. No todo fue mi culpa. La suerte también dirigió mi destino.

Una noche despertamos sobrecogidas oyendo unos gemidos. Era nuestro amado Papacito, que tendido en el suelo se hallaba sin conocimiento. Llamamos al doctor y éste diagnosticó una pulmonía complicada con laringitis.

—Concha —suspiró mi Padre—, quiero confesarme.

Se dirigía a mí, como si mis hermanos no existiesen y yo llevara los pantalones en esa casa. Entonces, si yo resolvía cualquier problema, por elemental justicia debía tener ciertas prerrogativas. ¿Comprendes, amor? No cedería tales derechos por el simple hecho de convertirme en tu esposa.

A las cinco de la mañana, fui a buscar al padre Pinzón; desgraciadamente no lo encontré pues estaba dando ejercicios espirituales a los presos. Corrí a la cárcel, mientras comenzaba a albear. A pesar de mi angustia, disfruté uno de aquellos amaneceres de mayo que en nuestro país son deliciosos.

Al llegar a la Acordada acudí al guardia, suplicándole trajera al sacerdote.

–Imposible, señorita, oficia la santa Misa.

–Entonces, yo misma le hablaré.

–Usted no puede pasar.

Estaba hasta la coronilla de que Franco, ese soldado y acaso el género masculino completo, se opusieran a mis deseos. Simplemente no aceptaba otra negativa, pero, como decía Lola, atrapas más moscas con miel que con vinagre. Por tanto, fingí ser una desvalida jovencita.

–Señor, se lo ruego, se lo suplico. ¡Mire Ud. que mi Papá se nos muere sin los últimos auxilios! –mezclaba tantas lágrimas y sollozos a mis exhortaciones, que el guardia me condujo a la sacristía y me salí con la mía; la confesión tuvo lugar.

Después de muchos días de extrema gravedad, recibimos el consuelo de que nuestro amado Padre viviera dos años más, aunque con graves sufrimientos físicos: sedal en el cuello, fuentes en los brazos, continuos cáusticos y mil otras cosas.

Sus males morales eran tal vez peores, pues comprendía que iba a morir y a dejarnos solos. Encargó a mis hermanos menores con los mayores e imploró al Cielo que sus cuatro hijas solteras se casaran a la mayor brevedad.

Dios debió escucharlo. **Ocho meses después, Vicente Vidal pedía la mano de Ángela. Mamá no había querido oír hablar de aquel casorio, pero mi Padre, viendo que aquel joven era honrado y trabajador accedió, fijando la fecha del matrimonio para el mes de febrero de 1854.**

La envidia acrecentaba mi desazón. No me dolía la felicidad de mi hermana. Sencillamente ansiaba que alguien me amara. Como no tenía a quien recurrir, empecé una Novena al arcángel Rafael recordándole que me buscara esposo. Mis plegarias también fueron oídas... aunque de manera bastante imperfecta.

La señora Vidal, suegra de Ángela, tenía un hermano. Don Fernando Pontones, hombre de unos 45 años, viudo y con tres hijos, poseía una fortuna de medio millón de pesos. Este caballero me comenzó a cortejar inventando paseos y meriendas en el campo, aunque yo no tomaba aquello por buena moneda.

Así las cosas, un día me llamó mi Padre y con su acostumbrada dulzura me dijo: “Hijita mía, ha venido el párroco a pedirme tu mano por parte de don Fernando Pontones. ¿Te querrías casar con él? Es un hombre rico y honrado y creo que haría tu felicidad”. “El arcángel Rafael responde a mis oraciones”, cavilé. Sin embargo, más vale que se esmere un poco. ¿Yo? ¿Casarme con un vejete para que le caliente la cama y le cuide a su descendencia? Nunca. Este carcamal, por muy rico que sea, recordará siempre a su difunta esposa y sus hijos jamás me aceptarán como madre. ¿No merezco algo mejor? San Rafael, me has presentado a un cojo y ahora a un anciano. Te lo agradezco, pero...

Papá se impacientó ante mi largo silencio.

—Hija, ¿qué me contestas?

—Si quieres, me casaré con él, pero a los cuatro días le pongo los cuernos —aseguro que no supe lo que dije y que ignoraba el verdadero sentido de aquella palabra.

Aseguro que supe perfectamente lo que dije y que comprendía el verdadero sentido de aquella palabra. Lola se había encargado de abrirme “las entendederas”, pues consideraba una obligación moral que nadie se aprovechara de nosotras, unas señoritas decentes. Por mi parte, me encantaba escandalizar a quien se pusiera enfrente. Ésa vez le tocó a mi Padre.

Sonrió desconcertado, pero no estaba en su carácter meterse en camisa de once varas. Prefirió seguirme el juego y fingir, como yo, candidez.

—Olvida este asunto, hijita mía, haz de cuenta que nada he dicho. Obedecí de mil amores. Burlarme de don Fernando curaba mi orgullo, proporcionándome una pequeña satisfacción.

Otros pretendientes me rondaron, pero con aquel corazón desengañado que yo tenía, me hacía una gala de despreciarlos.

A causa de la asistencia que prestábamos a nuestro amado Padre, la salud de Lupe, mi hermana, comenzó a resentirse y le ordenaron los médicos que hiciera frecuentes paseos.

La señora Velázquez, amiga de la familia, se propuso acompañarnos y diariamente pasábamos un par de horas en los alrededores de la Capital.

Un día fuimos al Castillo de Chapultepec, sitio delicioso que no conocíamos, donde estaba la Escuela Militar. En la entrada del bosque había un centinela, el cual, al dar nosotras el nombre del director, cuñado de la señora Velázquez, nos dejó pasar.

Subimos la rampa que nos condujo a un patio adonde los alumnos hacían ejercicio. Nuestra amiga preguntó por su pariente y éste vino a nuestro encuentro. Nos saludó y yo, que me encantaba con los ejercicios masculinos, le supliqué me dejara verlos.

–Con mucho gusto, señorita.

Un oficial dirigía los cuadros gimnásticos. Su voz clara y firme restallaba en el espacio sin que se perdiera una sílaba. Tenía unos diecinueve o veinte años, estatura mediana, delgado, tez morena, hermosos ojos negros, boca grande; le apuntaba apenas el bigote.

–Miramón ha sido uno de nuestros mejores alumnos. Al principio se creyó que no seguiría la carrera de las armas, por su complexión delicada, pero los ejercicios gimnásticos, en los cuales es excelente, lo han robustecido.

El director destacaba las virtudes de su favorito, como si fuera un gallo de pelea al que hubiera apostado su peso en oro. Me fijé con mayor atención en el muchacho y descubrí que, sin menoscabo de su tarea, me miraba. Lo había visto en alguna parte... ¿dónde?

Teniendo a la distancia un bosque y, aún más lejos, dos volcanes enamorados, pensaste: “¡Al fin vuelves, más hermosa bajo este sol de primavera!”

–El 13 de septiembre del 1847, el ejército norteamericano atacó este castillo, defendido por cien soldados de infantería, otros tantos veteranos y cien alumnos del colegio –prosiguió nuestro anfitrión–. La batalla fue muy reñida. Aquel puñado de valientes defendieron como leones nuestro baluarte; pero entre todos se distinguió, por su valor y audacia, Miramón, que apenas contaba diecisiete años. En lo más terrible del combate cayó herido.

Desde mi sitio no distinguí si habías quedado marcado por una cicatriz, lo cual hubiera sido una desgracia, pues eras muy guapo.

Ya casados, me confesaste tus sentimientos. “Mientras mi superior hablaba contigo, te envié un ruego: Concepción, no te desvanecas como un sueño.”

–Un oficial americano que había admirado el coraje, la serenidad y la firmeza de Miramón, lo llevó al hospital. De este modo, salvó la vida. En el término de cinco años ascendió todos los grados de este colegio, habiendo merecido, por su buena conducta, mandar un cuerpo de artillería. Pasó a capitán y desde fines de año lo tengo como profesor.

Lupe y yo escuchábamos con la mayor indiferencia. En mi hermana, real; en mí fingida, pues esa mirada de ojos negros, penetrante, tenaz, empezaba a alterarme.

Tres cuartos de hora estuvimos admirando los ejercicios, tras lo cual nos despedimos. El director ordenó:

–Miramón, acompañe Ud. a estas damas.

La señora Velázquez lo tomó del brazo y monopolizó la plática, encantada de tener como oyente a tan gallardo mozo.

La diestra del militar nos sirvió de apoyo para subir al carruaje. Yo era la última de las tres. Cuando llegó mi turno, al tenderle mi mano, la besó. Sus ojos, ardientes, risueños, no se apartaban de mi rostro. Sin decir palabra, Miguel Miramón acababa de hacerme una promesa.

Mi hermana Lupe tenía un pretendiente, Romualdo Fagoaga, cortés, inteligente y simpático, pero de muy mala cabeza y amante del juego; por ese motivo no era bien recibido en casa.

Romualdo comprendía el disgusto que a mi Padre le daba verlo y, para disimular sus galanteos con Lupe, andaba siempre buscando quien lo acompañara.

Pocos días después de nuestro paseo a Chapultepec, se presentó con el capitán Miramón. Esa visita nos sorprendió mucho.

–A estas horas, mi Padre trabaja en el ministerio. Usted sabe muy bien que nos prohíbe recibirlo a solas.

Romualdo, poniendo su mano sobre el hombro de su amigo, replicó chancero:

–No pude negarme, cuñadita. Este bravo militar se ha enamorado locamente de usted. Quería verla, aunque arriesgara la vida.

Me pareció poco gracioso: ya no confiaba en la sinceridad de los hombres. Quise cambiar la plática; el aludido me interrumpió:

—Sí, señorita, es verdad, y no crea que deseo divertirme a su costa. Le estoy proponiendo una relación formal y, después, matrimonio.

“¿A los veinte y tantos años? San Rafael, pensé, no quiero viejos, pero tampoco niños.”

—¿Se quiere casar conmigo para llevarme a la guerra a caballo, cargando en brazos al niño y en el hombro al perico? —mi burlesca respuesta lo desconcertó, pero yo seguí la broma—: Ahora es Ud. capitán; en cuanto sea general nos casamos.

“Miau, miau”, oímos en el corredor; Papá llegaba. Su gato conocía las horas en que volvía y lo iba a aguardar, ronroneando. Romualdo pretendió huir; nosotras, escabullirnos de la sala. Miramón nos detuvo y, tranquilo, esperó. Tragando gordo, Romualdo hizo la presentación.

—Señor capitán, ¿en qué lo puedo servir? —indagó mi Padre en un tono bastante agrio.

El interpelado, hay que reconocerlo, no se intimidó ni un ápice. De algo le sirvieron sus campañas militares.

—Solicito permiso para pretender a su hija Concepción.

—¿Y cuáles son sus credenciales?

—Por ahora, pocas. Tan es así, que la señorita ha puesto como requisito que le entregue mi banda de general, antes del casamiento.

—Entonces, regrese cuando la obtenga.

Miramón inclinó levemente la cabeza. Él y Romualdo se despidieron y yo apenas atiné a darles la mano.

—Hijitas mías, si no hay una persona de respeto en la casa, no reciban hombres —ordenó mi Padre enojado.

Nos disculpamos; sin embargo, la escena no terminó ahí. Papá, contra su costumbre, comentó:

—Concha, te das el lujo de despreciar a otros partidos; pues bien, ojalá ni siquiera tomes en cuenta a este caballerete. Si acaso, te lleva tres o cuatro años. ¡Demasiado pocos para hacerse responsable de ti! Despídelo o te acusarán de robacunas.

Mortificada, asentí. Nunca aclaré que, a mis ojos, esos pretendientes poseían uno o varios defectos: incultos, autoritarios, malos conversadores o tediosos al máximo, tampoco garantizaban mi dicha futura.

Nuestro querido Padre se iba debilitando cada vez más. ¡Qué tristes horas pasábamos viéndolo sufrir! El pobrecito nos daba mil consejos y nos decía que debíamos estar unidas y vivir solas; así lo dejaba dicho en su testamento, porque tenía miedo a los tutores y a la familia... sobre todo, a su suegra.

—No quiero que les meta en la cabeza ideas liberales. ¡El país se irá a la ruina si los rojos se apoderan del gobierno! Además, ustedes ya rebasaron la edad de ser acogidas con beneplácito en casa ajena... excepto si se quedaran a vestir santos. Entonces, ya sosiegas, serían una ayuda en cualquier parte. Pero, trastornadas por el novio y con buena dote, no faltará quien las mal aconseje. A ustedes les corresponde velar por sus intereses... cuidar su honra... escoger un marido intachable.

Algunas de sus teorías eran avanzadas para la época, aunque totalmente imprácticas. Las solteras no “escogíamos” marido; nuestros parientes se encargaban de hacerlo, pensando, más que en el amor, en sólidos valores morales y económicos. De ahí que las uniones persistieran, con halagüeños resultados. Si bien no todas las esposas eran felices, tenían seguridad, protección y cumplían con su encomienda.

Mi Padre, al hacer su testamento, tan opuesto a las normas sociales, echó sobre nuestros hombros una responsabilidad excesiva.

En marzo de 1855 sufrió mi Padre un nuevo ataque y el 11 de abril tuvimos el inmenso dolor de enterrarlo. ¿Quién nos consolaría? ¡Habíamos perdido un amigo, un Padre cariñoso y tierno como pocos! La soledad cambia nuestros sentimientos. Perdonamos al muerto errores que antes no tolerábamos.

Totalmente desvalida, medité, una vez más, sobre la fragilidad de la existencia. El azoro ante la Muerte se trocó en odio arrebatado y pasional. Mi angustia explotaba en llanto, desmayos... depresiones que me obligaban a permanecer en cama contemplando el vacío. Me confortaba una certeza: no más permisos, ruegos, castigos. ¡Sería dueña de mí misma! Ahora lo admito: mi flamante independencia amortiguó mi pena. Nuestro luto debió dar paso a lo cotidiano. **Nueve días después del sepelio, procedimos a la lectura del testamento, al cual asistió toda la familia.**

Mi Padre nos legaba una fuerte suma, colocada en el Banco de Londres. “El comprobante se encuentra dentro de una libretilla de cheques, en uno de los cajones de mi escritorio. Conociendo el buen juicio de mis tres hijas solteras les ordeno que vivan solas, siguiendo los principios que les he enseñado.”

Al oír esto, mi abuela se puso furiosa porque, gracias a la herencia, nos librábamos de su tutela. Tal situación le parecía intolerable, pues aspiraba convertirse en nuestra segunda madre y manejanos como la primera. Su yerno le negaba el gusto.

—Sin una mano firme, se descarriarán. ¡Ya lo veo venir! —predijo—. Sobre todo tú, Concha. ¡Date por bien servida si no acabas despreciada por la gente decente!

Con tan optimista pronóstico, tomó su bastón, caminó hacia el corredor y dio un portazo que nos dejó turulatos. Cuando recobramos el aplomo, subimos con el notario y los albaceas a buscar la libretilla de cheques. **Se abrió el cajón del escritorio; nada. Se abrió otro cajón, tampoco estaba. Finalmente se llamó a un carpintero por si había un orificio secreto; desarmado el escritorio, no se encontró. Entonces revisamos libro por libro... con resultados infructuosos. Como última medida, escribimos a Inglaterra para averiguar si nos podían dar alguna luz sobre el asunto, pero sin el comprobante, el banco no asumía ninguna responsabilidad.**

Así desapareció el capital que durante largos años había economizado nuestro Padre. Nos quedaban tres casitas, el jardín Tolsá adonde habíamos pasado tantas horas alegres en nuestra infancia, la biblioteca, los coches, los muebles, las alhajas... Pero no bastaba para cubrir las deudas de la testamentaría y tener una renta vitalicia.

Recibimos un golpe espantoso. Por primera vez debíamos preocuparnos por algo tan desagradable como gastos, ingresos, ahorro. Terminaba, con el estruendo de una tragedia, aquella existencia plácida en que, siendo niñas de casa rica, pedíamos y se nos daba. Mis hermanas, devastadas por nuestra realidad, se refugiaron en rezos y lamentos, volcando en mí las responsabilidades cotidianas.

La familia nos aconsejaba que continuáramos como antes, ocultando nuestra verdadera situación.

—Si se mudan, quitan el coche o reducen el número de criados, nadie las visitará —auguró una tía—. ¡Ni sueñen con hacer un matrimonio conveniente!

Bastaba tal predicción para que Lupe y Mercedes me suplicaran, entre sollozos, que me plegara a semejantes sugerencias.

—Resulta imposible conservar este tren de vida —las previne—. Si no queremos mudarnos con la abuela, debemos reducir nuestros gastos. Para mí es tan duro como para ustedes. Tienen la última palabra, pero recuerden las recomendaciones de Papá.

Haciendo pucheros, bajaron la cabeza y, **desde ese momento, se convirtieron en dos corderitos, dóciles a mi mando.**

La parte más difícil era la colocación de tanto libro. Alquilamos pues un entresuelo que estaba enfrente de nuestro hogar, y los almacenamos allí. Más de tres meses trabajamos en formar un catálogo. Yo nunca me quejé. Tenía a mi disposición la sabiduría humana, presa entre páginas marfileñas. Leía, anotaba, y el duelo se me iba olvidando con cada hora que pasaba en la biblioteca.

Una vez mi curiosidad me llevó a ojear un libro con unas estampas obscenas. Me causó tanto horror que lo arrojé al suelo. Luego lo volví a tomar... Era una obra en francés compuesta de varios volúmenes. Estudié los grabados, memorizando detalles. Entendía algunas frases por su proximidad al español, aunque las imágenes no requerían explicaciones. La vergüenza me cubría; sin embargo, estudiaba una página, otra...

Atando cabitos, saqué conclusiones. ¿Con tales “técnicas” las mujeres dominaban a los hombres? Pero... ¡yo no era una cualquiera! Jamás me rebajaría a... Estaba segura: las señoras decentes nunca se atreverían... Saqué un diccionario para traducir cada palabra. Lujuria, *plaisir*... ¿Buscando tales satisfacciones los esposos iban a los burdeles? ¡Bur-del! Ni siquiera me atrevía a pronunciar tales sílabas. ¿Ansiaban lo que no tenían en su hogar? Cuando me casara, si yo permitía... eso... mi marido me despreciaría. *Plaisir, plaisir d’amour*... Al terminar el primer volumen, no sabía si sentirme orgullosa de mis nuevos conocimientos o mancillada. ¡Aquellos libros estaban en el *Índice*! Durante la confesión, el sacerdote exigiría conocer, al detalle, las circunstancias en que cedí

ante la tentación. Me pediría describir los dibujos... Aun a solas, el rubor me sofocaba. Pero... ¿nunca más me confesaría?

Al fin comprendí los comentarios de mi nana, predicando a las demás sirvientas que las casadas no debían ser remilgosas en la cama. “Si andan con que esto no y lo otro tampoco, los maridos consiguen una con la que puedan desfogarse.”

Devoré cada volumen sobre el tema. ¿Por qué mi Padre tenía semejantes libracos en los estantes? ¿Él y mi Madre practicaban las... los...? Mis deducciones me horrorizaron. ¡Le estaba faltando el respeto a un muerto! A Mamá también. Era una dama... siempre fue una dama.

Temiendo que mis hermanas vieran semejantes libros y el descubrimiento acarrearía problemas morales, **hice un auto de fe en la caba-lleriza de mi casa.** No obstante, las imágenes habitaban mi cerebro, esperando ser convocadas para acudir en tropel cuando conciliaba el sueño.

Lo vedado carcomía mis entrañas. En las plazas o en la iglesia, aguza-
ba los oídos para pescar frases que me abrieran posibilidades. Estaba dispuesta a romper mil barreras con tal de alcanzar el éxtasis pecaminoso que me enardecía.

Únicamente tú, amor, comprendiste la sed de mis muslos y mis senos. Tu pasión calmó todas mis ansias. Y yo correspondí a tu cuerpo, ofreciéndote el mío. Por eso, en nuestra luna de miel, durante nuestro matrimonio, la relación erótica ocupó tan grande espacio. Por eso, aún hoy, te extraño.

Tres meses y medio después de la muerte de nuestro amado Padre, Romualdo comenzó a visitarnos. Entraba y salía de nuestra sala a su antojo, sin que Lupe le pusiera los puntos sobre la íes. Su mera presencia me disgustaba y, todavía más, el aire de chanza con el que una tarde me preguntó:

—¿Sabe usted, cuñadita, quién ha vuelto a México?

—¿Quién?

—Miramón.

—¡Ah! —recordaba perfectamente al capitán, sus ojos negros y su atrevimiento, semejante al mío—. ¿Y qué? ¿Ocupa el mismo puesto en Chapultepec?

–**iQuite Ud. allá!** Lo ascendieron a teniente coronel.

–iMe parece extraordinario que en unos meses haya obtenido ese grado!

–Santa Anna quedó tan satisfecho de sus servicios en el Colegio Militar, que le confió el Batallón California –tras aquel comentario, su entusiasmo se desbordó–. Estaba compuesto por oficiales rebeldes y reclutas cobardes. Sin embargo, no hay soldado que respingue con Miramón al mando. Mi amigo disciplinó a la tropa en un santiamén, convirtiéndola en un grupo de élite. El presidente lo premió, mandándolo al estado de Guerrero a combatir la insurrección de Juan Álvarez.

Romualdo hizo una pausa y luego, con humildad, prosiguió:

–Yo tengo diez años más que él, pero no le llego a los talones. Miguel se distinguió en La Huerta, Tejupilco, Tracuachinapa, El Zapote y otras batallas, improvisando tácticas geniales. A punta de heroísmo conquistó el grado de teniente coronel que tanto la asombra, cuñadita.

Su discurso me impresionó, pero no iba a permitir que mi invitado lo notara.

–No obstante esas victorias, la revolución triunfa y Santa Anna se refugia en el extranjero. ¿Qué pasará con Miramón?

–Lo ignoro. Por lo pronto, el gobierno provisional lo acuartelará en la Capital.

Me lo avisa para que esté prevenida, deduje, fingiendo no darme por enterada. Aunque no lo admitiera, me encantaba la idea de volver a platicar con el apuesto militar.

A los pocos días, estando en el entresuelo, ocupada en el arreglo de los libros, oí pasos en la escalera, y a poco tocaron la puerta; pensando que era una de mis hermanas, corrí a abrir, pero ¿cuál sería mi sorpresa al encontrarme cara a cara con Miramón?

–Señorita, he sabido la desgracia de Uds. y le vengo a dar el pésame.

–**Gracias.**

Si esperabas que te convidara a pasar, te llevaste un chasco.

–**Vaya Ud. a casa –supliqué–, porque aquí estoy sola.**

–**¿Y qué importa? –repuso con suma arrogancia–. Es mejor que no haya nadie, porque así le puedo decir que la amo.**

Me enfureció que, aprovechándote de mi orfandad, me faltaras al respeto.

—No estoy para bromas. ¡Ya dije a Ud. que se vaya!

—No, no me iré, si antes no me da un beso.

Fuera de mí, insistí con duras palabras para que me dejara en paz.

—¿No se da cuenta? Si no lo ven salir, los vecinos empezarán a murmurar. Aunque a usted poco le importe, yo pretendo mantener mi honra intacta. Le ordeno una vez más: váyase.

Entonces sacando la espada me dijo:

—Si no me da un beso la mato.

Me recargué en la pared, abrí los brazos y repliqué: “pues máteme Ud.”. Bien entendido, metió tranquilamente su espada en la vaina y salió de allí; yo, más muerta que viva, temblando como una rama en medio de mi fingido valor, espí por la ventana y cuando lo vi alejarse, corrí a casa y le conté a mis hermanas mi aventura.

Este episodio ha sido relatado varias veces en tus biografías, Miguel, ya que fascina a las muchachitas románticas pero, en honor a la verdad, reconstruiré la escena:

—Si no me da usted un beso, la mato —amenazaste sacando la espada. Tus ridículas palabras, el todavía más ridículo ademán, provocaron mi risa. Me recargué en la pared, abrí los brazos y te desafié:

—Pues máteme.

Soltamos una carcajada y metiste tu espada en la vaina. Entonces, cambiando de humor, te increpé:

—¿Qué se ha creído? ¿Que me iba a arrojar en sus brazos? Ni por su edad ni por sus medios está usted a mi altura.

Te sonrojaste. Tan pronto como yo para el enojo, rebatiste iracundo:

—Señorita, usted pidió una banda de general como condición para nuestro matrimonio. Cuando se la traiga, espero cumpla su palabra —aprovechaste una pausa para calmarte—. Respecto a mis medios... Romualdo me ha dicho que quedaron en mala posición económica. Casándose conmigo, aliviaría ese problema.

—Se lo agradezco, pero no estoy en venta.

Te sonrojaste todavía más; entrechocaste los talones y saliste. Yo, temblando como una hoja, comprendí una cosa: contigo no se jugaba.

JUVENTUD

Hicimos limpiar una de nuestras casitas; estaba en Chiconautla, barrio feo, fuera del centro, con un caño bastante sucio en la calle. También nos redujimos a dos criadas: Petra, que guisaba, y mi nana Lola, que lavaba y planchaba. Del aseo de las habitaciones nos ocupábamos nosotras. Mientras sacudía el comedor, una vez por semana, maldecía nuestra suerte y durante mucho tiempo me devané los sesos pensando dónde demonios estaría el comprobante del banco cuya pérdida marcó el principio de nuestra desgracia. Ya colérica, reprochaba a mi Padre haber sacado el dinero del país... pero con tantas asonadas y revoluciones, tampoco aquí estaba seguro. Al cabo de muchas conjeturas inútiles, acabé por aceptar nuestra pobreza.

Muy duro nos fue aquel cambio, pero gracias a la disciplina férrea que impuse, efectué economías que nos permitieron contentar a los acreedores y vivir con relativa tranquilidad... aunque nunca nos acostumbramos a que nosotras, las hijas de don Francisco Lombardo, renombrado juriconsulto mexicano, hiciéramos labores de sirvienta.

Los desengaños se hacían sentir, la familia nos abandonaba. Nadie nos invitaba a una merienda; ninguno aceptaba nuestros convites para tomar chocolate. Sin embargo, era necesario infundir valor a mis hermanas; así que me comportaba como si estuviera hecha de hierro.

Una madrugada, Lupe oyó fuertes golpes en el traspatio y corrió a despertarme. No había duda, un ladrón estaba rompiendo una pared! Mis hermanas más muertas que vivas, se vistieron para llamar al cochero. Yo, no sin grandísimo miedo, llegué al lugar de donde salía aquel estruendo.

—¿Quién es? —grité con todas mis fuerzas—. ¿Quién da esos golpes? —Soy yo, niña Conchita, el albañil. Vine a limpiar el caño de la cocina.

–¿Y por qué no avisas? –le pregunté, enojada.

–No creiba que fuera necesario. Como me dio la orden la niña Lupita...

Volví a mi recámara, protestando que, hasta que no viera entrar a los rateros, no me levantaría.

Sin embargo, había quedado establecido un punto: mis hermanas recurrirían a mí en cualquier aprieto. Después de todo, yo era el hombre de la casa.

El 11 de septiembre el general Carrera renunció a la Presidencia, triunfando el Partido Liberal. Nosotras, temerosas de que ocurrieran nuevos desórdenes, decidimos irnos al campo. Al pasar por la Santa Veracruz, una tropa nos cerró el paso; detrás de nosotras venía otra fuerza armada. Nuestro cochero, espantado, se detuvo en mitad de la plaza.

Mercedes lloriqueaba y Lupe pedía las sales. Hubiera querido darles una fuerte sacudida, pero no era el momento. **Saltando al suelo, grité a los soldados:**

–¡No disparéis! ¿No veis que somos mujeres solas?

El oficial hizo seña al cochero de seguir su camino y proseguimos en medio de los soldados, que nos lanzaban piropos subidos de tono.

–Léperos –musité, cuidando que no me oyeran.

–Haces bien en sulfurarte –afirmó Lupe, cuando recobró la voz–. A ti te corresponden esas leperadas. De nosotras tres, eres a la única bonita, a quien admira el pueblo.

La casa que alquilamos en Tacubaya (a media legua de la Ciudad de México) era una vivienda baja y pequeña. Se componía de una salita, dos cuartos de dormir, un comedor miniatura y la cocina; lo que la hacía agradable, era el jardín.

Pocas semanas después de nuestra instalación, Mercedes pasó unos días en casa de mi abuela. Volvió contando que había sido muy obsequiada por nuestras tías y que había conocido un inglés muy amable que vivía en Tacubaya. Se llamaba Eduardo

Perry y ofreció visitarnos. Al mes, comenzó a hacerme la corte, pero yo me mostraba indiferente.

Así las cosas, una tarde estaba cortando violetas cuando oigo el trote de un caballo. Éste se detiene detrás de la reja, y oigo que me llaman: “¡Señorita!”. Alzo la cabeza y veo un oficial elegantemente vestido.

—¿Quién es Ud.?

—¿No me reconoce? Soy Miramón. Estoy de guarnición en Tacubaya, con el regimiento 11 Ligerero.

—¡Ah! —exclamé, fingiendo indiferencia. En realidad, tu constancia aumentaba mi presunción. También me parecía conveniente que Perry se enterara: yo les interesaba a otros y si él no se daba prisa... Me acerqué a la reja, muy sonriente.

—¿Quiere usted saludar a mis hermanas?

Guardaste silencio por un momento, recordando, quizá, la escena con la que nos separamos.

—No tengo, señorita, a quien dejarle mi caballo. Me voy, pero pronto volveré.

Hiciste que el animal caracoleara, mostrando tu pericia como jinete. Después, desapareciste calle abajo. **Había cambiado de aspecto, su bigote le cubría la boca, su estancia en la Capital había emblanquecido su cutis ennegrecido por el sol del sur y sus ojos lucían más hermosos que la última vez que lo había visto.** Además, el uniforme te daba prestancia, ensanchando los escasos cuatro años de edad que nos separaban. No hubiéramos hecho mala pareja... “Controla tu imaginación”, me regañé. Un hombre tan guapo debe tener muchas admiradoras... Sin embargo, me prefiere a mí.

Cumpliste tu palabra. **Miramón se presentó en casa acompañado de Romualdo, y aunque se manifestó algo frío y reservado, comprendí que no había renunciado a sus pretensiones.** “Si lo desprecio, lo alejaré definitivamente, reflexioné, y me conviene tenerlo cerca.”

Un día, Miguel organizó una excursión. A la hora de partir, todas querían mi caballo por ser manso y estar acostumbrado a

las señoras. Yo, deseando mostrar que nada me arredraba, lo cedí.

Animada por el aire puro de la mañana, azucé mi cabalgadura. El sol bañaba mi cara, me sentía libre y la juventud latía en mis venas prometiéndome una vida plena.

Volví la cabeza. **“El único que me sigue es Miramón”, pensé, “pero será por poco tiempo”. Piqué espuelas. De pronto el caballo se asustó y comenzó a pararse de manos. ¿Qué iba a ser de mí?**

Miramón, con una prontitud increíble, me alcanzó.

–Suelte usted el estribo –gritó, saltando a tierra. Obedecí sin saber lo que hacía, entonces él me asió de la cintura y como una pluma me bajó de la silla. El animal, libre de mi peso, echó a correr.

Estábamos solos. Seguramente, los demás habían escogido una vereda menos peligrosa. Tu presencia, tu rostro tan cerca del mío, alteraron mi respiración. Adiviné que me ibas a besar y no hice nada por evitarlo. Que mi primer beso me lo robara un hombre joven, guapo, guapísimo... Para mí sería inolvidable. ¿Para ti? “También lo fue.”

Los muertos no hablan. Sin embargo, acabo de oír: “También lo fue”. ¿Es posible, entonces, cruzar las barreras del tiempo y del espacio?

Aquella mañana nuestros labios se unieron tiernamente. Permanecimos juntos, inmóviles, escuchando los pájaros, el rumor incesante del viento entre las ramas. Las trabas de la educación y la moral desaparecían. Me besaste otra vez. Esta vez metiste tu lengua en mi boca, explorándola, mientras yo trataba, a medias, de contenerme. Me acercaste, aún más, hasta oprimir mis senos contra tu pecho. El sol, el calor, me bañaban. Quizá te hubieras detenido; yo... Te devolví el beso. Me miraste estupefacto. ¿Una señorita decente te alentaba a...? Segundos después, me quitabas el sombrero; las horquillas caían perdiéndose entre las piedrecillas, y yo, paralizada por la emoción...

Escuchamos los gritos de Mercedes.

Fue automático: me agaché, cogí un puñado de polvo y me ensucí cara y vestido. En ese momento, Romualdo apareció llevando mi caballo por la brida.

–Cuando el bayo salió a nuestro encuentro, pensamos que algo malo le había ocurrido, cuñadita.

—Me tiró pero, gracias al Cielo, no me lastimé.

Ni siquiera tuve que explicar el cabello despeinado, ni el rubor intenso de mis mejillas: Lupe y Mercedes me rodearon, examinando cada uno de mis huesos para comprobar que sobreviviría.

Pasado el susto, volvimos en coche a Tacubaya. Durante el trayecto, mi cuerpo entero recordaba esos besos. Ahora comprendía por qué los curas prohíben tales acercamientos. En mi imaginación, tus manos todavía me quemaban los pezones, la espalda, la nuca... ¿Y tú? ¿Qué pensabas de mí? ¿Por primera vez besabas a una joven de mi clase? ¿Contarías lo sucedido? ¿Alguien te creería?

Habla, amor. Una palabra, te lo ruego. Prueba que no has muerto. Tu ejecución fue un mal sueño. ¡Vives! Habla, háblame...

Después de este paseo, Miramón me escribió insistiendo en sus pretensiones. No contesté su carta y cuando venía a casa lo trataba con displicencia y algunas veces me negaba a recibirlo.

Una tarde, incapaz de aceptar semejantes contradicciones, me pediste una entrevista. Te la concedí. Desde luego, no a solas como exigías: Lupe bordaba al otro extremo de la sala, amenazada de muerte si osaba dejarme a tu merced.

Ante esa presencia incómoda, bajaste la voz.

—Me atrevo a creer que no le soy indiferente, Concepción —tuviste una delicadeza propia de caballeros: nunca mencionarías lo ocurrido entre nosotros. Ante mi silencio, continuaste—: Entonces, ¿por qué se niega a formalizar nuestro noviazgo?

—Porque me propone algo imposible. Mi Padre pertenecía a su mismo partido. El resto de mi familia, por la rama materna, es juarista, y a usted, no obstante su edad, lo consideran el paladín de los cangrejos... perdón, de los conservadores.

—Pierda cuidado. Viniendo de usted, las palabras no me ofenden.

Sin una disculpa, proseguí:

—En cuanto nos casemos, mi abuela, tíos y hermanos, me volverán la espalda. Además, no tengo dote. Sin duda, su familia preferiría a una joven que lo apoye con influencias políticas, un negocio o... —respiré hondo, antes de exponer un punto humillante—: El gobierno está siempre

en bancarrota y la paga del ejército es lo primero que suspende. Careciendo de sueldo, ¿cómo me mantendría usted?

Te sonrojaste hasta la raíz del cabello.

—Lo que mi familia y la suya opinen me tiene sin cuidado. Respecto a la dote, no la necesito; con o sin sueldo, me basto y sobro para darle una vida modesta, pero digna.

—Hay otro obstáculo: las consideraciones sociales. Hace años tuve un novio y... —ahora fui yo quien se sonrojó. Me alteraba muchísimo esa plática; sobre todo, admitir que Agustín había terminado nuestras relaciones—. Me dejó por...

—Hay muchos imbéciles en este mundo, Concha —asentaste, reflexivo—. A usted le tocó lidiar con uno.

Lupe tosió, tratando de averiguar si su papel de chaperona había concluido. Ninguno de nosotros se dio por enterado.

—Algo más me preocupa: nuestro carácter —no me contuve. Con la mayor sinceridad te abrí mi corazón—. Somos muy parecidos. Yo estoy acostumbrada a mandar; usted a ser obedecido. Si ninguno cede, ¿qué nos espera? Discusiones interminables, enojos, pleitos.

—Pinta el matrimonio como una lucha de voluntades en que vence el más fuerte, señorita, pero se olvida del amor y el respeto. Existiendo, aspiraríamos a una gran felicidad.

—Me parece demasiado optimista, demasiado fácil...

—¿Les ofrezco una tacita de chocolate? —interrumpió mi hermana, mientras se alzaba de su asiento.

—Por favor —dijiste.

Lupe se dirigió a la cocina. Apenas nos dio la espalda, me tomaste la diestra, clavando tus pupilas oscuras en las mías.

—Fácil o difícil estoy dispuesto a intentarlo. En cuanto le presente mi banda de general, se casa conmigo.

Bajé los ojos. ¿Lo interpretaste como un asentimiento? En verdad, desviaba la mirada para que no descubrieras un último obstáculo: Eduardo Perry, el inglés.

Un mes después, como a las cuatro de la mañana, nos despertó una música militar. Al día siguiente nos dijeron que el regimiento 11

Ligero se había marchado y comprendí que Miramón se había ido a despedir por medio de su banda. Sentí un enorme vacío... también alivio por no enfrentarme a tu tenacidad.

Perry quedó dueño del campo y redobló sus amabilidades para conmigo. Varias personas, sabiendo que me visitaba, me advirtieron que tuviera cuidado, pues enamoraba señoritas y luego las dejaba plantadas. Además, le hacía la ronda a Margarita G. Yo no echaba esto en saco roto, sin embargo, mis sentimientos ya no eran completamente libres. Mi demonio particular, la soberbia, despertó de nuevo. Ansiaba dominar, como si las personas fueran peones y la vida un tablero de ajedrez. Sujetando a Perry, demostraría que era más hermosa y más inteligente que mis rivales.

Así, aunque no estaba enamorada de Eduardo, permití que sus visitas continuaran. Poco valió la presencia de mis hermanas: éramos tres muchachas solas y las habladorías se multiplicaron. Quizá debimos convidar al padre Pinzón a nuestras meriendas, mas Perry se hubiera opuesto. Como anglicano practicante, la plática con un cura lo incomodaba al extremo.

Mi cuñada Naborita, que estaba en México, me mandó llamar. Salí de Tacubaya acompañada de mi nana. Al llegar, Lola subió para anunciarme. Luego se me acercó y me dijo al oído: “Ten cuidado, he visto pasar a la niña Margarita (ésa con quien el señor Perry tiene amores) y me parece que se ha escondido en un ropero para espiarte”.

Tales palabras me indignaron. “¿Mi cuñada me tendía una trampa? ¡Nada valen los lazos de familia!”, pensé. Sin embargo, ya sobre aviso, **entré tranquilamente en el tocador de Naborita. Tras los saludos, me hizo sentar en un sofá que “casualmente” estaba delante de un ropero.**

–Tú sabes que mi mejor amiga tiene relaciones con Eduardo Perry –empezó–. Por ahí me han dicho que él te enamora y deseo saber si le correspondes.

–Ciertamente, pero le he puesto por condición, que rompa con tu amiga.

–**¡Eso es una infamia!**

–**En materia de amor no se tiene consecuencia con nadie –afirmé, dando por terminada esa desagradable conversación.**

Esa misma tarde volví a Tacubaya y por fortuna Perry se presentó por la noche. Lo recibí muy fríamente y él lo notó.

–**¿Qué tiene usted?**

–**Tengo que no quiero que vuelva a poner los pies en mi casa. ¡Usted está comprometido con Margarita G! Con sus visitas me deshonra; por tanto, lo saludo y no vuelva –diciendo esto salí de la sala.**

Apenas dormí. Había puesto mis condiciones; ahora faltaba que él las cumpliera.

Cuando amaneció, Lola entró en la recámara agitando una carta.

–Te la manda el tal Perry.

Leí a toda prisa, sin preocuparme de que a mi nana la molestara mi interés por un hombre tan poco confiable.

–**¡Me hace una declaración en toda forma! ¡Y me promete que dentro de pocos días romperá con Margarita!**

–Ganaste la partida –concluyó Lola–, pero el premio deja mucho que desear. Si estuviera en tu lugar, me quedaba con el soldadito. ¡Tan guapo!

Manuel Doblado, disgustado por una ley sobre la administración de justicia, impuesta por don Juan Álvarez, proclamó presidente a Ignacio Comonfort. En aquella época subían y bajaban mandatarios mientras el país se iba a pique.

Don Juan Álvarez, a quien no se le ocultaba su impopularidad, renunció a su puesto para refugiarse en el sur. **Todo parecía estar en calma y por ese motivo decidimos regresar a la Capital.**

–La ciudad está irreconocible –sentenció Lola apenas cruzamos la Alameda–. Sucia, llena de enfermos y mendigos. ¡Que Dios nos guarde!

No exageraba. **Algunos regimientos, que todavía no evacuaban la plaza, andaban descalzos, con unos calzones de manta que en un tiempo fueron blancos; usaban sombreros de paja, en estado deplorable, y frazadas que les daban un aire de salteadores. Sus**

inmundicias las hacían por las calles, y donde les cogía el sueño se echaban a dormir.

—Estos soldados defendieron el Plan de Ayutla y ahora sostienen al presidente, nana. Por tanto, guárdate tus comentarios o tendremos problemas.

Sin embargo, Comonfort no necesitaba que creáramos dificultades; él mismo las fabricaba a toda velocidad, como si su único propósito fuera el descontento social. En vez de tranquilizar a la población, se dedicó a perseguir al clero y al ejército.

—Me parecen medidas poco prudentes —comenté, usando las palabras de mi Padre cuando se enzarzaba en una discusión.

—Romualdo opina que Miramón no va a tolerarlo —agregó Lupe—. Como militar, no se quedará callado.

Mi hermana tuvo boca de profeta. En diciembre, te sublevaste en Tlatlaucui y atacaste Puebla. Estas noticias cayeron como un rayo. El gobierno desatendió las tareas administrativas para dedicarse a la guerra. **Ordenó que se cogiera de leva al bajo pueblo y se arrancaran de sus faenas a los pobres. Con esos infelices se formaron varios batallones, que unidos al ejército sumaban dieciséis mil hombres. Ignacio Comonfort, presidente de la República, salió con dirección a Puebla, el 29 de febrero de 1856.**

Dos días después, a las siete y media de la mañana, liberales y conservadores iniciaron un combate terrible, luchando con igual valor los jefes, oficiales y tropa de una parte y de otra.

Miramón y Osollo amenazaron los flancos enemigos mediante un falso ataque, luego regresaron al centro. Tras una lucha que duró dos horas, se adueñaron de la posición, apoderándose de la artillería y tomando prisioneros a dos batallones. No obstante, consideraron que era difícil triunfar sobre un ejército numerosísimo y propusieron una tregua. Comonfort la aceptó, prefiriendo cercar la ciudad a continuar desangrando a sus batallones.

De inmediato puso manos a la obra: cortó el agua e impidió la entrada de víveres. La resistencia, sin embargo, no menguó. Los conservadores peleaban con bayoneta, defendiendo el terreno

palmo a palmo. No había un convento, un edificio o una calle que no estuvieran empapados en sangre.

28 días duró aquel sitio. Lo más brillante del ejército conservador pereció allí, sacrificado a la justa y santa causa que defendía. Al final, desprovisto de lo necesario para continuar la lucha, capituló.

El presidente Comonfort tuvo la oportunidad de reconocer el heroísmo de los vencidos; no lo hizo. Admitió la rendición bajo condiciones vergonzosas: trescientos oficiales fueron degradados y, en calidad de soldados rasos, conducidos a Izúcar de Matamoros.

Tú te negaste a firmar ese documento.

—¿Prefiere usted el perdón?

—Prefiero que me traten según el rango que ostento.

Y, desde ese instante, te dedicaste a planear tu fuga.

Junto con Márquez, Osollo y otros, Miramón burló la vigilancia y disfrazados llegaron a Veracruz. Hay quien afirma que las autoridades no hicieron mucho por atraparlos.

Miramón permaneció en el país. Sus compañeros se refugiaron en la fragata francesa Penélope, que se alejó del puerto el 27 de marzo.

La intranquilidad reinaba. No era posible vivir en medio de pronunciamientos. Si un partido elegía una opción, sus opositores la rebatían y los amigos de infancia se convertían en enemigos irreconciliables por diferencias ideológicas.

Siete meses después, cuando supiste que los conservadores volvían a tomar las armas, abandonaste tu refugio. El 20 de octubre de 1856, a la una de la mañana, tú y tus hombres entraron en Puebla. **Apresaron al comandante. Se apoderaron de cañones, parque, municiones y demás pertrechos de guerra. Luego condujeron las piezas a las bocacalles y las pusieron como para hacer fuego, es decir, en batería. A partir de ese momento, sus aliados se multiplicaron.**

Era evidente que los liberales tenían pocos adeptos en aquella ciudad. Apenas se enteró de tan nefasta noticia, Comonfort envió cuatro mil hombres contra los sublevados. Su odio hacia los conservadores, ave

fénix monstruosa, que resurgía de sus cenizas para enfermarlo a disgustos, se duplicó. Por tal motivo, la tropa recibió una orden:

–Destruyan los emblemas de los cangrejos: banderas, estandartes, imágenes. Impidan que la gente relacione ideas con símbolos. ¡A ver si aplastamos a estos rebeldes de una vez por todas!

Obedientes, los rojos apuntaron a la divisa con una cruz en el centro, debajo de la cual había una calavera y una leyenda: “Soldados valientes, Religión o muerte”.

Tras varios intentos, el asta cayó, acribillada por las balas. **Miramón, que defendía aquel punto, dio orden de sustituirla, pero su subalterno titubeó; entonces, él mismo se lanzó al lugar del peligro, e impasible en medio de las metralas y volteando la cara hacia el enemigo, colocó su bandera en aquella altura.**

Desgraciadamente para los pronunciados, tanto sacrificio, tanto valor y tantos actos de heroísmo fueron infructuosos. El 3 de diciembre se rindieron, dando por terminado un sitio que duró cuarenta días, con el consecuente sufrimiento para la población civil.

Tú, amor, lograste escapar. Esa huida tenía un triple propósito: no firmaste la capitulación, preservabas tu honor y te reunirías con las fuerzas de otros jefes conservadores en los llanos de Apan. La rendición no entraba en tus planes y, mientras hubiera vida, había esperanza.

Año y medio después de la muerte de nuestro Padre, mi situación amorosa permanecía igual. Eduardo Perry nos iba a ver diariamente, platicaba con nosotras una hora y luego regresaba a Tacubaya, donde seguía viviendo. Estas visitas eran, sin duda, una muestra de cariño, pero... **nada impedía al inglés casarse conmigo, tenía alguna fortuna, ocupaba una buena posición en una de las mejores bancas de la Capital, era libre... ¿por qué no hablaba de matrimonio?**

Una noche nos invitó al Teatro Nacional a festejar el carnaval. **Ni yo ni mis hermanas quisimos aceptar, encontrando inconveniente ir solas a una diversión de esa clase.**

–No yendo nosotras, Eduardo, ¿tampoco usted irá?

–No puedo darle gusto, Concha. He tomado un palco con unos amigos y nos hemos cotizado una cena a la cual me he comprometido

asistir. Además, usted nunca acata mis deseos. ¿Por qué habría yo de rendirme a los suyos?

Si existía una oportunidad en mil de que me mostrara razonable, esas palabras la desvanecieron. Perry picaba mi orgullo y ahora no me doblegaría en ninguna forma. Enojada, insistí en que permaneciera conmigo; no cedió y nos separamos disgustados.

Libre de su presencia, corrí a casa de una amiga y le supliqué que ella y su marido me acompañaran al teatro. Accedieron a mis ruegos. Apenas tuve tiempo de improvisar un disfraz y una máscara, cuando llegaron a buscarme.

En el centro del teatro había grupos bailando cuadrillas. Entre los Pierrot, los Polichinelas, los Arlequines y algunas mujeres elegantemente vestidas de Locura y de majas españolas, distinguí a mi inglés. Con una desenvoltura de la que hoy me asusto, me detuve delante de él y le dije, hablando en falsete:

—¿Cómo estás, Tenorio? ¿Y Concha (era yo)? ¿Has venido y ella no está aquí? Me han dicho que eres un cínico y que te gusta enamorar a las muchachas y no casarte con ellas... ¿Y Luz y Margarita, y tantas otras? Vamos, vamos don Juan. A Luz la dejaste por Margarita, a Margarita por Concha, a Concha ¿por quién la dejarás?

—Ten cuidado —le aconsejó mi amiga a Eduardo quien, rojo por la mortificación, deseaba estrangularnos—. **Con ella no juegues, porque es capaz de darte unos calabozos que no los puedas digerir jamás. Las máscaras me ofrecían refrescos, querían bailar conmigo, pero a todo rehusaba. La parte grave era irnos sin que nos persiguieran. Con mil trabajos nos metimos al centro del salón, salimos por el extremo contrario y logramos evadirnos.**

Esta aventura, sumamente satisfactoria para mi orgullo, no alteró la conducta de Eduardo. Continuaba presentándose en casa y (¡ay de mí!), seguía sin pronunciar la palabra “matrimonio”. Me trataba como su novia, aunque nunca hubo entre nosotros ni un signo de afecto.

—No le des adelantos —opinó mi nana, cuando le confié mis penas—. Nada de besitos y arrumacos. Muchos hombres se engolosinan, pero este güero, tan menso, a lo mejor se asusta.

Lupe empezaba a preocuparse, como yo, por la conducta del inglés. Consultamos a nuestro guía espiritual, quien determinó:

—Rompe esas relaciones. Entre más tiempo pase, menos control tendrás sobre esta situación porque o vistes santos, o te conviertes en esclava de Perry y le mendigas que te conduzca al altar.

Me asombró la claridad con que el padre Pinzón resumía mi problema. ¿Eduardo intentaba desesperarme? Y yo ¿qué debía hacer? ¿Aguardar a que el Partido Conservador recuperara el mando? ¿Pedir, con los brazos en cruz, que me rescataras entregándome tu banda de general?

—Conchita, tienes dos tías en la Encarnación —continuó el sacerdote—. Resguárdate ahí. Yo mismo expondré mis planes a las monjas y conseguiré el permiso del Arzobispo.

Los preparativos tomaron una semana. Antes de partir, le entregué a Mercedes una carta para Eduardo, notificándole mi resolución. Como aquello era temporal, me puse muy contenta: la mudanza rompía el tedio, tiñendo mi vida de romanticismo.

Las santas mujeres me esperaban; pero no podían abrirme sin una autorización. Permanecí en la portería, bastante nerviosa. **Después de algunos cuartos de hora, se presentó mi hermana, agitadaísima. ¡Perry estaba en casa!**

—Leyó tu carta y... casi se vuelve loco, Concha. Nos llamó fanáticas y otras lindezas. A duras penas le hicimos beber una limonada. Ya tranquilo, juró que sus intenciones eran buenas, suplicándome te hiciera desistir, pues pronto se casarían.

En esos momentos llegó el padre Pinzón, para informarnos que el permiso se había retrasado; por lo tanto, las monjas no abrirían las puertas. Lupe refirió lo que sucedía y los tres volvimos, cabizbajos, a casa.

El párroco habló con mi novio duramente:

—Estas niñas carecen de protector, señor Perry, razón de más para que usted se comporte como un caballero.

—En unas semanas recibiré la anuencia de Roma para efectuar un matrimonio interreligioso con la señorita Lombardo. Tened un poco de paciencia.

En efecto, aquellos papeles llegaron en el tiempo previsto. Poco a poco, **la calma reinó y se puede decir que desde ese momento ya era el inglés mi pretendiente oficial.**

Me preguntarás, Miguel, si pensaba en ti o si la ausencia te borró de mi memoria. Vivía confusa, entre el miedo a perder lo seguro, Perry, y la ilusión de recuperarte. ¿Te amaba? Si amé a Agustín Franco, entonces lo que sentía por ti no era amor. Mi primer noviazgo estuvo lleno de frustraciones, también de ternura, sueños e ilusión. Tú eras real. Sellaste mis labios con tus besos. Debía tocarme... donde me tocaste... aunque mi piel no temblara como antes, bajo tus manos. Durante tu ausencia te añoraba... como ahora. ¡No, no tanto! Deseaba que fueras diez años mayor para que la gente dijera: “Es bueno que siente cabeza; puede establecerse; comprende las responsabilidades de un hogar”. En aquel entonces, la aprobación social era imprescindible y yo ignoraba que en el amor no cuentan ni la madurez ni la razón; sólo un hombre y una mujer, frente a frente.

Desde nuestra separación, mi espíritu ha envejecido. Mis juicios son más nítidos y evalúo los recuerdos con imparcialidad. Sin embargo, nada me hace feliz. Quizá llamarte, hasta que en un susurro me contestes. Te lo suplico, arrebatame esta lucidez. Entonces, loca, creeré que tu fantasma me visita por las noches... y me besa.

La promulgación de la Constitución Federal de 1857 y el decreto para jurarla, causaron descontento general. No había convivio o reunión donde se discutiera otro asunto. La nueva legislación permitía la libertad de culto, convirtiendo a los sacerdotes en simples ciudadanos, con los mismos derechos y responsabilidades que cualquiera.

—¡Habrased visto! —clamaban los conservadores—. ¡Sólo la Iglesia tiene derecho a juzgar a un representante de Dios! Lo que es peor, ise desamortizan los bienes eclesiásticos!

—A mí me parece una excelente medida la reducción de los privilegios de los señores curas y la venta de la mitad, o más, de los bienes raíces de esta nación —opinaban los liberales.

—No me extrañaría que usted jurara la nueva Carta Magna.

—Lo haré.

–Pues quedará excomulgado.

Eso silenciaba a la mayoría. Aun los rojos profesaban la fe católica y quedar segregados del cuerpo místico de Cristo causaba graves inconvenientes a sus conciencias.

El gobierno temiendo una nueva revolución, comenzó a perseguir a sus oponentes. Los sacaban de sus hogares y los encerraban en la Exacordada, adonde purgaban su pena los criminales de delito común.

Una velada en que Miramón se hallaba en casa de don Juan Cervantes jugando tranquilamente al tresillo, le avisaron que estaba rodeado y que ni por la puerta principal, ni por las azoteas, podía escapar. Su primer movimiento fue armarse.

–Me voy –dijiste–, pero no olviden que yo gané la partida. Cobraré a mi regreso.

–¡Por Dios, Miguel, no estamos para bromas!

–Pronto, métase en aquel armario –rogó la anfitriona.

–Ahora la que bromea es usted.

–¿Prefieres que perezcan nuestros ideales? ¡Doblega el orgullo, pues sin tu liderazgo nos vamos a pique!

–Lo siento. Me parece indigno esconderme.

–Nunca le he pedido un favor, coronel. En este momento lo hago. Salve su vida o, al menos, inténtelo.

–Señora, no acostumbro contrariar los deseos de una dama –y besándole la mano, acataste aquella súplica.

El gobernador de la Capital, Juan José Baz, después de recorrer las habitaciones, llegó a la recámara adonde Miramón estaba escondido y deteniéndose delante del armario, sacó una pistola:

–Salga usted de su escondite.

Miramón abrió la puerta, mientras advertía:

–Le entrego mi arma a usted, gobernador, la persona de más alta jerarquía en esta sala. Espero me trate como corresponde a mi rango –te volviste, socarrón, hacia los esbirros–: Pierdan cuidado, los sigo. Mas, al primero que me ponga la mano encima, lo mato.

Alguien de la familia había sido el delator. Ocurría con relativa frecuencia ya que, aun entre hermanos, las opiniones contrastaban: unos pertenecían a un partido; los demás, al grupo contrario.

Baz tuvo el buen juicio de no molestarte. Agradeciste a tus amigos las muchas amabilidades de las que habías sido objeto y, sin necesidad de sogas o guardias, te condujeron a la cárcel.

Una mañana, que acompañada de mi nana Dolores regresaba a casa, nos topamos con una multitud. Baz, queriendo humillar a los conservadores, les hacía limpiar las calles. Entonces me acordé de haber oído que Miguel estaba preso y le pregunté a mi vecino, que parecía hombre decente:

—Dígame usted, señor, ¿está entre esos presos el coronel Miramón?

—No, señorita, cuando el gobernador les hizo poner a los prisioneros una cadena, lo previno: “A mí no me condena usted a semejante vergüenza. Sólo muerto me sacará usted de aquí”.

—¿Y eso bastó para que el gobernador desistiera?

—Lo contrario habría provocado un motín y la situación ya es bastante difícil para que, además, la agrave. Yo tengo una teoría, señorita.

—¿Cuál?

Se aproximó, como si fuéramos cómplices, y musitó:

—Con el perdón de usted, el gobernador no tiene los tamaños para dominar a Miramón. Carece de envidia, inteligencia, hidalguía... En una palabra, se achica ante el coronel.

En ese momento llegaron varios lacayos portando elegantes libreas que traían charolas con magníficos servicios de fina porcelana, llenos de exquisita comida.

—¿Ve? —agregó mi interlocutor—. La marquesa de Morán, encolerizada por la actitud de Baz, envía a sus criados para que atiendan a los oficiales presos.

Me alejé satisfecha. Crecías ante mis ojos. Acaso algunos te juzgaran infantil o imprudente. Yo te consideraba un héroe. Tu audacia me admiraba y, si hubiera sido varón, habría imitado tus ademanes, tus respuestas y ese desprecio total hacia el dolor o la muerte. Ansiaba tratar ese tema contigo. La Parca, a quien consideran la amante del militar, ¿te seducía? O, al cabo de varias pérdidas, como a mí, ¿te horrorizaba?

Después de los Oficios del Jueves Santo en la Catedral, los canónigos entregaban al presidente de la República, la llave del tabernáculo, adonde se depositaba el Sacramento, hasta el Sábado de Gloria. Pero, en aquella época en la cual se había desencadenado tan terrible tormenta contra la Iglesia, no podía el arzobispo entregar la llave de aquel tesoro a sus más encarnecidos y crueles perseguidores.

El gobernador Baz envió un ultimátum, los canónigos contestaron con una enérgica negativa. Entonces, fuera de sí, se lanzó a la Catedral con sus esbirros.

Mujeres, niños y ancianos fueron hollados por el caballo del “valiente” gobernador. Entre el pueblo estaba el cochero de don Francisco Rubio. Indignado por aquel sacrilegio y por las blasfemias que aquellos impíos vomitaban, se quitó una cuarta que llevaba ligada a la cintura, y arremetió contra los policías. Inmediatamente lo rodearon y se lo llevaron preso.

El gobernador se dirigió a la sacristía, que encontró cerrada, y no la pudo abrir. Rabioso, se fue con la cola entre las piernas de él y de su caballo.

Días después, la mujer del cochero se presentó en casa, hecha un mar de lágrimas.

—Niñas, en sus mercedes finco mis esperanzas, pues el gobernador se niega a liberar a mi marido, a pesar de los ruegos de nuestros amos.

—Entonces, ¿qué podemos hacer nosotras? —inquirió Lupe.

—Me dijeron que su papacito, a quien Dios tenga en su Gloria, era maestro del gobernador. A nombre de don Francisco Lombardo, pídanle clemencia.

Mis hermanas se negaron. Aceptaban su papel en la vida: pasivo, dejándose llevar por los acontecimientos. Mi arrogancia, en cambio, me sugirió una idea.

—Le escribiré una carta a Baz, coqueteándole abiertamente. Lola dice que a una mujer bonita no se le niega nada.

—¡Estás loca, Concha! Papá no lo permitiría.

—Al contrario, le haría mucha gracia —y, sin más, puse manos a la obra.

Apreciable Baz.

En memoria de aquel que fue su maestro, y en nombre mío y de mis hermanas, le vengo a suplicar conceda usted el perdón y la libertad al cochero de don Francisco Rubio. Yo confío en que las hormiguitas pueden más que los elefantes y la galantería más que la dureza del corazón. ¿Verdad que no me negará usted este favor?

Desde ahora le doy las gracias a mi nombre y al de mis hermanas. Su afectísima servidora, que su mano besa

Concepción Lombardo.

Ese mismo día, como a las diez de la noche, un hombre de unos cincuenta años, fuerte, robusto y de alta estatura, se presentó con dos niñas y su esposa. Apenas nos vieron se hincaron.

–Niña Conchita, a usted debo la libertad, el señor gobernador me mandó llamar y me hizo quitar la cadena que me habían puesto al pie.

No encontrando palabras para demostrarme su gratitud, la mujer me besó la orla del vestido. Lupe intervino, ofendidísima:

–Esa muestra de devoción se reserva para los Santos –acto seguido, la ayudó a levantarse. Por último, se volvió hacia mí–: Ahora te pondrás imposible. Pensarás que nadie puede oponerse a tus caprichos. ¡Que Dios nos sorprenda confesados!

Miramón seguía rigurosamente vigilado en la Exacordada. Tus padres, Miguel, derramando dinero a diestra y siniestra, consiguieron que salieses a hacer ejercicio; también te enviaban tus platillos predilectos.

El patio se volvió un centro de reunión, cuyo núcleo eras tú. Excelente orador, cautivabas a los prisioneros con tu labia.

–Perdimos una batalla, no la guerra –repetías al grupo de admiradores que aumentaba cada mañana–. Para que los liberales triunfen, deben matarme. ¡Y yo soy hueso duro de roer, muchachos!

Los vivas se sucedían. Los guardias, intranquilos, rondaban más y más cerca. Bajando la voz, proseguías:

–No pienso pasar mi vida en esta cárcel. **¿Qué me piden ustedes para cuando salga de aquí?**

Alguien respondió:

–La libertad, mi coronel.

–Yo mismo vendré a sacarlos –con esa promesa, te ganaste la lealtad de los convictos.

Al regresar a su celda, Miramón concibió un plan. Suplicó a su madre que mandase coser un uniforme igual al de los custodios y que se lo llevase, pieza a pieza, escondido bajo las faldas. El siguiente paso era determinar la hora más ventajosa para la huida. “Antes del alba, decidiste, cuando los pasillos están en penumbras.” Por la noche, el criado de confianza que te llevaba la cena, forzó la cerradura. Todo estaba listo y apenas contenías tu impaciencia.

Con su disfraz de guardia y protegido por la oscuridad, el coronel aguardó; en cuanto la patrulla se acercó, Miramón salió de su celda. Marchando con los demás custodios, bajó la escalera, y al llegar a la puerta, se acercó al oficial y le dijo: “Mi capitán, ¿me permite que vaya a tomar una taza de café?” “Vaya usted”, le contestó el oficial.

Más ligero que el viento, dirigió sus pasos adonde vivía don Raimundo Mora, rico hacendado español, amigo suyo. Cerca de la casa, reconociste al criado que aparejaba un coche. Tras decirle tu nombre, indagaste:

–¿A dónde van?

–Al rancho, coronel.

–Pues los acompaño –y te aposentaste, muy orondo, en el interior del vehículo.

Después, ya sin pendientes, dormiste a pierna suelta hasta llegar a la hacienda... Y el destino agregó un eslabón a la cadena de tus éxitos, acostumbrándote a que, con sólo disponerlo, triunfabas.

Tu tenacidad era legendaria. En unas semanas reuniste partidarios y, con ochenta hombres de caballería, atacaste Sultepec.

Los soldados liberales tenían la consigna de atrapar al coronel Miramón a cualquier precio. Así, fuiste blanco de todas las balas. Herido en la

pierna derecha, te retiraron del frente. El coronel Manuel Ramírez Arellano no consintió en abandonar a un camarada. Desgarró su propia camisa intentando frenar la hemorragia con un torniquete. Al terminar, dos o tres edecanes te subieron a una mula. Los dos bandos dedujeron que habías muerto. Eso bastó. Tus partidarios, desmoralizados, emprendieron la retirada, mientras los rojos los perseguían, cazándolos como venados.

En tan triste estado, llegaron a Santiago Tianguistengo, a casa de las señoras Sarmiento, dos mujeres de edad, ardientes partidarias tuyas y de la causa que defendían.

Durante varias semanas, Miramón se debatió entre calenturas e infecciones. Su deseo por retornar a la lucha no era el menor de los tormentos. Pero, gracias a los afectuosos cuidados de sus anfitrionas, comenzó a mejorar.

Lo dicho, amor, nada podía doblegarte. En esa época dorada, tú, como yo, nos consideramos invencibles.

La noticia de que la guarnición de Cuernavaca se había pronunciado contra el gobierno, completó la cura. Artillería, municiones y demás pertrechos de guerra, cayeron en poder de los conservadores. Sabedor de este triunfo, Miramón se trasladó a la calle del Relox, a la casa de sus padres, donde lo dejaremos hasta que tengamos que ocuparnos nuevamente de él.

Mi noviazgo con Perry no tenía trazas de desembocar en casorio. Si mis hermanas o yo mencionábamos la palabra matrimonio, Perry desviaba la conversación, conduciéndola hacia temas menos comprometedores. Hubiera podido quejarme con el padre Pinzón; mi orgullo me lo impedía. Por otra parte, Eduardo se iba convirtiendo en un tirano. **No le caía en gracia que yo saliera y me prohibió que siguiera aceptando invitaciones.**

—Si me reta usted, la relación queda rota entre nosotros.

Su amenaza me indignó, sus ridículos celos me empezaban a cansar y por eso acepté un convite. Perry no lo podía creer; para cerciorarse, estuvo de plantón enfrente de mi casa hasta que me vio salir.

Fiel a su amenaza, me escribió un billete, afirmándose en su determinación y devolviéndome mis cartas. Mi primer movimiento fue de cólera. En este ancho mundo, ¿no existía un hombre que me quisiera con toda la verdad de su corazón? **Luego vino la pena y el sentimiento.**

Mi nana Lola la hizo de abogado del diablo, echándome la culpa de la ruptura.

—Pues, niña, ¿a quién se le ocurre? Si desobedeces a un hombre, atente a las consecuencias. El tal Eduardo, por muy pazguato que sea, debe hacerse valer. ¿Cómo quedaría su dignidad si, aun antes del casorio, te ríes de él en sus narices? Con esos modos, no llegarás al altar, criatura.

—Pues me meto a monja —repliqué, secándome las lágrimas—. No voy a cambiar. Me aceptan como soy o...

—Mejor escoge un convento, Conchita —suspiró Lola.

Durante dos semanas viví con la esperanza de que se arrepintiese y me buscara. Además, comenzaba a darle la razón a Lola. Yo no aprendía de la experiencia. Repetía los mismos desplantes y, en consecuencia, sufría los mismos resultados. ¡Los hombres no soportan que una mujer los mande! Pero, muy en el fondo, no estaba dispuesta a ceder. **“Ya que en su corazón no hay amor”, me dije encogiéndome de hombros, “procuremos olvidar”.**

Ante mi indiferencia, Perry fue varias veces a la casa y, no encontrándome, volvía más tarde, pero ni así lo recibía. **¡Ay, señores del sexo fuerte, les gusta que los maltraten y luego enferman las almas y labran su propia ruina!**

Por fin le concedí una entrevista. **Ya no sentía por él el mismo afecto; sin embargo, pensando que romper aquel compromiso sería motivo de grandes críticas sobre mi persona, accedí a sus instancias** y renovamos nuestro noviazgo.

Mi vida era semejante a lo que ocurría en nuestra Patria. Los problemas se repetían, insolubles. ¿Por qué los mexicanos no se podían gobernar? Quizá porque, tras la Independencia, expulsamos a los españoles y ellos eran los encargados de administrar el país. Los criollos tomaron el mando sin experiencia alguna. Y, como ya no recibían órdenes de un monarca

todopoderoso, quitaban y ponían cabecillas, derrocaban al caudillo en turno, se afanaban en obstaculizar cualquier iniciativa, sin comprender que aquel desorden espantoso no sólo afectaba a un individuo o un partido, sino a México.

En mi caso, yo tampoco sabía dominar mis caprichos. Y mi indecisión, más los noviazgos que no desembocaban en casorio, me desprestigiaban. Pero, ciega a lo que yo misma propiciaba, iba, como el país, hacia el abismo.

El 17 de diciembre del año 1857 se pronunció en Tacubaya la primera brigada del ejército, desconociendo la Constitución Federal y el 19 del mismo mes dio Comonfort un manifiesto en el cual decía que la Constitución había sido la causa de muchas desgracias por haber atacado la propiedad eclesiástica y las conciencias. Muchos liberales pusieron el grito en el cielo y lo declararon traidor. La gran pregunta era: si no estaba de acuerdo con las reformas, ¿para qué las promulgó? A lo que Comonfort, con su habitual mesura, respondió: “Como titular del Ejecutivo, era mi obligación acatar las decisiones de los señores diputados, aunque en mi interior las desaprobaba”.

En medio de aquellos trastornos, **el 11 de enero de 1858, en la Ciudadela, los conservadores eligieron a don Félix Zuloaga, para que encabezara la revuelta. “Caos” es una palabra poco adecuada para describir la confusión reinante. La plebe corría por las calles vitoreando ya a Zuloaga, ya a Comonfort, mientras circulaba un panfleto en que se pedía el retorno de Santa Anna.**

Apenas se enteraron, Luis Osollo y Miguel Miramón se dirigieron a la Ciudadela, donde se les recibió con entusiasmo. Ambos formaron un plan de ataque. A las nueve y media de la mañana, tomaron en reñido combate la Exacordada y el Hospicio de Pobres. Miramón, fiel a su palabra, liberó a los presos. Poco después caían los conventos de San Diego y San Francisco, los templos de San Hipólito, San Juan de Dios y la Santa Veracruz.

Tú, amor, diste ejemplo de una valentía excepcional. De pie, frente a los cañones emplazados en las calles, arengabas a la tropa, como si las

descargas no pudieran tocarte. **Por la noche todo había concluido. Entonces Comonfort se retractó, juzgando como un craso error el desconocimiento de la Constitución, pues provocaba una anarquía total en el país. Arrepentido, dejó el poder en manos del excelentísimo señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia, Benito Juárez.**

¡Ay, Miguel, qué ciegos estuvimos! Consideramos un estruendoso triunfo que Comonfort, un hombre honesto, quien en dos años construyó el primer tramo del ferrocarril México-Veracruz, instaló el alumbrado en la ciudad, fundó la Biblioteca Nacional y la Dirección General de Pesas y Medidas, huyera por la madrugada, como un ladrón. No nos percatamos de que entregaba el poder a un ambicioso, que sólo lo soltaría forzado por la Muerte.

Los pronunciados nombraron representantes de los Estados para que eligieran presidente interino y recayó la elección en don Félix Zuloaga, que inmediatamente tomó posesión del cargo. Miramón, nombrado comandante general de la plaza de México, se ocupó de organizar un ejército para continuar la campaña.

La ciudad recuperó la alegría. Por las calles y plazas se veían los hombres políticos que habían estado presos. Se estrechaban la mano y se felicitaban; en los paseos y cafés, gran número de oficiales en elegantes uniformes, y en la flor de la juventud, hacían ver al público la gran satisfacción que les causaba su triunfo.

La gente adornaba sus balcones con mantillas y tú no podías salir a pasear porque inmediatamente te rodeaba una muchedumbre. Los vítores se sucedían, rosas blancas caían a tus pies, las muchachas te arrojaban besos y empapaban tu uniforme con agua de jazmín.

No sé si en tal ocasión o cuando derrotaste a Zuazua, Arteaga, Zaragoza y Aramberri, en Zacatecas, te empezaron a llamar *el joven Macabeo*. También te comparaban con San Miguel, pues humillabas a los enemigos de la Fe, como el arcángel a Luzbel. Mientras a mí me parecía de pésimo gusto tanta adulación, tú la descartabas con una carcajada, pues sabías que la opinión pública lame los pies del poderoso y que varía de un momento a otro, como veleta.

Se preparaban grandes fiestas, teatro, corridas de toros y fuegos artificiales. Nosotras habíamos conocido al general Zuloaga cuando estaba en la guarnición en Tacubaya, así que aceptamos un convite a Palacio. Después de saludar al presidente, nos condujeron a un balcón adonde presenciábamos los juegos pirotécnicos. Terminaron con el bello espectáculo de tres fuentes, de las cuales brotaba una lluvia de fuego, en cuyo centro aparecieron los nombres de Zuloaga, Osollo y Miramón.

—¿No te emocionas? El nombre de tu enamorado en letras multicolores —suspiró Lupe.

Hubiera sido imposible olvidarte. La gente te mencionaba constantemente y yo, no obstante mi reconciliación con Perry, evocaba aquella mañana luminosa, el camino solitario, el verdor deslumbrante de los árboles, nuestros besos... que todavía palpitaban sobre mis labios. Pensaba en ti... Me carcomían los celos ante la adoración que te demostraban muchas descaradas. No las satisfacía echar rosas al paso de tu caballo; también intentaban seducirte con sus sonrisas. ¡Ofrecidas!

Los ujieres nos condujeron a un espacioso comedor, donde se preparó un refresco (que dejaba mucho que desear). Yo estaba junto a mi amiga Leonor Rivas, y las dos, de muy buen humor, criticábamos lo que nos parecía horroroso.

—¡Copas grandes, pequeñas... platos con distintos dibujos!

—Y mira, ilos bizcochos y dulces colocados sin ningún orden!

—Se sirve mejor en un bautismo de pobres.

—Ya verás, Leonor, cómo recibo yo cuando sea Presidenta.

—No dejes de convidarme.

—Desde ahora te convidó —y las dos nos reímos.

¿Quién hubiera podido pensar que se cumpliría mi profecía?

La ciudad respiraba contento. Don Félix había reanudado las relaciones entre Iglesia y gobierno. Derogó la Ley Lerdo, la Ley Juárez y las remuneraciones de las parroquias, restituyendo los fueros, privilegios e inmunidades eclesiásticas. En Catedral se ofició una Misa para que los adjudicatarios de buena fe, perdiendo el total de su inversión, devolvieran los bienes comprados a

la Iglesia. En medio de tanto júbilo, llegó de Roma el permiso para mi matrimonio con Perry.

Nuestra relación se había estabilizado: lo recibía en casa ante la presencia de mis dos hermanas. Además, Lola tenía la consigna de entrar y salir de la sala, ofreciendo chocolate, galletas o aguas frescas.

Eduardo, sin fijar fecha para la boda, **se afanaba en amueblar y componer su hogar, ya que ahí viviríamos; yo, en cambio, nunca me ocupé en arreglar mi ropa.** Demasiados pleitos nos separaban y, después de tantas desilusiones, era obvio que ni él ni yo nos amábamos.

—Cumpliré con su deber como todo un caballero —predije, recorriendo a zancadas el pequeño cuarto de planchado—. Y, en cuanto sea su esposa, intentará doblegarme.

—Te las verás color de hormiga —sentenció mi nana, mientras rociaba unas enaguas. Tras un silencio, agregó—: Déjalo. Total, ya llorastes a mares, hicistes berrinches...

—Necesito un pretexto para dar ese paso —musité, convencida de que aquel matrimonio me haría infeliz.

—Y a ti, tan inteligente, ¿no se te ocurre nada?

Sus palabras me iluminaron, como si hubiera estado ciega y de repente percibiera el sol. Apenas llegó Eduardo, dejé caer la bomba.

—Sólo me casaré con usted si se convierte al catolicismo —afirmé, muy segura de mí misma.

—Ésas son tonterías que meten los curas en cabezas sin ningún criterio —replicó, furioso—. He cumplido sus condiciones: terminé mi amistad con Margarita, obtuve la autorización para efectuar un matrimonio interreligioso, consentí en que nuestros hijos fuesen católicos. Y ahora, cuando todos los obstáculos han sido eliminados, ¿me sale con estas boberías?

Lo sacudía una ira helada y, por lo tanto, más impresionante que si se hubiera desatado en vituperios.

—Se trata de una cuestión de conciencia —insistí—. No compartiré mi vida con un hombre ajeno a mis creencias.

—Debió pensarlo antes de comprometerse, señorita. ¿Ya no le importa el qué dirán?

—Me importa más la religión.

—¿Y su honra... y el futuro? La he visitado durante dos años, provocando las hablillas del vecindario. Si no se casa conmigo, no se casará con nadie.

—Por lo menos no me pasaré la vida agradeciéndole ese favor —repuse, tan furiosa como él.

Pasamos varios días en continuos disgustos y frecuentes conferencias con el padre Pinzón, que no sabía qué partido tomar. El partido lo tomé yo. Aprovechando la oportunidad de que mis hermanas habían salido, hice un paquete con ropa blanca, metí mi música, lo necesario para mi *toilette* y llamé a Lola.

—¿A dónde vamos?

—A la Encarnación. Le quiero llevar un regalo a mis tías —mentí. En esta ocasión, no hubo problemas. Habiendo recibido el consentimiento del arzobispo, la madre portera abrió el zaguán y yo ingresé, cual estampida, al santo reciento. **Mi nana se quedo pasmada; pero yo la calmé y le pedí me trajese algunos vestidos.**

La Encarnación era uno de los conventos más grandes y ricos de la ciudad. El patio principal estaba rodeado de anchos corredores cubiertos, sostenidos por graciosas columnas; en el centro había una fuente poblada de innumerables pescados, que las monjas domesticaban, tomándolos en las manos y acariciándolos.

El número de religiosas era de cincuenta y ocho y el de las criadas sobrepasaba esa cifra. Cada monja llevaba una dote de diez mil pesos y además, los gastos de entrada; estos formaron con el andar del tiempo un capital de varios millones.

Mis tías tenían tres celdas: en una me instalaron a mí.

Ya supondrán mis lectores el soberbio colerón del inglés cuando le dieron mis hermanas la noticia de mi fuga; por más reflexiones que hicieron no lo pudieron calmar, y él, con la esperanza de sacarme por bien o por fuerza de mi encierro, se dirigió a la Encarnación.

La abadesa, acompañada de mi tía Elena, lo recibió tras la reja del locutorio. La paz conventual, los blancos velos y el recato de aquellas

mujeres desconcertaron a Eduardo por unos segundos. Luego exigió una entrevista conmigo. Se la negaron. Hecho un basilisco, juró que seguiría esperando, aun si le salían raíces en los pies. **Pero, como yo me mantenía oculta, entró en un verdadero furor, quiso romper la reja, alegando que le había dado palabra de casamiento, y que me obligaría ante la justicia a cumplirla.**

—Señor Perry, el enclaustramiento de la señorita Lombardo es temporal y voluntario. En cuanto vuelva a su hogar, hablará usted con ella. Aquí resulta imposible.

Eduardo sacudía el enrejado, cubriendo de insultos a mis protectoras.

—Llamaremos a la guardia —lo previno mi tía.

Finalmente, después de mil ruegos y amenazas, se resignó a irse sin verme.

Minutos después, la abadesa me llamaba a su celda. Todavía conmovida, me describió lo ocurrido.

—Además, tus hermanas están a favor de tu prometido. Creen que con estos escándalos sus oportunidades de matrimonio menguan. Conchita, en verdad lo siento, pero no te enviarán ni un centavo para tu manutención.

Esto implicaba, desde luego, un forzoso retorno a casa. Me tragué mi enojo y al instante propuse:

—**Admítame por corista, Su Reverencia, y con la paga que me asigne pagaré mi pensión.**

—**No te aflijas, desde ahora quedas nombrada** —dijo y me abrió los brazos.

Fui a ver a la maestra de coro y le supliqué me enseñase algunas piezas de su repertorio; encontré un *quae est ista* para tiple, bastante difícil y rogué que me la prestase.

—**¡Quítate allá! ¡Sólo una religiosa la ha podido dominar!**

—Pues yo la cantaré en la fiesta titular del convento.

Y tanto y tanto porfié, que la monja acabó por ceder. Bien decía mi hermana Lupe: “No hay valiente que se oponga a tus caprichos”.

En el mes de marzo debía tener lugar la ceremonia. El templo estaba espléndidamente iluminado, el Obispo revestido con ricos

ornamentos pontificales rodeado por el clero, la comunidad de religiosas con sus imágenes en el pecho y sus amplios mantos celestes, y la iglesia llena de gente.

Cuando mi maestra inició el *Domine, ad adjurandum me festina*, me entró un temblorcillo de piernas, que no me podía tener en pie. Pero alcé mi corazón a Dios y susurré: “Señor, ayúdame”, y así fue, porque canté con todo el sentimiento y devoción de que era capaz mi alma.

Varias monjas me abrazaron y me hicieron mil cumplidos. Por la tarde llegaron a mi celda platos de dulce y bizcochos, adornados con flores y con figuritas de pasta de almendra, y en el centro una rosa que tenía entre sus pétalos una monedita de plata engarzada en alambre y canutillo. Sólo la abadesa, y la madre vicaria, me mandaron moneditas de oro del valor de un duro.

Rodeada por la santidad y el incienso, yo, pecadora, tenía sueños voluptuosos: “Cada noche, el convento adquiere otra tonalidad. La penumbra enluta las paredes encaladas, los velos de las novicias, la cera y el incienso. Lo blanco pierde nitidez para dar paso a la noche. Aunque está prohibido, deambulo a solas y en silencio. La fuente, espejo móvil apenas rizado por el viento, refleja la luna, único albor entre estas sombras. Entonces llegas a mí. Siempre tú y no otro. Para tocarme.

Imaginando nuestras bodas, mis sentidos se encienden... Frente a frente, nos miramos a los ojos: elegimos comunicarnos sin palabras. Habrá que desnudarme. Cada botón, pequeñito, una barrera... Los abres, uno a uno, dejando al descubierto mis senos. Mis pezones rozan tu pecho. Las enaguas exhalan aromas íntimos, con recuerdos de albahaca y jazmín. El vestido de raso cae formando una concha de nácar a mis pies. En el lecho suave, dos cuerpos... tan cerca, aún tan lejos. Separas mis muslos. Tus caricias, trémulas, propician el beso... Hazme tuya. Ven, amor, ven ya”.

Otra función que ha quedado en mi memoria fue la procesión de la Virgen de los Remedios. Cuando el cielo mandaba una plaga, epidemias u otro azote, el arzobispo hacía transportar a

la milagrosa Imagen a Catedral y allí se rezaban triduos y novenas por medio de las cuales se aplacaba la ira divina.

Antes de volver a su iglesia, la Virgen visitaba los conventos y, a veces, presidía la elección de la abadesa. En el nuestro, sucedió de este modo. Al terminar la cena, una novicia abrió los papelititos, donde se escribía el nombre de la elegida y los iba poniendo en un montoncito para después contarlos.

Abrió el primero y anunció: “¡María!” Abrió el segundo y lo mismo. Esto se repitió hasta que la priora dijo: “Queda electa abadesa de esta respetable comunidad nuestra amada madre María Santísima de los Remedios. Ella y no una mortal, presidirá nuestra casa”. Más de cien veces gritaron: “¡Que viva, que viva María!”.

Las monjas, de dos en dos se postraron delante de la Virgen y le presentaron ramos de flores, entre tanto el coro entonaba la Magnífica. Yo no pude cantar, porque la emoción me ahogaba y me arrancaba copiosas lágrimas.

Las religiosas fueron besando a la Santa Imagen, luego las criadas y las niñas. Cuando llegó mi turno, me arrodillé ante la Virgen, me quité un hermoso anillo y lo prendí en su vestido. “Madre mía, ruega por mí.”

Al volver a mi celda rodeada de mis compañeras, una me dijo: “Tonta, ¿por qué diste esa joya de tanto valor a la Virgen?” “Pues mira”, le contesté, “ya verás que me lo paga con usura”.

El 10 de marzo de 1858 los conservadores atacaron Celaya. Hicieron fuego muy cerrado y su artillería jugó con buen éxito. Tomas Mejía, cargando por el flanco derecho, acabó de descomponer al enemigo y determinó su derrota. Los liberales perdieron sus trenes y treinta y un piezas de artillería.

Aprovechando aquel triunfo, Miramón ordenó el avance de su ejército. El trayecto se efectuó con tal rapidez, que en tres jornadas estaba frente a Guadalajara. El teniente coronel Antonio Landa los recibió con una gran noticia: había tomado la ciudad y puesto en prisión a Benito Juárez y sus ministros. Filomeno

Bravo intentó fusilarlos, pero Landa, mostrando una hidalguía de la cual se arrepintió más tarde, se paró frente a los soldados y con voz de trueno les dijo: “Retiraos, os lo mando”, suspendió la ejecución y puso en libertad a los prisioneros. ¡Dios mío! ¡Si hubiéramos sabido lo que ocurriría! ¡Con la muerte de ese indio oaxaqueño se habrían acabado nuestras desgracias!

Tú, Miguel, siempre exigiste que tu ejército respetara las leyes marciales. Debía haber una diferencia marcada entre el honor de los militares católicos y la conducta de la oficialía liberal. Alabo tu magnanimidad, amor, pero me repito mil veces que sin Juárez, ese hombre odioso, malagradecido, cruel hasta la saciedad, hoy vivirías. Y yo contigo... porque este dolor que padezco no puede llamarse vida.

Los conservadores obtuvieron dos victorias más: Miramón y Osollo tomaron San Luis Potosí después de cinco horas de reñidísimo combate. El enemigo dejó en el campo setecientos hombres entre muertos y heridos. Tomas Mejía atacó Tampico, salvando del paredón a doscientos prisioneros.

No obstante esta indulgencia, nuestros enemigos cometían actos terribles, sin que sus conciencias se los reclamasen. **En Salamanca saquearon las casas, forzaron a las mujeres y esparcieron por las calles la sangre de los fusilados. En Jalisco, un cabecilla del partido, llamado Rojas, tomó presos a algunos oficiales y les hizo sacar los ojos. También se contaba que en una de las haciendas del Estado, había forzado a la señora de la casa, se había llevado al marido y lo había devuelto dentro de un cajón, cortado en pedazos.**

Tuviste una segunda oportunidad para cobrar venganza, mi bien. Cuando los soldados te preguntaron qué opinabas de tales actos y si debían corresponder en la misma forma, repetiste:

—Muchachos, somos católicos practicantes. En algo debemos diferenciarnos de los liberales. Aun en esta guerra civil, la peor de todas porque se enfrentan hermanos contra hermanos, existen normas. La salvaguarda de los indefensos y de los prisioneros es un principio inviolable. Yo tengo a mucha honra mi carrera militar y no voy a desprestigiarme imitando el vandalismo y la barbarie de mis adversarios.

¡Cuánto te admiro, Miguel! Y cuánto lloro por ti.

Lo ganado se perdía. **Santos Degollado recobró San Luis. Tan luego como Zuazua tomó posesión de la ciudad, impuso un préstamo forzoso de doscientos mil pesos y desterró a veintisiete sacerdotes, incluso al obispo, sin revelarles cuál era su delito, ni sujetarlos a juicio.**

Como ya se hacía costumbre, el alto mando te envió a enderezar entuertos. Llevabas una fuerza menor que la de tus contrarios, aunque tenías una ventaja: los batallones enemigos acampaban al fondo de una barranca, Atenquique. Distribuyendo tus brigadas, evitaste que escalaran el cerro.

Los liberales lograron llegar a la mitad de la cuesta, atacaron con ímpetu soberbio y la lucha se hizo más encarnizada. Entre los conservadores, el coronel Vélez, sin embargo de verse herido en el pie izquierdo, el teniente coronel Arteaga, traspasado del pecho y el capitán Pesqueira, también herido, alentaban a sus soldados. Entonces Miramón colocó su artillería con tal acierto que desconcertó a los rojos, causándoles terribles estragos. Después de ocho horas de combate se suspendió el fuego y las tropas quedaron firmes en los puntos que ocuparan.

Vino la luz del 2 de julio, el cañón anunció la continuación de la lucha, pero el enemigo no contestó. Miramón y sus tropas avanzaron sobre sus contrarios y no los encontraron. ¡Se habían retirado silenciosamente dejando abandonados a muchos heridos, gran número de armas, municiones, caballos ensillados y trenes!

Durante los seis meses que permanecí en el convento, Eduardo Perry no desistió de su pretensión de casarse conmigo. Mi compromiso, la esperanza de salvar su alma, la idea de establecerme y las instancias de mis hermanas, me hicieron recapitular. Realmente ni yo misma sabía lo que deseaba. Nunca sería feliz con Perry, mas tampoco había nacido para monja y, mucho menos, para solterona.

Cada mañana me aterraba enterarme de una noticia funesta: habías caído defendiendo tu causa. Cada noche, agradecía a Dios que te hubiese preservado. Sin embargo, me negaba a fincar mi dicha en ti, un

hombre que, no obstante haberme propuesto matrimonio, jamás hizo el menor intento de comunicarse conmigo.

Aunque el futuro me parecía confuso y hasta me causaba temor, era imposible prolongar indefinidamente mi estancia en la Encarnación. La despedida fue de gran tristeza para mí y de gran dolor para mis tías. Sobre todo porque creía... no, estaba segura, que aquella separación resultó inútil.

Mi prometido me esperaba en casa. Apenas me vio, tuvo un gesto de ternura: me besó la mano con una pasión desacostumbrada. Mis hermanas, intercambiando una mirada, se eclipsaron.

Entonces Eduardo se transformó. **Comenzó a hacerme cargos por lo mucho que lo hice sufrir.** Yo lo escuchaba como quien oye llover y no se moja; es decir, con total indiferencia. Cuando terminó su perorata, me levanté de mi asiento y salí de la habitación.

A la tarde siguiente, mi novio no fue a visitarme. Lupe y Mercedes me echaron en cara ese despego, acusándome de que no ponía nada de mi parte, etc. etc. Tras una semana, Perry apareció por nuestra sala, anunciando que estaba dispuesto a casarse, pero no a cambiar de religión.

Había que repetirlo: nuestro noviazgo se semejaba a la guerra que asolaba al país. Caía una posición y, casi al instante, se recuperaba; perdíase de nuevo, se ganaba otra vez... sin descanso, con una tenacidad suicida, aunque en el campo quedaran mil cadáveres, testigos de inútiles hazañas. En mi corazón sucedía algo peor: la desilusión conquistaba espacios, apagando mi felicidad... hasta mi entusiasmo por la vida.

En aquella época, Mercedes tomaba lecciones de piano con Manuel Meneses, quien también las impartía a la señorita Paz Miramón. Un miércoles, el maestro llegó pregonando los triunfos del general. –¡Su arrojo no tiene par! –vociferaba agitando la melena–. Yo corrí con suerte: presencié su entrada en Guadalajara. El pueblo lo aclamaba como a un caudillo legendario.

Evoqué tu rostro, concentrándome en tus cabellos, en tus ojos negros...

–Por supuesto, aceptas –insistió Mercedes.

–S-sí –respondí sin saber a qué se refería mi hermana.

–¿Cuánto tiempo necesita? –indagó Meneses.

—¿Para qué?

—¡Ay, pareces tonta! ¿No acabas de acordar que escribirás un himno en honor de Miramón?

—¿Yo?

—Hoy mismo termino el acompañamiento —afirmó el maestro—. Mañana agregaremos la música a su poema.

Me concedía una noche... Noche larga en que cada uno de nuestros encuentros fue rememorado. Pero, por encima de los recuerdos, surgía, resurgía, aquel primer beso...

Mi obra resultó bastante mediocre: casi igual a los versos publicados en periódicos y discursos. **Ofrezco las dos primeras estrofas para que mis lectores admiren “mi talento poético”.**

**Intrépido guerrero,
te contemplo en la lid,
y al ver tu arrojo fiero,
admiro al adalid.**

**Tus laureles espera,
marcha, sí, marcha ufano,
que a tu vuelta glorioso,
te los pondrá mi mano.**

Sigo en el mismo tono. Ni siquiera descarto la rima fácil que ofrece tu apellido, Miramón. A mi himno le faltaba talento, aunque no carecía de propósito. Verías mi firma. Y si acaso me habías olvidado, resucitaría tu anhelo.

No sé qué tarde de julio me encontraba paseando por el jardincillo, **cuando vi detenerse un elegante carruaje tirado por briosos caballos y con criados de librea; corrí para avisar a mis hermanas y volví luego a la sala. Algo sobrecogida, dije al visitante: “Dispense, ¿con quién tengo el gusto de hablar?”.**

—¿No me conoce usted? —clavando tus ojos negros en mi alma, proseguiste—: Soy Miguel Miramón. Vengo a anunciarle que ascendí a general. Por lo tanto, le ruego cumpla su promesa de matrimonio.

Entonces se presentaron mis hermanas y yo toda cortada, contesté:

–Aquello lo dije sin pensar.

–Pues yo lo tomé muy en serio.

Saludaste a Lupe. Después, con voz clara:

–Le pido a usted, formalmente, la mano de Concepción.

Nos quedamos atónitas. Sin embargo, mi hermana no perdió la compostura:

–Vamos deje usted esas bromas y cuéntenos algo de sus batallas.

–¿Qué puedo añadir? Los periódicos ya la habrán informado de cómo andan las cosas –sonreías sin darte la menor importancia–. Ahora, mi único pendiente es conquistar esta plaza fuerte. Concha tiene que rendirse a mi asedio.

Notando mi incomodidad, cambiaste de tema. Y, ¿qué mejor que la política para no entrar en intimidades? Describiste la situación con mucho tino, subrayando como objetivo esencial la pacificación de México.

–Parece mentira... o pesadilla... ¡No podemos tener un gobierno estable! Tras la Independencia, el país ha cambiado de presidente innumerables veces. Tantas que es difícil contarlas.

Al respecto, mi nana Lola (quien no se distinguía precisamente por su elegancia), comentaba: “A veces un hombre tarda más en vaciar los intestinos, que en la silla presidencial”.

Yo escuchaba la plática, pero mi pensamiento andaba por otros rumbos. El sueño de despertar una pasión a toda prueba, renacía con ímpetu loco. Sentía miedo, atracción... subyugar a un militar de tan altos vuelos me mareaba. Eras el héroe del momento, el campeón de la Iglesia católica, aquél que, desde hacía años, me juraba amor. Siempre fiel. Durante la despedida, tomaste mi diestra:

–Mañana vuelvo para que me dé su contestación. Y, le advierto, no acepto una negativa –después me contemplaste. Por un instante tus ojos se iluminaron–. Se lo suplico... acepte.

Comprendí que hubieras empeñado un mundo por rozar mi rostro con tus labios. La presencia de mis hermanas lo impidió.

Caminé la noche entera por mi recámara, ideando explicaciones, disculpas, razones, motivos...

—¡Concha, ya duérmete!

Al amanecer me recosté unas horas y, al fin, escogí mi vestido: el azul, ribeteado con encaje; Mercedes me peinó. Cuando estuve lista, empaqué mi cuello, las manos, la cara, en agua de azahar.

—Recibiré al general Miramón a solas —anuncié y, antes de que Lupe me contrariara, añadí—: ¡He roto mil convencionalismos! Una falta más, ni quien la note.

Mi hermana mayor, harta de luchar contra mí, hizo una última concesión.

—Te doy quince minutos; tiempo suficiente para que arregles tus cosas. Después, entro a saludar.

A las ocho en punto, él y yo nos sentamos en la sala. Aguardé unos segundos y... **abrí mi corazón. Relaté mi entrada al convento, mi compromiso con Perry, la dificultad de romper con él.**

—Todo lo sé.

—¿Por quién? —demandé sonrojándome.

—Por mi hermana —respiré más tranquila, porque Paz no ensuciaría mi apellido con bajezas—. Sin embargo, hay algo que no entiendo. Si no ama a ese inglés, ¿qué dificultad hay en que se case conmigo?

—Debo cumplir la palabra dada.

—Usted me dio palabra de matrimonio antes, señorita. Puso como condición mi banda de general. Aquí está —te abriste la guerrera y me entregaste el listón. Aquella seda, símbolo del más alto grado militar, tembló en mis manos—. Ahora le reclamo su promesa.

—No sé... no me decido.

—Entonces, permítame decidir por usted.

—No... tampoco. Necesito pensarlo. Deme usted tiempo... por favor.

—Veinticuatro horas, como plazo límite. Mañana vengo por la respuesta. Esa vez no intentaste besarme. Tal frialdad me lastimó como si hubiera recibido una bofetada... y, a pesar de todos mis esfuerzos, las lágrimas rodaron por mis mejillas, aun después de que la puerta se cerró y me quedé sola.

Mis lectores comprenderán mi agitación.

—Concha, sosiégate o nos volverás locas.

Caminaba por el comedor, la cocina, el pasillo.

—Come algo, niña. Te vas a enfermar y ¿qué arreglas con eso?

Perplejidad (Miguel es demasiado joven); reflexiones (militar, escogió la carrera más propicia para hacerme sufrir); miedo (herido, muerto. ¡No, Dios mío, muerto, no!); honor (¿rompo el compromiso con Perry?), giraban en mi mente para torturarme. **Al fin me decidí por una negativa, considerando poco digno aceptar propuestas de último minuto.**

Me vestí con mayor esmero, pues ansiaba que me recordaras muy hermosa, que lloraras mi pérdida, inconsolable, sufriente, en agonía... Como yo.

Llegó la noche, sonaron las ocho y nada. ¿Había sido aquello una simple broma? Sin embargo, ¿no debía agradeceréte? ¡Me dejabas en libertad de casarme con Perry! Así, evitaría agregar un nuevo escándalo a mi ya reprochable conducta.

—¿Cómo explicas esto, Concha?

—No lo entiendo, Lupe. Me propuso matrimonio, quizá se arrepintió.

Mis hermanas guardaron silencio. No obstante, conocía su dictamen: “Tú tienes la culpa. No eres de fiar”.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, un asistente trajo un billete.

31 de Julio, a las dos de la mañana.

Concha:

Cómo me da pena escribir que mi presencia es indispensable en Guanajuato; me marcho con el sentimiento de no decirte adiós; pero con la esperanza de que a mi vuelta seas mía para siempre; espero me escribas por conducto del presidente Zuloaga, que todo lo sabe, y que no olvides al

General Miramón.

¡Dios mío, al fin respiré! Mi angustia fue desapareciendo. “Miguel, me amas con el arrebató que tanto anhelo”, te dije. ¡Me amas! ¿Para siempre?

En un segundo billete ordenaba:

Querétaro, 2 de agosto de 1858.

Concha, he llegado sin novedad, espero goces de salud, escíbeme, pues deseo ver tus letras y saber que me perteneces.

Tuyo

Miguel.

Como mis lectores comprobarán, el general se dirigía a mí como a país conquistado. Tu actitud despertaba emociones opuestas. Enfadado (“¿qué se cree? ¡Me trata igual que a su edecán y entre nosotros ni siquiera existe un acuerdo! Yo nunca acepté su propuesta”), pero también una alegría loca, burbujeante. Me subyugaba tu seguridad, tu pasión por mí... Y, a pesar de que me casaría con Perry para guardar las malditas apariencias, ya te pertenecía.

Ese mismo día me escribió:

Querétaro, 2 de agosto de 1858.

Concha, dos cartas te tengo escritas y sin contestación de ellas, no lo habría vuelto a ejecutar si no es por lo mucho que te amo. Me has hecho el hombre más feliz con volverte a ver, por esto debes considerar cuanto me hace sufrir tu silencio.

Mucho he sentido el no haber marchado para San Luis, en espera del parque que aún no llega; me he detenido, ya en Guanajuato, ya en Querétaro, perdiendo un tiempo precioso, y haciendo más larga mi separación de ti.

Tengo confianza en el triunfo de mis fuerzas sobre las del Norte, no obstante esta confianza, te encargo pidas a Dios me ilumine, dé valor suficiente a mis tropas, y libre a las personas que aprecio de una desgracia.

Concluyo pidiéndote saludes a Lupe y Mercedes y rogándote no olvides un momento a tu

Miguel.

–No sé cómo responder –exclamé, pasándole la carta a Lupe, quien la ojeó al galope, sin que la conmoviera ni una frase–. Me cohíbe que el presidente Zuloaga sea el único medio de comunicarnos.

–Estamos en guerra –replicó mi hermana, de pésimo humor–. Tu noviazgo es un secreto a voces. Por lo menos, no propagues tus intimidades. Sé prudente... y ten un poquito de vergüenza. Exígele al general que rompa tus cartas, por si caen en manos indiscretas –se apretó las sienes–: ¡Señor, dame paciencia! ¡Dos pretendientes a un tiempo! Ojalá logres salir de este lío... sin ensuciarnos demasiado.

Me volvía inmune a sus críticas. Así que, dándole la espalda, me senté a escribir. “Te obedezco porque en el amor no existe sometimiento.” Mordí la pluma y luego taché “amor” y lo cambié por “amistad”. Sin embargo, confiaba en que supieras leer entre líneas, adivinando lo que guardaba en el corazón.

Querétaro, 31 de agosto de 1858.

Amada Concha:

La falta de tus letras me había hecho pensar mil necesidades, entre otras el que preferías al hombre que se interpuso entre nosotros, hace tres años. Por consiguiente, mi humor insoportable, y mis días pesados. Tu carta me vino a tranquilizar y a ahuyentar aquellos pensamientos infundados.

Supuesto que deseas saber lo que pasa, te lo pondré en conocimiento. Por ahora, se trata de conquistar San Luis Potosí, que el enemigo ocupa y que según unos defenderá a toda costa (lo dudo) contando para ello con 7,000 hombres y 24 piezas; otros dicen que sólo tiene 5,000 soldados y 37 piezas; el caso es que, ya sean pocos o muchos, te prometo que para el 11 del entrante, te he de escribir desde esa plaza. Es segura la victoria por nuestra parte, pero debes pedirle a Dios que nos esperen, pues si huyen como acostumbran quién sabe cuándo concluiré lo de estos rumbos.

Saluda a tus hermanas y piensa cuánto te ama tu

Miguel.

Veinticuatro cañones, siete mil fusiles apuntándote. Virgen Santísima, cúbrelo con tu manto para que la Muerte no me lo arrebate. “¡A él, tirad al pecho!” Te prometo rezar hincada, con los brazos en cruz. “¡Pondremos su cabeza en una pica!” Comulgaré el viernes primero, haré ayuno riguroso...

San Luis Potosí, 12 de septiembre de 1858.

Amada Concha:

Cumplo lo ofrecido escribiéndote desde San Luis. El miedo que llevan esos bandidos que acaudilla Vidaurri, les ha dado alas y han puesto entre mis tropas y su chusma una distancia de veinte leguas. No obstante, si consigo el descuento de una libranza, dentro de ocho días ocupo Zacatecas.

Tengo el sentimiento de decirte, que sólo por donde yo marchó va la fortuna, pues no ignoras que perdimos Tampico, Aguascalientes y Huauchinango.

Cuídate mucho, saluda a tus hermanas y escíbeme.

Tu amante

Miguel.

Campo de Ahualulco, 30 de septiembre de 1858.

Mi muy querida Concha:

El día de ayer, en el cual cumplí 26 años, he derrotado completamente a Vidaurri. El triunfo fue completo. No tuvieron tiempo más que para correr dejando en mi poder sus 23 piezas, 130 carros de parque, armamento, vestuarios, y los objetos robados de San Luis Potosí. Se les hicieron más de 400 muertos y 170 prisioneros. Los cabecillas (como de costumbre), corrieron y sólo los pobres infelices quedaron en el campo.

Recibí tu carta del 27, que me ha llenado de placer. Concha, te amo más que a mi vida y sin tu amor para nada la quiero.

Mándame tu retrato.

Tuyo

Miguel.

Virgencita, mañana mismo enciendo las veladoras. Cincuenta, ni una menos, para que el altar se convierta en un bosque de cirios. Virgencita... ¡Un retrato! Verdaderamente no limitas tus exigencias. No contento con tener en tu poder mis cartas (¿suplicas?), ¡ordenas que te envíe mi retrato! ¡Qué dulce es la victoria! Triunfas por mí, yo te inspiro una sed insaciable de gloria.

No titubeas: me das por tuya. Y, ¿no soy igual? Orgullosa, consciente de mi valía... Nunca entendí cómo Agustín Franco, ese primer novio, egoísta, estúpido, pudo despreciarme.

Los vítores, el desfile, las fiestas... todas queriendo bailar contigo, Miguel. El héroe.

Esa misma semana nos enteramos de una desgracia. **El gobernador Epitacio Huerta, proponía un préstamo forzoso de 15,000 pesos a los habitantes de Morelia y al clero, otro de 90,000 pesos para atacar a Miramón.**

—Imposible —se disculparon los canónigos—. El gobierno liberal incautó nuestros bienes. No tenemos manera de cubrir ese enorme dispendio. **Entonces Huerta entró a la Catedral acompañado de policías y fuerza armada, se apoderó de las joyas que adornaban las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo y de la Virgen, también de la plata labrada, fruto de las donaciones que los fieles habían hecho desde hacía doscientos años. Ni un cáliz quedó para decir una Misa, ni una custodia para exponer el Sacramento, ni un copón para encerrar en el Tabernáculo el Sagrado Depósito. Cinco días duró el trabajo de despojar la Catedral; veinte mil cuatrocientos noventa marcos de plata, y cincuenta de oro sacó de la iglesia el gobernador, sin contar la multitud de perlas, brillantes, y otras piedras preciosas que se llevó.**

Pues ni así, con mayores fuerzas y pertrechos, lograrán vencerte, amor. Mi admiración por ti crece, se desborda. Miguel, te lo juro: intenté devolverle el anillo de compromiso a Eduardo Perry. Lo cité y, ante mis hermanas, me quité la argolla del anular. ¿Qué hizo? Dio media vuelta y se marchó. No intercambiamos ni una palabra; tampoco lo hemos hecho desde entonces. Aunque él no lo admita, soy libre, dueña de mis actos. Y, al cancelar el pasado, sólo existes tú, el eterno presente.

Concha, eres injusta y más que injusta cruel. Te quejas que cuando escribo lo hago en cortas líneas. Lo atribuyes al olvido, a falta de cariño, y aun te avanzas a suponer, que me halagan más las fiestas, las felicitaciones, y las mil pequeñeces que por mi posición me hallo rodeado, que tu recuerdo siempre grato y lleno de encanto para mí.

Te incomodan mis celos. Trato de controlarlos. No puedo. ¡Qué tortura imaginarte bailando con las señoritas de cada ciudad conquistada! Te coquetean, te cubren de incienso, mientras yo espero, sola... ¿Sola? Acompañada por el terror... a perderte... a no estar a tu altura... a no saber cómo conservarte, preservarte, ihacerme indispensable! Ante el espejo, bendigo mi belleza. Mis ojos... tan negros como los tuyos, mi piel, aún más blanca... Seamos uno, fundámonos, para que al amarme, te ames.

Te escribo poco, es cierto, pero con tu talento, con tu privilegiada inteligencia, ¿no comprendes que las mil atenciones que me ocupan, los mil negocios que me bullen en la mente me quitan hasta el tiempo necesario para el reposo?

Descansa, sueña conmigo. ¡No! Rehúye la paz, los remansos, el consuelo, vive sobre brasas para que entiendas mi delirio.

Cada carta mía, por pequeña que sea equivale a la más larga que puedas dirigirme, porque las circunstancias no son iguales para ti que para mí.

Tienes razón, no son iguales. Tú luchas contra Perry, un mediocre. Yo combato, a ciegas, contra fantasmas. Si al menos supiera cómo son... ¿jóvenes, solteras, casadas, ofrecidas, castas, expertas, prostitutas? ¿Quién te atrae? Entre tantas, ¿cuál calma tus pasiones? Recuerda, el triunfo es tu gloria. Nada más. Si pretendes que Dios te ayude, calma mis desvelos. Si quieres que Dios te sea fiel, sé constante.

¿Qué importa que en México, y en el mundo, sepan que eres mi prometida? Yo me lleno de orgullo al contarle, y querría que todos y

cada uno me felicitasen. Te amo Concha, con toda la fuerza de que es capaz de amar el corazón humano y esto, que no puede ni por un momento ocultarse a tu penetración, te da la garantía de que más tarde o más temprano serás mía.

Soy tuya, Miguel. Aun distantes. Aun antes de recibir la bendición de la Iglesia. Si ahora es esto, ¿qué será después... cuando, en el lecho, me poseas?

Ten fe, Concha, fe en el amor que te profeso. Así calmarás esa ansiedad que te mortifica. Las dudas que te asaltan me ofenden y si es cierto que me amas, debes omitirlas porque yo no puedo comprender el amor sin la confianza.

¿Por qué me amas? ¿Por qué tanto? Bordo un pañuelo con tus iniciales. Punto de cruz: tu ausencia es un calvario. Punto atrás: en este amor no hay espacio para retrocesos. Nudo y remate: casamiento. Me convierto en otra Penélope e hilvano una leyenda.

San Luis Potosí, 9 de octubre de 1858.

Debes figurarte, ya que sabes cuánto te amo, el inmenso precio que tiene para mí el recuerdo que me has mandado, obra de tus manos; gracias por el pañuelo, te lo agradezco sobre mi corazón.

Cree siempre que te ama

Miguel.

Diez días después llegaste a México. Sin detenerte en tu casa, te dirigiste a la nuestra. Tras los saludos de rigor, pediste, con esa voz de mando imposible de desobedecer, unos minutos a solas conmigo. Ni siquiera Lupe se opuso.

No acababan de salir mis hermanas y ya me besabas las manos.

–No encuentro paz lejos de ti. Mi estancia en la Capital será corta, pero nos podemos unir antes de marcharme.

–Sueñas, Miguel. Con esa prisa tan sospechosa, la gente pensará...

—¡Que piense lo que le venga en gana! Una nueva separación resultará insoportable.

Si te rechazo, cesará mi angustia, decidí. ¿Vive, muere, lo hirieron, quién lo cuida? ¿Quién te cuida, amor? ¿Quién refresca tu frente, quién te acaricia? ¿Quién, quién te besa cada noche?

—**¿Cuándo nos casaríamos?**

—**Mañana. Puedo arreglarlo todo en veinticuatro horas.**

—**¡Dios mío —exclamé riéndome—, casarnos mañana!** —date a desear, me aconsejaba Lola; mantén tu lugar, rogaban mis hermanas—.

¡Fuera siquiera domingo!

—**Pues bien, nos casamos el domingo.**

Se alzó de su asiento y tiró el cordón de la campana. A esta señal entraron mis hermanas; entonces, dirigiéndose a Lupe:

—**El domingo nos casamos, me marchó para avisarlo a mis padres.**

—**No es posible. ¡Hay tantas cosas que arreglar! —objetó, mortificadísima.**

—**No se preocupe usted Lupe, todo se arreglará.**

Y sin oír razones, cogió su sombrero y nos dejó preguntándonos si aquello era cierto o lo soñábamos.

El jueves, se presentó en casa el cura de nuestra parroquia con dos testigos para tomarme el dicho y (no tuve más remedio) que poner mi firma, prometiendo en ese acto ser la esposa del general don Miguel Miramón.

Se escribe rápido y parece fácil. La realidad fue muy distinta, pues tuve el primer disgusto serio con Lupe. Tras recibir al sacerdote, irrumpió en mi recámara hecha una arpía. Yo estaba parada sobre un banquito, mientras Lola prendía mi enagua para subirle el dobladillo. Fue tal nuestra sorpresa, que mi nana regó los alfileres por el suelo.

—**¿Vas a romper la palabra dada a Eduardo Perry?** —susurró mi hermana en el colmo de la indignación—. Y, no contenta con eso, ¿en el mismo instante te comprometerás con otro? ¿Así pretendes que alguien te respete? ¿O nos respete?

—**No entiendo ni jota.**

—El párroco te espera en la sala para tomarte el dicho. Por lo visto, no hay obstáculo que se oponga a tu novio. ¡A tu segundo novio! —con gran satisfacción, agregó—: Te topaste con la horma de tu zapato, linda. El general te meterá en cintura.

—A mí me parece bien —intervino Lola—. A esta criatura hay que domarla.

—Lupe, comprende. Miguel me obliga a...

—Pues niégate. Di no. N-o. Con eso basta.

—Además, a las mujeres les gusta el trote de un verdadero macho.

—¡Nana, por favor, cállate! Hablaré con Perry; te lo prometo, Lupe.

—Esto acabará mal. Ya veo nuestro nombre en los periódicos... porque en boca de la gente ya andamos... ¡Desde hace bastante tiempo! Te levantará un juicio, acabarás en la cárcel.

—Mi niña tiene derecho a escoger a quien le convenga. No está magullada, ni echada a perder. Y tú, Lupita, también te casarás; pierde cuidado. Tu novio es amigo del general, ¿no? Pues ruégale que te eche una manita.

Mi hermana guardó silencio. Descendí las escaleras con la frente en alto. Al firmar los papeles, bajé la vista. Participaba en ese acto, tan importante para mi vida, con el dobladillo a medio hacer.

La primera costurera de México, Madame Celine, se comprometió en diseñar el traje blanco de novia y otro de color. El mismo jueves a las cuatro de la tarde, dos ayudantes de Miramón, me entregaron tres mil pesos, para que comprase lo que se me ocurriese (“ya que el general no entendía los gastos de las señoras”). También me entregaron un hermoso abanico de concha nácar, un collar, un aderezo y una rica pulsera de brillantes; éstas fueron las donas que me dio mi futuro esposo.

El corazón se me salía del pecho. La felicidad me ahogaba. ¡Era verdad! “No sueño”, pensé. “¡Es verdad! Me trata como a una reina. Me adora como a una Imagen... Y, en comparación con la frialdad inglesa, su amor deslumbra, igual a un sol.”

Por mi parte, me encargué de las alianzas y el tercero, y principal anillo con el que nos debíamos unir, quise que fuera un

ópalo con cerco de brillantes, la única sortija que poseía de mi Madre.

En medio de las muchas preocupaciones que teníamos mis hermanas y yo, no era poca la que nos causaba Perry.

–¿Cuándo vas a anunciarle tu matrimonio? –indagaba Mercedes sin darme tregua.

–No sé.

–¿Tienes miedo? –con esa pregunta Lupe expresaba sus propios temores.

–¡Quítate allá! ¿Y qué nos ha de hacer el inglés? –se mofó Mercedes, una entusiasta de Miramón–. Ahora, gracias a Dios, tenemos un hombre que nos defienda.

En realidad, yo ignoraba de qué manera actuar. De nada valdría que me entrevistara con Eduardo. Como en ocasiones anteriores, no creería en mis palabras pero, por si las dudas, estrecharía su vigilancia y, si sus sospechas resultaban ciertas, armaría un escándalo terrible. Al cabo de muchas vueltas y revueltas, encontré la solución: “¡San Rafael sácame de este enredo! Te prometo, te juro que... me portaré como una santa, seré la esposa perfecta. Concédeme esta gracia.”

He aquí la ficción: **el 19 de octubre, a las ocho de la mañana, salió el general Zuloaga a dar su paseo a caballo; pasando por la calle de Tiburcio, le llamó la atención un extranjero que se había detenido para mirarlo. “¿Conoce usted a ese individuo?”, preguntó a un ayudante. “Sí, señor presidente. Es un tal Perry, que vive en Tacubaya, el cual escondió las barras de plata y los vasos sagrados de la Catedral de Morelia, en la letrina de su casa.” El Presidente frunció las cejas y con tono imperativo, dijo: “Ese hombre no debe estar libre, vaya usted inmediatamente a ponerlo preso”, y enjaularon a mi inglés.**

Las malas lenguas dijeron que Miguel, para casarse conmigo, había mandado poner preso a su rival, pero como verán mis lectores, Miramón ignoraba lo ocurrido.

He aquí la verdad: el presidente Zuloaga se había encargado de transmitirte mi correspondencia. Eso dio pie a una gran osadía. Me dirigí al

primer mandatario del país a título personal. En una breve carta, que le rogaba quemar, le supliqué: “Encarcele usted a Eduardo Perry o el día de mi boda nos causará graves problemas”. Para mi tranquilidad, lo hizo. **Apenas llegó a mis oídos la noticia, mandé llamar a un amigo de Perry, don Ignacio Ameller, y le supliqué le entregase el anillo que en vano le había querido devolver, y una misiva concebida en estos términos:**

Mañana me uno con el hombre que el Cielo me tenía destinado por esposo; usted no era para mí. Lamento la desgracia en que se encuentra. Si me ama aún y le causa dolor perderme, procure olvidarme

Concha.

No cuento el efecto que mi carta produjo porque no lo vi. Sin embargo, el Dr. Ameller me dijo que le entró una tal desesperación al inglés, que había tenido toda la dificultad del mundo para calmarlo.

Al cabo de los años, mi vanidad ha menguado un poco. He aquí la no tan halagadora realidad: el doctor Ameller esperó a que su paciente echara rayos y centellas. Después, lo increpó:

–Tuviste tres años para casarte con Concepción Lombardo. ¿Por qué no lo hiciste?

–Hubo varios obstáculos: el permiso papal, pleitos, decepciones...

–Lo dicho: se salvaron de un mal matrimonio. Además, fuiste el mejor librado: quedas como un caballero. En cambio ella...

–Me humilló al máximo.

–Cierto, pero ante los ojos de la sociedad...

–Eso ya no me incumbe. ¡Que el marido saque la cara por la dulce y encantadora Conchita!

Miramón se presentó en mi casa el jueves, acompañado de su amigo, don Nicolás Ycaza y, sin mayores preámbulos, anunció:

–El presidente Zuloaga y su señora quieren apadrinar nuestro matrimonio; por consiguiente, nos casaremos en Palacio.

—Me opongo rotundamente —repliqué, enojada porque tomabas decisiones importantes sin consultarme—. Como recordarás, **soy huérfana, no tengo ni padre, ni madre, que me conduzcan a Palacio, y yo no iré a buscarte a ningún sitio. Por consecuencia, o me caso en la Iglesia o en esta sala.**

—**Imposible, señorita —interrumpió don Nicolás,** metiendo su cuchara en algo que no le atañía—. **El presidente no puede venir aquí.**

—Pues que no venga —me sulfuré—. Ciertamente, nuestra casa es bastante humilde. Por tal razón mis hermanas y yo hemos de guardar las apariencias y nuestra dignidad.

—Piense usted, señorita, que a don Félix no se le debe menospreciar.

—Ya lo he pensado: mi marido me sacará de la Iglesia o de mi hogar.

Miguel escuchaba en silencio aquella disputa; pero yo notaba la satisfacción que le causaba el haber escogido para compañera de su vida a una mujer que tenía fibra y voluntad. Volviéndose hacia Ycaza, sonrió:

—¿No te lo dije? Mi futura es de armas tomar —y, viéndome a los ojos—: Pues bien, no iremos a Palacio.

Habiendo ganado el punto, comprendí que don Nicolás tenía cierta razón. Hacer groserías a tontas y locas perjudicaría a mi esposo.

—¿Por qué no nos damos las manos en mi casa, tempranito, como a las ocho de la mañana? No haríamos ningún convite y, ya casados, oíríamos la Misa de Velación en Palacio.

—Me parece perfecto —afirmaste.

—A la novia no se le niega nada —comentó Ycaza y, haciendo una ligera reverencia, me besó la mano.

El viernes por la tarde me presentaste a tu padre. Fue el único miembro de tu familia que quiso conocerme y que asistiría a la boda. **Bajo de estatura, ojos claros y el cabello como la nieve, su tipo me pareció más bien el de un francés que el de un mexicano.** Se mostró amable, aunque sin ocultar que ese matrimonio, tan precipitado, le disgustaba.

—A usted no le reprocho nada, señorita —aclaró—. Mi hijo, tan impetuoso, tiene la culpa de todo, pero estas juventudes ya no respetan las canas. Por lo tanto, a lo hecho, pecho.

Aliviaste la tensión con una carcajada. Aun así nos sentíamos a disgusto y yo solté un suspiro cuando ustedes se despidieron.

Por la noche, me visitaste por segunda vez.

–**Te quiero hablar de cosas serias** –dijiste, cuando dispusimos de la sala–. **Ya sabes cuanto te amo, el domingo serás mi esposa, pero quiero advertir una cosa: amo también la carrera militar en la cual he crecido, y ni lágrimas, ni ruegos, ni enfados, me harán prescindir de ella.**

–¿Con qué traje te casarás?

–Usaré mi uniforme –respondiste, un tanto sorprendido.

–¿Lo ves? Te conocí de militar y me uniré a un militar. Jamás te pediría que te apartaras de ese camino. Es tu vida. Deseo enriquecerla, no disminuirla.

–**Cualquier día me pueden dar un balazo en el corazón y dejarte viuda.**

–**Si esa desgracia me sucede, siempre llevaré luto por ti.**

Entonces me besaste... sin importarnos la puerta abierta. Te devolví beso por beso hasta que, acercándote, me acariciaste el cuello con tus labios. Creí morir... y vivo... para recordarlo.

El sábado, víspera de mi matrimonio, visité a mi abuela, con la cual estaba en frío, hacía algún tiempo, por asuntos de familia.

Léase, porque había consentido en recibir a Perry, aun cuando ella se oponía a ese noviazgo.

–**Vengo a pedirle su bendición porque me voy a casar.**

–¿Con el inglés? –indagó azorada.

–No. El cuento es largo, pero, si me escucha, lo resumo...

Al concluir pregunté:

–**Y bien, ¿asistirá usted a mi boda?**

–**Disculpa, hija mía, no puedo ir a Palacio.** Parece que no te has dado por enterada... ¡Tus tíos y yo pertenecemos al Partido Liberal! Si te casas con Miramón, nos impones a nuestro peor enemigo. No te imaginas mi sufrimiento cuando tu madre se casó con un retrógrada. ¡Mira que servir de ministro a Santa Anna! Ahora la historia se repite.

–Mi novio no apoya a los conservadores por un puesto político, sino por convicción –la descendiente de marqueses de Partearroyo se tragó una réplica para no herirme. Yo continué–: Lo siento, abuela. Me duele en el alma perderla, pero no soportaría renunciar a Miguel.

–Las puertas de esta casa siguen abiertas para ti.

–¿Para Concepción Lombardo de Miramón?

No contestó; bajó los párpados velando sus lágrimas.

De casa de mi abuela, me dirigí a la de la viuda del general Múzquiz, que también se sorprendió de mi matrimonio con Miramón, pero fue la primera que me felicitó.

–Querida maestra, no tengo padres que me conduzcan al altar, ¿quiere usted hacer sus veces?

–Con el mayor gusto, Conchita, no faltaré.

Sólo a esta señora y a don Francisco Elguero, que me había conocido desde niña, invité a mi matrimonio.

El domingo 24 de octubre de 1858, me desperté a las seis de la mañana y mi primera idea fue ver el almanaque para saber el santo del día en que me iba a casar; cual sería mi sorpresa al leer ¡San Rafael Arcángel! ¿Conque mi protector, a quien desde los quince años me había encomendado, me daba esposo? Me había salvado de uniones desgraciadas y había quitado de en medio al inglés Perry, a fin de que ninguna nube fuese a oscurecer mi felicidad. Al pensar en esto me arrodillé, y emocionada, di las gracias por tantos favores.

Hoy, Miguel, admito ese juego ambiguo. Achacaba la solución de mis problemas a una criatura celestial y no a mi atrevimiento. Tuve buena suerte, pero esto impedía que aprendiera las lecciones que, en circunstancias contrarias, me habrían vuelto prudente.

Yo hice mi *toilette* de novia. Me puse el traje que me había diseñado Madame Celine, blanco, con ricos encajes de Valenciennes, y un corpiño a medio desgote, en el cual estaba graciosamente colocada una guirnalda de azahar, que bajaba hasta la falda y desaparecía entre los moños.

A las siete, se detuvo en la puerta de nuestra casa un elegante coupé. Un lacayo en librea le dijo a nuestra criada:

–**Avise usted a la señorita que el general le manda este regalo.**

Mis hermanas y yo corrimos a la ventana, lanzando exclamaciones.

–Tanto tiempo de pobres y ahora... ¡millonarias!

–**¡Qué paseadas nos vamos a dar!**

Sólo Lola conservó la calma.

–Si no te apuras, llegará el novio antes de que estés lista –me previno.

Con sus manos ajadas, me acomodó el velo.

–**¿Qué les parece la novia?**

–¡Hermosa! –contestaron mis hermanas al unísono.

Mi nana me abrazó, cuidando de no arrugar el traje. Varios lagrimones mojaban sus mejillas.

–¿Por qué lloras? Es un día feliz, ¡el más feliz de mi vida!

–Y así será siempre, Conchita.

–¿Entonces?

–Hoy cumplí con la encomienda que le hice a mi patrona, a quien Dios tenga en su Gloria. Te dejaré bien casada, contenta, rica. Aquí ya no te sirvo y, para cuidar a tus hijos, estoy muy vieja. Ansina que cuando regreses, ni me busques. Ya me habré ido a mi pueblo.

No tuve tiempo de contradecirla. En ese momento se presentaron los invitados. **Todo estaba pronto; en nuestra modesta sala, se había colocado un altar. Seis velas alumbraban un hermoso Cristo, que también había presenciado mi bautismo.**

Mi existencia pasó ante mis ojos, tan breve, tan larga... De todas las personas que conocí en la infancia, quedaban pocas. Por diferencias ideológicas, únicamente me acompañaban dos hermanas y dos amigos... que ni siquiera pertenecían a mi generación. Los demás invitados eran políticos o militares: extraños cumpliendo requisitos sociales.

El obispo, don Joaquín Madrid, con roquete y estola, se acercó al altar. Miramón y yo nos pusimos frente a él, a nuestros lados el presidente y su señora.

Entonces la descubrí... vestida de negro, aferrando el brazo de mi futuro esposo. La Muerte, quien me había arrebatado tanto, y a tantos, lo escudriñaba. “¿Sólo a él?”, pregunté. “A él sólo.”

El obispo dirigiéndose a Miramón le dijo:

–**¿Recibe usted por esposa a la señorita María de la Concepción Lombardo?**

–**Sí, recibo** –contestó Miramón con voz firme, viendo a mi rival a la cara.

Una bala en el corazón. “Seis”, corrigió Ella. “Y la sangre teñirá de rojo la hierba seca...”

–**Y usted señorita Lombardo, ¿recibe por esposo al Sr. general don Miguel Miramón?**

–**Sí, recibo** –contesté–, retando a la Parca, a la maledicencia, al mundo entero.

El obispo bendijo los anillos. La Muerte interpuso su mano, pero **Miramón colocó en mi dedo la argolla de mi madre, haciéndome su esposa.**

La intrusa se quitó su manto negro, ribeteado con encaje, y me lo echó sobre los hombros. “Guardarás luto”, susurró. “Siempre. Siempre.”

Concluida la ceremonia, atravesamos unas palabras con los asistentes. Yo, sofocando mi pavor, acepté las felicitaciones. La sonrisa no se borró de mi cara ni por un segundo.

Nuestra calle estaba llena a reventar. El presidente y su señora nos tomaron en su coche, luego seguía el señor obispo, los curas de mi parroquia, mis hermanas y otros oficiales.

Miré sobre mi hombro. ¡Ella nos seguía! ¿Nos vigilaría de cerca hasta oscurecer mi felicidad? **Me quise poner los guantes y** hubo un último forcejeo. Trató de arrebatarme el anillo; yo de esquivarla. **La joya cayó al suelo. Miramón al verme turbada, se asomó a la ventanilla, y gritó:**

–**Muchachos, se ha caído un anillo, el que lo encuentre que lo lleve a Palacio; tendrá una buena gratificación.**

–Pierda cuidado, lo vamos a hallar.

–¡Ojo con los guaraches! No lo aplasten.

Descendíamos de los coches cuando un caporal bajó de su caballo. Quitándose el sombrero, te tendió un pañuelo; el anillo estaba en el centro. Me lo entregaste, mientras recompensabas al indio con una onza de oro. Por desgracia, el ópalo se había roto.

–¿Por qué se casó usted con esa alhaja? **¿No sabe que esa piedra trae desgracia?** –inquirió la presidenta.

–**Nunca he creído en supersticiones.**

El capellán de Palacio dijo la Misa de Velación. Luego se sirvió un abundante desayuno, concluido el cual, mi esposo y yo inauguramos mi elegante coupé yendo a la Villa de Guadalupe a dar gracias por nuestra unión.

Durante el trayecto, no cesabas de acariciarme las manos. ¡Al fin! Te pertenecía, llevaba tu apellido... y nuestra primera noche juntos, tan próxima, turbaba nuestros sentidos, a tal grado que apenas podíamos hablar.

Varios canónigos nos esperaban y nos concedieron la gracia de besar la Imagen milagrosa. A continuación, fuimos al Convento de la Encarnación donde me despedí de mis tías. Después Miramón me dejó en mi casa y él se fue para la suya advirtiéndome que a las cinco de la tarde nos iría a buscar a mí y a mis hermanas, pues el presidente nos ofrecía un banquete.

En Palacio había una infinidad de oficiales, cuyos nombres no recuerdo. Miramón me presentó a su madre, a sus hermanos y a numerosos parientes.

Yo me encontraba perdida, y no sabía adónde voltear para librarme de las miradas de aquellas personas. Mi gran recurso fue mi suegra, que se había endulzado conmigo, y como era alegre y muy jovial, me quitaba la mortificación que sufría.

Pasaban de ochenta los cubiertos que había en la mesa; a mí me pusieron a la derecha del presidente, a mi esposo a la derecha de la presidenta; en cuanto a la comida, nada puedo contar a mis lectores porque se me ha borrado por completo de la memoria (sólo tengo idea de que dejó algo que desear).

Para que ninguna originalidad faltara en mi matrimonio, el presidente dijo a Miguel:

–Hoy me dedican una función; mi señora y yo tendríamos el mayor placer en que usted y Conchita nos acompañaran.

–Acepto con gusto –contestó mi esposo.

Al salir de Palacio dije a Miramón:

–No me lles, ve tú solo. ¿Cómo es posible que me presente en el teatro el día de nuestro matrimonio?

–Debes ir –me contestó, tomándome la mano y llevándola cariñosamente a sus labios–. Tengo tanto orgullo en que seas mi esposa, que quiero presentarte al público de México para que sea testigo de mi dicha.

Al volver a casa, encontré mi modesto cuarto transformado, Miramón había hecho instalar una rica cama matrimonial y elegantes muebles.

Acaricé las fundas de lino con nuestras iniciales. El olor a jazmín invadía la habitación y, al entreabrir las sábanas, descubrí las rosas deshojadas. Aquellos pétalos rojos parecían sangre... la asocie con mi virginidad, con las heridas que recibiste en la última batalla... Sólo de imaginarme en aquel lecho, contigo a mi lado, me sentí mareada, mis dedos recorrerían tus cicatrices, besaría tus pezones y tus párpados...

Puse en mi cabeza la corona de azahar, en el cuello las preciosas joyas que me había obsequiado mi esposo, y tomé el elegante abanico.

–Lola, tráeme el perfume.

Me respondió el silencio. ¡Se había ido! Era mi segunda madre, mi confidente... “Si lloras, se te caerán las pestañas”, me decía. Y no lloré.

Llegamos a las ocho en punto. Zuloaga y su señora nos esperaban en el palco presidencial. A nuestra aparición, no hubo un anteojo que no estuviera sobre nosotros, y ¿cómo no había de ser así? Saludaban al caudillo del Partido Conservador, el general más joven de nuestro ejército, el vencedor de Ahualulco.

El teatro estaba literalmente lleno, la sociedad selecta de México me conocía; así que, habiendo unido mi suerte a la de aquel valiente, comencé a participar de su gloria.

Al terminar el tercer acto, mi esposo me hizo seña de alzarme, nos despedimos del presidente y su esposa, demostrándoles nuestra gratitud por sus bondades, y salimos del palco. Al atravesar los corredores oímos caer el telón.



MATRIMONIO

El carruaje atravesó la calle silenciosa. De pronto reparé en una escena que había ocurrido muchas veces antes: los vecinos me observaban, ocultos tras largos cortinajes.

El criado nos aguardaba. Presuroso, abrió el zaguán.

Detengo la pluma. Ante mí, la página en blanco espera, paciente. Semeja la lisa superficie del agua... Una fuente. ¿Sabes? En el convento tuve una visión que nosotros estábamos a punto de cumplir, paso a paso.

Miguel, escapa a tu muerte. Recupera, por un instante, la fugacidad de este mundo. Acércate, amor. Posa tus manos frías sobre mis hombros. Soñemos juntos la realidad o vivamos juntos el sueño.

Ahora recordemos aquella noche. La primera. Hablemos en presente para que la vivamos de nuevo:

Me tomas en brazos para bajar del *coupé*. Entramos. ¡Qué quieta sentí la casa! Igual a un ser vivo respirando conmigo. Frente a la habitación de Lupe y Mercedes caminamos en puntillas, como dos cómplices. Nos miramos a los ojos, sonrientes; al mismo tiempo, una excitación cada vez mayor nos invade.

¿Mis hermanas nos espían queriendo averiguar qué sucede en una alcoba de recién casados? Yo lo hubiera hecho. A mi mente acuden los grabados de aquellos libros, las descripciones en francés, los grabados tan explícitos que, aún en este momento, me sonrojo. Sin embargo deseo, con impaciencia loca, temerosa, feliz, que me introduzcas al placer amoroso. *Plaisir d'amour*. Si fallas, mi decepción será inmensa.

Nos detenemos ante nuestra recámara. Empujo la puerta y tú, volviéndote hacia mí, me levantas en brazos. Mi rostro encuentra refugio en tu cuello; me apropio del aroma de tu cuerpo.

—No lames —ruegas—. Yo te desvisto.

Turbada, por un instante pienso en Lola. No sé dónde vive su familia ni el nombre de su pueblo. Tus manos me reclaman. Abres los botones...

al descubierto quedan encajes, pasamanería, el principio de mis senos. Aflojas el corsé; besas mi espalda con labios ardientes.

Bajo el traje blanco, la ropa íntima, también blanca. Aquel color me inquieta. Soy virgen, pero ¿adivinarás que un hombre me tocó, casi niña, despertando una curiosidad vedada hacia lo erótico?

Los diamantes, el jasmín y el raso forman un bulto (¿colina, nido?) sobre la alfombra. Las prendas impregnadas de perfume caen, una a una. Nadie, ni yo misma, me había contemplado desnuda.

Me llevas ante el espejo. Cubro mis senos. Te opones a ese pudor. ¿Acaso no soy tuya? ¿No te pertenezco en cuerpo y alma? Abres mis brazos para formar una cruz y yo descanso mi cabeza en tu hombro. Detente. Sólo así recordaré cada momento. Más, aprisa, más, suplico.

Te recuestas a mi lado. Cierro los ojos. Sin acariciarnos, nos volvemos. Al mismo tiempo. Todavía no consumamos nuestra unión y ya adivinamos nuestros deseos. Disfrutando tantos ¡y tantos! besos, no impido que recorras mi piel, bajando, lentamente, por la pendiente suave, doble, de los senos.

Los vellos se enredan en tus dedos. Te imito. Acaricio tus pezones, Miguel, rodeo tu ombligo con el índice. Entonces, guías mi mano y te estremeces. El gemido rompe la habitación en mil pedazos. Veo tus ojos deslumbrados y, en la sábana, la marca líquida de tu amor.

¡Quedamos tan juntos! No supe cuándo, me duermo cercada por tus brazos. Despierto, a medias, bebiendo otra vez los besos de tus labios. Todavía sueño mientras separas mis piernas para poseerme. Me penetras, entre el dolor y el gozo, hasta que el placer se impone. Gemí, como tú antes. Cubres mi boca con susurros, te amo, te adoro, con otra queja nacida dentro de ti, en lo más profundo... en la delicia intensa de hacerme tuya.

Y, al amanecer, con el sol, yo te hice mío.

Espera, no te vayas, amor. Sigue recordando: pedí que me prepararan un baño, ceremonia que se volverá costumbre, pues me propongo seducirte con las armas a mi alcance: perfume, flores en el cabello, sonrisas... También mando comprar el periódico. Enterándome de lo que sucede, sostendré conversaciones de cierta altura. Me sacan de quicio las mujeres que sólo hablan de niños y problemas domésticos.

Visitamos a tus padres y regresamos de uniforme, tan campante como si nada hubiera ocurrido. Nos sentamos a la mesa. ¡Qué vergüenza, Señor, ese primer desayuno! ¿O fue comida? Ignoro cuánto habrán escuchado mis hermanas desde su recámara, pero disimularon al máximo. Hablamos tonterías, nos reímos mucho con un nerviosismo demasiado obvio. A nosotros se nos escapan miradas furtivas: dicen lo que callamos. Nos prometemos todo, esperando la llegada de la noche...

A la quietud en que vivíamos siguió un continuo movimiento. La indiferencia de los llamados amigos, se trocó en asiduidad y el abandono en que nos tenían algunos de nuestros más cercanos parientes, se convirtió en entrañable cariño.

Un día que me encontraba con mi esposo en la sala, llegó R. B. y a los pocos momentos dijo:

—Ahora sí tengo el gusto de venir a esta casa y no como antes, que entraban y salían hombres.

—¿Qué? —interrumpió mi esposo, con gesto de disgusto—. ¿Me vienes a hablar mal de mi mujer y de sus hermanas? Pues te advierto que no lo permitiré y que ni tú, ni nadie, tiene derecho de criticar su conducta.

El imprudente quedó bastante mortificado y salió con la cola entre las piernas.

—Gracias —murmuré conmovida—. Eduardo Perry nunca significó...

—¿Qué agradeces? Yo sé que no dejó huella en tu alma. Nadie, sino una mujer enamorada, puede entregarse como tú lo haces.

Mi esposo había creído conquistar la felicidad uniéndose a mí, pero una negra nube fue a oscurecer su dicha. El general Santos Degollado atacó Guadalajara. La numerosa fuerza que llevaba, la poca que tenían los conservadores y la falta de recursos, los obligó a capitular. El 28 de octubre de 1858 se estipuló que los oficiales depusieran las armas. A cambio, Degollado les concedía la libertad. Sucedió lo contrario. Ese mismo día se apoderaron de Monayo y Piélagos, tenientes coroneles, el primero herido de gravedad.

La esposa embarazada de Piélago, llevando por delante a su primogénito, pidió clemencia para los condenados. Fue inútil. Sacaron a su marido cubierto por una sábana y lo condujeron al obispado, en medio de gritos injuriosos. Le pusieron una soga al cuello y lo colgaron de un balcón. Estando así se reventó la soga, cayó el cuerpo y lo volvieron a colgar entre risas y silbidos. Su mujer, vuelta loca, corrió a abrazar el cadáver, pero un soldado la golpeó con la culata y atravesó al niño con su bayoneta. Igual muerte tuvo Monayo en la plaza principal. Diez días después de nuestro matrimonio, mi esposo me contó esa atrocidad.

—No toleraré más arbitrariedades. Partiremos con el ejército en unas horas.

—¿Tan pronto?

—Sí, el deber me llama.

Di la noticia a mis hermanas y derramando abundantes lágrimas, arreglamos mi equipaje.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—No sé.

—Corres demasiado peligro, Concha. Deberías quedarte con nosotras.

—No me separaré de Miguel.

—De todos modos vas a separarte. ¡Ni modo que lo sigas al campo de batalla!

—Correré cualquier riesgo con tal de estar junto a él —a punto de llorar, fingí enojo—. ¡Y hasta aquí llegó esta discusión!

No se atrevieron a insinuar que se sentían desamparadas e inútiles, pero yo sabía que las dejaba al garete, a menos que aprendieran a valerse por sí mismas.

La despedida fue dolorosa. Un sinnúmero de tristes pensamientos nos asaltaron, pero me arranqué de sus brazos, y de mi amada casita de Chiconautla, donde había tenido la dicha de unirme con Miramón.

Al principio del viaje se atravesaron algunas palabras entre los militares que nos acompañaban. Luego cada uno se acomodó lo mejor que pudo y al cabo de una hora, dormían como bienaventurados.

Al amanecer llegamos a Cuautitlán, donde desayunamos y se cambiaron los caballos. Aunque aquellos señores estaban de cumplimiento conmigo, al reanudar el viaje, el general Casanova sacó su puro y mi esposo encendió el suyo. Al cabo de unos minutos la diligencia era una nube de humo. Yo, que también estaba de cumplimiento, soporté en silencio aquella molestia, pero la fatiga y la falta de sueño causaron tal trastorno en mi naturaleza que sufrí un desvanecimiento.

Mi esposo hizo parar la diligencia y yo, respirando aire puro, prontamente me repuse. Entonces, dijo: “Señores, a mi mujer le hacen daño nuestros puros, si quieren fumar, les ruego suban al pescante. Por mi parte, desde este momento dejo el cigarro” y arrojó un magnífico habano que tenía en la boca.

Pensé que su galantería era por la excesiva amabilidad que los señores usan en la luna de miel, pero esa promesa la llevó a cabo.

En Celaya nos esperaban las autoridades y el prefecto organizó un almuerzo. En Salamanca nos recibieron con música y multitud de gente nos salió al encuentro, nos ofrecieron un abundante refresco, hubo discursos, otro refresco... ya no podía más, cansada del camino, de las proclamas, de los recibimientos...

—¡Llegaremos enfermos por tanta nieve y bizcochos! —me quejé.
—¿Ya ves lo que valen estas demostraciones? ¡Y pensar que te ponías celosa porque las aceptaba!

En Guanajuato nos alojaron en el Palacio de Gobierno. Al día siguiente, al acercarnos a San Luis, no obstante ser las ocho de la noche, gente del pueblo, a caballo, y soldados formando valla, nos aclamaron. Otros iluminaban el camino con antorchas.

En la casa que me asignaron, me comencé a orientar. En nuestra habitación, también estaba el estudio de mi esposo, con una puerta que daba a los corredores, haciendo la pieza independiente.

Un día entré a este espacio privado y me encontré el retrato de un joven de unos veinticinco años, hermoso como un efebo. Lo tomé en mis manos y leí la dedicatoria: “A mi hermano Miguel,

Leandro”. Ninguno de mis cuñados se llamaba así. Un principio de celos se despertó en mi mente. ¿Por qué nunca habías mencionado a ese hombre? ¡Tan hermoso! Mi mente elaboró cien posibilidades. La convivencia diaria en los cuarteles, sin hembras, ¿no propicia relaciones... dudosas?

“No seas absurda”, me regañé. ¿Quién más que tú, Concepción, puede avalar la virilidad de tu marido? Sin embargo, las sospechas me carcomían! **¿Y si encontrase una carta amorosa? Con este maligno pensamiento abrí varios cajones.** No avanzaba muy rápido, porque cuidaba de colocar cada objeto en su sitio. Al final, **sólo encontré diez cajas de habanos.**

En eso entró mi esposo de improviso.

–Señora, ¿qué busca usted?

La situación incómoda en que me encontraba, me desconcertó. Busqué una excusa.

–**Encontré excelentes puros y me vas a hacer el favor de fumarlos.**

–**No** –me estudió, mientras calculaba si debía creerme–. **Prometí que no volvería a fumar y lo cumpliré** –acercándose a la puerta, llamó–: **Ordóñez.**

–**Mi general** –contestó su ayudante.

–**Divida estos tabacos entre usted y mi Estado Mayor.**

Una vez a solas, no disimulé mi desconfianza. A pesar de que me arriesgaba a un pleito, y de que no podía justificar mi presencia en esa habitación, pregunté:

–¿**De quién es ese retrato?**

–**De Leandro Valle, un compañero del Colegio Militar.**

–¿**Y por qué tiene corbata roja?**

–**Porque se afilió al Ejército Liberal. Esto, lo confieso, me causa gran pena. Cuando debo combatir contra él, le envío un saludo por escrito y ensarto el papel en la punta de un maguey, por donde debe pasar. Él lo sabe y me contesta de la misma manera.**

–¿**Lo extrañas?**

–**Muchísimo. Los verdaderos amigos no crecen en maceta** –torció la boca–. **¡Qué tonta manera de describir una amistad, una armonía perfecta entre dos hombres!**

Me observó, fijamente.

—Ahora dime, ¿qué hacías aquí?

Comprendí que nunca me perdonaría si le confesaba la verdad. ¿Cómo pude pensar tales absurdos? ¡Sodomía! Los celos llevan a conclusiones tan estúpidas, tan...

—Buscaba un dulce.

—¿Dulces?

—Se me antojaron.

—¿Estás de antojo? —exclamó—. ¡Concha de mi alma!

—Todavía no es seguro, Miguel. Esperemos al mes entrante...

Me sentó sobre sus rodillas, me besó, expresando sus esperanzas.

—Formar una familia significa una relación más completa entre tú y yo, cariño.

Entonces mis sentimientos cambiaron: un embarazo no representaría el fin de nuestra intimidad, de ese mundo nuestro, no compartido. Y deseé darte un hijo, amor.

Pocos días después se presentó una mujer con dos niñitos. Anegada en llanto me contó que su marido estaba condenado a muerte. Me causó mucha tristeza y pensé que, queriéndome mi esposo como me quería, no me negaría nada. Tranqualicé a la mujer y corrí a buscarlo.

Al oírme se puso muy serio: “Señora, no me hable usted de ese caso. Los oficiales que se pasan al enemigo saben la suerte que les espera si caen prisioneros”. No agregué una palabra, la frialdad con que por primera vez me hablaba mi esposo y el recuerdo de aquellos niñitos oprimieron en extremo mi corazón. No vi a mi marido hasta la hora de la comida y él creyó que todo estaba olvidado.

El 8 de noviembre, me dijo:

—Como no estaré a tu lado en tu cumpleaños, te festejaré hoy. Te daré lo que me pidas, baste que no sea una joya de gran valor, pues ahora no tengo mucho dinero.

A esta conversación asistían el jefe de su Estado Mayor, don Antonio Ayesterán y don Nicolás Ycaza.

–¡Ustedes son testigos! –exclamé. Volviéndome hacia él, le supliqué–: **Quiero la vida del condenado a muerte. Ninguno esperaba aquella salida, pero debió agradecerles porque me felicitaron. Mi esposo, fiel a su promesa, firmó el indulto.**

La campaña contra Degollado se emprendería a fines de noviembre. Ante esa separación, mi pena fue inmensa. ¡Podía quedarme viuda, sin aquel dulce esposo que hacía mi dicha, aquel compañero que tanto amaba! Mis sentimientos cambiaron por segunda vez. Un hijo significaba que permanecerías conmigo, Miguel. Aun muerto, no te perdería del todo. A pesar de este supuesto, en el lecho correspondí a tu amor con una pasión desesperada. Quería recordarte dentro de mí para evocar, ya sola, esa plenitud que únicamente alcanzaba en el placer, contigo.

Después de la partida de mi esposo, me entró un terror pánico, al punto de no poder circular por mi habitación. Con dificultad conciliaba el sueño, porque no me abrazabas estrechándome contra tu pecho. Y si dormía, horribles pesadillas turbaban mi reposo. Una descarga. Caías muerto con el corazón traspasado por seis balas. Siempre seis. **Mi recamarera me despertaba** y yo, en vez de tu rostro, veía a la Parca, acercándose al lecho para posar la mano en mi yugular.

–¿Qué le pasa, señora? ¿Por qué grita?

–No sé. ¡Tengo el corazón oprimido!

–Cálmese, por favor, o se va a enfermar. ¿Llamo al coronel?

–Sí, apenas me vista.

Francisco Vélez, tu gran amigo de infancia, se encontraba convaleciente de una herida y, por lo tanto, lejos del frente de batalla. Era mi único consuelo y, a pesar de que lo necesitaba a deshoras, jamás me rehusó su ayuda. El pobre hacía lo imposible por distraerme. Juntos leíamos los libros que encontramos en la biblioteca, caminábamos por la plaza, me acompañaba de compras. Pero, esa confianza, tan inocente de mi parte como reprehensible a los ojos de la sociedad, trajo problemas. Poco a poco, nuestras conversaciones se alargaron y Vélez empezó a tomarse demasiadas familiaridades. **Siendo de la misma estatura que Miramón y acostumbrado a su generosidad, cogía la ropa que le**

agradaba y se quedaba con ella. Esto me disgustaba mucho, pero cuando le hacía la menor observación contestaba:

–Miguelito nunca me ha negado nada.

También se enamoró de una hermosa caja de música que me había regalado mi esposo, esperó que saliese yo a la calle y al regresar, el juguete había desaparecido.

Dejé pasar una semana y, aprovechando que Vélez no estaba en su cuarto, recobré mi caja y la escondí tan bien que nunca la encontró.

Esta situación me tenía en ascuas. ¿Vélez me cobraba su amistad? ¿Eran ciertos los chismes de que pasaba demasiado tiempo en mi habitación con intenciones aviesas? Para ponerle un límite, cesé de llamarlo; me servían el desayuno y la comida en mi alcoba; por la noche, me conformaba con chocolate y pan dulce. Encerrada a piedra y lodo, perdí la salud.

Lagos, 1 de diciembre de 1858.

Amada Concha:

Te supongo cada día más triste, pues a juzgar por lo que padezco por tu ausencia, y siendo tú de naturaleza nerviosa, debes penar horriblemente. Cálmate, es preciso sufrir para gozar después y esto, si Dios quiere, por lo cual te pido que recobres la Fe. Reza por nosotros, yo también lo hago, esperando que la Providencia nos oiga.

Cuídate mucho, salúdame a Nicolás Ycaza y quiere siempre a tu esposo

Miguel.

Besé la carta, amor, y mis lágrimas cayeron sobre la tinta, deformando el trazo de las letras. A tus palabras agregué frases de ternura pues sabía, así me lo advertiste, que jamás descubrirías tus sentimientos por miedo a que nuestra correspondencia fuera leída por otros. Mas, aún en esa tibia cortesía, se reflejaba tu amor.

Por ti vivo. Mañana, apoyándome en la confianza que me transmites, abriré las puertas de este cuarto. Me basto para poner fin a las murmuraciones y alzar un escudo que defienda mi honra.

Desde Tepatitlán, el 4 de diciembre de 1858, Miramón dirigió una proclama a sus tropas.

Compañeros de armas:

Al fin estoy al lado de mis valientes veteranos, de vosotros, a quienes lleno de júbilo saludo. La Patria nos exige un nuevo sacrificio, tenemos que luchar en defensa de la más noble y santa de las causas y por esto he venido presuroso a participar de las glorias que os esperan.

Esos enemigos bárbaros que hoy desafían nuestro valor, son los mismos que habéis humillado en tantos y tan gloriosos combates y que, perdonados por nuestro magnánimo general Osollo, toman de nuevo las armas, faltando a sus juramentos para saciar su sed de sangre y exterminio.

Soldados, la nación libra en vosotros su provenir. Corresponde a esa esperanza

Miguel Miramón.

La tropa te adoraba. Tus palabras despertaban el heroísmo, aun de los más indiferentes, y hubo muchachos que, casi niños, se alistaron con tal de luchar bajo tu mando. Además, los mochos (así los tildaban, pues mochaban el ala de sus sombreros de palma, a modo de visera, para que pareciera una gorra militar) combatían con la bendición de la Iglesia, en tanto que la milicia liberal estaba excomulgada.

Mientras tú coqueteabas con la Muerte, yo vivía las pequeñeces diarias. Una mañana escuché la conversación de dos criadas. Supusieron que dormía y cuchichearon en la antesala. Al poco tiempo, olvidando la prudencia, sus voces subieron de tono:

—Esos enojos de la señora Conchita, sus pesadillas y trastornos, se deben a una cosa: le hace falta hombre.

—Pues mejor que ni vaya a confesarse. Ya ves cómo son los curas. Antes de dar la absolución te preguntan dónde, cuándo, cuántas veces. A esta doña no la absuelven.

—Anda demasiado acalenturada.

Tepatlán, 8 de diciembre de 1858.

Amada mía:

No dejo de pensar en ti un solo momento y aunque te llegará esta carta no sé cuando, como hoy es tu santo quiero que recibas todo el amor que te profeso.

Tú también piensa en mí

Miguel.

Las criadas tienen razón. Me haces falta. Me haces falta. Me haces falta.

Hacienda de Atequiza, 14 de diciembre de 1858.

Amada Concha:

Desde las seis de la mañana, hasta las tres de la tarde nos hemos batido, haciendo retirar al enemigo que perdió dos mil hombres dispersos, doscientos entre muertos y heridos y cuatro piezas de artillería, parque y fusiles. Era imposible alcanzarlos porque corrían como venados.

Mañana estaré sobre su campo y pasado mañana en Guadalajara.

Adiós, mi vida. Te ama mucho tu esposo

Miguel.

Ya no practico uno de los sacramentos, la confesión. Esta distancia entre mi espíritu y Dios me hiere profundamente. ¡Cuánto ansío descargar mi alma! Te revelaría, Señor, mis penas y, en un acto de Fe suprema pondría mi felicidad y la de mi esposo en Tus manos. Para eso, debo admitir que pecco con el pensamiento (extraviamos la razón poniendo en primer término, antes, antes que todo, el placer más intenso), con la palabra (así, Miguel, ¡así!), con la obra: descubrimos caricias proscritas, posiciones lascivas... no quiero saber cuántas veces, y nunca le diré al sacerdote cómo, cuándo, en dónde, por qué. Este amoroso delito es nuestro. Prefiero perderme a revelarlo.

Guadalajara, 31 de diciembre de 1858.

Mi muy amada Concha:

Ayer cabalgué 48 leguas pero llegué sin novedad. Ahora que son las cinco de la mañana, he despertado por el ruido de las salvas, los cohetes, repiques, músicas y gritos de entusiasmo para festejar el triunfo sobre Degollado y compañía.

La última victoria nos iba a costar muy cara, pues recibí una bala en la pierna izquierda, cuatro dedos abajo de la ingle. Pero la Providencia permitió que el proyectil diese en el botón de plata de la chaparreta, no ocasionándome más que una inflamación de la cual ya estoy completamente bueno.

He resuelto establecer mi cuartel general en Querétaro, es indispensable te vayas para allá.

Concha, siento tus males como los míos y los siento más, cuanto que por mi profesión estoy separado de ti.

Piensa en tu apasionado esposo

Miguel.

¡Júrame que estás bien! Dios mío, se me paralizó el corazón al imaginarte herido. La Parca a tu lado, ocupando mi sitio. No sólo te perdería a ti (y contigo, todo); mi hijo puede nacer en un mundo donde tú no existas. Él sin tu amparo; yo sin tu amor... Esta vida no valdría la pena. Cuídate, te lo ruego, te lo suplico. Reza antes de tomar la espada.

Ayer me quejé. Hoy me invade la ira. ¿Nunca experimentaré la tranquilidad de los inconscientes? La Muerte ha ensombrecido mi existencia. Me ha arrebatado padre, madre, hermana, amigos...

Y nosotros, miserables criaturas, ¿qué podemos contra Tus designios? Miguel, la única manera de vencerla es amándonos, obsesionados, una vez y otra. Dentro de mí, te protegeré con mi cuerpo; creando vida, te mantendremos a distancia, Muerte.

El general Zuloaga envió fuerzas a Veracruz para desalojar a Juárez y a la parodia de gobierno que había establecido en aquel

puerto. Un grave incidente puso en dificultades sus planes. Los Estados Unidos, por medio de una nota oficial, apoyaban al indio oaxaqueño. No era la primera vez que nuestros vecinos lo auxiliaban, pues conocida es su táctica de fomentar las revueltas del país para absorbernos con mayor facilidad, satisfaciendo su ambición de poseer a México.

El 23 de diciembre de 1858, los conservadores emitieron un manifiesto haciendo saber al público que don Félix Zuloaga era incapaz de salvar la situación. Por tal motivo, quedaba destituido del cargo de presidente. Terminaba este documento con las firmas de 49 jefes del ejército de diferentes graduaciones. Por su parte, Miramón actuó a contracorriente censurando un motín que se basaba en las aspiraciones de unos cuantos y no en el bien de la nación. Zuloaga se refugió en la legación inglesa de donde dirigió la siguiente carta a mi esposo:

Muy querido amigo y compañero:

Desearía ser muy extenso para imponer a usted de todo lo que me obligó a dejar Palacio Nacional, el 23 del corriente; baste a usted saber que no pude hacer otra cosa, después de la defección de las personas con quienes debía haber contado.

Los oficiales que se amotinaron están arrepentidos y me han ofrecido que se despronunciarán, pero no he querido que lo hagan hasta la llegada de usted a quien he querido dejar esa gloria.

Escríbame por conducto del ministro inglés, que me entregará sus cartas.

Quedo de usted, como siempre, su muy adicto y afectísimo amigo

Q.S.M.B.
Félix Zuloaga.

La madrugada del 4 de enero de 1859, me despertaron las salvas de artillería, repiques de campana y el son de músicas militares. –¿Qué ocurre? –pregunté a mi recamarera. –Voy a ver, niña.

Mi ansiedad crecía cuando la sirvienta entró a mi cuarto radiante de alegría.

—¡Han nombrado presidente al general Miramón!

—¡No es posible! —pero, temiendo que la noticia fuese cierta, me invadió la náusea.

En cuanto me levanté, Vélez vino a mi encuentro y me pidió leer la siguiente comunicación:

La junta popular ha electo a V. E. presidente provisional de la República y al tener el honor de participárselo, le recomiendo que se ponga prontamente en marcha para esta Capital, en donde interesa su presencia. Su nombramiento sólo puede presagiar una era de felicidad y de paz y el completo establecimiento de los principios conquistados.

Reciba V. E. mi cordial enhorabuena.

Dios y Orden.

Manuel Robles Pezuela.

Un espantoso mareo me descompuso el estómago y fue preciso que Vélez me alzara en brazos para recostarme en un diván. Mientras me ponían compresas sobre las sienes, me hundí en el delirio. Tengo poderes psíquicos, deduje. ¡Veo el porvenir! Y aquí están las pruebas: le aseguré a Leonor Rivas que yo ofrecería banquetes elegantísimos cuando fuera presidenta; esa predicción se cumplirá en breve. Para evitar un disgusto contigo, amor, insinué que estaba embarazada y, aún sin saberlo, ¡ya esperaba un hijo! Ahora tengo pesadillas. Percibo un campo extenso a tus espaldas, Miguel. A lo lejos, una ciudad blanca resplandece con el amanecer. El terror me invade. Corro para resguardarte. Me desboco. Más, más aprisa. ¡La descarga! ¡Manchas de sangre sobre la hierba seca! Y tú caes, herido por seis balas.

Los gobernadores de los Estados, los comandantes y los principales jefes del ejército, felicitaban a mi esposo por su elección y por el feliz desenlace de aquella revuelta. Tengo en mi poder los originales, pero me abstengo de copiarlos por temor de cansar a mis

lectores. Sólo una persona recibió con tristeza ese nombramiento y fui yo porque mi corazón presagiaba dificultades y peligros para mi amado esposo.

En un arrebato febril escribí carta tras carta rogándote que no aceptaras el cargo. “La banda presidencial es el principio de nuestro calvario. La Muerte te acecha y yo no podré impedir tu fin.” Lloraba a mares, apenas comía y el médico me auguró un mal parto si no seguía sus instrucciones.

Por fin, una ráfaga de esperanza vino a consolarme:

Guadalajara, 5 de enero de 1859.

Querida mía:

Hoy he tenido el gusto de recibir tu apreciable con fecha 30 del pasado. La ansiedad que manifiestas espero habrá cesado. México me nombra presidente de la República, pero yo no ambiciono más que la gloria de hacer feliz a mi Patria restableciendo la paz, la moralidad y la justicia, así que renuncio a la Primera Magistratura.

Adiós, mi vida, vive tranquila por la suerte de quien te ama

Miguel.

“¡Gracias, Dios mío, gracias!”, pensé, contemplando tu carta.

Me propuse no salir de la iglesia para corresponder a tan enorme merced, pero el doctor se opuso.

—Doña Concepción, como su médico de cabecera le prohíbo terminantemente los ayunos, los rezos hincada y la Misa de seis. ¡Duerma, descanse! O me obedece o le informo a su señor esposo.

—Pierda cuidado. Seré la más dócil de sus pacientes. Quiero que mi hijo nazca sano y fuerte.

—¿Cómo sabe que es varón?

—¡Oh! —sonreí—. Simplemente lo sé... como si lo viera.

—No me diga que percibe el porvenir —bromeó el médico.

Un soplo helado recorrió mi nuca. Temía esa maldición, disfrazada de don excepcional. ¡Poderes de vidente! “No, Dios mío, no hagas que se cumplan mis pesadillas.”

Ante la urgencia de que mi esposo se presentara en la Capital, variamos nuestros planes. Ahora nos reuniríamos en Lagos y juntos nos dirigiríamos a México.

El 7 de enero me puse en camino, acompañada de Romualdo Fagoaga, el pretendiente de mi hermana Lupe y José Rincón Gallardo. Una escolta de 25 dragones nos acompañaba. El camino era triste y sin vegetación, pero íbamos alegres, particularmente yo, pues la idea de ver a mi esposo, me hacía saltar el corazón de contento.

Viajamos hasta las dos de la tarde, a esa hora comenzamos a oír ruidos extraños en nuestro vehículo y, de pronto, se quebraron dos ruedas del coche. No obstante, ningún obstáculo iba a detenerme. Monté a caballo y seguimos nuestro camino.

En Lagos tenía una casa Pepe y allí nos alojó. A la hora de la comida, me embromaba por mi embarazo. Yo negaba ese estado porque me incomodaba tratar ese tema con señores.

De repente, en medio de nuestra charla amistosa, me entró una terrible agitación. Oía frases inconexas, como si llegaran de muy lejos, y ante mis ojos se alzó una cortina de fuego. El calor me sofocaba. Asustadísimo, Pepe llamó a mi sirvienta.

–¡Jesús bendito! ¿Qué le traigo, niña?

–Avísale a mi esposo. ¡Que salga de su cuarto inmediatamente!

–El general no está aquí. ¿Ya no se acuerda su merced que anda por otros rumbos, allá, lejos?

Pepe me contemplaba atónito.

–Corre a comprar dos ceras –ordené a la criada, con tal firmeza que dejé pasmado a mi anfitrión.

Cuando regresó la sirvienta, mis manos temblaban. Con mucho esfuerzo **encendí las velas frente a una imagen de la Santísima Trinidad, que siempre me acompaña, y recité el Trisagio. Acabada aquella sublime oración, la calma renació en mi espíritu y atribuí a un efecto nervioso, o tal vez a mi embarazo, aquella agitación que me había dominado.**

El día 12 llegó a Lagos un extraordinario:

Guadalajara, 10 de enero de 1859.

Querida mía:

Un suceso ha venido a amargar la dicha que tuve al leer tu última carta. Hoy, a los tres cuartos para las once de la mañana se incendiaron las municiones, produciendo una ruina completa en Palacio. No se salvaron más que las personas que estaban en mi habitación, de suerte que las víctimas pasan de doscientas. Yo tuve que salir por el balcón, lo mismo Márquez. Este suceso me detendrá dos o tres días. Siento causarte un mal rato, pero temeroso de que esta noticia llegue a tus oídos, y te figures lo que no hay, me apresuro a participártelo. A Pepe y Romualdo mis memorias, y para ti, mi vida, el corazón de tu

Miguel.

Terminé de leer casi desvanecida. **¿De manera que aquella agitación era un presagio? ¡Señor! ¡Cuán bueno fuiste al inspirarme la necesidad de recurrir a tu dulce y santa Providencia para salvar al esposo querido!**

Esa tranquilidad apenas duró unas horas. Por la tarde fui a la parroquia más cercana y, en el confesionario, que resguarda identidades y secretos, revelé mi angustia.

—Hija, a leguas se descubre tu naturaleza nerviosa —dictaminó el sacerdote—. No eres profeta, ni la Muerte te susurra el futuro. Dios te hizo un milagro al salvar a tu marido. Agradécelo llevando una vida ejemplar. Durante el día cumplo con tal recomendación. Doy limosna a los pobres, practico la paciencia, ofrezco Rosarios, limito mis alimentos. Pero a solas evoco nuestras noches... y vuelvo a pecar.

Según había prometido, mi marido llegó a Lagos antes de una semana. Describir el gozo de mi alma al volverlo a ver sería imposible.

—No llores —suplicaste— o nos vamos a ahogar en lágrimas —me besabas los párpados, el cuello—. Si no fuera por tu estado —y tocabas

mi vientre, sonriéndome feliz–, ahora mismo te demostraba cuánto te adoro.

Sentada sobre tus piernas, con la cabeza apoyada en tu hombro, indagué:
–¿Y qué pasará con esa elección que han hecho de tu persona para presidente de la República?

–No la acepto, pues no quiero que el país crea que por ambicioso me presto a secundar esta revolución.

–¡Cuánto gusto me da!

–Vamos, señora –me interrumpió haciéndome una caricia–, dejemos la política en paz para que no amargue el gozo de estar a tu lado.

Me depositaste sobre el lecho y, al punto, olvidamos las recomendaciones del médico y la Iglesia. La primera vez nos amamos para borrar distancia, separación, vacío; la segunda, para festejar la vida que latía dentro de mí.

El camino de Lagos a Querétaro fue una marcha triunfal. Por donde pasábamos nos recibían a gran vuelo de campanas, las bandas de música nos esperaban fuera de la ciudad y el pueblo nos acompañaba vitoreando a mi esposo.

En Querétaro recibimos un extraordinario:

Cuartel General de México, enero de 1859.

La junta reunida me hace cargo del poder público mientras V. E. se presenta a recibirlo. Debo manifestarle que existe una absoluta carencia de recursos para atender esta guarnición y los gastos administrativos. Estas dificultades exigen que V. E. ejerza el poder cuanto antes, a cuyo efecto le recomiendo apresure su marcha, para que resuelva las graves necesidades de la actualidad.

Protesto a V. E. las seguridades de mi consideración y aprecio.

M. Robles Pezuela.

Tuviste la consideración de no ocultarme nada. Leí la carta, te encarecí de mil maneras que te mantuvieras firme y rechazaras el cargo; sin embargo, atajaste mi reclamo con una afirmación contundente:

—Concha, yo sé lo que hago. Antes que tú, el hijo que esperamos, amistades o familia, está la Patria. Mi vida así lo pregona.

“Entonces el amor rara vez es bien correspondido, porque tú ocupas el primer lugar en mi alma.” No lo expresé. Se me cerraba la garganta por la decepción y el convencimiento de que nunca recibiría lo justo. Sin embargo, no te querría menos; al contrario, cada día más.

La contestación de mi esposo fue la siguiente:

Querétaro, 19 de enero de 1859.

Primer Cuerpo de Ejército.

General en jefe.

Excelentísimo señor Robles Pezuela:

Ha llegado el momento de poner término a esta crisis. Estoy decidido a sacrificar los más caros afectos y las más distinguidas consideraciones personales, pues creo que México dará un gran paso hacia su engrandecimiento el día en que los pronunciamientos no sean el medio de cambiar su gobierno. Por lo demás, la Nación sabrá apreciar la circunspección que ha usado V. E. del poder que depositara en sus manos.

Dios y Ley.

Miguel Miramón.

Me explicaste tu cambio de actitud durante el trayecto, para evitar que entre nosotros creciera una frialdad destructiva. Sobre todo, me hiciste ver lo obvio: ya no valían mis reconvenciones. Y yo, para no disminuir tu triunfo, me tragué mis reproches, sequé mis lágrimas y, con la sonrisa en los labios, me apresté a apoyarte, contra viento y marea, lamentando la derrota, saboreando la victoria, para bien o para mal, en esta vida, amor, y también en la otra.

El 21 de enero de 1859 llegamos a la Capital. A las dos de la tarde nos hallábamos en Chapultepec con jefes, oficiales, músicos y bandas de los cuerpos de guarnición, vestidos de gala, con el objeto de recibir sus felicitaciones. Una batería hizo un saludo de

21 salvas a Miguel Miramón, nuevo presidente de la República. Al terminar la ceremonia nos alojamos en Palacio Nacional. Aquellos días fueron insoportables, un va y viene de gente que no dejaba a mi esposo un momento de libertad.

—La agenda del señor presidente está llena —me informaba su secretario—. ¿Las citas? Urgentes e importantes, sin excepción.

¡Y yo que me imaginaba que gozaría de su dulce compañía! Me desesperaba aquel torbellino que me hacía envidiar la suerte oscura de un campesino y la soledad de los campos. En ocasiones me cubría de reproches, pues habiendo decidido ser tu apoyo, Miguel, me permitía rabietas y otras lindezas incompatibles con mi papel de primera dama.

Mi esposo sólo me dedicaba las horas de las comidas en las cuales casi siempre estábamos acompañados. No sólo de nuestros huéspedes, también de un secretario insoportable.

—¿Su lugar? En esta cabecera, doña Concepción. El señor presidente le ha escrito una minuta sobre los temas que puede usted tratar con los caballeros que se sentarán a su izquierda y a su derecha.

—Entonces, ¿no me permite expresar mis propias ideas?

—El señor presidente preferiría...

—Si quiere que me siente a la mesa, deberá confiar en mi juicio. Ya veré yo cómo entretengo a los comensales.

—Pero...

—Además, ¿cómo sé que usted no inventa estas patrañas? Si mi marido quiere darme órdenes, que lo haga de viva voz.

Mi actitud, ahora me doy cuenta, Miguel, despertaba resentimiento entre la servidumbre. Si ocurría algún error, me achacaban todas las culpas.

—La señora presidenta lo ordenó —se defendían, acentuando la palabra “presidenta” con un tonillo burlón.

No obstante, si su meta era enemistarnos, se llevaban un chasco, pues soltabas una carcajada y decías:

—Entonces, que se haga como mi mujercita quiere. Después de todo, en nuestra casa ella lleva los pantalones.

Y, viniendo del general más respetado del ejército, ante quien nadie osaba replicar, tus decisiones se convertían en ley.

La primera ocupación de mi esposo fue visitar al destituido don Félix Zuloaga que se encontraba refugiado en la legación inglesa. Al regresar, volvió de muy buen humor.

–¿Cómo está el general Zuloaga? –le pregunté.

–Manda mil memorias para ti –me contestó–. Hemos convenido en que le devuelvo la presidencia. Así estarás contenta porque pasado mañana me quito del sitio en que me pusieron los notables y siento otra vez a Zuloaga.

–Cuánto gusto me da esta noticia.

Lo afirmé con desgano, pues ya no me hacía ilusiones. Algo se interpondría y nunca llevarías a cabo tu propósito. Quizá achacaste esa tristeza al embarazo, que seguía su curso en medio de banquetes, recepciones y una aprensión creciente. De cualquier manera, no añadiste ni media palabra.

El 24 de enero mi esposo rechazó la Primera Magistratura. Sin embargo, y como expliqué antes, Zuloaga no era hombre que resolviera la terrible situación en que se encontraba el país. Ni como político ni como militar valía gran cosa. Mi esposo, al contrario, era el ídolo de los conservadores. La firmeza de sus ideas, su bravura, sus conocimientos militares y la estrella que iluminaba su senda, hacían que el público lamentara el acto de desprendimiento que acababa de hacer. Las miradas estaban sobre él; los ánimos a su favor. Le llovían cartas de los Estados, de los comandantes, de los oficiales, de los gobernadores, rogándole que aceptase la presidencia. Si me pusiera a copiarlas, formaría un grueso volumen. ¡Con decir que hasta Leonardo Márquez te adulaba! En aquel entonces, el cobarde que después te traicionaría, te admiraba en cuerpo y alma, Miguel. Eras su camarada de armas, compartían el mismo ideal y, a sus ojos, poseías cualidades que a él le faltaban. Estaba dispuesto a todo por respaldarte, pero exigía correspondencia: que lo apoyaras aun en contra de tus principios. ¡Lástima! Tratándose de un hombre tan digno como tú, aquella condición resultaba absurda.

No siendo ya presidente, y como no nos correspondía vivir en Palacio Nacional, decidimos mudarnos. Mi hermano Pancho y mi cuñada Naborita tenían una propiedad en la calle de Coliseo Viejo y como se encontraban en su hacienda, nos fuimos a vivir allí.

Pasé ocho días llena de ilusiones, pensando que mi marido obtendría un puesto civil, de esa manera no me separaría de su lado y estaríamos cerca de nuestras familias. Quería formar un hogar, amueblarlo a mi gusto, que nuestro hijo naciera bajo ese techo y echara raíces.

Cuando indagué si te interesaría comprar un solar, me contestaste con una afirmación distraída, como si hubiera propuesto volar a la luna. Nuestros mundos no sólo eran diferentes, sino opuestos. Tú te entregabas a la función pública, donde encontrabas tu razón de existir; yo habría sido feliz en nuestra esfera privada. ¿Mi ideal? La acogedora mansión de mis Padres. Cuántas veces recordé, suspirando, el patio con su fuente, las tertulias, las reuniones familiares, Navidad... Pero de nada valían esos sueños imposibles. Estaba condenada a una vida errante, a una continua zozobra.

Pronto se empezó a susurrar que Zuloaga pondría en la presidencia a mi esposo. Estas voces aumentaron y, temerosa de que la noticia fuese cierta, se lo pregunté.

—No me he podido rehusar, Concha, lo exige el bien de nuestra causa.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Por no causarte pena, pues comprendo tu repugnancia de verme en ese puesto.

—¿Y de todas maneras aceptas?

—Desde joven he luchado por el triunfo de mis ideales. Ahora que tenemos la victoria en las manos, debo convertir nuestro éxito militar en un gobierno civil estable —usaste ese tono autosuficiente en que no había forma de convencerte de nada.

¡Hubiera querido que las personas que me consideraban una arpía que te doblegaba a mi antojo, nos vieran en ese momento! Si se trataba de

un asunto vital, actuabas como cualquier marido; imponías tu criterio aunque yo no estuviera de acuerdo.

—¿Entiendes mi posición, Concha?

—Perfectamente, pero no tienes que ser tú quien consolide la paz. Hay otros...

—¿Quiénes?

Guardé silencio. Nuestro partido carecía de paladines. Muchos habían muerto en la guerra o en la cárcel; los demás tenían una formación castrense, no política. Ante mi silencio, añadiste con actitud paternalista:

—Anda, descansa un rato.

Ni siquiera te reclamé que me trataras como a una tonta. **Con el corazón oprimido y una profunda tristeza, me refugié en mi cuarto.**

Desde que me casé acostumbré a dar la última mano a la *toilette* de mi esposo. Lo peinaba, alisaba sus hermosos bigotes y su poblada y larga perilla. Luego entraba su camarero Albino, le ponía el uniforme y yo ceñía la banda de general a su cintura y prendía sus decoraciones en el pecho.

Aquel 2 de febrero de 1859, día en que mi esposo, a los 27 años, iba a subir el escalón más alto que podía ambicionar un hombre en nuestro país, aquel día en que una junta popular compuesta de 150 notables, pertenecientes a todos los partidos, lo eligiese por Supremo Magistrado de la Nación y, finalmente, aquel día en que el don Félix Zuloaga, a quien había rehabilitado en el poder, le iba a ceder sus derechos y a colocarlo en la presidencia, ese día me sentía desesperada no pudiéndome conformar con ver a quien tanto amaba, afrontar las dificultades de esa alta posición. ¿No confiaba en tu inteligencia? ¡Lo hacía! Te admiraba mucho más que el total de tus partidarios. Mi objeción era distinta. Me carcomía la inquietud porque, en las circunstancias actuales, era imposible salir adelante. Nuestros enemigos se encargarían de enlodar tu nombre. Torcerían tus intenciones, achacándote sus propias fallas y errores. Aplastarían tus nobles ideales, causándote terribles desengaños. ¡Me parecía obvio! Pero tú, ciego ante el peligro, caminabas hacia un precipicio, sin escuchar mis advertencias.

Poseída de un negro humor me encerré en mi recámara y cuando me llamaron para asistir a la *toilette* de Miguel, dije que no podía ir. Albino insistió varias veces:

–Señora, mi general espera para que le ponga las decoraciones.

–Póngaselas usted –repliqué aumentando con mi exabrupto la leyenda de que me volvía intratable.

Después de algunos momentos, Miramón bajó la escalera con su Estado Mayor, luego oí los coches que se alejaban. “No hay remedio”, me dije, me eché sobre la cama, y rompí en llanto. Siguió un gran silencio, mis párpados se cerraron y me quedé dormida... un tiro de cañón me despertó, detuve la respiración y oí otro, luego otro y otro, hasta contar 21... era la salva que disparaba la Ciudadela para saludar al nuevo presidente.

“¡Ay de mí!”, pensé. “Se acabaron mis sueños dorados, se acabó mi tranquilidad, la política me lo ha robado, ya no volveré a tener tranquilidad.”

Al cabo de una media hora se abrió la puerta de mi cuarto. Mi esposo llevaba en el pecho la banda tricolor, sus mejillas de ordinario pálidas, estaban ligeramente encendidas y sus hermosos ojos brillaban.

No tuve corazón para amargarte ese momento. Además, me recordaba la conciencia. No sólo no acudí a tu llamado, te humillé frente al camarero. ¿Cómo reaccionarías ante el desprecio que te había hecho?

–Vamos, señora. ¿Qué es esto? ¿Por qué esas lágrimas? –indagaste, como si no sospecharas el motivo de mi angustia.

Te observé e inmediatamente adiviné tus intenciones. Con tal de mantener la concordia, fingías superficialidad.

–Porque estoy celosa –admití, siguiéndote el juego.

–¿De quién, de quién?

–De tu vida pública. Te quita el tiempo que podrías dedicarme.

–Tontita, nadie ni nada te podría robar mi cariño. No llore, no se me vaya usted a poner fea.

Me besaste la nariz y nos miramos a los ojos. Un beso llevó a otro.

–Quítate el uniforme.

–De acuerdo. Te entregas al marido.

—Es más seguro. Los mandatarios cambian a cada instante. Me poseíste hasta dejarme exhausta. En ese amor me pedías perdón por mantenerme en segundo término. Y yo usé mi pasión como la mejor disculpa por ignorar cómo explicarte mis temores. En el lecho recobrábamos la estabilidad conyugal, asumiendo cada uno el papel que nos correspondía. Porque ahí, en la cama, donde realmente importa, demostrabas que quien mandaba eras tú.

Nos mudamos a Palacio Nacional. La habitación que íbamos a ocupar estaba mal amueblada, y sobre todo, sucia; por eso la hice limpiar de inmediato. Unos años más tarde, según me enteré, la impresión que recibió la Emperatriz, esa primera noche que pasó en aquel lúgubre edificio, fue idéntica a la mía. ¡Hasta en los pequeños detalles coincidíamos!

Nada me era agradable; la soledad de los salones, la opresión que me causaban los centinelas y la esclavitud de no poder salir sin que se llamara a la guardia y se detuvieran los transeúntes para verme pasar, me tenían sumamente contrariada. Mi esposo me aseguró que me pondría casa donde yo quisiera, lejos de aquellas molestias.

—¿Y por qué no lo hacemos luego?

—Porque antes tengo que emprender la campaña de Veracruz.

—¿Te vas a ir? ¿Me vuelves a dejar? —**un fuerte dolor acompañó mis palabras**—. Tus enredos políticos terminarán por separarnos.

—Mis enredos políticos, como los calificas, me han puesto en la envidiable posición de servir a mi Patria. Mis actos influirán en su destino. Quizá te suene a jactancia. Yo lo considero un deber ineludible que quiero y voy a cumplir.

¡Otra vez ese tono! No cederías; pero agregaste, conciliador:

—**Vamos, cálmate, pronto regresaré y si Dios me protege estaremos juntos largo tiempo.**

La inminencia de la partida fue pretexto para amarnos. Después, cubierta de sudor, pensé en nuestra lujuria. Te contemplé mientras dormías. Viéndote tan apacible decidí: no lo atormentaré con mis dudas. Tanto mi confesor como el médico me advierten, eso sí, veladamente, sobre

los riesgos que corren mi alma y mi hijo si no ponemos punto final a estas transgresiones. Ninguno comprende cómo te atraigo en mi estado ni que yo, en lugar de aprovechar este “descanso”, impidiéndote las visitas conyugales, las propicie. ¡Si supieran! Quizá nuestras familias sepan, por medio de la servidumbre, que pasas noches enteras conmigo, en lugar de regresar a tu habitación, como es costumbre. Pero, mientras estés a mi lado, no desperdiciaremos ni una hora. Cuando te vayas, ya habrá tiempo para la castidad.

El 14 de febrero de 1859 se marchó. Te había prometido comportarme a la altura de las circunstancias y lo cumplí. No hubo llantos ni suplicas. Una vez sola, **mi primer pensamiento fue salir de aquel Palacio que me era tan odioso, pero ¿dónde dar curso libre a mi tristeza? En la Capital me conocía todo mundo y no podía evitar el ser visitada. Otra cosa me preocupaba, ser víctima de una calumnia.** Con mi carácter autoritario y mis malos modos, me había creado un sinfín de enemigos. No faltaría quien, por envidia o venganza, me levantara falsos. Sin embargo, poseía una gran ventaja: **siendo esposa del presidente, tenía abierta la puerta en los monasterios de clausura. Así decidí irme al Convento de la Encarnación donde las religiosas me servirían de escudo contra las hablillas de los maldicientes.**

Una vez instalada, mis antiguas compañeras me hicieron mil preguntas sobre mi felicidad.

—¿Tu marido te ha obsequiado joyas?

—**Ya lo creo, mañana las mando traer y se las enseño.**

Mis alhajas causaron sensación. Una de mis amigas comentó:

—**¿Recuerdas cuando criticaste a Concha por regalarle a la Virgen de los Remedios un anillo? Pues bien, ya estamos mirando que María Santísima paga con usura.**

—**Pero ustedes —intervine— no conocen la joya de más valor que la Virgen me ha dado.**

—**¿Cuál, cuál es? —dijeron a una voz.**

—**¡Mi esposo! —mi sonrisa la interrumpió una contracción en el vientre y las monjas entraron en un positivo sobresalto.**

–Por Dios, Concha, si sientes dolores avísanos. Aquí no debe nacer tu hijo.

Me reí de aquella recomendación.

–Madre, todavía faltan algunos meses.

Puebla, 17 de febrero de 1859.

Amada Concha;

Ni el recibimiento, ni el recuerdo de mis glorias y trabajos en esta ciudad, han podido borrar tu adorada presencia, más aún en el estado en que te dejé. Como esto no tiene remedio, te suplico te cuides mucho para nuestra felicidad.

Para tu tranquilidad, no habrá aquí ningún baile y sólo ha habido una comida. El general Casanova brindó “por la salud de la virtuosa, amable y bella esposa del excelentísimo señor presidente”. Este brindis fue sumamente aplaudido.

Mañana salgo para Orizaba de donde te escribiré. Cuídate mucho, te lo recomiendo de nuevo, y piensa en el amor que te profesa tu esposo

Miguel.

Orizaba, 23 de febrero de 1859.

Querida mía:

No sé si ahora, o cuando me separé de ti, te extraño más. Creo que hoy te extraño más, en razón de que he advertido en ti un tesoro que jamás creí que existiera y mucho menos que me pertenecería.

He sido recibido con gran entusiasmo. No te lo pinto extensamente, solo te diré que hubo coche tirado por el pueblo, valla de las tropas, salvas, repiques, cohetes, iluminación, *Te Deum*, columna de honor. Te acompañó algunos sonetos de los que me arrojaron por las calles.

Durante la comida, tomé la palabra. Dije:

“Señores:

Tenemos la mira puesta en Veracruz. Brindo porque la victoria corresponda a nuestras esperanzas. Brindo porque Dios me preste su poderoso auxilio para recompensar la confianza que depositan en mi persona. Brindo porque los destinos de la República los rija la bandera que nos dejó el inmortal Iturbide.

¡Religión, Independencia, Unión!”

Había suspendido la presente porque esperaba carta tuya. Visto que no hay, me he puesto de un humor infernal. Te suplico me escribas, pues de lo contrario creo que te lo impide alguna enfermedad y me tienes lleno de agitación.

Salúdame a tus hermanas y a los que me recuerdan y recibe el amor de tu

Miguel.

A mi esposo le causaba disgusto mi estancia en el convento.

“¡Por Dios, Concha!”, me escribiste en una de tus cartas, “¿Que haces escondida en un claustro? Si quieres faltarme, ni las paredes más altas lo impedirían. Las malas lenguas no tienen poder sobre mi confianza en ti. Por tanto, reincorpórate al mundo y funge como lo que eres: mi esposa”.

Siguiendo tus instrucciones, le encargué al general Corona, comandante general de la plaza de México, que me mandase arreglar una habitación en el Castillo de Chapultepec. A una legua de la Capital, podía vivir tranquila, además, ¡aquel lugar me era tan querido! Allí había crecido mi esposo, allí se había formado en la vida militar y allí lo había yo conocido.

Orizaba, 27 de febrero de 1859.

Queridísima Concha:

Celebro que hayas salido de tu encierro y más aun el que te acompañe Mercedes. Tienes gusto exigente y todo debe estar muy bonito para que me digas que ha quedado regular. Siento no acompañarte al estreno de la casa. Te estoy imaginando en el jardín, o en el mirador,

dirigiendo tus hermosos ojos hacia los volcanes por cuyo rumbo me consideras; te ruego que no llores como lo haces todos los días, para que no sufran mis ojos.

Mañana salgo para Córdoba, me detendré un día y seguiré adelante. Dentro de un mes estaré contigo y entonces te chiquiaré como de costumbre.

Salúdame a todos y tú recibe el amor de tu

Miguel.

México, 28 de febrero de 1859.

Mi bien:

A pesar de tu amor y de los mimos, me hundo en una terrible depresión. Mil tonterías impiden mi descanso. ¿Cuáles? Me molesta que nadie tome en cuenta mis opiniones. Ni siquiera tú. Me irrita la inmovilidad a que me condena este embarazo... aunque ya desde ahora adoro a mi hijo. Extraño la presencia de mi Madre. En estos momentos nuestras desavenencias se hubieran zanjado. Ya no la juzgaría con el rencor de una adolescente; agradecería lo que hizo por mí. A pesar de sus escasas luces, mantuvo nuestro hogar incólume, no obstante las persecuciones y cambios de fortuna. ¿Quién mejor que ella para darme consejos? ¡Parió doce hijos, Miguel! El tenebroso mundo del alumbramiento y la crianza no guardaba misterios para doña Germana. En cambio a mí me llena de miedo el sufrimiento que implica dar a luz. Me resultará insoportable la vergüenza de exponer mi intimidad ante criados y comadronas. Sin embargo, los días pasan, acercándome al desenlace.

¡Te añoro! ¡Tanto!

Sin ti no vivo, Miguel.

San Juan Coscomatepec, 7 de marzo de 1859.

Amada mía:

Me dices que estas desesperada porque no me llegan tus ansiadas letras; a esta desesperación hay que agregar muchas lágrimas y

desgano de comer y otra porción de cositas que me cuentan y que, señora mía, no me acomodan en manera alguna, pues la desesperación es pecado, ofende a Dios, y le hace mal a alguien que no conocemos aún, pero que queremos mucho, con que, niña mía, mucha calma, nada de lágrimas y a comer por los tres, es decir, por ti, por mí y por nuestro bien.

Recibe el amor de quien sólo piensa en ti

Miguel.

Comprendo cuánto mal te hacen mis palabras, amor, porque ignoras cómo consolarme. Lo intentas empleando un tono paternal para adormecer mis temores. Yo quisiera... no sé qué quisiera... Consecuentas mis cambios de humor, cumples mis caprichos; sin embargo, me hace falta nuestra intimidad para recuperarte y sentirme segura.

¡Estoy tan sola! Podría refugiarme en mi abuela o en mis hermanas casadas, pero apenas nos tratamos. Y si nuestra relación se enfrió debido a nuestras diferencias políticas, no seré yo quien ceda.

Ésta me la guardo, pues te causaría una gran mortificación. La conservaré junto a mis poemas, las rosas marchitas y el mechón de tus cabellos.

Córdoba, 10 de marzo de 1859.

Querida mía:

El enemigo, a las órdenes de tu tío, don José Justo Álvarez, se dirige a México. La plaza se defenderá con 4000 hombres, 40 cañones y una población entusiasta a las órdenes de Corona. Tú sabes que jamás he conocido el miedo, pero de una desgracia nadie está exento y tu persona es lo que más amo en el mundo. En el momento en que el enemigo se presente, pide hospitalidad al ministro inglés, única legación en la cual tengo confianza.

Nuestra separación consiste en los cuerpos, pues nuestras almas ni la muerte las podrá separar. Mi corazón está con el tuyo y, debes creerme, nunca he conocido lo mucho que te amo hasta ahora que corres peligro.

En fin, Dios es grande, descanso en Él y espero cuidará a mi esposa para la felicidad de tu

Miguel.

La Tejería, 19 de marzo de 1859.

Muy amada Concha:

Ayer fui a hacer un reconocimiento y luego a almorzar a Medellín. Me felicitaron sus habitantes, hubo improvisaciones en los postres, de las cuales te pongo la siguiente:

Miramón será inmortal
en toda tierra caliente,
de México presidente
y general de la mar.

Tú que entiendes de poesía, te reirás de estos versos, sumamente ridículos. Pasado mañana estaré en Veracruz. Tengo fe y espero la victoria. Adiós mi vida, te repito que me escribas, sabes cuánto te ama tu Miguel.

Los rojos con el fin de quitar recursos a los conservadores incendiaron las rancherías próximas a Veracruz, antes de encerrarse en la ciudad. Me escribiste:

Un incidente o mejor dicho varios, ha malogrado la expedición de Veracruz. Si sólo sobre mí recayera forzar la toma y hacer un reto de audacia, y si aun fuese necesario perder la vida, créeme que me sacrificaría gustoso y te sacrificaría a ti por la paz y la felicidad de mi Patria. Desgraciadamente, esto no puede ser y aquí me tienes lleno de pesar, de mortificación y aun de vergüenza, como si hubiese cometido un crimen, por no haber tomado Veracruz. Muy pronto tendré el gusto de abrazarte, aunque no vuelva coronado por la victoria.

¡Cómo me pesó esta decisión! Tomando el puerto, terminarías con la guerra civil, acabaríamos a Juárez. ¿Qué te hizo desistir?

Mandé llamar al general don Antonio Corona, comandante de la plaza de México y le pregunté las razones del alza del sitio.

–No se le enviaron recursos al general, tenía un ejército poco numeroso y los soldados morían diezmados por la fiebre amarilla.

–Mi marido acostumbra vencer en condiciones desfavorables. Debe haber algo más.

–Santos Degollado ordenó que las fuerzas constitucionalistas cercaran esta Capital.

–Usted cuenta con cuatro mil hombres para la defensa.

Si le asombró que yo conociera esa cifra, no lo dio a entender.

–Cierto, pero nuestros oponentes doblan ese número. Además, sus tropas están magníficamente equipadas.

–¿A costa de quién? Juárez no tiene recursos.

Hubo un silencio difícil. Mi interlocutor carraspeó:

–Me parece que no hay un antecedente para estas pláticas entre un militar y una dama.

–¡Cuánta reticencia! Dígnese tenerme confianza: de mí no saldrá una palabra. Hay algo más... que usted me oculta. Se lo ruego, don Antonio, disipe mis dudas. Sin ningún motivo esencial, mi esposo, el mejor estratega del ejército, comete un error... –busqué la palabra adecuada–. ¡Un error imperdonable! ¡De párvulos! ¿No es para volverse loco? ¡Teníamos a Juárez y a su pandilla contra la pared! Hubiera bastado... ¿Quién armó al ejército liberal?

–Señora...

–¿Quién? –lo presioné.

–Hay rumores de que José María Mata, yerno de don Melchor Ocampo, viajó a Estados Unidos para ofrecerle a Robert McLane dos derechos de vía: uno cruza el Istmo de Tehuantepec; otro va desde el Río Bravo hasta el Golfo de California. Como quien dice, los rojos ofertaron una porción de la Patria.

–¡Dios bendito!

–Aún no se ratifica la propuesta; sin embargo, los gringos...

–¿Quiénes?

–Nuestros primos del norte. Durante la invasión del 47, cantaban “Green Grows The Grass”, gringos y se les quedó el mote. Pues, como le decía,

ya demuestran su gratitud. Según cuentan, hay soldados norteamericanos entre nuestros enemigos.

—¡Qué bochorno! ¡El representante de un partido nacional empaña nuestra soberanía poniéndonos en manos de una potencia extranjera! ¡Precisamente aquella que nos robó la mitad de nuestro territorio! ¡No lo puedo creer!

—Mejor créalo. **Con ese dinero Juárez armó guerrillas y dio rifles a salteadores, asesinos y plagiarios como Carbajal, Rojas, Pueblita, y otros muchos.**

De repente me miró, calibrando si debía proseguir.

—¿Todavía hay algo más?

—Son chismes, doña Conchita, no les preste atención.

Enderecé la espalda y le sostuve la mirada.

—Continúe, por favor.

—Dicen que el general Miramón no soportó verla en peligro y vendrá a protegerla con su espada —tosió un poco y cambió de tema—: esto me lleva a comunicarle lo siguiente. Una avanzada enemiga tomó Chapultepec y la vanguardia camina por la calzada de Belén. Es necesario que la lleve a la legación inglesa.

Asentí porque no coordinaba mis ideas. Pensar que por mi culpa se perdía la gran oportunidad de concluir la guerra, me provocaba profundos remordimientos. Una parte de mí aceptaba tal posibilidad; la otra se refugiaba en tu afirmación, tantas veces repetida: ni tú ni yo contábamos cuando se trataba del bien común. ¿Me hubieras sacrificado? Todo mi ser gritaba sí, ¡sí! Después, allá en el fondo de mi alma, repetía esa frase brillante y tenebrosa: “para protegerla con su espada”.

El ministro, Mr. Otway, tenía unos 50 años y **pertenecía a una noble y antigua familia inglesa. Estaba casado con una española, doña Gertrudis Seguera, quien cantaba con gracia y, sin ser bonita, era sumamente simpática.**

Me alojaron en el piso superior de su hermosa casa y me llenaron de atenciones. Pero eso no aminoraba mis preocupaciones. Las divisiones mandadas por Degollado, Blanco, Álvarez, Zaragoza y Villalba continuaban amagando la Capital, pero sin atacarla.

Esto dio tiempo a que Leonardo Márquez, pasando por la hacienda de los Morales, llegara a las Lomas de Tacubaya.

Con ambos ejércitos frente a frente, la batalla no se hizo esperar. En cuanto supe lo que ocurría, me fui a la Catedral y supliqué a los canónigos me permitiesen subir a la torre. Habían colocado un antejo de larga vista, por medio del cual se distinguían perfectamente los movimientos de los regimientos. El general Márquez, montado en un caballo blanco y seguido de su Estado Mayor, recorría las líneas. A las siete de la mañana se inició el cañoneo. Después de dos horas, la lucha se hizo más encarnizada. Repentinamente, nuestras tropas avanzaron, el enemigo perdió terreno y sus soldados caían muertos o heridos.

En medio del humo, distinguí una figura que me pareció reconocer... No queriendo ser víctima de una ilusión, dije al ayudante que me acompañaba:

–Vea usted, Esnaurrizar, aquel oficial monta un caballo semejante al dorado de mi esposo.

–Señora, ese general es el señor presidente.

–¡Miguel! –exclamé dando un grito de gozo–. Vamos al campo de batalla que lo quiero abrazar.

–Sería una imprudencia; además, dentro de una hora estará aquí.

–Entonces, vamos a Palacio. Ahí lo espero.

A las doce comenzaron las salvas de artillería y el repique de las campanas. Me asomé a un balcón y vi desembocar por la calle de Plateros a un grupo de oficiales. Mi esposo estaba en el centro, el general Márquez a su derecha y una compañía de lanceros los seguía. Al oír gritar: “¡Soldados guardia, a formar, el señor presidente!”, no pude contener mi gozo. Corrí por las habitaciones y bajé como exhalación una parte de la escalera; al llegar a la mitad, me arrojé en los brazos de mi esposo que la subía.

–¿Por qué no me avisaste de tu llegada?

–Vamos, mi vida –contestó imprimiendo un cariñoso beso en mi frente–, nada de quejas, ya me tienes aquí –luego, apartándose un poco me dijo–: Dale un abrazo a este valiente que ha dado hoy una gloria al ejército. Yo llegué a las diez y media de la mañana, cuando la victoria era suya.

Entonces desaté la faja azul de general de división que Miguel llevaba en la cintura y la ceñí en la de Leonardo Márquez, el cual emocionado me estrechó afectuosamente la mano. Así, yo subí de grado al que fue el más terrible enemigo de mi esposo.

Mucho disgustó a mi marido lo que hice, pues cuando nos quedamos solos me dijo fríamente: “Señora, no vuelva usted a dar grados a nadie. Márquez es altivo y autoritario, poco le agrada obedecerme. Ahora, gracias a tu regalito, será imposible controlarlo”. De esto muy pronto tuvimos pruebas.

Miguel dio orden de que se pasase por las armas a los militares cautivos. Márquez prefirió tomar el rábano por las hojas e hizo mesa limpia, fusilando a catorce civiles. Luego se lavó las manos echando la responsabilidad a mi esposo, asegurando que había recibido orden de fusilar a todos los prisioneros. Afortunadamente, los hechos han confirmado la falsedad de sus aseveraciones.

Márquez no sólo era sanguinario, sino también vengativo; lo afirmo por habérmelo confiado él mismo. Frotándose sus diminutas y descarnadas manos, con una mueca feroz, me dijo: “A mí Conchita, quien me la hace, me la paga”.

En tal instante, comprendí mi tremendo error. ¡Había elevado a un rufián a la altura de mi marido! Sin el freno que Miguel le imponía, ese canalla cometería los mayores desmanes. ¡Por mi culpa, por mi gravísima culpa! Y no podía dar marcha atrás.

Tras los fusilamientos de Tacubaya, la calma comenzaba a reinar. Aprovechaste nuestra tranquilidad momentánea y le pediste a Diez de Bonilla, tu ministro de Relaciones Exteriores, que protestara ante el mundo entero para salvaguardar los derechos de nuestra Nación, así como su soberanía sobre la extensión del territorio mexicano. Esta carta y el tono en que fue escrita te costaron muy caro. Hicieron que los yanquis apoyaran con tenaz ahínco al que llamarían “benemérito”. Aun así (al precio de la derrota), no hubiera querido que actuaras en otra forma. La Patria es primero.

Compartiendo los días con mi esposo, era la mujer más dichosa de la Tierra. Deseando pasar mi parto en Chapultepec, decidimos

el irnos allí, pero fue necesario limpiar las habitaciones, que los rojos habían dejado en estado deplorable.

Los jardineros crearon un paraíso con geranios, rosas, hortensias, claveles, jazmines y violetas, que perfumaban aquel delicioso ambiente.

Cuando paseándonos por el bosque, trataba de hablarle de política a mi marido, él me lo impedía: “No tratemos de cosas serias ahora que estamos felices”.

Muchos me han sugerido que pinte tu retrato. Lo haré mientras recuerdo los ahuehuetes, el murmullo de la fuente, aquellos momentos tan gratos para el corazón.

Amables lectores, aprovecharé esta pausa para relatar mi vida privada. Si me extiende demasiado, sáltense los siguientes párrafos. Su impaciencia no afectará el curso de esta historia.

Miramón jamás alardeó de sus proezas, de su valor, o de su pericia militar, eran sus ayudantes quienes me contaban eso, admirados de su temeridad. Dotado de una clara inteligencia, comprendía con rapidez cualquier cuestión, indicando acertadamente lo que se tenía que hacer. Por tal razón todos lo obedecían sin chistar. Era dulce y jovial y solía reír con facilidad. Aunque parco en sus comidas, le agradaba la buena mesa para compartirla con sus amigos. Tomaba con moderación un vino de Burdeos, el único que le agradaba. Detestaba la murmuración. Cubría los defectos de sus colegas y tenía tanta fe en ellos que le parecía imposible que lo traicionaran. Noble en sus sentimientos y magnánimo en sus ideas, cuando le hablaban mal de sus enemigos, decía: “Con ellos me entiendo en el campo de batalla”.

Ordenado en extremo, no admitía ninguna irregularidad, ni castrense, ni hogareña. En esto fui muy afortunada, pues durante esa época nos rodeaban criados y edecanes que nos adivinaban el pensamiento. Luego, cuando nuestra situación cambió, tuviste la delicadeza de disminuir tus exigencias.

Nunca lo vi enfermo ni lo oí quejarse de un dolor de cabeza. Se acostaba entre diez y once de la noche y a las cinco se levantaba. Temiendo despertarme, se deslizaba silenciosamente de la cama, pero si me sentía despierta, me daba un beso.

A las seis llegaban dos ayudantes para vestirlo y lo acompañaban a los cuarteles. A las ocho volvía. Yo debía estar ya peinada y con una elegante bata para tomar juntos el desayuno. Después de una corta conversación, se desnudaba de su traje militar y vestía uno negro para esperar a sus ministros.

Almorzábamos a las doce y cenábamos a las siete. Los domingos iban a pasar el día con nosotros, sus padres, nuestras hermanas y algunos íntimos. Eso me solía disgustar, pues poco gozaba de su compañía. Sin embargo, sirvió para que tu familia me apreciara y yo, ante sus múltiples amabilidades, perdoné que ninguno hubiera asistido a nuestra boda, considerándome poco digna de llevar tu apellido.

Amaba tiernamente a sus padres, particularmente a su madre. El primer sueldo que recibió se lo dio a ella.

No podía ver a un desgraciado sin consolarlo. Tengo una lista de las sumas que prestó, que bien entendido, nadie me ha pagado. Su generosidad era tanta que, sin haberle llevado un centavo de dote, me daba cuanto tenía. Algunas veces hasta me pedía prestado como si fuera dueña de todo.

Algunas mujeres, aunque hayan tenido un marido pésimo, cuando lo pierden lo llenan de alabanzas. Ruego a mis lectores que no tomen lo que he dicho del mío como una oración de viuda desolada. Si no hubiese admirado al hombre a quien pertencí, me habría limitado a tratar sus hechos militares y respecto a lo demás habría callado, que al cabo, el silencio no deshonra.

La calma que gozábamos en Chapultepec, y que me hacía tan feliz, fue efímera. El Estado de Michoacán permanecía rebelde y Juárez, con su parodia de gobierno en Veracruz, continuaba fomentando la guerra. Lo que preocupaba en extremo a mi marido era la escasez del erario y las terribles dificultades para mantener al ejército.

—Me aconsejan expropiar los bienes eclesiásticos, pero he protestado el más alto respeto y la más segura garantía a los intereses de la Iglesia. No seré yo quien mengüe su riqueza.

—Ojalá alguien lo aprecie.

–Pierde cuidado: el clero ilustrado me apoyará.
¡Ay, Miguel! Tu idealismo mantenía una venda sobre tus ojos.

El 3 de agosto de 1859 sentí los anuncios de mi próximo parto. El pavor me estrujaba las entrañas y pensé que moriría. ¡Cuánta falta me hizo mi Madre! ¿Y mi nana Lola? Con su experiencia me hubiera sentido segura. Cercada por extraños, la vergüenza me impedía expresar mis temores. ¡Cómo maldije que nadie me hubiera explicado lo que me aguardaba! La ignorancia era la razón de mi miedo. Entonces, llamé a la comadrona, la senté sobre la cama presidencial y le ordené:

–Describeme, paso a paso, qué sucederá.

Desde ese momento obedecí sus instrucciones y a las ocho de la noche, di a luz.

Mi primogénito vino a este mundo para estrechar los lazos de amor que me unían a mi esposo. Todo parecía salir a medida de sus deseos: deseando un varón, se lo concedió el Cielo. Yo no cabía en mí de gozo. Al arrullar a mi hijo olvidé el trago amargo del alumbramiento y saboreé mi maternidad. Agreguemos a esa dicha que mis parientes y la sociedad entera me felicitaban por haberte complacido. Una nena no hubiera causado tanto regocijo.

El 28 de agosto, día de San Agustín, tuvo lugar el bautismo. La capilla estaba espléndidamente adornada con colgaduras de brocado carmesí festonadas de flecos y galones de oro, el altar cubierto con un rico palio de raso blanco bordado de oro, y encima elegantes candeleros de plata con profusión de luces. Aún poseo la fuente bautismal, en forma de concha, es de mármol de Carrara y está sostenida por un ángel.

Los invitados se componían de nuestras familias, los principales jefes del ejército, el cuerpo diplomático y los obispos de San Luis Potosí, Guadalajara, Chiapas, Tenagra, Puebla y otros preladados que se encontraban casualmente en la Capital.

Don Nicolás Icaza y su esposa, los padrinos, me fueron a buscar a mi habitación. Micaela, antigua criada de mi casa, llevaba al niño en brazos. El arzobispo, revestido de los ornamentos pontificales, se dirigió al altar y con voz sonora entonó el *Veni Creator*

Spiritus, seguido de los cantores. Bañando la cabecita de mi hijo, dijo: “Miguel, Bernardo, Trinidad, Rafael, Esteban, Domingo, María, Agustín, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Es decir, te arranco del poder de Satanás para hacerte heredero del Cielo. Momento sublime, dulce y consolador, que hizo brotar de mis ojos lágrimas de agradecimiento.

Mi esposo, también emocionado, me dirigió una mirada que yo contesté con los ojos húmedos, queriéndole decir que aquellos honores y aquella dicha sólo a él la debía.

Concluida la ceremonia, don Nicolás Icaza puso al recién nacido en brazos del marqués de Guadalupe, el cual presentó al niño al nuncio apostólico, que le confirió la Confirmación.

Pasamos al comedor donde se sirvió un suntuoso lunch de ciento sesenta cubiertos, alegrado por la música de varios regimientos y amenizado por muchos brindis. El de don Manuel Larráinzar, presidente del Consejo, resumía el sentir general: “Brindo por el crecimiento del niño, cuyo natalicio cristiano celebramos, por la cumplida satisfacción de su digna madre y porque el Autor del universo colme de felicidad a su ilustre padre que con tanto esfuerzo ha sostenido nuestros principios y es, por mil títulos, acreedor a la gratitud de los mexicanos”. Cuando cesaron los aplausos, en la sala contigua se sirvió el café.

La fiesta fue criticada por varios periódicos. “Tanto dispendio, en tiempos de escasez, difícilmente se perdona.”

Empezaban a cansarme esos comentarios. Si hacía esto, mal; si hacía aquello, peor. ¿Ni siquiera tengo derecho a gastar el sueldo de mi marido como me venga en gana?, me sulfuré. ¡Celebramos el nacimiento de nuestro primogénito echando la casa por la ventana! ¡Igual que miles de personas! Sin embargo, a nosotros nos criticaban todos nuestros actos. Acaso para mostrar la veracidad de estos razonamientos, uno de nuestros correligionarios, **el general González Ortega, tomó Zacatecas. Un piquete de su tropa entró en la catedral para extraer la fuente bautismal que pesaba 1,200 marcos de plata, y quitó las**

campanas de los templos, fundiendo esos metales en monedas de plata y cobre.

–A mí me critican un convite, pero ¿dónde queda el sacrilegio de robar iglesias? ¡Tu compañero de armas no tiene perdón de Dios!

–Quizá cometimos algunos excesos –opinaste, con tu habitual moderación–. Ciento sesenta cubiertos...

–Ese número apenas está de acuerdo con el puesto que ocupas. No podemos vivir como mendigos cuando eres el presidente de la República.

Un día se presentó en Chapultepec el obispo Vereá diciendo que tenía urgencia de hablarme. “¿En que puedo servir a vuestra Ilustrísima?”, pregunté.

–Señora, ¿recuerda la conversación que tuvo lugar en las Capuchinas?

–Disculpe usted. No, no recuerdo ni media palabra.

–La priora instó a Romualdo Fagoaga a enmendar sus defectos, pues si no renunciaba al juego y las copas en menos de un año moriría. Tales palabras se tomaron a broma pero... su futuro cuñado está muy enfermo y le suplica a Ud. escriba a la madre superiora rogándole que logre de Dios la salud de ese hombre, si promete rectificar su conducta.

–Lo haré, aunque mi humilde intervención...

–Mi devoto cree que usted tiene vara alta en el Cielo.

Las oraciones de aquellas santas vírgenes llegaron a su destino. El enfermo sanó, abandonó la pasión del juego, que era su ruina, y al cabo de poco tiempo se unió con mi hermana.

Entonces, ¿bastaba que pidiera una gracia para obtenerla? A pesar de que luchaba a brazo partido contra mi vanidad, ésta aumentaba. Los vaivenes económicos y sociales que había experimentado complicaban el asunto: de niña de casa rica, pasé a huérfana pobre y mal vista, y ahora ya esposa del presidente! A los veinticuatro años, ¿quién, excepto yo, había sufrido tantos cambios extremosos?

Para celebrar el aniversario del Grito de Dolores, se preparaban varias fiestas a las cuales debíamos asistir. Así que nos instalamos

provisionalmente en Palacio. Mi esposo, absorbido por los negocios públicos, no podía estar a mi lado más que a la hora del almuerzo, lo cual me tenía de muy mal humor. Cansada de leer, sin saber qué hacer en mi incómoda habitación, me escapaba de aquella cárcel por la puerta secreta que daba a la Acequia. Me ponía un traje negro y una mantilla española de blonda catalana, que con su espeso velo cubría mis facciones, evitando así que la guardia me hiciese los honores y que los vecinos, alertados por la trompeta, se asomasen a los balcones para verme pasar.

Acaso te preguntes, amor, por qué rechazaba esas distinciones. Coartaban mi libertad, ya bastante escasa, Miguel. Requería, como los árboles, espacio... unas horas sin testigos que criticaran mis actos.

Una mañana paseando por la calle del Empedradillo, vi a don José Urquiaga y a don Martín Carrera. A mi paso dijo uno: “¡Viva la gracia!” y el otro: “¡Qué tallecito, qué garbo!” y echándome requiebros me comenzaron a seguir.

Me propuse reírme un rato de esos viejos raboverdes. No sólo por coquetería. Después del parto, necesitaba recuperar la seguridad en mí misma. A ti, las ofrecidas se te echaban en los brazos; a mí, por mi condición de mujer casada, nadie me lanzaba un piropo... excepto cuando andaba de incógnito. Esto me encantaba. Al confundirme con una cualquiera, los señores me daban prueba de su sinceridad.

Los llevé hasta la Alameda y luego de regreso. Al pasar por la Profesa, el reloj de Catedral daba las once y tres cuartos. “¡Dios mío”, pensé, “mi esposo se sienta a la mesa a las doce en punto!” Apreté el paso y al acercarme a Palacio, me alcé el velo. El guardia gritó: “¡A formar, la señora presidenta!” Entonces sonriendo burlescamente, me volví hacia mis cansados perseguidores y les dije: “Gracias por la escolta”.

Estanislao Cañedo (hijo de don Juan Cañedo, que fue vilmente asesinado en el hotel de la Gran Sociedad, como conté a mis lectores en el primer capítulo de estas *Memorias*), pertenecía al Partido Liberal y conspiraba contra el gobierno de mi marido. La

policía tuvo noticias de aquellas juntas clandestinas y recibió órdenes de prender a los asistentes.

Mucha pena me dio esta noticia, así que me propuse salvar a mi amigo.

–Muy bien, señora –me dijo Miramón–, ¿con que apoya a los conspiradores?

–¿Cómo puedes creer eso? He pensado que si los atrapan a todos será difícil salvar a uno.

–Tienes razón –me contestó, y él que sabía querer a sus amigos, comprendió que un sentimiento semejante había en mi corazón para los míos–. Ponlo sobre aviso.

Cuánto te agradecí, amor, que evitaras las escenas de celos. Sin embargo, tu confianza inquietaba mi conciencia, pues a veces, con mis locuras, no la merecía por completo. Había fallado, pero trataría de nuevo: no más salidas clandestinas sin una dueña que me acompañara.

Mi plan tuvo éxito. Cuando me avisaron que Estanislao había llegado a Palacio en lugar de asistir a la junta, yo misma lo recibí.

–¿Y todo esto lo sabe el general? –indagó cuando le informé lo sucedido.

–Ya lo creo. ¿Cómo iba dar este paso sin su consentimiento? Espéreme un momento, lo voy a llamar.

Salí y volví con Miramón.

–General –dijo Cañedo–, doy a usted un millón de gracias por su generosidad.

–Nada me tiene que agradecer, todo lo debe a mi mujer que se me está volviendo chinaca.²

–¡Ojalá también usted se volviera, pues sería la felicidad de México!

–Vamos, vamos, señor Cañedo –rió mi esposo–, aquí no se puede conspirar pues nos exponemos a que venga la policía y nos aprese.

²Término con que se designaba a los liberales.

La visita duró casi dos horas. Al despedirse, mi esposo extendió la mano: “Con que ya sabe usted, señor Cañedo, cuando lo busque la policía venga a esconderse a Palacio”.

Luego supe, por el jefe de la milicia, que Cañedo nunca más participó en las juntas.

El 16 de septiembre nos despertaron las salvas de artillería. A las once de la mañana el cortejo salió hacia la Alameda, donde se pronunciaron varios discursos.

En la noche hubo una función en el Teatro Nacional. Pasamos entre dos filas de lacayos, con elegantes libreas y hachones encendidos.

Era costumbre que el presidente ocupara el palco presidencial y a la derecha de éste, su familia. A la hora de separarnos, Miguel le dijo al gobernador de la Capital, “como no asistimos a una función oficial, ruego a usted haga poner otra silla en mi palco, para mi señora”. Y, por más instancias que le hice para que me dejase ocupar el palco contigo, no lo quiso consentir.

Casi no vi la función. ¡Estaba mortificadísima! Esas muestras de cariño, que sin cesar me daba mi esposo, atraían mil hablillas: “que lo tenía dominado, que pretendía hacer el papel de reina, que por eso se me subían los humos”, y otros absurdos desagradables.

Ese mismo mes ocurrió algo que también levantó murmuraciones. Nos invitaron a un baile en el salón de La Lonja. La orquesta tocaba vals de Strauss y de Olivier Metran y entramos al salón cuando anunciaban la primera cuadrilla.

—¿Me permites bailar? —pregunté a mi esposo.

—Ciertamente; bailaremos juntos.

—¡No, por Dios! ¿Por qué llamas la atención de esta manera? Todo el mundo se burlará de nosotros.

—¿Y qué importa? Tú eres la mujer que más me agrada y te escojo de compañera.

Luché por disuadirlo; sin embargo, al fin tuve que ceder. Me tomó del brazo y ante la estupefacción del público, nos pusimos a

bailar. Hacíamos la pareja perfecta. Nuestra estatura concordaba y tenías, Miguel, un ritmo increíble para marcar los pasos. En unos momentos olvidé que nos observaban y disfruté la música.

Muchas sátiras lanzaron contra mí, pero lo que hará reír a mis lectores, es que nuestro ejemplo hizo que varios esposos bailaran juntos y eso se puso de moda.

El 29 de septiembre, santo de mi esposo, tuvo lugar una gran parada. Miguel montaba su hermoso caballo. El Dorado llevaba una elegante y rica gualdrapa de terciopelo escarlata bordada en oro, brillante bajo el sol.

Cuando el Tribunal de Guerra fue a felicitar a Miramón, se adelantó don Bernardo, padre de mi marido, que fungía como decano de aquel cuerpo. Comenzó su discurso diciendo: “Excelentísimo señor presidente, a mi nombre y al de quienes represento, vengo a felicitar a Vue... cen... cia”. Se le cortó la palabra y el llanto anegó sus ojos. Al ver tan emocionado al autor de sus días, Miramón bajó del dosel y estrechando en sus brazos al noble anciano, conmovió a los presentes. La escena me recordó a Papá. ¡Cuánto extrañaba sus consejos! Quizá, en las circunstancias actuales, era el único que me hubiera podido guiar.

En noviembre de aquel 1859 el general Márquez, comandante de Guadalajara, se apoderó de la conducta de caudales que pasaba por Jalisco con destino a Europa. Lo hizo con mala intención para, como dicen los indios, “calarte”. Si permitías ese robo, se burlaría impunemente de tu autoridad y actuaría como le viniera en gana. Si le ponías un hasta aquí, dividirías a tus partidarios, debilitándote. **Esta arbitrariedad disgustó mucho a mi esposo y, como al mismo tiempo recibió la noticia de que Degollado reunía un ejército, decidió dirigir aquella campaña.**

Cuando me hizo parte de su resolución, le supliqué que no me dejara en Palacio, pues mi disgusto de vivir allí, crecía de día en día. Por fortuna encontramos una hermosa y amplia casa en la calle de Santa Inés y nos mudamos antes de su partida.

Querétaro, 10 de noviembre de 1859.

Querida Concha:

Siento mucho que estés tan triste por nuestra separación. Nuestra estrella brilla cada día mas; Oaxaca en nuestro poder, Guanajuato en mis manos y, si se me escapan los cabecillas (porque montan sobre venados), no se me escapan sus trenes, ni su artillería.

Habiéndome solicitado Degollado una entrevista, accedí; no tanto porque nos arreglásemos, cuanto porque no me quedase ese remordimiento. Sus exigencias resultaron intolerables, pues quería que yo, como presidente de la República, reconociera la Constitución de 1857. De consiguiente, lo despaché y le ofrecí derrotarlo.

Aunque nunca me has escrito con requiebros, por si lo quisieras hacer, recuerda que no hay seguridad en el correo, y quizá divertiríamos a algunas personas. Muy bien haces en comulgar, pues así le pedirás a Dios por el triunfo de nuestras armas.

Besa a nuestro hijo por mí, saluda a tus hermanas y para ti mi vida

Miguel.

Apaseo, 13 de noviembre de 1859.

Mi muy querida Concha:

La Providencia quiso que se cumpliera mi pronóstico. No sé cuántas piezas han caído en nuestro poder, pero te aseguro que son todas las que tenían. Por desgracia no pueden adquirirse estas victorias sin que la sangre de los mexicanos se derrame.

Manda avisar a mi casa que estoy bueno, dale un beso al niño, a tus hermanas mis recuerdos y quédate con mi corazón

Miguel.

En tanto mi marido se llenaba de gloria, el primer secretario de la Legación de S. M. Británica, Mr. Mathews me aconsejaba que

mi esposo cambiase de política. Opinaba que no era conveniente que el clero mandase en el país y otras cosas a las cuales yo nunca contestaba. Tampoco acepté una invitación para comer en su casa pues a la prudencia se aunó el presentimiento de que me metería en la boca del lobo. **Mi reservada conducta hirió a este hombre y como conocía la amistad que Miguel y yo teníamos con el ministro Otway y su señora, se vengó enviando a los periódicos de Londres artículos difamatorios (bien entendido, sin firma) en los cuales decía que yo era la amante de su ministro y mi esposo de la señora Otway.** Por buena o mala suerte, esas calumnias no cayeron en nuestras manos hasta que las leímos en París... demasiado tarde para que llamaras a cuentas a ese embustero.

No me hubiera disgustado que defendieras mi honor. Eras un excelente espadachín y un tirador estupendo: tu vida no corría peligro. Pero a ti no te interesaba mayormente el asunto. Con un “a palabras necias, oídos sordos”, pusiste punto final al problema.

Las operaciones militares seguían con buen éxito. Cayeron Celaya, León, San Miguel Allende, Aguascalientes, Zacatecas y San Luis Potosí.

Mi esposo, con la halagüeña esperanza de terminar la pacificación del país, marchó a Guadalajara. Su primer acto fue destituir a Márquez y, en calidad de preso, lo mandó a la Capital para ser juzgado. Esta providencia disgustó en extremo a los conservadores, que veían en Márquez la segunda columna que sostenía al Partido conservador, pero mi esposo quiso respetar las garantías que defendía y que tanta sangre costaban al país. Acto seguido, indemnizó a los dueños de los ciento y tantos mil pesos que había robado Márquez. En cuanto a él, se sometió, pero le guardó a Miguel un negro rencor, que fue creciendo hasta consumir su venganza.

¡Ay, amor! Yo tenía la culpa de que tu peor enemigo contara con el poder y la jerarquía suficiente para realizar sus planes. Nunca pensé que esa broma estúpida, ponerle la banda de general en la cintura, acabara en tragedia.

Guadalajara, 5 de diciembre de 1859.

Querida mía:

Me tienes verdaderamente desesperado, no sé si te encuentras buena o enferma. Te ruego me escribas o de lo contrario me vas a poner intolerable.

La familia Gallardo me obsequia esta noche con una tertulia, a la que iré, pero fastidiado sin tus noticias. No habrá otros bailes.

Con un beso a mi hijo, recibe el amor de tu

Miguel.

Hiciste bien en cancelar esos bailecitos. Te ahorrabas mis celos y bastantes reproches. ¿Yo amamantando y tú en pleno jolgorio? ¡No me cuentes que la vida militar es puro sacrificio!

Guadalajara, 8 de diciembre de 1859.

Mi muy querida Concha:

Deseo que pases tu día felizmente; siento no acompañarte, pero estoy contigo.

Tu carta del 1 concluye recordándome que no sea mezquino, me parece que no lo soy, puesto que cada tres días y a veces diariamente, te escribo. Tampoco puedes figurarte que te olvido. Te extraño mucho, te amo más que mi vida, y sólo el cumplimiento de mi deber me ha detenido por estos rumbos.

Te suplico te cuides, primero por ti, y después por ese niño que tanto amamos. Ni un instante dejo de pensar en mi esposa

Miguel.

Continuaba la campaña de Colima, pero no volví a tener noticias tuyas. ¿Qué será de él? ¿Lo habrán herido?, me preguntaba, presa del insomnio. Ante mi impotencia, recurrí al rezo. Sin embargo, intuía que aun la misericordia divina tiene un límite y que mis ruegos muy pronto se toparían con un muro de silencio... como el jugador que desperdicia

sus mejores cartas en partidas insignificantes, comprometiendo el verdadero triunfo.

Entre crisis de nervios, se me secó la leche. Una de mis hermanas me prestó a una india, robusta y saludable, que inmediatamente se hizo cargo de nuestro hijo. No obstante, fallar como madre me causó nuevos sentimientos de culpa... afloraban si el niño lloraba... disminuían cuando, hincada ante la Virgen la urgía, casi a gritos, a salvarte. Ya no pensaba en futuras peticiones, sólo en el presente. ¡Protégelo, María Santísima!

Al fin, con un extraordinario recibí la siguiente:

Zapotlán, 25 de diciembre de 1859.

Amada mía:

Te dirijo estas líneas para tranquilizarte, pues estoy bastante cansado. Solo te diré que ayer, en lo más reñido del combate, una bala me rebotó sobre una ingle. Vélez, que estaba a mi lado, me rodeó la cintura, temiendo que cayese del caballo. Al cabo, no sintiendo dolor, metí la mano en la bolsa del pantalón y saqué la bala que te envío. No me hizo otro daño que rozar la piel y sacarme unas gotas de sangre. ¿No te parece extraño que esto haya ocurrido dos veces, de manera casi idéntica?

Adiós mi vida. De Guadalajara te escribiré pronto.

Recibe el corazón de tu

Miguel.

Aquella bala la mandé engarzar en oro, con la fecha de la batalla, y la doné a la imagen de la Santísima Trinidad que está en el Sagrario. Por el momento estabas a salvo. ¡Había sido escuchada! Pero mi confianza en la oración disminuía. También mi fe se resquebrajaba, aunque prosiguiera con los ritos: confesión, comuniones, Misa, ayunos... En mi conciencia, una certidumbre crecía como cáncer maligno: Dios se alejaba de mi vida dejándome al garete y a merced de la Muerte.

Parte telegráfico al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.

La campaña ha terminado. En la madrugada del 24 han sido vencidos los rebeldes, perdiendo tropa entre muertos, heridos y prisioneros. Colima fue ocupada por nuestros soldados. El Excmo. Sr. Presidente sano y salvo en Zapotlán el Grande.

Doy el parabién al Supremo Gobierno.

J. M. Alfaro.

Mientras mi esposo coronaba sus triunfos, derrotando a los rojos, Juárez consumaba en Veracruz la más negra y odiosa traición, firmando el Tratado MacLane-Ocampo por medio del cual prometía vasallaje a los norteamericanos, no titubeando en acceder a sus exigencias a cambio de los elementos necesarios para continuar la lucha. ¡Ah! ¡Si aquel político funesto hubiese dado oídos a su conciencia, habría rechazado con indignación tales proposiciones! Desgraciadamente, en el corazón de Juárez no cabía ningún sentimiento de nobleza y prefirió echar encima de él y de su partido esa fea mancha que los siglos no serán capaces de borrar. ¡Que todo hombre que ame a México lea el Tratado MacLane-Ocampo y sabrá si aquél que lo firmó merece el título de héroe que sus partidarios le otorgan!

Mi esposo publicó una enérgica protesta de la cual copio los siguientes párrafos:

Guadalajara, 1 de enero de 1860.

El tratado que se ha ajustado en Veracruz contrae cesiones de territorio o de vías de tránsito para los ciudadanos y tropas de los Estados Unidos, que arruinarían nuestros puertos y nuestro comercio y servirían a aquella República para irse extendiendo sobre nuestro país. Ya el ministro Mr. Forsyth había propuesto el año pasado aprovechar la ocasión para hacernos de varios millones de pesos en un lance comprometido; es decir, la guerra que sosteníamos contra los constitucionalistas. Desechado aquel comercio, tan poco digno para nuestro país, los Estados Unidos reconocieron al gobierno establecido en Veracruz y éste no tiene embarazo en consentir en el tratado,

sino que lo ajusta a una suma miserable, porque carece de otro recurso para propiciar el triunfo de sus pretensiones, colocándose así en el terreno del envilecimiento y de la infamia.

La Providencia me ha puesto al frente de los destinos de la Nación. No merezco representarla en ocasión tan solemne; ni mi edad, ni mis conocimientos, me llaman a ser el primero en la alta empresa de salvar a la Patria. Pero Dios me ha dado la victoria combatiendo por la defensa de la religión y la integridad de este suelo. Después de haber asegurado las ciudades y Departamentos del Interior, marchó a la Capital para dictar las providencias que la prudencia aconseja. La primera será llamar a mis conciudadanos cualquiera que sean sus opiniones y partidos políticos, para que unan sus esfuerzos si llegara el caso de resistir una agresión extranjera.

Un pueblo unido es siempre fuerte. Presentémonos como hijos de una misma Patria y, vencedores o vencidos, habremos cumplido el elevado deber que nos impone el carácter de mexicanos.

Miguel Miramón.

¡Qué gloria que tú, vida mía, hayas escrito esas palabras! Sentíamos la misma indignación, compartíamos el mismo arrojo. En esos instantes, hubiera renunciado a las debilidades de mi sexo. Convertida en soldado y, obedeciendo tu llamado a las armas, habría marchado contigo, hombro con hombro, para repetir tu hazaña. Igual que tú en el 47, defendería el último baluarte: Chapultepec. Antes morir que acceder a una nueva amputación de nuestro territorio.

Mi esposo inició el retorno. Las ciudades se volcaban en fiestas: música, cohetes, iluminación, arcos triunfales, adornos por las calles y en los balcones de las casas. Ya no sabían qué celebrar, las victorias de San Joaquín y la Estancia o las de Colima y Tonalá. Regresabas cubierto de honores y, después de aquella peligrosa campaña, te iba a estrechar en mis brazos. ¡Qué gozo sentía! ¡De que inefable e inmensa alegría estaba poseído mi corazón!

El 7 de enero mandé pedir una escolta de cincuenta dragones y, acompañada de dos ayudantes, salí de madrugada, con el pecho henchido de esperanza.

A las diez llegamos a la segunda remuda; allí almorzamos. A poco andar distinguimos una gran polvareda. Nuestro carruaje se detuvo. Entonces mi alma te presintió: eras tú. Abrí la portezuela y corrí al encuentro de la diligencia. Mi esposo venía en el pescante y al distinguirme hizo parar los caballos, bajó de su asiento y corriendo como yo, en un segundo nos estrechamos. Nada importaron los testigos: cincuenta dragones, dos ayudantes, cocheros y edecanes contemplaron nuestros besos. No terminábamos las frases, las manos se buscaban. Al fin caminamos hacia el carruaje. **Al entrar, dijiste: “Quiero ir a la Villa para dar gracias a la Virgen por haberme devuelto a tu lado”.**

El cabildo, después de ofrecer agua bendita a mi esposo, lo guió hasta el dosel. En ese mismo instante los cantores entonaron el *Salve Regina* y luego la letanía. Concluida, el arzobispo de México, don Lázaro de la Garza, entonó el *Tedeum*. Cuanto me rodeaba me causaba una profunda emoción y al escuchar aquellas loas que subían al Cielo, mis ojos se llenaron de lágrimas. Doblando la rodilla dije: “Gracias, Dios mío, porque después de tanta amargura me has consolado”.

El ferrocarril nos condujo a la plazoleta de Villamil. Al bajarme, me fue a dar la mano don Antonio Corona, Ministro de Guerra, que habiéndome conocido de niña me trataba con cierta familiaridad.

–¿Por qué no me avisó usted de su salida? –indagó, de mal humor–. ¿No pensó que se exponía y que si le sucedía una desgracia era yo el responsable?

–Si se lo hubiera avisado, no me deja usted ir.

Mi esposo, a quien encantaban esos rasgos de atrevimiento, sonrió:

–Discúlpela, general, me quiso abrazar la primera.

Yo conocía la recepción que la Capital había preparado y me negué a entrar con mi esposo a Palacio, pero mi negativa fue infructuosa. Miramón me tomó la mano y casi a tirones me hizo entrar en el carruaje.

–¡Todo el mundo va a decir que soy una ambiciosa, que codicio los honores que te hacen y no sé cuántas otras cosas!

—¿Y qué importa? Así lo quiero, porque nada gozo si no estás a mi lado. **A pesar de esas palabras, aquella entrada bajo los arcos de triunfo, las flores y los entusiastas vivas, me causaron una positiva mortificación. Abría la marcha una escuadra de batidores y una multitud con banderas tricolores llevaba en triunfo un retrato de mi marido. Las calles estaban adornadas con profusión de plantas, gallardetes, guirnaldas y cintas de seda impresas con dísticos y cuartetas. He aquí algunos:**

**México agradecido en ti atesora
su esperanza y la temprana gloria
de poderte decir, ibendito sea
Miguel Miramón, nuestra preseña!**

**Por doquiera tu espada triunfadora,
derrota, humilla a la facción impía,
y ya por ella de la paz albora
el anhelado y venturoso día.**

**Conducido doquier por la victoria,
das a tu nombre y a tu Patria gloria.
México, agradecido da a tu frente
el lauro inmarcesible del valiente.**

Rompieron en alegre repique las campanas de los templos y las salvas de artillería saludaron al triunfador. Había música y la gente circulaba por las calles cantando. Al concluir el desfile nos dirigimos a nuestra casa, donde nos esperaban la familia de mi esposo, mis hermanas y un gran número de amigos. A las siete de la noche volvimos a Palacio para presenciar los fuegos artificiales y de ahí al Teatro Nacional, que estrenó una función en honor a mi esposo.

No tuve que indicarle a la camarera que dormiría en tu cuarto. Al igual que la servidumbre, entre risitas disimuladas, acataba nuestras escandalosas costumbres. “No lo deja ni a sol ni a sombra.” “Lo va a hartar con tanto acoso.” Pero, si me buscabas, ¿iba yo a negarme?

Cuando nos preparábamos para acostarnos, tomaste el cepillo y peinaste mis cabellos. Esa intimidad, que de pronto recuperábamos, era necesaria para calmar nuestro ánimo, exacerbado por hurras y vítores. Me costaba trabajo volver a la rutina habitual tras atestiguar cómo la gente te ensalzaba, hasta colocarte a la altura de los dioses paganos. A pesar del silencio, resguardado por cortinajes y muros, en mi mente todavía repiqueteaban las campanas.

—¿Estás orgulloso de cómo han festejado tus triunfos?

—¿Orgulloso? No. Satisfecho, sí, porque he visto que la opinión pública está a mi favor.

—¿Podría ser adversa? Quizá la gente concuerde con algunas ideas de Juárez, pero nadie aprueba sus métodos.

Antes de que me lanzara a enumerarlos, abriste tu baúl:

—Mira estos regalos que me han hecho en Guadalajara y en otras ciudades —y me entregó unas cruces de terciopelo escarlata bordadas con brillantes y perlas, escudos, escapularios y varios objetos de oro—. También en el interior me quieren.

Al día siguiente te di la sorpresa que yo misma preparé. Me parecía estupendo que el pueblo se echara a tus pies, pero esas celebraciones no demostraban mi admiración. Deseaba un festejo personal, como si fuéramos un matrimonio común. **A la hora indicada llegaron mis 16 invitados disfrazados de gitanas y toreros. La banda de un regimiento, escondida en el patio, empezó a tocar. Todos a una gritamos vivas a mi esposo. Él se sorprendió por un momento, pero luego dijo: “Esto lo organizó mi mujer” y se dirigió a la sala.**

Las ocho parejas entramos bailando. Al terminar, Miramón hizo un cumplimiento por aquella cuadrilla y por el traje que cada uno llevaba. Concluida la cena, se bailaron piezas en las cuales mi esposo tomó parte.

Estando en lo mejor del agasajo, hizo su aparición un orangután. “¿Quién es?”, preguntábamos. Yo temí que fuese algún enemigo de mi esposo que aprovechándose de aquel disfraz le hiciera una mala pasada. Entonces don Juan B. Lagarde, jefe de la policía, se acercó a Miguel y le susurró algo al oído. Mi marido soltó

una carcajada. Luego estrechó con efusión al orangután, quien no era otro que mi hermano Pancho. Nuestra reunión terminó poco después de las doce en medio de risas y chanzas.

Juré no enojarme por las tonterías que publicaban los diarios, pero con mi temperamento resultaba imposible. Mi homenaje me causaría tremendo disgusto. **La gente lo bautizó de “gran baile de fantasía”. ¿Cómo ocho parejas podían formar un “gran” baile? Muchas personas se picaron por no haber sido invitadas y algunos periódicos liberales nos pusieron en caricatura. ¡Decididamente las familias de los hombres públicos tienen que renunciar a su independencia o hacer vida de cartujos!**

No olvidé, en aquella época de prosperidad, mi promesa hecha al cómico Juan Martínez. Alegres cartelones aparecieron en las esquinas anunciando la función a beneficio del actor. Pedí a mi protegido varios boletos de palcos y lunetas y los mandé repartir entre el Cuerpo Diplomático, ministros y altos empleados. Con poquísimas excepciones, me mandaron doble o triplicado su importe.

La pieza era *La vida es sueño*. Al caer el telón, dos de mis lacayos presentaron al artista una corona con hojas de encino y de laurel, cuyas bellotas eran escuditos de oro engarzadas en canutillo, haciendo un total de sesenta pesos. ¡Pobre Juan! Toda su vida se acordó con gratitud de su beneficio y no podía relatarlo sin que sus ojos se humedecieran. Esa noche volvió a su casa con los bolsillos llenos y el corazón contento. A mí, al contrario, me invadió la melancolía... una sensación aguda, insistente: aquel periodo de dicha terminaba, pues la vida es sólo sueño, y los sueños, sueños son.

Mi esposo se ocupaba en buscar recursos para la toma de Veracruz. Comprendiendo las graves dificultades de atacar sólo por tierra, pensó hacerlo también por mar. Cumpliendo sus órdenes, el contraalmirante don Tomás Marín compró en Cuba un vapor inglés en ochenta mil pesos, al cual después de armado, equipado y enarbolada la bandera mexicana, le dio el nombre

de *General Miramón*; el segundo, el *Marqués de la Habana*, era español.

El cónsul americano en La Habana informó a Juárez sobre la transacción y éste expidió, con fecha 3 de febrero de 1860, una circular declarando piratas a quienes navegaran en esos barcos, sabiendo perfectamente que eran marinos de la Armada Mexicana. Esa infame circular la firmó don José Gil de Partearroyo, ministro de Juárez. Don José, ¡mi tío carnal!, vivió con mis Padres que lo habían alojado y mantenido durante años; pero su encumbrada posición política la empleó en contra de mi esposo. Miguel, siempre hiciste lo posible, y hasta lo imposible, para proteger a mi familia. A varios les salvaste la vida. Entonces, ¿por qué no te pagaban con la misma moneda? La actitud de don José me parecía tan desleal que ni siquiera la comenté contigo pues hubiera explotado en injurias.

Desde la partida de mi esposo se había apoderado de mi espíritu una profunda tristeza. En ninguna de sus campañas había visto a Miguel tan preocupado y se había marchado sin el entusiasmo de otras veces. ¡Cuántos pensamientos lúgubres se agolpaban en mi mente! ¡Cuántos temores me exaltaban!

Busqué alivio cerca de mis queridas monjas de la Encarnación. Tras los saludos, la madre superiora me dijo: “Comenzaremos una Novena a la Sma. Trinidad rogando por tu esposo”. Su propuesta me tranquilizó. Debido a nuestra lujuria, amor, ya no me consideraba con derecho a pedir favores a la Providencia. Tampoco sentía remordimientos, así que era preferible encomendar mis peticiones a esas mujeres santas.

Yo tenía un culto especial por mi patrona, la Inmaculada Concepción, y propuse que le hiciéramos una función. Se convino que la víspera iría a vestir a la Virgen.

A las nueve y media de la fecha elegida, comenzó a entrar el público. Señoras y señoritas de sociedad, las esposas de los ministros y de los altos empleados, brillaban por sus elegantes trajes. La procesión caminó por las calles de Tacuba, Santa Clara, San Andrés, la Mariscalá y Puente de Alvarado; al llegar a San Fernando,

nos salió a recibir la comunidad con vela en mano. Los frailes entonaron el *Tantum Ergo* y recibimos la bendición. Con tales argucias deseaba propiciar a Dios. Estaba dispuesta a todo, excepto a sacrificar nuestro amor, Miguel. En nuestra intimidad no se inmiscuiría la Iglesia.

Pasaron varios días sin noticias. Mi aflicción crecía y fui de nuevo a la Encarnación. Esa vez la superiora frunció el ceño:

—Conchita, me disgusta tu falta de Fe. La Virgen te oirá. Debes tener paciencia. Reza, cálmate y, a su debido tiempo, se cumplirán tus deseos.

Tales consejos eran muy atinados, pero la monja no sabía lo que yo cargaba en la conciencia. En ocasiones ni siquiera se lo contaba al sacerdote, durante la confesión. Cuando el rubor cubría mi rostro y mi garganta, fingía un vahído, interrumpiendo el rito. ¿Por qué era tan difícil, por no decir irrealizable, la admisión de actos que en el momento de cometerlos nos causaban tanto placer? A ti no te preocupaban. “Verás que te embarazas en un parpadear de ojos”, me decías. “Y ésa será la prueba de que Dios bendice nuestra unión.” Tú permanecías tranquilo; en cambio, yo cesé de comulgar.

Me despedí de la priora y, al momento de salir del convento, llegó un ayudante del general Corona, llevándome un comunicado.

Volviendo a la celda de la abadesa, leí la carta.

Paso de Ovejas, febrero de 1860.

Muy querida mía:

No puedes figurarte el gusto que tengo por la manera en que has perdido a Dios por el éxito de esta campaña. Sin duda te oyó pues, precisamente a la hora de la procesión el día 23, reventaron dos granadas casi a mis pies; una me cubrió completamente de humo y polvo e hizo creer que me había matado. La tropa se llenó de entusiasmo al verme bueno y salvo. Gracias, mi Concha, gracias por tu oración.

A tus monjas, y particularmente a tus tías Elena y Francisca mil cosas de cariño, al niño muchos besos y para ti mi corazón

Miguel.

La emoción que me causó esta carta me hizo prorrumpir en llanto. Algunas monjas también lloraban y mi pedagoga exclamó: “¡E viva María!” “¡E viva!”, contestamos, para concluir con un *Te Deum laudamos* en alabanza y gratitud al Eterno.

El consuelo se diluyó con el paso de las horas. Entonces me pregunté: ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo podré protegerte con mis oraciones? ¡Una granada! Me encogí de terror imaginándote mutilado. Después caí de rodillas, sollozando. Al cabo, recapacité. Dios no se cobraría mis faltas en ti. ¡Eras el paladín de la Iglesia! Además, tenías razón. Comenzaba a sospechar, amor, que esperábamos un hijo.

Casa Mata, 13 de marzo de 1860.

Querida mía:

Después de la ocupación de Alvarado nuestros vapores se dirigieron a Antón Lizardo; mas en la noche del 6 fueron batidos por una corbeta, la Saratoga, y dos barcos del gobierno de los Estados Unidos, resultando la muerte de 12 de nuestra tripulación, 3 de los americanos y la captura de nuestros buques.

Con esta desgracia hemos trabajado sin descanso en la colocación de las baterías. Dentro de cuatro horas mando la intimación y dentro de ocho, comenzarán los fuegos sobre la plaza. ¡Quiera Dios ayudarme!

Manda avisar a mi casa que estoy bien, así como mi hermano Mariano y García mi cuñado.

Concluyo dándote recuerdos para todos y para ti mi corazón

Miguel.

Grande fue el disgusto que a mí y a la mayor parte del público nos causó la noticia del atentado de Antón Lizardo. Todo mundo se preguntaba con qué derecho los Estados Unidos se mezclaban

en nuestras contiendas intestinas... pero cualquier cosa era de esperarse después del Tratado MacLane-Ocampo. El gobierno de Washington necesitaba el triunfo de los juaristas para hacer efectivas aquellas promesas.

La aprehensión de nuestros vapores privó de parque y de raciones a nuestro ejército. Tras varios días de inútiles esfuerzos, Miramón levantó el sitio. Llegó a la Capital sin renovar sus laureles y con el alma oprimida de pena.

La escasez del erario, no contribuía a su optimismo. Esta preocupación lo hacía olvidar el sueldo que le correspondía como presidente de la República. Llevaba año y medio en aquel puesto y nada había recibido de la Tesorería.

Cuando le hablé de tal asunto se disgustó: “¿Cómo quieres que cobre un sueldo cuando no puedo pagar a mis soldados?” Su actitud me mortificaba pues, aunque el gobernador de Palacio me pasaba una suma para atender mis gastos, en caso de adversidad no tendríamos medios para afrontarla. No poseíamos bienes de fortuna y, aunque mi esposo hubiera podido aprovecharse de la presidencia para enriquecer, como lo habían hecho algunos de sus antecesores, su honradez se lo impedía.

La vida me colocaba, nuevamente, en una posición muy complicada. Tenía dos opciones: salirme de mi papel de mujercita inútil y convertirme en arpía, o cruzarme de brazos ante el desastre. Escogí la primera. Supliqué a los ministros que trataran de disuadir al presidente y le demostraran la justicia de mi pedido. A instancias de estos señores, Miguel accedió a mi súplica, y dio orden para que pagaran, por la aduana, sus sueldos atrasados. Sin embargo, me echaste en cara mi intromisión en tus asuntos.

–Soy el proveedor de esta casa –declaraste, por si se me había olvidado–. Cuando algo te falte, reclámamelo, pero no metas a mi gabinete en nuestra vida privada.

–No tenemos vida privada.

–Concha, te prohíbo que ventiles tus quejas con los ministros. Habla conmigo.

–Lo hice. Cinco veces.

–Pues si no da resultado, te callas y te resignas.
Aquello terminaría en un pleito mayúsculo. Había que recurrir a las argucias de mi sexo. Fingí un mareo.
–¿Qué te pasa? –inquiriste interrumpiendo tu perorata.
–Llama al médico.
–¿Tan mal estás?
–N-no, no te asustes. Quiero su opinión. Sospecho que... espero un hijo, Miguel.
Descartaste el enojo para besarme las manos y salir corriendo en busca de ayuda. Era la segunda vez que resolvía un problema usando el mismo truco. “Los hombres son tan predecibles”, afirmaba mi Madre.
Tu entusiasmo, las visitas a nuestras familias pregonando mi preñez, te distrajeran.
–Quiero otro varón –determinaste, acostumbrado a tu buena estrella.
–Entonces, consiénteme. Concédeme todos mis caprichos.
Ni siquiera rezongaste cuando me entregaron los sueldos vencidos.

La lucha era desigual. Nuestros enemigos contaban con el apoyo moral y material de los Estados Unidos; tenían dinero y armas, mientras que nuestras tropas luchaban sin paga y con privaciones.

Don Félix Zuloaga, quien después de nombrar a mi esposo su sustituto, se había retirado a la vida privada, vivía descontento de haber soltado la presidencia. Sus escasas luces, su falta de energía y su natural debilidad, hicieron que se prestara a conspirar contra Miramón. ¡En que siglo vivíamos! Nuestros correligionarios traicionaban a sus parientes, organizaban intrigas, cambiaban de bando, desertaban... No era posible confiar en nadie.

El 9 de mayo de 1860, víspera en que Miguel debía partir, anunciaron al general Zuloaga. Yo me alcé para saludarlo, pero mi esposo me detuvo.

–No vayas al salón –me previno–. Mañana me lo llevo preso.
–¡Preso! ¿Por qué motivo?
–Figúrate, se ha metido a conspirar contra mí, en favor de Santa Anna. En otra ocasión no me importaría, pero en estos

momentos sería la ruina de nuestra causa. Si no marcho al interior, Uraga toma Guadalajara. Yendo a combatir, no puedo quedar con las espaldas descubiertas ni dejar a un enemigo de la categoría de Zuloaga en la Capital.

–No creo que el Partido apruebe tu decisión.

–Es la única viable.

Como yo lo había previsto, los conservadores se dividieron en facciones, debilitándose, y esa fragmentación determinó, a la larga, el triunfo de los juaristas.

Guadalajara, 3 de junio de 1860.

Querida mía:

Por el parte telegráfico que habrás recibido quedarás impuesta del triunfo obtenido sobre las fuerzas del general Wool; sólo queda quitarles sus cañones, lo que muy pronto sucederá.

La falta de recursos me ha puesto de muy mal humor, pues me condena a la inacción, pero mañana tendré 80,000 pesos y el miércoles saldré para Zacatecas.

Te suplico tengas fe. Por Dios, Concha, no te aflijas. Sabes cuánto me puede tu tristeza. Mi laconismo no es falta de amor, sino desconfianza de que mis letras no lleguen a tus manos. Sin embargo, hoy te digo lo que te diría en presencia de todo el mundo: te amo. No hay nada en la tierra que más ame. Por ti daría mi vida, incluso cambiaría la tuya por la de mis padres y mi hijo.

Espero que estés satisfecha. Aunque no es larga mi carta, vale por tres tuyas que son verdaderamente cortas y regañonas.

Mil cosas a tus hermanas, mil besos a mi hijo y para ti mi corazón
Miguel.

Mi esposo me escribía estas cariñosas cartas en contestación a las mías llenas de injustas quejas. Después de mi último embarazo se habían despertado en mí unos celos terribles, que aumentaban cuando mi esposo estaba lejos y asistía a fiestas y bailes. Me sentía fea, torpe; emociones contrarias a las de mi primer embarazo.

Con mi primogénito, me consideré un vientre fecundo creando vida. Los pechos llenos de leche fueron motivo inmenso de satisfacción. Era la madre naturaleza alimentando a su hijo. Pero esta vez, tan cercana a la anterior, la impaciencia alteraba mi ánimo. No había tenido tiempo de recuperar la esbeltez, mi seguridad personal trastabillaba. Para colmo, eras muy guapo, tremendamente joven; además, la Presidencia y el uniforme militar te prestaban un halo irresistible. Si de capitán traías a las señoritas decentes (¡y a las indecentes ni se diga!) besando el suelo que pisabas, ¿qué sería ahora?

Encendían esa necia pasión los anónimos que me mandaban, poniéndome en guardia respecto a su fidelidad.

“Cuando el río suena, agua trae”, hubiera opinado Lola. Ay, nana, ¿por qué te fuiste a tu pueblo? Juntas habríamos resuelto mis problemas y tú, tratándome como a una hija, me habrías ayudado a mantener los pies sobre la tierra.

En medio de tanta adulación, estaba sola. Ni siquiera a mi familia confiaba mi aflicción. Abuela, tíos, hermanos, primos, parecían tan dispuestos a hablar mal de ti, amor, que hasta hubieran ideado absurdos: “Abandónalo por unas semanas. A tu regreso lo encontrarás hecho una seda”. Yo no estaba dispuesta a huir. Si algo había aprendido de ti, era que al adversario hay que darle la cara.

Miramón tomaba mis celos a broma. Una vez que me encontraba sola, en mi cuarto, entró a la pieza contigua y comenzó a dar besos en el aire. Al oírlo, me acerqué a ver con quién estaba y él se soltó riendo:

–Vamos, señora, busque usted a su rival.

¿Desinflabas la tensión tratándome como niña boba? Te miré directamente a los ojos.

–Mientras no tenga pruebas, me morderé la lengua y no te reprocharé nada. Tu palabra vale más que los anónimos que recibo, pero si alguna vez te pesco donde no debieras estar... atente a las consecuencias.

Por mi parte, cuidé hasta los menores detalles. **Ni en un teatro, diversión o paseo me vio la sociedad en ausencia de mi esposo. Sin embargo, mi posición imponía ciertas obligaciones, la más esencial era recibir y visitar a las señoras del cuerpo diplomático.**

Un jueves, estábamos tomando té, cuando nos enteramos de las crueldades que los defensores de la Constitución de 1857 hacían. En San Juan de Teules, Carbajal mandó fusilar a los conservadores. Dejó para el último, al oficial de más alta graduación, el coronel Daza Argüelles. Después de hacerlo sufrir los más espantosos ultrajes, le extrajo los ojos y echando pólvora en las concauidades la hizo incendiar.

La náusea me forzó a escabullirme de la reunión. Gracias al Cielo, mi embarazo constituía la mejor excusa y ninguna de las damas se dio cuenta de que mi antigua osadía quedaba para el recuerdo.

León, 3 de agosto de 1860.

Muy querida mía:

Hoy cumple un año nuestro hijo. Juzga cual será mi pesar al no acompañarte; pero espero que muy pronto lo celebremos juntos aunque no sea en la fecha precisa.

Un acontecimiento desagradable, aunque no de la magnitud que muchos le darán, ha tenido lugar. Zuloaga se fugó a las cuatro de la mañana. Mis ayudantes Bosh y Laurest, que lo cuidaban, después de presentarse avergonzados por su mala estrella, han marchado en su busca. No creo que lo encuentren, que vuelva a la nulidad de donde jamás debió salir.

Cuídate mucho, besa cariñosamente a mi hijo por su cumpleaños; recibe el amor de tu

Miguel.

Esta fuga comprometía gravemente la situación. Mi marido debió regresar a la Capital y esto permitió a los liberales aumentar sus fuerzas.

Miguel informó lo ocurrido al presidente de la Suprema Corte de Justicia y al Consejo de Estado. De común acuerdo, decidieron que continuase ejerciendo el cargo que ocupaba hasta que se convocara una nueva elección.

Concluido el incidente de Zuloaga, mi esposo volvió al Interior. En Silao, los liberales reunieron catorce mil hombres (más del doble de los que tenía mi esposo) y con treinta y cinco piezas de artillería emprendieron el combate. Duró tres horas. El ejército conservador hizo inauditos esfuerzos por alcanzar la victoria, pero no lo logró. Ahora, las principales poblaciones estaban en poder del partido rojo.

Mi esposo volvió a la Capital para preparar la batalla decisiva. Apenas se esparció esta noticia, los vecinos huyeron, temerosos de las atrocidades que cometían los chinacos.

El 19 de octubre de 1860, encontrándome en los últimos días de gestación, la señora Múzquiz se puso enferma. Fui a su casa y la encontré moribunda.

–Señora, ¿qué me ordena usted? –pregunté llevándome a los labios su helada mano.

–Dos cosas, Conchita, una que pidas a Dios por mí, pues me toman por santa y temo que nadie rece por el reposo de mi alma, y la otra, que cuando muera me mandes decir las Misas de San Gregorio. ¿Me lo prometes?

–Ya lo creo; pero no me diga que se va a morir, pues ya sabe cuanto la quiero.

Hubiera querido permanecer ahí hasta que exhalase el último suspiro, pero el anuncio de mi próximo parto me obligó a dejar el asiento donde estaba. Estampé un beso en su frente y bañando de lágrimas la mano que me había bendecido, me separé de mi amada maestra para no volverla a ver.

Cuando mi esposo me vio tan afligida, me hizo dulces reproches, pero comprendiendo la justicia de mi dolor, dejó correr mi llanto. “Te ruego que, si estoy en cama, le hagas un honroso entierro.” Me lo prometió y a la muerte de mi maestra, la condujeron a la tumba en los coches de Palacio.

Al día siguiente tuvo lugar mi parto. Esta vez, sabiendo qué ocurriría y cómo podía ayudar a la comadrona, no me avergoncé de mi cuerpo, sus humores o funciones. Con esta seguridad, el alumbramiento resultó más fácil.

El bautismo se decidió para el 24 de octubre, fiesta de San Rafael y aniversario de nuestro matrimonio. Cumplía dos años de casada con dos hijos. De este modo, acatábamos la exhortación bíblica: “Creced y multiplicaos” y ni los curas más quisquillosos pondrían objeciones a nuestro amor físico: el fin justifica los medios.

A causa de las tristes circunstancias por las que atravesaba el gobierno, aquella fiesta fue enteramente privada. Terminada la ceremonia, los padrinos llevaron a mi cama a la nena, pero con ellos no fue mi esposo, como yo esperaba. Le rogué a Isidro Díaz que lo hiciera venir.

–¿Por qué tan serio? –indagué en cuanto lo vi–. ¿Ocurre algo malo?

–No, tranquilízate.

–¿Estás de mal humor porque deseabas otro varón en lugar de una niña?

–¡Qué tontería! No, no, tranquilízate –y forzando una sonrisa, se retiró.

Cuando me levanté de la cuarentena, supe que el motivo de aquel mal humor lo provocó el coronel Sóstenes Rocha. Había desertado de nuestras filas, pasándose al enemigo junto con el regimiento que mandaba. Para enfrentar la borrasca que se desplomaba sobre el Partido Conservador, mi esposo habilitó al general Márquez, quien gozaba de prestigio entre quienes habían visto con mal ojo el castigo que mi esposo le había impuesto a ese general, por haberse robado la conducta de caudales que pasaba por Jalisco.

Las tropas de González Ortega rodearon Guadalajara. Márquez y Mejía, que contaban con muy pocos elementos pidieron un armisticio, que les fue negado. Entonces emprendieron la retirada. En su fuga, nuestras tropas perdieron 800 prisioneros, artillería, parque, etc. y cien mil pesos para gastos de campaña.

Márquez tuvo la fortuna de no caer en manos de los liberales que con toda seguridad lo hubieran matado para vengarse de los fusilamientos de Tacubaya.

Mi marido declaró a la Capital en estado de sitio y lanzó la siguiente proclama:

17 de Noviembre de 1860.

Miguel Miramón, general de división, jefe del ejército y presidente interino de la República Mexicana, a sus habitantes:

Ciudadanos:

Cerca de tres años ha que, de victoria en victoria, llevé las banderas de la Patria a gran parte de nuestro territorio y, al expirar el año de 1859, casi la totalidad de la Nación estaba regida por el gobierno establecido en la Capital.

El eterno baldón para el partido constitucionalista, el atentado contra Antón Lizardo, vino a trazar una demarcación entre la marcha triunfal que habíamos llevado y la marcha decadente que desde entonces hemos sufrido. Terribles desastres han reemplazado los esplendidos triunfos.

Mi gobierno, privado de rentas y obligado a hacer erogaciones exorbitantes, no ha podido establecer sistema alguno de Hacienda, ni disminuir las pérdidas causadas a la agricultura, la industria, el comercio y otros agentes de la riqueza pública.

Soy mexicano; amo a mi Patria como el mejor de sus hijos. Conmovid por los males que la aquejan, he brindado con el olivo de la paz al partido opuesto, haciendo una abstracción absoluta de mi persona y proponiendo, como base de una tregua, la voluntad nacional. Pero parece que los constitucionalistas temen oír la voz de la Nación. El enemigo ha batido a nuestras tropas y emprende su marcha sobre esta Capital. ¿Qué debo hacer en tan crítica situación? Si los liberales no limitan sus pretensiones a la política y al ejercicio del poder, si no respetan a la Iglesia, si no dejan incólumes los principios eternos de nuestra religión, combatámoslos.

Conciudadanos: ánimo, constancia, un sacrificio más en aras de la Patria.

Miguel Miramón.

El 6 de diciembre, antevíspera de la Purísima, dije a mi esposo:

–Gracias a Dios que este año pasarás a mi lado el día de mi santo, pues aun cuando las circunstancias sean tristes, al menos no estarás en el campo de batalla. Y... ¿qué cosa me darás de cuelga?

–Ya verás –me contestó sonriendo–, será una sorpresa.

El 7 por la tarde noté preparativos de viaje y alarmada llamé a un soldado:

–¿Dónde se marchan?

–Lo ignoro, señora. Sólo hemos recibido orden de estar prontos para esta noche.

Una profunda pena mezclada con la cólera, invadió mi corazón. Sentí que me ahogaban las lágrimas. Hubiera querido acompañarte, amor, aunque para tu tranquilidad me quedara muy atrás, a resguardo de las balas. Pero los periódicos americanos, sin saber cómo desacreditarnos, publicaban que yo arengaba a la tropa (¡como si no fueras un magnífico orador!), entusiasmado al ejército (¡como si los soldados no te adoraran!) contra los gringos. **Esos levanta falsos ignoraban que en nuestra raza difícilmente hay marimachos, mujeres que sin el menor tacto compiten contra los hombres para apropiarse de un sitio que no les corresponde. Por fortuna, cuando la prensa americana se enriquece contando cuentos por tal cariz, únicamente los habitantes de los Estados Unidos le creen.** Así, guardé silencio y, sin reproches, te dije adiós.

Con la mayor reserva, el 8 de diciembre, a la cabeza de tres mil quinientos hombres, Miramón y Márquez iniciaron la marcha. Para engañar la primera avanzada, Miguel discurrió que nuestros soldados se pusieran blusas encarnadas como las que traían los liberales. Este engaño les fue funesto: mi marido hizo prisionero al Batallón de la Reforma, con jefes y oficiales, gran número de carros, parque y vestuario.

A su regreso de Toluca, me dijo:

–No te he engañado. Este triunfo era el obsequio que te daría de cuelga.

–No me hagas otro regalo de esa clase –me enfurruñé–. Ya sabes cuanto sufro sabiéndote en campaña –pero estaba tan orgullosa de ti que, contradiciendo mis palabras, te besé.

–Traje a tres prisioneros. Te ruego que les hagas una visita y que se les sirva de nuestra comida.

Yo no deseaba otra cosa que conocer a los enemigos de mi esposo. Degollado era un hombre de unos cuarenta años, bajo de estatura, delgado, tez morena y ojos negros. Su rostro demostraba gran energía. A Gómez Farías le recordé que nuestros padres estudiaron juntos en el Seminario de México. Por último saludé a Berriozábal, un joven rubio, de facciones regulares, que atraía por arrojado.

Tenías razón, amor. ¡Qué lástima que hombres de tanta inteligencia y valor no hubieran formado un solo partido con una sola meta!

Con la victoria renació la esperanza, pero en el ánimo de mi esposo había una profunda tristeza, pues comprendía que la lucha sería muy desigual. Juárez contaba con recursos inagotables. Se los proporcionaba su socio, Estados Unidos; en cambio, los conservadores regían un país en quiebra. En esas condiciones, Miramón reanudó la campaña.

Desde que te fuiste, amor, llevaba dos noches sin dormir, imaginando toda suerte de desgracias. A la tercera, el sueño dominó la agitación de mi espíritu. **A eso de las tres de la mañana me desperté sobresaltada y con la luz de una lámpara distinguí a alguien sentado al pie de mi cama.**

–¿Quién es? ¿Quién es? –grité aterrorizada.

–Soy yo. Aquí me tienes: vivo.

–¿Qué ha sucedido, Miguel?

–La batalla estaba casi ganada, aun contando con menor número de soldados y cañones. No obstante su extraordinario valor, desalojé a los juaristas de sus posiciones. Aprovechando el momento, mandé que la caballería cargara. Esta maniobra resultó fatídica pues mis oficiales se pasaron al regimiento enemigo, provocando una derrota total.

–¡Malditos traidores!

–No maldigas –se rió–. Mañana te cuento los detalles –y entrando en la cama se durmió de inmediato.

Yo no pude conciliar el sueño y a las cinco de la mañana me levanté. Mi primer pensamiento fue ir a Catedral para aconsejar a los canónigos que escondieran sus tesoros; luego visité el Convento de la Encarnación e hice igual recomendación a las monjas. Finalmente me dirigí a casa de mis hermanas.

—No queda mucho tiempo. Pónganse a salvo.

—¿Tú qué vas a hacer, Concha?

—No saldré de Palacio sin Miguel.

—¿Y los niños?

—¿Ustedes se quedarían con Miguelito? Yo me llevo a la nena, a quien estoy criando.

Mi esposo dirigió una comunicación al Cuerpo Diplomático para que protegiera a sus nacionales. El embajador don Francisco Pacheco, nos ofreció su hogar, asegurándonos que bajo la bandera española no correríamos ningún peligro. Mi esposo aceptó en mi nombre, pues había decidido salir de la Capital con sus tropas y los jefes que lo quisieran seguir.

A las siete de la noche nos sentamos a la mesa, como de costumbre. Al concluir la cena llegó mi hermana Lupe, tomó consigo a mi hijo y se fue a la casa de mi cuñada Naborita.

A las once de la noche del 24 de diciembre fue preciso despedirnos. Tu calma, tu tranquilidad y sangre fría me admiraban, pues nos íbamos a separar sin saber si nos volveríamos a ver. Como si adivinaras mis pensamientos, me tomaste en brazos:

—Nos volveremos a ver.

Tu confianza despertó la mía. Estabas en lo cierto. Aún no había llegado la hora.

Salí de Palacio con una criada que llevaba en brazos a Conchita, de dos meses de nacida, para recoger a mi hermana Mercedes, cuyo novio, Isidro Díaz, pertenecía a nuestro partido.

La mayor parte de las casas estaban herméticamente cerradas y algunas calles desiertas. En ninguna se notaba la alegría que inspira la Noche Buena.

Al llegar a la Embajada Española nos condujeron a la pieza que nos habían preparado. Sería la una de la mañana cuando

oímos fuertes toquidos en el zaguán. A los pocos minutos, los sirvientes conducían a Albino, el camarista de mi esposo, a mi presencia.

–Niña, perdóneme por molestar a su merced.

–¿Qué sucede?

–Pues verá, salimos con la tropa y varios oficiales, pero al llegar a la Alameda se entabló una disputa. Unos querían hacer una guerra de guerrillas, otros desertar y otros más gritaban vivas a la chinaca. En medio de aquel jolgorio, perdí de vista a mi general. Entonces agarré la mula con el equipaje y este dinero que me confió su señor esposo.

Y me entregó dos mil pesos oro que llevaba en una cintura.

–Nunca podremos agradecerle tu lealtad, Albino –musité, conmovida.

–Ya me la agradecieron –replicó–. El general Miramón me sacó de la cárcel y, cuando me dio empleo, me dijo: “Confío tanto en ti, que te hago mi *valet* de cámara. Pongo mi vida en tus manos”. Con esos modos, no tuve más remedio que volverme honrado.

Pasamos la noche en agonía. ¡Qué horrible tormento sufrimos pensando en la suerte que correrían mi marido y el prometido de Mercedes, que andaban fugitivos! Cada ruido nos sobresaltaba y pasamos horas elevando al Cielo nuestros ruegos.

Por la tarde, don Víctor Echenique, director de la casa de diligencias, me avisó que tenía escondido a Isidro Díaz. Don Francisco Pacheco, sin titubear, ordenó: “Hágalo venir aquí” y esa misma noche, mi hermana saludaba a su novio, estremecida de gozo.

Dos días después, nos visitó el cónsul de Panamá, quien había dado refugio a mi marido. Para evitar sospechas, nuestro anfitrión fue personalmente a buscarlo. El placer que me causó ver a mi esposo, estuvo mezclado con el temor de que descubrieran nuestro escondite.

El año terminó mal y empezaba peor. El 1 de enero anunciaron la entrada del ejército juarista. Mi marido creyó propicio que, aprovechando el entusiasmo de los rojos, él e Isidro huyeran. Sin perder un instante, pregunté los nombres de los vecinos cuyas propiedades

colindaban con la embajada. Uno de ellos había sido íntimo amigo de mi Padre. Lo mandé llamar y le confesé nuestros planes:

–¿Está dispuesto a pasar por ciego, sordo y mudo?

–Disponga usted de mí, Conchita.

–Dos personas atravesarán su azotea y luego saldrán por la calle de Coliseo Viejo.

–No me diga sus nombres –sugirió–. Y hagan lo que más convenga.

Cuando González Ortega, a la cabeza de 28,000 soldados, cruzó por Puente de San Francisco, el Ayuntamiento puso en sus manos el estandarte de la ciudad. No hubo arcos de triunfo, ni gallardetes, flores o música. El pueblo no sintió por la victoria de los chinacos el entusiasmo que por el vencedor de Colima.

Mientras el ejército constitucionalista marchaba por las calles, mi marido y mi futuro cuñado escaparon. Don Víctor Echenique ocultó a los fugitivos y a las cuatro de la mañana, montaron en el pescante de una diligencia. En un punto del camino los esperaba el coronel Rodríguez, con dos caballos.

El siete de enero se encontraban en las inmediaciones de Xalapa. Atravesando el pueblo, su mala estrella los llevó donde estaba la prefectura.

–¿Quién vive? –gritó un guardia.

–Viajeros que van a Veracruz.

–Presenten sus pasaportes –volvió a gritar el centinela.

“Si nos reconocen estamos perdidos”, pensó Miguel, y acercándose a Díaz musitó: “¡Pica espuelas!” Díaz no obedeció, ni tampoco el coronel Rodríguez. Sólo mi esposo salió de la población saltando piedras y zanjas. Al cruzar un arroyuelo, el animal se encabritó y Miguel cayó privado de sentido.

Al saber las autoridades quién era el fugitivo, quisieron ofrecer a Juárez aquella magnífica presa y armaron a más de quinientos indios.

Por eso, al abrir los ojos, Miramón vio dos fusiles apuntándole:

–Si te mueves, te matamos.

–Mátenme, pero de pie.

Los indios dieron un paso atrás, entonces mi esposo sacó su revólver y disparó: uno cayó fulminado; el segundo echó a correr. Miguel descubrió unas enormes rocas cubiertas por hierba. A los pocos momentos de entrar en esa cavidad, comenzó a oír gritos e imprecaciones de sus perseguidores. Aquellas pesquisas duraron toda la noche; al amanecer el monte recobró su silencio.

Mi marido, atormentado por la sed, caminó hasta que encontró una vereda. Luego, ocultándose entre los árboles, tomó la vía que conduce a Xalapa.

Llegó a las ocho de la mañana y se dirigió a casa de la familia Gorozpe, donde había estado alojado durante la campaña de Veracruz. Lo recibieron con igual afecto que cuando era Presidente y de inmediato le ofrecieron comida y lecho. Al quererse descalzar, no pudo a causa de tener hinchado el pie. Para sacarlo, fue preciso hacer pedazos el zapato. No se concibe cómo, con una dislocadura, caminó varias leguas.

El 11 de enero entró Juárez a la Capital. Una de sus primeras providencias fue ordenar que Isidro Díaz fuese pasado por las armas. Mi hermana se hundió en un mutismo total. “Voy a ver si lo puedo salvar”, le prometí, pero ¿qué méritos podía tener la esposa de Miramón para obtener una gracia?

Temiendo que Juárez se negara a recibirme, pedí ayuda a Gómez Farías. Apenas un mes antes lo habíamos alojado en Palacio y tú, amor, haciendo gala de una espléndida generosidad, le perdonaste la vida.

—Hablaré con el Presidente —me prometió al terminar la entrevista. Yo, acostumbrada a la ingratitud de nuestros adversarios, preví esa salida. Para evitar que se arrepintiera, concluí:

—El coche me aguarda. Lo llevaré a Palacio.

Hizo una mueca de disgusto; sin embargo, aceptó.

Apenas arribamos, me advirtió: “Ruego a usted me espere un momento, vuelvo luego”.

Mi corazón palpitaba de ansiedad. Sonó el primer cuarto de hora en el reloj de Catedral... sonó el segundo y de Gómez ni sus luces. Mi impaciencia aumentaba. Al oír el tercer cuarto ya no pude esperar más, abrí la portezuela y bajé precipitadamente;

subí la escalera de Palacio de la misma manera. Aquello me era bien conocido: las entradas, los salones, los pasillos. Recorrí esas salas con la misma franqueza que cuando eran mi casa. Al llegar a la oficina de la presidencia, un portero me cerró el paso. Entonces me alcé el velo y con ademán imperativo dispuse: “¡Abra usted!”. Este hombre, que hasta hacía pocos días era mi criado, no se atrevió a negarse.

Juárez estaba con sus ministros; al verme entrar, se dieron a la fuga, como si vieran al diablo. Don Benito se quedó atrás, así que me dio oportunidad de actuar de una manera muy poco delicada. Pero no estábamos para delicadezas. Tirando del faldón de su levita, lo hice retroceder.

–Tenga usted la bondad de escucharme –pedí, aunque el tono no era de súplica, sino de mando.

–Siéntese, por favor –me pidió, presentándome una silla.

–El objeto de mi visita ya lo conoce: le ruego indulte a don Isidro Díaz.

Permaneció en silencio, mientras yo estudiaba sus facciones. Eran ciertas las murmuraciones: “el traje negro acentúa el color oscuro de su piel y el rictus facial revela su inflexibilidad”. Quizá no oculté mi desprecio. ¡Estábamos en manos de un indio! Y, ya se sabe, esta raza vengó en los criollos las injusticias del pasado.

–Siento mucho no servir a usted, señora –fingía no conocerme ni recordar mi apellido–. El indulto no depende de mí.

–¿Pues de quién depende? –ironicé. Si así estaban las cosas, yo tampoco lo interpelaría por su nombre.

–De las circunstancias que atraviesa el país, la opinión pública...

–La opinión pública no exige que se derrame sangre inocente.

Además, a los mayores criminales se les juzga y usted no querrá manchar su triunfo con un crimen –acentué esta palabra. Como un caballero no agravia a una mujer corrigiendo sus ideas, de algo habían de servirme las prerrogativas de mi sexo.

Se sonrojó un poco; contestó con evasivas. Yo seguí insistiendo; hasta tomé como baluarte las garantías individuales de la Constitución de 1857. Fue inútil. Viendo la dureza de aquel corazón, exclamé:

–Si lo que requiero no depende de usted, hablaré con sus ministros –hice ademán de alzarme de mi asiento. Sospecho que Gómez Farías escuchaba detrás de la puerta, pues en ese momento entró. Al verlo cambié de táctica– ¡Ayúdeme a salvar a Isidro Díaz! –mi desamparo tampoco lo conmovió. Entonces empleé mi última carta–: ¡Acuérdese! Hace un mes estuvo en el mismo caso y el general Miramón le perdonó la vida.

A pesar de mi mirada insistente, indignada, no musitó ni una frase en mi favor. Como nada podía conseguir, me erguí.

–Señores, buenas noches –y salí con la frente en alto, pero con el alma oprimida.

A mi paso por el primer salón vi a un joven cuyo rostro me pareció familiar. Atropellando las reglas de la buena crianza, me dirigí a ese desconocido.

–¿Es usted Leandro Valle?

–Para servirle, señora –contestó sobresaltado.

¡Vaya! Ahora recordaba con precisión su retrato en tu recámara, la corbata roja, mis celos ante una amistad casi excesiva. ¿Compañeros en la Escuela Militar? ¿Camaradas en épocas felices? Iba a comprobarlo.

–Soy la esposa de su mejor amigo, el general Miramón.

–¿Lo atraparon? –indagó con genuina inquietud.

–No, gracias a Dios; pero han condenado a muerte a Isidro Díaz, prometido de mi hermana. ¡Ayúdeme a salvarlo!

Lo tomé del brazo y lo llevé hasta la puerta de la presidencia. Él, asombradísimo por mi actitud, no atinaba a resistirse. Abrí y, con un ligero empujón, lo hice entrar.

Bajé la escalera de Palacio con la misma velocidad que la había subido. Una vez en el coche ordené al lacayo: “Aprisa, a casa de los Barrón”. Teníamos fondos en la banca de esos señores así que me prepararon una suma, que en una hora me entregarían. Entre tanto, busqué a Nicolás Brassetti, la persona indicada para mi siguiente encargo.

Resueltos esos puntos, regresé a la embajada. ¡Cuánta zozobra sentía! Si fallaba mi plan, ¿cómo le daría a mi hermana la fatal noticia? Engolfada en tales pensamientos, me topé con don Francisco. Antes de saludarme, me abrió los brazos:

–¡Brava, brava señora! ¡Albricias! ¡El general Leandro Valle acaba de entregarme al prisionero, además del indulto!

Mi hermana, conmovida, no podía hablar para demostrar su júbilo. El banquero y Brassetti llegaron a los pocos momentos. Entregándole el dinero a este último le expliqué:

–No hay tiempo que perder. Esta misma noche una persona muy estimada de nosotros, debe alcanzar su meta. No omita gastos, tome la posta, reviente caballos, pero llegue a Xalapa antes del amanecer.

Minutos después, Mercedes se despedía de su prometido. Al verlo salir, se echó a mis brazos y con la voz cortada por el llanto musitó:

–¿Logrará escapar?

–Sí, ten fe.

Pedí una taza de leche caliente y me acosté. La fiebre me hacía temblar, mientras un frío helado subía por mis muslos.

Aquella fiereza y mi seguridad no eran más que desplantes. En realidad me sentía a la merced del destino y sin ti, amor, no encontraba fuerzas para arrostrarlo.

El 12 de enero, el embajador me anunció:

–**Conchita, muy pronto nos vamos a separar** –el corazón se me detuvo, mientras don Paco proseguía–: **Vea usted: la orden de expulsión. Debo salir en unos días, pues España reconoció el gobierno de su marido y esto no lo perdona Juárez.**

Traté de contener mi angustia. ¿Dónde me refugiaría? ¿Podría proteger a Mercedes y a mi hija? Éramos dos mujeres solas, con una recién nacida...

–**Sin embargo, no la dejo a su suerte. Escribí una carta a don Francisco Cancino, comandante del *Isabel la Católica*, a fin de que la reciba a bordo.**

–Gracias –musité aunque la garganta se me cerraba por el llanto.

Mientras esto sucedía en la Capital, mi marido había planeado salvar a Isidro Díaz y sus benefactoras tuvieron todas las penas del mundo para impedir que saliera de su escondite. Cuando supo

del indulto, libre de ese cuidado, se dirigió a Veracruz. Una vez en el puerto, fue al consulado de Francia:

–Soy el general Miramón y vengo a ponerme bajo la protección de la bandera francesa.

Repuesto de su estupor, el cónsul señaló que era indispensable se embarcase en el *Mercure*, anclado en Sacrificios.

–Aféitese el bigote y la perilla.

–Jamás –repuso mi esposo.

–Entonces, mi ardid fallará.

–Tiene usted razón. Estoy actuando como un malcriado –y tomando una navaja hizo caer aquellos cabellos que le daban un aire marcial y hermozeaban su fisonomía. Al terminar, vistió un traje de marinero.

El cónsul dio orden de ligarle los brazos a la espalda y así atravesó las calles de Veracruz. Al pasar por una esquina, mi caballero marido, olvidándose de su papel de prisionero, quiso ceder el paso a unas damas y se bajó de la banqueta. El cónsul, fingió que se quería fugar y lo empujó para redondear aquella comedia; pero, al abordar, le quitaron las ataduras y el comandante lo recibió con el mayor respeto.

El 17 de aquel terrible mes de enero, Juárez expulsó al nuncio apostólico, al arzobispo y a los obispos. Después mandó esbirros a Catedral para robar el ostensorio de oro macizo, alto de una vara y una palma, adornado con 5,872 brillantes, 2,653 esmeraldas, 544 rubíes, 106 amatistas y 28 zafiros.

Si los canónigos hubiesen aprovechado mi aviso, tal vez habrían preservado de la voracidad de los juaristas aquel hermoso ornamento. Esta arbitrariedad, sumada a la expatriación del clero, disgustó a varios ministros. Ocampo, La Llave y La Fuente renunciaron a sus carteras, declarando que Juárez violaba la Constitución de 1857, que había impuesto a sangre y fuego, jurando respetar.

Mi esposo permaneció en el *Mercure* hasta la llegada del embajador español a Veracruz. Entonces se trasladó a *El Velasco* y el 30

de enero de 1861 abandonó estas playas, en compañía de don Francisco Pacheco, su dilecto amigo.

La noticia de que Miguel Miramón había salido del país sulfuró a los exaltados. Pasaban por nuestra casa de Chiconautla, gritando mueras al ausente, y el hijo de una amiga (cuyo nombre no menciono porque aún vive) propuso que nos tomaran a mí y a mis hijos como rehenes para hacerte volver.

En aquellos días me dieron una magnífica noticia: los Barrón se marchaban. ¡Qué estupenda oportunidad! Me uniría a ellos para viajar a Veracruz y de ahí a Europa.

La matriarca de esa familia de millonarios, doña Cándida, me recibió con cara de pocos amigos. Cuando le dije el motivo de mi visita, me advirtió “que aún no sabían la fecha de su partida, que tal vez no efectuarían el traslado” y otras cosas por el estilo. ¡Cómo se veía que ya no eras presidente! Pues bien, me las arreglaría sola, si Dios no me abandonaba.

La modesta casita de Chiconautla fue testigo de una separación definitiva. Aquel año se casaron Lupe y Mercedes y ninguna de las tres volvió a ocupar nuestro hogar. No sólo eso. Ellas pertenecían a sus esposos y poco a poco se desvanecería la unión que tuvimos de solteras. Obligaciones hogareñas e hijos borrarían los años que pasamos juntas, relegándolos a recuerdos de nuestra infancia, como si esa parte de nuestras vidas jamás hubiera existido.

Sollozando, entré al coche con mis dos hijitos y las criadas. Pasaba la medianoche; sin embargo, noté gran movimiento en las calles y ante la Encarnación vi varios carruajes. Dirigiéndome a uno de los cocheros pregunté qué ocurría.

—Van a echar a las religiosas. Adentro está la fuerza armada.

—¡A mis monjas, a mis queridas monjas de le Encarnación! —no sé si grité o si el encono se ahogó en mi pecho.

La impotencia me trastornó; mis pensamientos se convirtieron en herejías. ¿Por qué Dios no luchó a tu lado? ¿Por qué no te preservó en el poder? ¿Acaso Juárez tenía más meritos que tú? Ante tamaña injusticia,

ante semejantes crímenes, ¿cómo se concebía que no cayera fulminado por un rayo?

Llorando a mares y lanzando mil improperios contra ese dictador y sus secuaces, llegamos a la diligencia. Esperamos, tiritando en el frío del amanecer. Por fin, a las cuatro de la mañana salí de la Capital con el alma oprimida por tantas penas.

Por temor de ser conocida, me puse una toca con un espeso velo. Dos días después, lo alcé para respirar libremente. Por mala suerte, pasaba una escolta. Maldije mi imprudencia, pero ya el oficial se acercaba al carruaje.

—Señora, la he reconocido. Antes estaba yo bajo el mando de mi general Miramón. Nunca tuve mejor jefe, pero el hambre y la falta de pago me hicieron entrar en la chinaca. Mientras esté yo aquí, nada tema; acercándose al puerto, cuídese mucho.

Aquel contratiempo me dejó temblando; pero, no obstante mis temores, durante el resto del viaje no hubo mayores obstáculos. Ya en Veracruz, le envié una nota al oficial que nos recogería para embarcarnos en el *Isabel la Católica*.

A las cuatro de la mañana, mis hijos, muertos de sueño, mis criadas y yo, abordamos una barca. Sola, entre desconocidos, me sentí perdida. A duras penas me rehice y cumplí con las indicaciones: le tapé la boca a mi Miguel, tranquilizándolo para que no llorara, mientras yo amamantaba a Conchita. ¿Qué será de mis criaturas si me ocurre una desgracia? ¿Si enferman? No conozco a un médico, ni confío en nadie... ¡Cuánto te extrañé, Miguel! No sólo te amaba, también me eras indispensable, como agua en el desierto. La vida, mi felicidad y la de mis hijos estaban en tus manos. No lo comprendí antes porque ejercías tu protección dulcemente, pero ahora, en tu ausencia, mi desamparo no tenía límite.

Aquellos temores se disiparon cuando, a través de mis lágrimas, distinguí el barco español que nos aguardaba. Mi alivio fue tan intenso que apenas podía sostenerme sobre mis piernas.

El comandante me dio la bienvenida con esmerada cortesía. Luego me enseñó el camarote, bastante grande y lujosamente amueblado.

–Aquí durmió nuestra reina, doña Isabel. Usted es la segunda dama que honra nuestro navío.

–Gracias. Yo me siento más honrada por ocupar el sitio de una reina.

Veinte días permanecí a bordo, aguardando la partida. En ese tiempo no sentí mareos. Mi bienestar aumentaba con los cumplimientos de los oficiales, encomiando mi salud.

El mar me comunicaba una tranquilidad casi mística. Pensaba que nadie con aviesas intenciones me podía alcanzar mientras esa superficie verde celeste me protegiera. Quizás haber nacido en el altiplano, contemplando bosques y montañas desde niña, me inducía a apreciar un horizonte ilimitado, donde alba y ocaso propiciaban el equilibrio del alma.

Por fin llegó el permiso de Cuba para que me condujesen a la Habana.

–En cuatro días estará usted con su esposo –pronosticó el comandante–. Hoy levamos anclas.

Así fue. Los marineros jalaban cuerdas y cadenas. Oía voces de mando, las calderas se encendían y las chimeneas comenzaron a lanzar humo.

A pesar de que te recobraría y contigo nuestras noches, la tibieza de tu cuerpo, tus palabras, todo cuanto añoraba quedaba atrás. Un dolor sordo, íntimo, me entristeció al alejarme de la Patria. Ahí dejaba a mis muertos. Cierto: mi Padre me desilusionó y nunca me llevé bien con mi Madre. Sin embargo, las visitas al panteón durante sus aniversarios, las anécdotas que comentaba con mis hermanas, me ayudaban a recordarlos. Durante nuestro destierro, ¿se borrarían sus facciones, igual que el óleo de sus retratos iba perdiendo brillo? ¿Sus nombres, poco a poco, carecerían de significado? Apenas lograba evocar, tras mucho esfuerzo, a mi hermana Paula quien (así lo dice su lápida), convertida en ángel, duerme entre los justos. Europa no guardaba el polvo de los míos. Y, para velar a los ausentes, hay que tenerlos cerca.

Mis ojos, vagando sobre el mar, absorbían su azul. De pronto, un marino interrumpió mis cavilaciones:

—A las doce se sirve el almuerzo, señora.

Había que sofocar la nostalgia.

Decidí ponerme muy guapa. Era la única dama en la nave y los oficiales se encargaban de hacerme paladear las delicias de un requiebro discreto, la complicidad de una coquetería inocua. En cuanto a mí, necesitaba la presencia masculina para recobrar mi feminidad, el donaire de la juventud. Y no iba a desperdiciar la ocasión.

Escogí mi mejor traje para festejar esta nueva aventura. Le ordené a mi camarera me peinara como a ti te gusta. El trabajo no fue en vano. El comandante acaparó mi conversación durante el entremés y la sopa aguada. **Entonces se acentuó el movimiento del barco, me pareció que me volteaba de cabeza y el estómago se me contrajo. Quise bajar al camarote, pero... ¡Ay de mí! Aquí cierro este capítulo por consideración a mis lectores. Les aseguro que ninguno quiere saber cómo acabó mi elegante vestido de seda gris.**



EUROPA

¿Recuerdas, amor? **Fue indecible el placer de nuestros corazones al abrazarnos.** Sin embargo, y fuerza es admitirlo, no me entregué a ti con la misma generosidad. El miedo a un tercer embarazo distanciaba nuestros encuentros. Con esa preocupación rondándome la mente, inventaba pretextos: cansancio, dolor de cintura, mareo, náusea. Y tú, alma mía, te tragabas tamaños embustes con ingenuidad pasmosa. Nunca perdiste la paciencia: tras darme las buenas noches, cerrabas la puerta de mi habitación y regresabas a la tuya sin ejercer tus derechos conyugales... Hoy me admira tu actitud, amor. De primer mandatario, te convertías en un don nadie. Sin trabajo, olvidado de tus partidarios, ¿cómo encauzarías tu vida? ¡Si al menos te concediera descargar tu ansiedad en mí! Pero, en aquel entonces, no conocía tus necesidades y tú estabas de asiado enamorado para pasar las mías por alto. A pesar de aque las precauciones, ¡Miguelito no cumplía los tres años cuando ya estaba embarazada de nuevo! A nuestras familias y a la Iglesia les complacía esa situación; a mí me parecía una irresponsabilidad traer hijos al mundo cuando carecíamos de ingresos y de domicilio fijo. Desde luego, incurría en una terrible falta de Fe. El “Dios proveerá”, que predicaban los curas, no me tranquilizaba en lo más mínimo. Por tal motivo, no confiaba mi inquietud. A ti menos aún, pues temía que, como buen católico, desecharas mis razones.

En 1861, Cuba estaba en su apogeo. El mariscal don Francisco Serrano, administraba esa capitanía general con acierto. Su esposa era muy bella, aunque privada de talento. Una vez me preguntó si México era más grande que Cuba. No pude reprimir una sonrisa: “Sí, un poquito más grande”, contesté.

El miedo a ser víctimas del vómito nos hizo salir de La Habana. Nos retrasamos unos días para buscar criada porque la nuestra

se enamoró de un marino y no conseguí que siguiera en su puesto. En la isla no se encontraban con facilidad sirvientas blancas y los negros eran esclavos. Así que contraté a una española, por dos onzas (32 duros) mensuales, obligándonos a pagarle el viaje de vuelta. Muy duras eran estas condiciones, pero las acepté.

Compartiendo un camarote, durante trece noches, habría cedido a tus deseos, mas el vaivén del barco y los vómitos matutinos desinflaban mi entusiasmo. Por lo tanto ideé dormir con mis hijos y la nana: así descansarías a tus anchas. Los llantos de Conchita, la tarea de amamantarla, encender la lámpara, cambiarle el pañal, etc., reforzaron mi pretexto. Todavía accedías a mis argumentos, pero no estaba muy segura de cuánto duraría tu docilidad.

¡París! ¡Mi sueño dorado! Llegamos en plena primavera, los árboles habían vestido sus hojas y las flores perfumaban el aire alegrando el alma. George Haussman, prefecto de la ciudad, la convirtió en la metrópolis más elegante, limpia y hermosa de Europa. Quien no la vio entonces, no la conoce, pues nunca antes fueron tan soberbias las anchas y espaciosas avenidas, los magníficos templos y palacios, las plazas y bien cultivados jardines.

Ante semejante hermosura, mi pesimismo se hubiera desvanecido, mas un peso dulce-agobiante-inevitable me sofocaba: tenía dos hijos. Sus constantes cuidados representaban una tarea de veinticuatro horas, sin vacaciones. Mis criadas tampoco me facilitaban la adaptación: extrañaban a sus parientes, la comida, el clima, y se quejaban de todo y por todo. **Tomamos un piso amueblado en el Faubourg St. Honoré. Apenas instalados, un tal M. Magnan, que había vivido varios años en México, nos ofreció sus servicios. Le pregunté a quién había curado y nombró a mi Madre.**

—¿Usted era el dentista de doña Germana Gil? —repliqué sorprendidísima—. Entonces, ¿por qué murió a los 43 años sin un sólo diente?

—Que quiere usted, *madame*, tenía las muelas picadas, sufría mucho y para que no se le contagiaran los demás dientes, se los saqué y le puse una magnífica dentadura. ¡Ésa es mi especialidad!

¡Pobre Mamá! Por robarle su dinero la privaron de sus hermosos dientes.

–A su abuela, la señora Partearroyo, también le hice una dentadura montada en oro –continuó muy campante.

–¡Pues le arruinó la boca! –y sin perder un minuto eché a ese mequetrefe de nuestro hogar.

Como anécdota fue graciosa. Sin embargo, no alteraba el hecho de que no conociéramos a un médico, ni a un abogado de confianza, que pudiera ayudarnos en caso de necesidad. Esto aumentaba mi alarma y debía hacer un esfuerzo por no imitar a las criadas, lamentándome sin ton ni son. A pesar de mis buenos propósitos, la soledad ganó la partida. Poco a poco fue minando mi espíritu y, **a las cuantas semanas, se apoderó de mí una tristeza mortal; nada me agradaba, nada me divertía, nada me animaba y al menor motivo me ponía a llorar.** Ya no fingía: dolores de cabeza, vómitos, trastornos digestivos, me postraban en cama. Por las noches me despertaba agitada, nerviosa.

–¿Qué tienes? –preguntaba Miguel–. ¿Por qué lloras?

–Lloro por mi familia, la Alameda, nuestra comida, el chile, las tortillas... (Advierto a mis lectores que cuando estaba en mi país, ni paseaba por la Alameda, ni comía con frecuencia platillos mexicanos).

–Duérmete y no pienses tonterías –te sulfurabas–. ¡Estamos juntos! ¡En París! ¡Sin peligro de que me asesinen! ¡Nunca apreciarás lo que posees? Primero te afligías porque me iba a guerrear; ahora sufres porque no vivimos en México. ¡No seas absurda! ¡Imposible tener todo donde quieres y como se te antoja!

Ante tales reproches cesaron mis quejas... aunque me hería que no me entendieras y odiaba tu tono de marido incomprendido. Nuestra pasión se extinguió. Pasaban semanas sin que nos besáramos; hasta las palabras de cariño enmudecieron. El silencio, marea invasora, se apoderó de nuestras almas, de cada habitación. Apenas intercambiábamos comentarios triviales en un ambiente cada vez más agrio.

Mi tristeza y mis insomnios aumentaban y mi físico desmejoró notablemente. Una mañana ya no me levanté de la cama. Me cubrí la cabeza con la sábana y me negué a comer. Mi marido se alarmó

muchísimo y llamó al doctor Giurdanaes, cuyo consultorio estaba a unos pasos.

–Usted está enferma de nostalgia –dictaminó, poniendo el estetoscopio en su estuche.

–Jamás pensé que mi amor a México me causara tanto daño.

¿Me considerarías una histérica? Cuidándome, ¿se te acabaría el amor y la paciencia?

–Hay un remedio: destete a su hija y salga de Francia por un tiempo.

Decidí refutar esa cura... pero me tragué mis palabras. Realmente me hacía falta un respiro. La maternidad me acaparaba por entero y yo requería, ¿cómo explicarlo?, recuperar mi vida. No sé si en aquel entonces entendiste mis sentimientos... No había leído un libro en meses. Quería aprender francés, visitar museos... ¡y comprar sombreros, vestidos, hacer amigas, recibir en casa! En fin, sentirme atractiva como mujer.

Mi marido no reparó en gastos. Dejamos a los niños en manos de una institutriz y el 22 de junio de 1861 salimos en tren para Italia. Al principio ninguno extrañó a nuestros hijos, pues nos ajustábamos a un itinerario y recibíamos noticias al arribar a cada ciudad. Este desparpajo era común en un hombre... ignoro si en una madre. Pero, embriagada de libertad, rechacé remordimientos y culpas. Gocé tu compañía. Vivimos la intimidad que interrumpían tus campañas. Me enviabas flores, escogías mis perfumes. Por otra parte, los hoteles me ahorran tareas fastidiosas: mercado, menús, cocinera, mucamas. Nuestra única preocupación era a qué teatro, museo o paseo, ir. ¡Al fin! Una luna de miel en toda forma.

En Roma Miramón me reservaba una sorpresa. ¡Recibimos la confirmación de una audiencia con su Santidad Pío IX! Grande fue mi alegría. Si mi nostalgia había disminuido, de repente desapareció por completo.

Cada persona considera ciertos acontecimientos un privilegio. Yo, tú (y la mayoría de nuestros conocidos), pensábamos que hablar con el Sumo Pontífice era una distinción inmerecida. Pues bien, no sólo ocurriría, ¡platicaríamos con su Santidad en privado!

Llegó el ansiado día y a las diez y media, en punto, atravesamos varios salones lujosamente amueblados. Una puerta se abrió y se presentó ante nuestra vista la dulce y apacible figura del Papa. Encontrarnos ante él nos conmovió en extremo. Nos arrodillamos, de nuevo lo hicimos en el centro de la sala y por último a sus pies.

Pío IX no permitió que le besáramos el calzado, nos tendió la mano. Hablaba castellano; por lo tanto la audiencia fue doblemente agradable. Duró veinte minutos y, al despedirnos, Su Santidad abrió un cajón y sacó dos estuches con su escudo de armas.

—Reciba usted, general, esta condecoración por defender a nuestra madre, la Iglesia.

Era la Gran Cruz de Pío IX. Luego volviéndose a mí, me dio un alfiler de oro en cuyo centro había una paloma, con una rama de olivo en el pico, sobre un finísimo mosaico azul.

—Acepte usted este obsequio para que lleve la paz a México.

Así terminó aquella audiencia que dejó en nuestros corazones impercederos recuerdos.

Una vez en el carruaje, indagaste:

—Dime, sinceramente, ¿valió la pena la guerra, nuestras separaciones, el peligro, la derrota, a cambio de una bendición?

Reflexioné durante varios instantes y, mirándolo a los ojos, contesté:

—Si la bendición proviene del representante de Dios en la tierra, vale ésas y otras penas, amor.

La Cruz de Pío IX ocupó el sitio de honor entre tus condecoraciones y, siempre que la tomaba, me estremecía un orgullo sagrado, mucho más profundo que las vanidades humanas.

Para demostrarnos nuevamente el agradecimiento de la Santa Sede, el cardenal Antonelli, nos mandó una invitación, reservada a las grandes personalidades. Asistiríamos a la iluminación de la cúpula de San Pedro. Las calles estaban iluminadas; colgaduras de diferentes colores flotaban en los balcones y los palacios se distinguían por sus filas de cirios ardientes.

Nuestro coche se detuvo en la Plaza. En la tribuna del centro estaban los reyes de Nápoles con su corte, a la derecha el cuerpo diplomático y a la izquierda la nobleza romana. El cardenal Antonelli que hacía los honores, nos condujo a la tribuna de los embajadores.

Una señal anunció el momento supremo: infinidad de hombres ligados por la cintura encendían cientos de lamparitas, con mechachas de brea, permitiendo admirar los detalles y perfiles de la inmensa cúpula. Quien no haya visto esa iluminación, no se puede formar una idea exacta de ella. No lo afirmo por causar envidia. A la emoción de la audiencia privada, se agregaba este deslumbrante espectáculo. La belleza nocturna enmarcaba la basílica, sede del catolicismo. Nuestras manos se unieron, en tanto perfumes, joyas, el susurro de sedas y brocados, me estremecían. Cada detalle hubiera pasado, quizá, inadvertido. En conjunto, abrumaban con su esplendidez.

Las campanas se soltaron a repique. Y me recordaron las de Catedral... tan cercanas a Palacio, donde nosotros vivimos. A pesar de que jamás me agradó, también habité, como estos nobles, un edificio majestuoso, digno de reyes. Entonces, en ese momento irreplicable, juré nunca más desperdiciar lo que la vida ofrece... porque no vuelve.

Visitamos Nápoles, Pisa, Florencia y Boloña, Ferrara, Mantua, Padua, Milán, Génova y Niza. La correspondencia que nos esperaba en Turín, nos dio noticias de la Patria. La guerra continuaba, las tropas conservadoras luchaban sin descanso y alguna vez con próspera fortuna.

Márquez, que hacía las veces de generalísimo, hizo fusilar a don Melchor Ocampo, dando ocasión a que los liberales persiguieran sacerdotes ancianos y encarcelaran a las esposas de algunos conservadores.

Santos Degollado, queriendo vengar la muerte de Ocampo salió a batirse, con tan mala fortuna que pereció en la batalla. En el Monte de las Cruces, el 15 de julio, Márquez derrotó a los rojos. Entre los prisioneros se hallaba Leandro Valle, a quien mandó fusilar.

Cuando te enteraste, tu furia no tuvo límites. Tras los denuestos, te invadió la tristeza. Es la única vez que te he visto llorar por un amigo.

—¡En el paredón! —clamaste, ciego de dolor—. Leandro no merecía la muerte reservada a los traidores.

No sé por qué, recordé una cifra: seis. Hacía tiempo que ese número no interrumpía mis sueños. Sin embargo, ahora distinguí un charco púrpura... no, no era pintura, era...

—Miguel, ¿cuántos soldados forman un pelotón?

—¿De fusilamiento? Basta con seis.

Al entrecerrar los ojos, horrorizada, distinguí la hierba: siempre manchada de rojo. ¿A quién pertenecían esos zapatos? ¿Aquel pantalón negro? ¿Por qué negro? Y a lo lejos, una ciudad. Amanecía. Una ciudad iluminada por el sol.

El Congreso decretó la suspensión de pagos de la deuda externa mexicana. Esta noticia contristó tanto a mi esposo que el 15 de agosto, regresamos a París. Enorme gusto tuvimos al ver a Miguelito y a la nena. Al abrazarlos sentí cuánto los amaba, pero no más que a ti. Aunque mis sentimientos fueran contra natura, no podía engañarme. Tú ocupabas mis pensamientos, imi vida entera!, y sólo después estaban estos niños que, además, procreaste. Al amarlos, te amaba. Reanudamos nuestras actividades. De la Colonia Mexicana pocos nos frecuentaban, quizá por miedo a quedar mal con Juárez. Había una excepción, el general Juan Nepomuceno Almonte, quien representó a México ante Napoleón III, mientras mi esposo fue presidente.

Una tarde, conversamos sobre la rotura de relaciones de Francia e Inglaterra con el gobierno liberal.

—Mucho me temo que estas potencias implementen medidas radicales —opinó nuestro anfitrión.

—Dígame usted, Conchita —intervino doña Dolores Almonte—, ¿le agradecería que se estableciera una monarquía en nuestro país? Con la franqueza que me es común, contesté:

—Si el emperador es mexicano, menos mal. ¡No soportaría que un extranjero nos mandara!

–Ya, ya comprendo –continuó la señora, con una sonrisa sardónica–. Usted preferiría ser la reina de México.

–Ciertamente, mejor yo que una europea.

La señorita Almonte, hija también de Morelos, nos interrumpió:

–¡Brava Concha! Comparto sus ideas.

–Quizá debías reservarte tu apoyo, hermanita –sugirió don Juan, bastante molesto–. Desde septiembre, junto con Gutiérrez Estrada y don José Hidalgo, trabajo para ofrecer el trono al archiduque Maximiliano de Austria.

Me quedé muda. No me recobraba todavía cuando mi esposo, temiendo que aquello acabara en disgusto, propuso:

–Hablemos de otra cosa. ¿Conocen Versalles?

Volví a casa como si me hubiesen dado veneno. Tras arrullar a los niños, entré a la sala donde leías el periódico. Para llamar tu atención, suspiré.

–Vamos, tontita, si te oyen suspirar así, dirán que te hago sufrir –bromeaste apartando el diario–. Ven, siéntate en mis rodillas.

Yo no estaba para guasas. Hecha un energúmeno, atacué:

–¡Estoy cansada de que me endilgues calificativos! No soy tontita ni actúo como una idiota –casi me atragantaba soltando, a borbotones, lo que tenía guardado desde hacía tiempo–. Puedo hablar de política y mis opiniones son igual de respetables que las de otros... en especial que las de Lolita Almonte.

–Oye, cálmate...

–Estoy calmadísima, pero ise acabó tu actitud condescendiente! De hoy en adelante, discutiremos de igual a igual.

–Me parece estupendo. Si algo admiro de ti es tu carácter férreo –me agarraste la mano y, medio en serio, medio en juego, me obligaste a sentarme en tus rodillas–. Aquí, en Francia, la mujer lleva el título del marido. Tú eres una generala porque yo ostento ese grado. Sin embargo, después de oírte, te aseguro que el alto mando te hubiera ascendido por mérito propio.

Llegó el invierno y, con esta estación, la Corte. El general Almonte indicó a mi esposo que el emperador deseaba conocerlo y que

debía pedir audiencia. Una semana después, Napoleón III recibió a mi esposo con grandes muestras de amabilidad.

–General, os felicito por vuestros amplios conocimientos militares.

Mi marido se inclinó levemente para agradecer tal alabanza.

–¡Lástima! Vuestro valor se puso a prueba durante una guerra civil y un país tan hermoso como México se encuentra en completa anarquía.

A continuación disertaron sobre los problemas actuales, que el soberano trató con suma diplomacia. **Por último añadió que su esposa tendría gusto en conocerme.**

A los pocos días recibimos una invitación para asistir a las Tullerías.

Cuando todos los convidados nos reunimos en el salón de recepciones, ingresó la guardia, luego la emperatriz Eugenia, radiante de belleza, seguida por sus damas de honor. Llevaba un vestido blanco adornado con encajes. Varios hilos de gruesas perlas le llegaban casi a la cintura; los aretes eran dos grandes brillantes, de los cuales pendían tres aljófares.

Bien que la soberana contaba ya con sus treinta y seis años, conservaba la frescura de su primera juventud. A mi esposo y a mí nos deslumbró la extraordinaria hermosura de aquella mujer; su torneada espalda, su erguido cuello, sus bellos ojos y su dotada cabellera, que caía como lluvia de oro. En una palabra, la consideré la más linda criatura que jamás había visto.

La emperatriz recorrió la fila de sus convidados, diciendo amables palabras. Al llegar a mí, la señora Almonte me presentó y la princesa me tendió su mano:

–Sé lo que habéis sufrido, pero ahora que estáis en París, divertíos para olvidar las amargas del pasado.

Terminada la salutación, mi esposo me llevó ante el emperador. Estaba algo cortada, pero el monarca me dirigió algunas frases; así me animé y pude responder con cierta soltura.

Mientras bebíamos champaña, la señora Almonte, que hacía de cicerone, me indicaba a los personajes notables:

–Observe usted: la princesa de Metternich, embajadora de Austria. La consideran la más elegante de París, aunque quizá exageran. Allá,

cerca de la columna, el conde de Morny, medio hermano del emperador.

—¿Medio?

—Hijo adulterino de la reina Hortensia —susurró, cubriéndose los labios con el abanico—. A su lado está Drouyn de Lhuys, Ministro de Relaciones, y aquel caballero es el príncipe Jerónimo, primo de Napoleón III. Aunque me mantuve ecuánime, estaba impresionada. Ni en mis fantasías más optimistas me soñé departiendo con la nobleza europea. ¡Y qué títulos! Príncipes, emperadores, duques, condes... Entonces se hizo la luz en mi cerebro.

—Mañana mismo le escribo a mi abuela. Le pediré que desempolve el escudo de los Partearroyo. Ignoro si heredé, por la rama materna, un marquesado. Pero nada se pierde con averiguarlo.

Me encantó ver a doña Dolores abrir la boca como pescado fuera del agua. Todavía dediqué un minuto al recuerdo de mis ancestros; luego me dirigí muy oronda a donde charlaba mi esposo.

Esa noche, la pareja imperial nos obsequió con *Les caprices de Marianne*, de Alfredo de Musset. Actuaban Coquelin, Bressant, Arnold Plessy y Rosa Didier. Aquellos artistas nos entretuvieron toda la velada, admirando su gracia y talento. Regresamos a casa entre nubes, como si viviéramos un cuento de hadas.

La siguiente invitación fue para un baile de fantasía.

—¿Cómo quieres que me vista? —pregunté a mi esposo.

—Como te agrade; pero no te descubras las piernas, ni te pongas algo contrario a la decencia de una señora.

M. Worth, el mejor sastre de París, me hizo un traje a la Luis XVI. La enagua y el corpiño eran de un riquísimo raso color de rosa, y el delantal de gro blanco, adornado con encaje de Bruselas. En las ondulaciones cosió guirnaldas, usando pequeños nudos de terciopelo azul celeste.

Mi peinador, un verdadero artista, polveó mis cabellos y al verme en el espejo, no me reconocí.

Una vez vestida, me presenté ante mi esposo.

—¿Qué te parece?

–Estás preciosa. Pareces una muñeca de porcelana y me siento orgulloso de ti.

Este cumplido fue más grato a mi corazón que todos lo que recibí después, en el baile.

Al día siguiente en *Le Figaro*, un diario con enorme tiraje, leímos la descripción de la fiesta y, ¡oh, sorpresa! entre las damas que habían llamado la atención por la elegancia de su atuendo, estaba yo, una mexicana en París.

Días después, el conde de Morny nos visitó. Al concluir la entrevista, entró mi esposo a nuestra recámara, con el semblante alterado.

–¡Me toman por un miserable, por un bellaco! Proponen que me aliste bajo el estandarte francés, ¡para someter a mi Patria!

–Entonces, ¿ya es un hecho la intervención?

–Desgraciadamente, sí.

Se me cerró el pecho y por varios instantes resollé como animal agónico.

–A nuestra generación le arrancaron la mitad del territorio nacional y, ahora, ¡alentamos a los extranjeros para que nos dominen!

–No me incluyas, Concha. Repudio los actos de mis partidarios; por tal razón, rechacé ese puesto. Una cosa es impedir que los liberales expropien los bienes eclesiásticos y otra, muy distinta, volverse cómplice de los invasores. Si Juárez vende nuestra soberanía a Estados Unidos, allá él. Yo no admito que una potencia, europea o americana, nos subyugue.

–Opino igual que tú.

–Los políticos nunca exponen el pellejo. Los militares, en cambio, nos jugamos la vida defendiendo nuestros ideales. Para poner mi espada al servicio de una causa, debo confiar en que es justa –tras una pausa reanudaste–: **Me han ofrecido una fuerte suma de dinero asegurándome que, si las cosas salen mal, nos recibirán con los brazos abiertos en Europa.**

–¿Y qué resolviste?

–Di un puñetazo sobre la mesa y afirmé que no necesito auxilios pecuniarios. Prefiero morir de hambre a aceptar ese odioso papel.

–¡Bravo! –prorrumpí, abrazándolo–. ¡Dios nos protegerá!

–Buena falta nos hace –bromeaste–. Quedaré mal con Dios y con el diablo, pues mis compañeros nos rechazarán porque no los apoyo y los franceses me tacharán de traidor.

Tuviste boca de profeta. No volvimos a recibir invitaciones... lo cual (si olvidamos nuestra vanidad herida), resultó un alivio. Me hubiera parecido una hipocresía hacerle la corte a los emperadores cuando detestaba su política internacional; además, nuestro dinero disminuía: no habríamos podido comprar vestidos y trajes para cada ocasión y yo no concebía que una Lombardo diera lástimas.

Los pocos amigos que frecuentábamos nos volvieron la espalda. Yo había experimentado algo semejante a la muerte de mi Padre, así que no me sorprendió la volubilidad humana. Sin embargo, para ti, amor, fue imposible aceptar una situación humillante.

Me esmeré en distraerte. No debías caer en esa tristeza profunda que difícilmente se supera. Organizaba tertulias, paseos; te cubría de mimos. A pesar de mis esfuerzos, el aislamiento era terrible. Entonces tomaste una decisión: partir a España.

Iniciamos el viaje a mediados de julio de 1861. Esa noche no dormimos, pues el tren estaba lleno y nosotros llevábamos dos criadas francesas, más la nodriza de Conchita y la niñera de Miguel. Al día siguiente nos bajamos en Irún para pasar la aduana. Lo que hicieron con nuestro equipaje es de no creerse. Vaciaron nuestros baúles, nos obligaron a pagar por unos cuantos zapatitos de nuestros hijos y abrir los estuches de mis joyas. Nos disgustó tanto esta arbitrariedad que poco faltó para que nos devolviéramos.

Después de comer, subimos al tren. Estábamos más desahogados, pues sólo compartíamos el vagón con dos pasajeros. Ninguna palabra se atravesó entre nosotros, mi esposo leía y yo entretenía a Miguelito que continuamente me mataba a preguntas.

En una de las estaciones, se acercaron varios vendedores ofreciéndonos dulce, vino y fruta.

–Mamá, cómprame camotes –pidió mi hijo.

–Perdone usted, señora, ¿son mexicanos? –indagó uno de los viajeros.

–Sí. ¿Cómo lo supo usted?

–El niño llama camote a las batatas. Tengo muchos amigos de esa nacionalidad en París, aunque todavía no me presentan a sus miembros más recientes, los Miramón. ¿Los conoce?

–Ya lo creo; sobre todo a Concha.

Mi esposo se tapó la cara con ademán de querer dormir, para no reírse de aquella conversación.

–Nosotros no la hemos visitado, porque doña Dolores Almonte la considera muy orgullosa. Se da tono como si aún fuese presidenta de México y es celosísima. No deja ni parpadear al marido.

–Me parece un juicio enteramente falso. Mi amiga tiene un trato amable, cualquiera puede confirmarlo. **En cuanto a los celos... es algo celosilla; pero el general no permite que lo manden.** Su casa marcha como cuartel. **Por otra parte, en París hay tantos peligros para los hombres que Conchita hace muy bien en cuidar a su esposo.**

La conversación cambió, aunque mi marido siguió fingiendo que dormía. Al fin, el silbido de la máquina anunció que estábamos a las puertas de Madrid. Don Francisco Pacheco, con su bondad acostumbrada, nos fue a recibir a la estación. En aquella época era Ministro de Estado de la reina Isabel así que, cuando nuestros compañeros vieron aquel alto personaje, quedaron pasmados y nos preguntaron nuestro nombre. Mi esposo les dio su tarjeta y mi interlocutor no sabía dónde meterse, ni qué disculpa darme. Yo, no deseando mortificarlo, lo tomé a broma... ¡hasta le agradecí haberme descubierto las habladurías de Lolita!

Madrid era alegre y de gran movimiento, en particular por las noches. Los vendedores de periódicos y los billeteros, circulaban hasta la una o dos de la mañana; los cafés, las chocolaterías y los estanquillos de tabaco seguían abiertos a tales horas. Tras visitar la ciudad fuimos al Escorial, Cádiz, Sevilla, que me gustó tanto que ahí sentamos residencia.

Gracias a las recomendaciones de don Francisco Pacheco nos relacionamos con las personas distinguidas de aquella sociedad. Visitábamos con bastante frecuencia a Fernán Caballero, que nos hacía pasar momentos muy agradables con su florida conversación y claro talento. Yo, avergonzada de mi ignorancia, devoraba cuanto libro encontraba, deteniéndome en los pasajes interesantes para tomar notas, que después discutía con la famosa escritora.

Me encantaba aquella vida tranquila, donde la cultura era el pan diario y nos aceptaban sin cuestionamientos. ¡Hubiera sido feliz! Sin embargo... **A mi esposo la inacción lo tenía descontento.** Aunque siempre me advirtieron que poseías mal carácter, nunca tuve ocasión de comprobarlo... hasta esa época. Bastaba un detalle para que te levantas de la mesa o te encerraras en tu despacho. Era inútil que ofreciera mi ayuda. Tu respuesta no variaba:

—Anhele volver a México, tomar parte en los acontecimientos. No nací para estas lejanías.

—Aquí no arriesgas la vida —te recordé, empleando las palabras con que en París me cubrieras de reproches—. Tienes a tus hijos. ¡Cuántos niños desearían que su padre formara parte de su infancia! Ahora los educas, juegas con ellos...

—Y me muero de hastío. Entiéndeme: los quiero muchísimo, a ti te adoro, pero no tolero esta pasividad. ¡Necesito participar! Sentirme... —...importante.

—Te equivocas. Aspiro entregar mi mejor esfuerzo a la Patria. De otra manera, desperdicio el talento que Dios me ha dado. Yo tengo una responsabilidad para con Él y para conmigo.

Estuve a un tris de rogarte que no hablaras como César en el foro romano. Me detuvo un hecho: habías sido presidente a los veintisiete años. Acaso resulta inconveniente ocupar un puesto encumbrado a tan temprana edad. ¿Qué puedes ambicionar si todo es y será menos trascendente; si, hagas lo que hagas, ya pasaste a la Historia? Quizá, conservarte en tu sitio, no descender por ningún motivo.

—Ante la muerte, en esos momentos últimos en que juzgamos nuestra vida, quiero constatar que cumplí mis obligaciones. De otra manera, no descansaré tranquilo.

Mis sentimientos se oponían a los tuyos. Yo no precisaba de un héroe. Para mi felicidad bastaba un marido, un padre para mis hijos. Tampoco me inquietaba el juicio final, ni el de la Historia. Por desempeñar las tareas de cada día, acatando la voluntad divina, el Juez Supremo hubiera perdonado mi egoísmo.

Desde luego, no estábamos en el mismo caso. Eras hombre; yo, mujer... con eso se explica todo. Tú ascendiste por mérito propio; yo, porque llevaba tu apellido. Además no hablabas para deslumbrarme: eras sincero contigo mismo. Aceptabas tus cualidades sin vanagloriarte y, como afirmaste, necesitabas participar. Tu naturaleza rehusaba permanecer a salvo, atestiguando que otros abrillantaban su honor.

—Concha, me voy a la Habana. Ahí me esperan algunos amigos, para resolver qué partido tomar.

—¡Ah! Por tal razón recibías una nutrida correspondencia y te pasabas horas escribiendo cartas —reliqué, indignada—. ¿No podías haberme confiado tus planes?

—Pretendí evitar esta discusión el mayor tiempo posible, pues de seguro nos pelearemos desde hoy hasta mi partida. Y yo no estoy para tales tonterías. ¡Los franceses planean atacar Veracruz!

En otra ocasión, tal noticia me hubiera devastado. Esa tarde, importaba más nuestra relación.

—¿Me estás advirtiéndome que ni siquiera considerarás mis argumentos?

—Ya tomé una decisión.

—Y no vas a cambiarla.

—Y no voy a cambiarla.

Di un portazo y me recliné en la recámara. Hice un berrinche, me negué a sentarme a la mesa, tuve jaqueca y, cuando llamaste, suavemente, mis resoluciones se vinieron abajo. Abrí la puerta. Me refugié en tus brazos. Lloré, como nunca había llorado, en tanto tú, besándome la frente, susurrabas cuánto me querías.

Por más instancias que hice para que Miguel renunciase a ese viaje, no lo conseguí. A mediados de diciembre de 1862, a pesar de que mi tercer embarazo estaba bastante avanzado, partió dejando mi corazón poseído de profunda pena.

Mi vida se convirtió en una repetición de las separaciones anteriores. Volvieron las pesadillas, el llanto, las grandes ojeras y el insomnio. Me despertaba con fiebre y Ella, siempre solícita, acudía. Colocaba su mano helada sobre mis sienes; pero lo que empezaba como alivio se convertía en tortura. El frío se colaba bajo las sábanas, penetraba mis huesos y los humores cerebrales se iban congelando hasta formar una masa gélida, impenetrable para el pensamiento. El dolor me enmudecía. No lograba pedir auxilio y, mientras mis dientes castañeteaban, la Muerte me arrullaba con canciones de cuna.

Señor San José,
¿qué dicen de vos?
Que soy muy buen hombre
y padre de Dios.

En sus brazos, confundiéndola con mi nana Lola, me dormía mientras recordaba a mi Madre, la infancia, a Paula...

Señora Santa Ana,
¿qué dicen de vos?
Que soy soberana
y abuela de Dios.

**Miguel me había encomendado a Alberto, el más joven de mis hermanos, que seguía sus estudios en la Universidad de Sevilla. Viendo mi desolación, me quiso consolar:
–Dicen los periódicos que a Miguel no lo han dejado desembarcar en Veracruz por la cuestión de los bonos Jecker.**

La noticia fue contraproducente, pues me recordó el episodio más dañino para tu vida pública. Dos años atrás, los conservadores, derrotados, carecían de dinero. Entonces te dirigiste al banquero Jecker solicitando que le facilitara a tu gobierno los bonos que negociaba. Se negó, explicando que no podía tocar esa suma depositada en la Legación Inglesa. **No había otro medio de obtener recursos, nuestros soldados se morían de hambre y nuestros oficiales, sin paga, perdían su reciedumbre moral.**

—¡Maldigo la malhadada idea de mi marido cuando ordenó a Márquez apropiarse de esos seiscientos mil pesos!

—Mi cuñado no escogió a la persona adecuada, ¿eh? Primero castiga a su subalterno por saquear la caja de caudales que transitaba por Jalisco y luego... ¡lo manda a sustraer el dinero consignado en una legación extranjera! Entonces, ¿un desfalco no se considera desfalco si lo autoriza el presidente?

—Guárdate tus ironías, Alberto. Miguel siguió el consejo de sus ministros. **El tiempo que gobernó casi siempre lo pasó en el campo de batalla y su carácter resuelto lo hacía odiar los obstáculos que se presentaban impidiéndole llevar a cabo sus designios.**

—Pues cometió un error fatal, Concha. Ese atraco o, si prefieres, el muy sonado robo de las Capuchinas, sirvió a los ingleses para prohibirle desembarcar.

—¿Qué robo? ¡Miguel no usó ni un centavo en su provecho! Y no me vengas con cuentos sobre la moral de los liberales. **Santos Degollado se apoderó, en Laguna Seca, de una conducta de plata, cuyo capital pertenecía a los europeos. No es de extrañar que, con más de un millón de pesos en el bolsillo liquidara todos sus gastos.** Durante la guerra, hermanito, estos atropellos los asume el país como débito.

—Juárez liquidó esa suma.

—Con el producto de los conventos vendidos. ¡Así se pagan fácilmente las deudas!

—Sea como fuere, pronto tendrás aquí a tu maridito —y recalcó el diminutivo porque ninguno de los dos quedaba muy contento con esas discusiones.

El gozo de tu llegada duró poco. Te sentías humillado: un poder extranjero impedía tu retorno a la Patria y, suponías, el orbe entero se regodeaba en esa vejación. Ya no soportaste vivir en Sevilla. La ciudad te parecía una cárcel. Además, resultaba obvio, la acción estaba en Francia. En vista de tu impaciencia, no te revelé mi secreto: me faltaba la energía necesaria para enfrentar el parto. La Muerte, aprovechándose de tal circunstancia, aumentó mis temores. Cuando leí, en un artículo, los altos índices de fiebre puerperal, de la aprensión pasé al pánico. ¿Sabes? Me aterró ser yo quien desertara. Solo, jamás podrías educar a

nuestros hijos. Se los encargarías a tus hermanos y te lavarías las manos. Y, si morías (¡es tan fácil que un militar muera!), quedarían sin un apoyo en el mundo.

Yo soy mujer; por tanto, débil. Pero, aun enferma, sin dinero ni protección familiar, saldría adelante. “Saldré adelante”, me repetí y estuve tan segura de ello que, de la noche a la mañana, mi actitud cambió. Hice las maletas y me preparé para el traslado a París.

A causa de mi delicada salud, a fines de abril hicimos el trayecto por mar. Nos alojamos en el hotel *Terrasse Geauffroy*, en el Boulevard Montmatre. Tú reanudaste tus contactos y maquinaciones. Yo me puse a buscar una casa donde pasar la cuarentena. Con mi hijo y la nana fui a Issy, Passy y Neuilly inútilmente. Quise ver un chalet que nos proponían en Auteuil; sin embargo, en el camino sentí fuertes dolores y volvimos de inmediato.

Dos criados me subieron a nuestro apartamento. En el recibidor encontré a Miguel con don Antonio Corona. Al verme, les entró un positivo terror. Yo, adivinándoles el apuro, aseguré que la harían muy bien de comadronas, pero ambos daban al diablo ese encargo. Afortunadamente la partera llegó pocos minutos antes de que naciera mi hija.

Días después, me fue a visitar doña Dolores Almonte. Hablamos de simplezas pues, como su marido estaba en Orizaba, del lado de los extranjeros, preferí descartar ese tema. No obstante, la señora tenía la cara tan larga, que le pregunté si había recibido malas noticias.

—¿Ignora lo que ha pasado?

—Miramón se guarda los informes para no preocuparme y, estando en cama...

—El ejército mexicano derrotó a nuestros aliados en Puebla.

—¿De veras? ¿Al mando de quién estaba?

—De Ignacio Zaragoza.

Aquella noticia me provocó una intensa alegría. Luego, quizá a causa de los entuertos, o del abatimiento tan común en el posparto, me eché a llorar.

—¡Cómo! ¿Le causa tamaña pena que hayan sido rechazados los franceses?

—¡Dios me libre! No, lloro porque hubiera querido que mi marido ganara esa batalla contra el invasor.

La Sra. Almonte, que no esperaba semejante contestación, se mordió los labios, furiosa. Al poco rato, se despidió.

Yo también me enojé: contra mí misma. Aquellos desplantes confirmaban mi falta de diplomacia y alejaban de nuestra casa a quienes aún nos frecuentaban. Sin embargo, no podía hacer otra cosa. El servilismo de los Almonte me sacaba de quicio.

Mi esposo tenía un amigo ruso, el Sr. Schercof, que continuamente lo invitaba a conocer aquel país. Era lo único que despertaba tu interés. Ya ni siquiera leías los periódicos mexicanos que alguna vez caían en tus manos (“¿para qué, si no puedo hacer nada?”), ni me visitabas por las noches. Y, cuando al fin te recostabas a mi lado, permanecías ausente: ni una palabra de amor se cruzaba entre nosotros. No fue eso lo peor. Algunas veces experimenté la mayor degradación: me considerabas un receptáculo pasivo para descargar angustia, frustraciones, rabia... aunque tampoco era yo un asilo especial, único. En tu estado de ánimo, me hubieras remplazado con otra mujer, hasta con una cualquiera, y habrías quedado igual de satisfecho.

Viendo la inacción terrible en que vivía mi esposo, me uní al Sr. Schercof y ambos le rogamos aprobar la invitación. Yo me quedaría en casa, cuidando a mis hijos mayores y amantando a la nena. Por primera vez aceptaría, de buena gana, el papel que me tocaba desempeñar.

Esta separación no fue tan dolorosa, pues esperaba que el viaje alzara la moral de mi esposo. Mientras descubrías las estepas (cuya inmensidad, según describiste, estremece el alma), y apreciabas la maravillosa arquitectura de San Petersburgo, yo lidiaba con la vida diaria. **Se me había perdido un arete y, al reclamárselo a mi doncella, me reveló que la culpable era Margarita, la nodriza. Aprovechando que había salido, abrí su baúl y encontré objetos que**

había echado de menos: guantes, pañuelos, velas, fotografías, azúcar y... ¡el arete! Estando en medio de esa investigación, llegó la tal Margarita y con la mayor insolencia dijo:

–Usted ha puesto esas cosas en mi maleta para no pagarme el sueldo. Me indigné tanto que llamé al criado:

–Busque a un policía y tráigalo. ¡Inmediatamente!

–Se lo ruego: discúlpela, por favor –interpuso mi doncella.

–Es usted una abusiva –me insultó la ladrona.

–Tiene usted razón –repliqué en el colmo de la indignación–. Por eso mismo, la refundiré en la cárcel.

La barahúnda enloqueció a mis hijos. Concha empezó a llorar; la nena despertó; Miguelito, con peligro de romperse la crisma, subía y bajaba las escaleras como bólido.

De pronto, escuché la voz del Dr. Ameller que gritaba:

–Señora, le traigo noticias del general.

Al oír “general” Margarita se puso de rodillas, pidiendo perdón:

–No se lo diga a su esposo. ¡Por favor, no se lo diga a su esposo!

Mi doncella la secundaba, el criado no movía un músculo y Conchita, en medio de sus lágrimas, recogió el cuerpo del delito y se lo guardó en el bolsillo.

El médico puso orden en aquel caos y, como no soy vengativa, me contenté con expulsar a la nodriza, mientras suplicaba a todos los santos sustituirla por otra mejor.

Para endulzar aquel trago amargo, ordené que nos sirvieran dos tazas de chocolate. Ameller me entregó un paquete que luego abriría, a solas. Mi instinto no falló; cada carta tuya contenía el amor que retuviste y que ahora, a distancia, reverdecía: **“Si quieres que me vuelva, lo ejecutaré al momento”. “Si ibas a penar por nuestra lejanía, no me hubiera separado de ti.” “Mucho me he arrepentido de haberte dejado sola.” “Escríbeme largo.”**

Ahora compartías conmigo tus preocupaciones:

He leído en *La Independencia Belga*, que Lorencez ha dejado el mando de la expedición francesa en México. ¿Será por su mala salud, las heridas que recibiera en Italia o, más bien, la derrota en Puebla? *La prensa*

francesa pide el envío de refuerzos y, al efecto, salen por lo pronto cinco mil hombres bajo Forey. Muy cierto, Miguel. Los legisladores aprobaron, sin la menor objeción, 15 millones para la campaña contra México.

Un niño de seis años olió una flor y murió en treinta y seis horas, arrojando infinidad de gusanos por la nariz. Estos gusanos provenían de las flores. Te lo comunico para que vigiles a nuestros hijos. Ya te veo regañando a Miguel y haciéndole mil monadas a Carmelita y a mi Conchita. Cuídate, da mil besos a mis hijos y tú recibe mi pasión

Miguel.

P.S. Nos veremos en una semana.

A su regreso, Miramón encontró una cuantiosa correspondencia.

Ojeaste la primera carta:

—Los mexicanos que propiciaron la intervención están muy inquietos, pues la impopularidad de la Regencia, organismo gubernamental que ahora rige nuestro país, resulta evidente.

Abriste la segunda:

—Mira, Isidro nos anuncia su matrimonio con tu hermana. Se casaron el mismo día que salió de la ex Acordada —frunciendo el ceño, empezaste a leer—: **“No pueden tener idea de los sufrimientos que Mercedes y yo pasamos en estos dos años. Salvé la vida gracias al indulto que obtuvo Concha y nunca tendré palabras para agradecerse. Pero la mala comida, el aire infecto de mi celda y los padecimientos morales, me ocasionaron una enfermedad del estómago que no mejora. En fin, no debo quejarme. Gracias a Dios, mis abogados consiguieron que la prisión fuera conmutada por el destierro.** Concluye invitándonos a reunirnos con ellos en Estados Unidos. ¿Te gustaría ir?

—¡Me encantaría!

Y así, como si no tuviéramos un pendiente en el mundo, nos embarcamos en El Havre. Once días después atracamos en Nueva York. **Los recién casados nos esperaban en el puerto y nos dio inmenso gusto abrazarlos; al mismo tiempo, nos apenó ver a Isidro tan demacrado.**

La ciudad era bastante grande, sus calles espaciosas, aunque las casas no brillaban por su diseño. Únicamente había tres modestas iglesias católicas; esta cifra se contraponía a los numerosos *boarding houses*, pues muchas familias prefieren la vida de hotel.

Visitamos un lugar que por irrisión llaman Museo Barnum. Consistía en una colección de monstruos: la mujer con barba (los incrédulos le tiraban los pelos para verificar que no era fingida) los hombres-monos, con cabezas y caras humanas y cuerpo de orangutanes, la familia de albinos... y no sé cuántos otros desgraciados. A mí, con eso me bastó. Le rogué a mi esposo me sacara de aquella diversión que más bien se debía titular sala del dolor. ¡Nunca comprendí cómo las autoridades de un pueblo, que se dice civilizado, permiten semejantes espectáculos! Y todavía peor: Juárez propiciaba que estuviéramos bajo la tutela de esos salvajes.

A la siguiente semana, fuimos al Niágara. Tras la catarata hay un espacio por el cual transitar y a Miguel lo sedujo la aventura. Intenté disuadirlo:

–Si das un resbalón y caes al río, me dejarás viuda.

–No pecas de optimista, ¿verdad?

Sin prestarme atención, te pusiste un traje de caucho y desapareciste bajo el agua. El guía me llevó a un hostel, donde me sirvieron café y pastelitos. Probé uno, pero el merengue se atoró en mi garganta. Los minutos pasaban y no volvías. Instintivamente miré a ambos lados. Nada. La eficiencia ruidosa de los meseros, aunada a cien voces en diferentes idiomas, aumentaron mi nerviosismo.

Cuando regresaste, había pasado por diversos estados de ánimo: el enojo, los ruegos a la Virgen pidiendo su protección, el examen de mis acciones recientes: “debí decirle... no, no debí decirle” y, por fin, al verte, un enorme alivio inundó mi cuerpo. Te tomé del brazo dispuesta a gozar esos momentos y, quizá porque no conocíamos a nadie y no provocaríamos hablillas, me diste un beso.

Miguel quiso que tomásemos una barca para almorzar en el Canadá y ahí le vino la idea de conocer aquel país. En Toronto nos embarcamos en un vapor que nos llevó a Montreal, pasando por las Mil Islas del San Lorenzo que hacen la ilusión de estar en un teatro con decoraciones féricas.

Vivimos una segunda luna de miel sin preocupaciones, pues Mercedes estaba a cargo de los niños. Gozamos ese tiempo como un regalo divino y durante dos semanas recobramos nuestra juventud, la alegría magnífica de estar juntos.

Al volver de nuestro viaje, la realidad nos golpeó en pleno rostro. **Encontramos a Isidro Díaz agonizante y a mis hijos con tosferina.** La transición entre nuestra felicidad y aquellos males que la ciencia ignoraba cómo curar, fue brutal. La situación se volvió crítica al no poderme comunicar con el médico (él no hablaba español, yo apenas entendía inglés) y carecer de un sitio donde atender a mis enfermos. **Entonces, sin previo aviso, nos echaron del *boarding house* por temor al contagio. Dos veces más tuvimos que cambiar de alojamiento por la misma causa. Desesperados, nos alojamos en un hotel español, donde pasamos el invierno, pues los dueños eran menos desalmados que los norteamericanos.**

El médico que curaba a mi cuñado Isidro nos aconsejó que, como último remedio, lo lleváramos a la Isla de Pinos, en Cuba.

Ni tú ni yo deseábamos permanecer otro instante en los Estados Unidos. El frío impedía que los niños sanaran y mi angustia se tornaba oscura, con visos siniestros. Inmersa en la lucha por salvar a mis hijos, los velaba noche a noche; a cada uno lo alimentaba, cerciorándome de que tomara sus medicamentos y ni tus ruegos ni el cansancio me hicieran abandonar mi puesto. Nunca me atemorizó la cercanía de la Muerte. Sencillamente, en esa batalla desigual no estaba dispuesta a ceder.

Esa misma semana efectuamos el viaje. No nos detuvimos en La Habana; instalamos a mi cuñado en un hospital rodeado de pinos y, a lo lejos, por un cielo siempre azul. A los cuantos días, sin que nos atreviéramos a esperarlo, el agua cristalina y el aire embalsamado lograron algo inusitado. **Isidro sanó; alegre y colorido, parecía otro hombre. Como si fuera poco, mis hijos se recuperaron. Al fin respiré tranquila, regresamos a La Habana y...**

Carmelita se agravó de repente, resolviéndose su tosferina en pulmonía. La nodriza me abandonó y me fue preciso alquilar una esclava negra para auxiliarme. Estaba en un estado tal de desesperanza

y angustia, que únicamente la posibilidad de salvar a mi hija me mantenía en pie. Fue una lucha sorda, amarga, en que ni Dios ni la oración aliviaron mi espíritu. Mi impotencia desataba una rabia que explotaba en lágrimas. Sabía que iba a derrotarme y, por eso, en arranques de locura, apretaba a mi hija contra el pecho, retando a la Muerte a arrebatármela.

No obstante mi devoción, estando sola con la nena, entró en agonía, dio un último suspiro y voló al Cielo. Debía aceptarlo, asiéndome a la Fe; de lo contrario, nunca me resignaría. Pero, **¡qué noches de horrenda desolación fueron aquéllas para mí!**

Tú me salvaste, Miguel. Mientras ponías compresas húmedas sobre mis sienes, susurraste:

—Esperas otro hijo, Concepción. Dale la oportunidad de vivir.

Me tenté el vientre, sentí el movimiento de la criatura... y el instinto recuperó sus fueros. Emergería de ese marasmo para proteger lo nuestro.

Con el propósito de que sobrelleva mi pena, pasamos unos días en un ingenio llamado San Martín, famoso por su gran abundancia de aves. Mi esposo, excelente tirador, se divertía en cazarlas y casi todas las tardes gustábamos un asado hecho con aquellos sabrosos animalitos.

Suena a receta, muchas veces repetida, mas es verdad. El aire tibio, las noches estrelladas y el silencio, en medio de una vegetación exuberante, produjeron un milagro: recuperé la esperanza.

Estaba embarazada y era preciso volver a nuestra Patria para el parto.

—Pero, ¿qué haré sola en México?

—Te prometo estar a tu lado cuando des a luz a nuestro cuarto hijo.

Mi esposo se quedaría en La Habana hasta que los acontecimientos políticos le permitiesen retornar al país.

Una mañana nos acompañó hasta el barco. Se alzó el ancla, el vapor comenzó a vomitar humo; mi esposo desde una barca nos saludaba con su pañuelo, y mis hijitos, conmigo sobre cubierta, gritaron: “¡Adiós, papá! Ven pronto a vernos”.

PRELUDIO

Desembarcar en Veracruz, donde estaban acantonadas las tropas francesas, me repugnaba. Tanto así, que elegí Tampico, donde aún mandaban los liberales. A la vista de este puerto mi corazón saltó de gozo. ¡Iba a pisar tierra mexicana!

Salimos los primeros del vapor. Dicen que la ignorancia es atrevida y, en efecto, lo es. Yo no conocía aquellos rumbos en que el peligro se vuelve eminente cuando sopla el viento del norte. Nuestra barca brincaba de la manera más espantosa; por momentos parecía que el mar nos iba a tragar. El terror de mis hijos aumentó a la vista de infinidad de peces anfibios de la familia de las focas, que nos rodaban dando fuertes golpes con sus aletas. Más de hora y media empleamos en atravesar la barra, pero al fin pudimos bajar a tierra.

Se nos acercaron dos policías y me pidieron el pasaporte. No lo tenía y ofrecí mil disculpas para salir del paso. Fue inútil. Entonces, perdida la paciencia, exclamé:

—¡Esto me saca por no haber desembarcado en Veracruz donde están los franceses!

Mis palabras parecían fórmula mágica, pues inmediatamente cambiaron de humor aquellos hombres y me dijeron: “Puede usted pasar”.

Viajamos cinco días, después de los cuales llegamos a Ciudad Victoria. La población contaba con 6,164 almas, entre blancos e indios, dominando estos últimos. Otros habitantes eran las niguas y las garrapatas, ambas golosas de sangre humana. Tuve la desgracia de ser picada por una.

—No se le ocurra arrancársela del brazo porque, al jalarla, el animalito deja la cabeza dentro. Entonces se forma una llaga que a veces causa la muerte —me advirtió el cochero.

—¿Y qué hago?

—Por remedio, aplicaré el fuego de mi cigarro a su brazo, patrona, y la garrapata, que tiene horror al calor, saldrá.

La operación dio resultado, pero me dejó una inflamación que duró tres meses.

A las seis de la mañana, salimos de la capital de Tamaulipas. Yo, con el brazo vendado y dando al diablo mi patriotismo, que me había llevado por esos caminos para tener más aventuras que Don Quijote.

Comenzamos a subir la montaña. Liebres, conejos, agachonas, gallinitas salvajes e infinidad de mariposas aparecían ante nuestra vista. Poco a poco, el paisaje fue endulzando mi alma, hasta que sólo tuve ojos para tanta hermosura. ¡Cuánta riqueza encierra nuestra bendita tierra y cuánta prodigalidad usó el Creador en aquellas regiones!

Como a las ocho de la noche, los mozos formaron una especie de tendejón. Había terminado mi 7 mes de embarazo y estaba tan abultada, que no hubiera podido bajar, sin ayuda, del caballo.

Al poco tiempo, encendieron fogatas alrededor del campamento. De pronto, oí unos aullidos espantosos. Sobresaltada llamé al jefe y le pregunté qué era aquello.

—Niña, los gatos monteses y los lobos pueblan estas montañas.

—¡Nos van a comer! —gritó Miguelito.

—No tenga miedo, chamaco; para evitar que se acerquen hemos puesto esta luminaria.

Cuando albeó cesaron los rugidos y reanudamos el camino. Yo, que no pegué los ojos ni por un segundo, apenas me tenía sobre la silla. En una vereda oí una campanita y luego vi una víbora. Un mozo tomó una piedra y la aplastó.

—¡Pobre animal! ¿Por qué le ha hecho daño?

—Es una culebra de cascabel —me explicó—. Si nos muerde, nos mata.

En eso, mi hijo anunció: “Ya no quiero andar a caballo”. Esta queja se repetía constantemente. Entonces caminábamos algunos minutos a pie y teníamos todas las penas del mundo para conseguir que Miguelito volviera a montar.

Al anochecer llegamos a *Los Negritos*. Llevaba una carta para el propietario, quien estaba ausente, por lo que se la entregué al administrador. Este hombre, sin esforzarse demasiado, nos alojó. A las seis de la mañana, me avisaron que había una partida de liberales en el rancho. “Dios mío”, pensé, “¿irán a impedir nuestra partida?”. El vientre me pesaba y la falta de sueño me había provocado jaqueca. Pero no era el momento para debilidades. Alcé mi corazón a la Virgen y, llevando de la mano a mis hijos, atravesé el patio. Viendo que no mostraba temor, el oficial no hizo ninguna demostración hostil. Sin embargo, cuando subimos al coche sus soldados formaron un coro, entonando estrofas en contra de los conservadores:

Cangrejos al compás
marchemos para atrás.
¡Sí, sí, sí!
¡Qué viva la libertad!

“Menos mal que nos despiden cantando”, pensé. “¡Así me las dieran todas! Si Juárez hubiera sabido que estaba en la hacienda, no me deja salir y, quizá, hasta me toma de rehén.”

Andamos el día entero. A la caída del sol, oímos un estruendo, seguido por la rotura de dos ruedas. Un grito salió de las gargantas; pero, gracias al Cielo, el vehículo no se volcó.

Seguimos a pie. Hacía una hora que caminábamos, cuando escuchamos los ladridos de varios perros. Una luz nos anunció que había gente y muertos de fatiga llegamos a una ranchería.

—¿Cómo es el amo? —pregunté—. ¿Chinaco o conservador?

—¡Qué chinaco, niña! Si es más mocho que Miramón.

Con la tranquilidad de estar entre nuestros partidarios, cenamos, gustando los sabrosos platillos mexicanos por los cuales había suspirado en Europa.

Al fin, tras dos días de marcha, llegamos a Cerroprieto, hacienda de mi cuñado Romualdo Fagoaga. Apenas me vio, se echó en mis brazos. Se quedó azorado al mirar mi cara quemada por el sol, la nariz despellejada y las mejillas con manchas rojizas.

–No te apures. Estoy cambiando plumas, como los pájaros, para luego quedar más bonita.

Estreché tiernamente a Lupe, quien llenó de caricias a mis hijos.

–Aquí te repondrás. Mis sobrinos van a estar muy contentos jugando con los borregos, los chivos y mis pollos.

Apenas escuchó esa enumeración, Miguelito corrió al gallinero.

La hacienda era modesta. Lo comprobé desde que me senté en el patio a esperar la limonada que mi hermana me ofrecía. No obstante, me invadió un enorme bienestar; estaba con mi familia, a salvo.

Pasados los primeros momentos de expansión, Lupe me dio las cartas que para mí tenía.

Abrí la primera.

La Habana, 9 de abril de 1863.

Muy querida:

Después de tener todo arreglado, resulta que el vapor no partirá, así que estaré más tiempo sin gozar de ti. ¡Cuánto te he extrañado!

De la Patria, las noticias son tan contradictorias que no sabe uno a qué atenerse. ¡Qué desgracia que Juárez y sus compinches sean tan bandidos! Imposible ponerse al lado de Carbajal, Rojas o Cuéllar. Por otra parte, los franceses son intolerables y temo que la intervención se convierta en dominación.

El administrador del ingenio de San Martín y su esposa te saludan. Da mis cariños a la familia. Cuida a mis hijos, cuídate tú y recibe mi amor eterno

Miguel.

Brownsville, 3 de junio de 1863.

Muy querida mía:

No quiero dudar de que goces buena salud, lo mismo que mis hijos. Dime, ¿preguntan por mí o me han olvidado? A mí me parece que hace un siglo que no los veo.

Ortega y el Ejército de Oriente, han dejado bien alto el honor de las armas nacionales; pero se pudo haber hecho mucho más: por ejemplo, romper la línea, pues se contaba con diez mil hombres y parque para la infantería. No sé por qué no lo intentaron; yo lo hubiera ejecutado una, dos y hasta tres veces; sin embargo, no quiero aparecer como los militares de café, y sólo a ti te digo lo que aquí he escrito.

Espero hagan una resistencia tenaz a los franceses, para dar tiempo al levantamiento de otras fuerzas. El general Garza ha sido nombrado jefe, no me merece confianza alguna, no ha hecho carrera y no tiene más cualidad que sus fueros y su juventud.

Por un lado me preocupa la suerte de la nación; por otro, los hombres en el poder me mantienen irresoluto. Quiera Dios iluminarme, para dar los primeros pasos.

A mis amados hijitos hazles mil cariños, saludos a Lupe, Romualdo y demás familia, para ti el corazón de tu amante

Miguel.

Mi vida en Cerroprieto era monótona. Me levantaba a las cinco de la mañana e iba a la capilla. Siempre había flores frescas que esparcían un perfume leve entre aquellas paredes blancas. Oraba por el hijo que iba a nacer, pero, sobre todo, rezaba por ti. Pedía una gracia: que te quedaras en Estados Unidos porque, el corazón, el alma misma, me advertían que aquí no sobrevivirías. “¿No te das cuenta? Tienes demasiados enemigos y ningún aliado.”

Cuando regresaba, todos habían despertado y la casa estaba en pie. Mi cuñado Romualdo montaba a caballo para visitar los campos y Lupe se ocupaba en hacer quesos, mantequillas, dulces y conservas. Sin una queja, trabajaba en menesteres que requerían horas de labor. Luego alimentaba a sus animales, recogía los huevos, sembraba yerbas de olor en macetones. Al final, mientras platicábamos, remendaba la ropa.

Yo me sentía un poco inútil y bastante aburrida. Como se acercaba la fiesta de la Santísima Trinidad, propuse hacer una Novena. El Cielo premió mis intenciones, consolándome con una carta de mi esposo:

Brownsville, 20 de junio de 1863.

Mi querida Concha:

Recibimos la noticia de la llegada de Juárez a San Luis Potosí y al otro día la importante de la ocupación de México por los franceses. Después de haber escrito tantas bravatas sobre sucumbir entre escombros, disputar palmo a palmo el terreno, etc. etc. creí que los liberales harían algo por salvar su honor. Optaron por huir. ¡Punta de cobardes! En fin, ya veré cuál camino debo tomar.

Avisa a mis padres que estoy bueno, a mis hijos muchos besos y para ti el corazón de tu amante esposo

Miguel.

Todavía te escribí dos telegramas confesándote mis penas. “¡Por Dios, ponte a salvo!”, te advertía con la esperanza loca de que mis pensamientos te llegaran en sueños y modificaras tus planes. En mi angustia, me repetía lo mismo. Consideraba un suicidio que entraras al país, rechazado por tu propio partido y mal visto por los franceses.

Mi único consuelo era la religión. Volvía a mi Fe de niña porque carecía de otro recurso. El incienso, los cantos, el latín, refrescaban mi espíritu. No importaba a quién dirigía mis oraciones, sino unirme, a través del rito, al dolor antiquísimo de la humanidad para, integrándolo al nuestro, compartirlo. Una vez degustado con la hostia, disminuiría, paso a paso, si Dios lo permitía.

Una semana antes de la fiesta, le pregunté a mi hermana si, además de la Novena, asistiríamos a Misa.

—En el rancho no hay sacerdotes.

—Pues iré a San Luis a buscar uno.

—¿Y tu embarazo?

—Ya descansé lo suficiente —la atajé—. Me hará más daño quedarme aquí, papando moscas, que organizar esta celebración.

Lupe ya no objetó y Romualdo se prestó a acompañarme. **Seguidos por dos mozos, salimos de Cerro Prieto. A eso de las dos de la tarde, distinguimos cuatro jinetes con sus armas brillando bajo el sol.**

–¡Son asaltantes! –exclamó mi cuñado–. Detendrán el coche para despojarnos.

Inmediatamente, me quité del cuello una cadena de oro con un hermoso reloj, que me obsequió Miguel cuando nació nuestro hijo, y la metí en una de mis medias. Luego me arrodillé: “¡Padre! ¡Padre mío! ¿Cómo? ¿Vas a permitir que me quiten el dinero que traigo para venerar tu santo nombre? No, no, líbrame de este peligro...” y el coche seguía bajando la cuesta, los mozos se ponían en guardia, Romualdo empuñaba su pistola y yo aumentaba el fervor de mi oración.

Faltaba una vuelta para llegar a donde nos esperaban. Entonces... ien lugar de los ladrones encontramos tres muchachos de diez a doce años, de igual estatura, con los pies descalzos y vestidos con camisas y calzoncillos blancos! Nos quedamos estupefactos. Después, atribuimos esa increíble transformación a un prodigio y yo, humilde y reconocida, di gracias. Dios, en su infinita misericordia, no me abandonaba a mi escepticismo. Me recuperaba para Sí.

Algunos de mis lectores, privados del gran tesoro de la Fe (como yo en mis negros momentos), se burlarán: “Vamos, éste es un pasaje inverosímil, escrito por una mujer supersticiosa”. Pero no he inventado una fábula. Digo la verdad.

Una vez en San Luis, mi primera ocupación fue buscar un sacerdote y lo necesario para la Misa. Huelga decirlo, los festejos salieron a pedir de boca.

Cuando terminaron y la calma retornó, estudié las dificultades que había para asistir a un enfermo. “¡Ni un médico en varias leguas!” ¿Remedios? “Tisanas, hierbas, frotamientos...” Aunque me costara mucho separarme de ese refugio, donde la quietud se reflejaba en el horizonte, entre los mugidos del ganado y la campana llamando al rezo, **decidí pasar mi parto en la Capital, pues los franceses habían restablecido el orden.**

En julio de 1863, dije adiós a mi querida hermana, cuyas virtudes me habían admirado. En tanto el rancho desaparecía en la distancia y Miguelito brincaba en el coche, sin estarse quieto ni un segundo, hice

comparaciones. Casada con Perry habría disfrutado una vida tranquila, igual a la de Lupe, quizá hasta mejor en cuanto a comodidades... Pero, ¿la deseaba? No. Sólo podía amar, tanto como amaba, a un hombre inteligente, audaz, pasional, entregado a una causa, con un cálido sentido del humor y, tan seguro de sí mismo, que le valían sorbete las habladurías sobre quién llevaba las riendas de la casa.

Después de cuatro días llegamos a nuestro destino. ¡Cuánta amargura sintió mi corazón al ver en las calles al ejército francés, que desde el 7 de ese mes ocupaba la Capital! Sin embargo, constaté algunas mejoras. Los frailes y religiosos volvían a sus conventos; los sacerdotes se presentaban con sus trajes talares, que el gobierno republicano les había prohibido usar. El Santo Viático, que sólo a escondidas se llevaba a los moribundos, salía públicamente, causando entusiasmo general; los vecinos al son de la campana que iba anunciando el paso del Sacramento, se arrodillaban en sus balcones, vela en mano.

Al mismo tiempo que abría los baúles, me enteré de las últimas novedades: el general Bazaine ordenó que se reuniese una junta compuesta de 35 mexicanos que tendría dos atribuciones: la primera, nombrar a los integrantes de la Regencia; la segunda, reunir una asamblea de 215 notables que elegiría un sistema gubernamental.

La Regencia se compuso del general Juan Nepomuceno Almonte, don Pelagio Labastida, arzobispo de México, y don Mariano Salas. El 8 de julio, la Asamblea se pronunció por la monarquía.

Estos acontecimientos habían ya pasado cuando llegué; no así las ofensas. Entre los mismos conservadores había descontento por los abusos que cometían los extranjeros. No se hablaba de otra cosa que de los infelices mexicanos que llevaban al patíbulo porque un francés los acusaba de robo. ¡Señor bendito! ¿Por qué actuaban con tan poco seso? Bastante malo era invadir un país para que, además, se agravara la situación fusilando a la población civil.

De mis preocupaciones me fue a sacar la siguiente carta:

Cerroprieto, 17 de julio de 1863.

Muy querida mía:

El día 12 salí con la esperanza de hallarte en este lugar y tan grande como hubiera sido mi gusto de estrecharte en mis brazos, fue mi pesar cuando no te encontré. ¿Qué vamos a hacer? Así lo quiere Dios y hay que conformarnos con su santa voluntad.

El camino lo hemos hecho muy de prisa. En 200 leguas dejamos tirados cuatro caballos y pasamos cerca de 16 haciendas de tránsito. Ayer fue el santo de nuestra malograda Carmelita. He considerado lo que sufrirás con su recuerdo, y yo, lo que tú puedes suponer.

Adiós, querida Concha, dales muchos besos a mis hijos, saluda a los que me recuerden y recibe el corazón de tu

Miguel.

Al placer que me causó recibir tus noticias, se mezcló a una horrenda ansiedad, pues saberte cerca de Juárez, me estremecía. Ese indio, vestido de negro, adusto, incommovible, semejaba la parte masculina de la Muerte. Tu Muerte. En este sobresalto viví, esperando carta tuya: la confirmación de que estabas sano y salvo.

Una noche el criado me anunció que un correo acababa de llegar. Al instante corrí a su encuentro. Por un momento me quedé inmóvil. El mensajero me parecía conocido...

—¡Cómo! ¿No sabes quién soy? ¿No te acuerdas que prometí asistir a tu parto? Pues he cumplido mi palabra.

Entonces me eché en tus brazos, amor, y en un momento olvidé mis penas.

—¡Te quitaste la perilla!

—Y me dejé crecer las favoritas y el cabello.

—El tono oscuro de tu piel...

—...cambia por completo mi fisonomía.

Soltamos una carcajada antes de besarnos.

—Si no me hubieras reconocido, habría tenido que acariciarte aquí... acá... para que recordaras.

Sentada en tus rodillas, contemplé tu atuendo.

–Chaparreras de cuero, chaqueta con alamares, jorongo y sombrero jarano. ¡Caramba, estás guapísimo! Si no fuera por mi panza –puse tu mano sobre el vientre para que sintieras el pataleo de nuestro hijo–, ahora mismo (y te lo susurré al oído) te seducía. Tu disfraz es muy inspirador.

Apenas recibió aviso de la llegada de Miramón, el Mariscal Forey se presentó en casa, acompañado del Vizconde de Saligny. Resumieron la visita en una frase: “La Regencia tiene necesidad de hombres como vos, *monsieur le general*”.

Cuando se marcharon, ordené dos chocolates con espuma, para saborearlos en tu compañía:

–Si me apoyan, formo una división que sea la base de un ejército nacional. Con tropas leales al gobierno, no necesitamos a los franceses.

–Entonces, ¿por qué no permaneces neutral hasta que se marchen?

–Porque les pagamos como reyes y echarán raíces en nuestro territorio. Alguien debe sustituir esas tropas por otras, verdaderamente nuestras, que sostengan las instituciones elegidas por mayoría de votos.

Suspiré. Nunca dejarías de ser un idealista.

Ese domingo, yendo a Misa, distinguimos el globo en honor de la Regencia. Ascendía suavemente, en medio de un cielo muy azul. De pronto, vimos desprenderse un bulto.

–Debe ser un saco de arena –comentó mi esposo.

Por desgracia, era un jovenzuelo. Le había rogado al aerostato que lo llevase consigo, pero habiéndose negado, este bárbaro se agarró de una de las cuerdas, alzándose por los aires. Jamás logró treparse a la canasta y cayó en uno de los salones de Palacio Nacional. Murió en el acto. Esta tragedia fue interpretada como un presagio nefasto.

El 20 de agosto de 1863, los franceses ofrecieron un baile.

–Quiero asistir –determinaste, dividiendo las palabras en sílabas, para que las entendiera sin problemas–. De lo contrario, el alto mando francés se pondrá en mi contra y necesito su apoyo para realizar mis planes.

–Pues yo no voy.

–Concha, se verá muy mal que...

–Estoy indispuesta –afirmé, mostrando la protuberancia de mi vientre. Apretaste los labios. Los dos íbamos a explicar, punto por punto y acaso de manera violenta, las razones de nuestra actitud, cuando sentí una contracción. Para evitar que un gesto me delatara, me refugié en mi recámara mientras escogías tu atuendo.

Recostada, miré hacia la ventana. La casa parecía recogerse en sí misma, respirando una atmosfera tibia, de hogar. El ocaso amplió aquella paz. Mi marido estaba en la habitación contigua y su cercanía me tranquilizaba, oía las vocecillas de mis hijos; en el comedor, la criada ponía la mesa: tintineo de plata, entrechocar de porcelana. “Será un parto venturoso”, reflexioné e hice algo imprevisto: hablé con mi hijo, induciéndolo a que naciera pronto, en este momento en que la vida nos regalaba una felicidad completa.

A las diez de la noche mi marido salió de casa sin sospechar nada. **Dos horas después, di a luz a mi tercera hija.**

Benito Juárez abrió su congreso con media docena de diputados, los cuales protestaron contra la intervención y la monarquía. Hasta aquí todo hubiera estado bien. **Pero, quien se autollamaba presidente de la República, mandó a don Antonio de la Fuente, como embajador, a los Estados Unidos. ¿A rendir pleitesía?**

Por su parte, los conservadores habían enviado una comisión al Castillo de Miramar, para ofrecer el trono a Maximiliano de Austria. Y, en México, mi esposo recibió la siguiente comunicación:

México, 7 de septiembre de 1863.

Cuerpo Expedicionario de México
Estado Mayor Gral.
No 4322

La Regencia me hace saber que ha juzgado conveniente daros el mando de una división, así que tendré el honor de dirigiros mis instrucciones a tiempo oportuno.

Recibid, general, la expresión de mi más perfecta consideración.
El mariscal comandante en jefe

Forey.

Obedeciendo órdenes, mi esposo salió de la Capital para cumplir su más caro anhelo: formar un ejército con soldados y oficiales mexicanos. No pasaron ni veinticuatro horas, cuanto ya me escribía:

Querétaro, 2 de noviembre de 1863.

Mi querida Concha:

Anoche, a las nueve, llegué a esta ciudad. Pude haberlo hecho antes, pero no quise, para prescindir de los repiques y las felicitaciones... aunque la gente no se quedó sin gritar vivas. En San Juan del Rio, fue imposible evitar los cohetes, cortinas en los balcones, músicas, etc. etc.

Da mil besos a mis hijos, saluda a quienes me recuerden y para ti, todo el amor de tu amante esposo

Miguel.

Miramón gozaba de grandísima popularidad y esto no agradaba a Almonte, ni a Bazaine. Aquellas muestras de afecto fueron malignamente interpretadas. Según ellos, soliviantabas al pueblo por orgullo y ambición. Sin embargo, ¿podías esquivar las aclamaciones espontáneas, a la plebe que se arremolinaba a tu alrededor entregándote flores, dulces y medallas con santos protectores? El pueblo te reconocía como al paladín que nos libraría del francés; deseaba un príncipe gobernante, que uniera al país, no una invasión extranjera.

Por desgracia, Napoleón III, dando oídos a las intrigas de Bazaine, destituyó a Forey. El mariscal tenía una política moderada y respetaba al Partido Conservador, cuyos derechos reconocía. Bazaine era todo lo contrario: codicioso, intrigante, altivo, falso y traidor. En México mostró las primicias de su maldad; después, Francia las cosecharía.

Por principio de cuentas, Bazaine dictaminó que mi esposo se pusiera bajo las órdenes de un coronel galo.

—¡Tiene un grado menos que tú! —objeté, compartiendo tu indignación.

Miramón no pudo sufrir esta afrenta y presentó su renuncia:

General Bazaine:

He querido dar ejemplo de sumisión a la voluntad nacional dignamente interpretada por la Junta de Notables. He aceptado sin reserva sus decisiones, deseando que mis actos, más que mis palabras, probasen la lealtad con que abrazaba el gobierno que la Nación iba a darse y el respeto que profeso al ilustre archiduque Maximiliano, electo para conducir nuestros destinos; pero quería esto conservando mi dignidad o, por mejor decir, la dignidad del alto puesto que ocupo en el ejército. Como vuestra determinación del 10 de noviembre lo hace imposible, me es muy sensible no poder ayudaros en vuestras operaciones

General Miguel Miramón.

Enorme fue el placer de mi corazón al ver a mi esposo librarse de Bazaine.

Apenas llegó Miguel a la Capital, nos instalamos en San Cosme. A los pocos días, descubrimos que dos hombres estaban de plantón cerca de nuestro hogar. ¡Los franceses los habían contratado para que nos vigilaran! Nos encogimos de hombros. No íbamos a permitirles disminuir nuestra dicha ahora que estábamos juntos, con una nena preciosa y sana, en nuestra Patria. Yo, cada vez que salía, pasaba frente a ese par de peleles y los saludaba con suma amabilidad. Y a ellos no les quedaba otro remedio que inclinar la cabeza ante una dama.

Recuerdo con gratitud esos meses, ajenos a la política, en que vivimos una existencia igual al común de los mortales. **Los domingos y días festivos, comían con nosotros mis suegros, a quienes amaba tiernamente, en particular a doña Carmela, que era conmigo muy afectuosa.**

–Pero ¿cómo no voy a quererte si adoras a mi hijo? ¡Le adivinas el pensamiento... hasta lo consientes más que yo! ¡Y mira que ya es decir! Era mi aliada incondicional. A pesar de mi nuevo embarazo (el quinto en cinco años de casada), organizábamos diversiones para mantenerte ocupado... no fueras a improvisar un viaje o cualquier otro invento. Las fiestas se sucedían. Celebramos a la Santísima Trinidad con fuegos artificiales. Lanzamos varios globos desde el jardín. Por las mañanas podabas los claveles, geranios, naranjos y rosales que crecían en las macetas; algunas tardes traías músicos para que acompañaran mi canto y muchas noches reuníamos a tus primos para jugar tresillo.

Nuestra Patria no gozaba del mismo bienestar que nosotros. Los liberales continuaban la lucha y en varios Estados reinaba la anarquía. Por otra parte, el Archiduque tardaba en aceptar el trono, exigiendo un plebiscito. Pero, ¿cómo se obtendría cuando una parte del país estaba en guerra?

Desgraciadamente, Maximiliano tenía por mujer a una ambiciosa. Lolita Almonte, que veía la paja en mi ojo y no la viga en el de la Archiduquesa, no se percató (o no se quiso percatar) de este defecto. Yo nunca te exhorté para que arriesgaras la vida por la silla presidencial; al revés, me opuse con toda mi energía y con toda mi voluntad a que siguieras en la mira pública. En cambio, doña Carlota... **A sus instancias, el príncipe decidió renunciar al vetusto trono de los Habsburgo para ceñir la corona de Moctezuma.**

En una sala del Castillo de Miramar se colocó un altar con un Santo Cristo, dos cirios y los Evangelios; a la derecha el Archiduque Maximiliano, a la izquierda, la Archiduquesa. Esta escena me recordó mi propio matrimonio. También erigimos un altar improvisado. En su centro resplandecía un Crucifijo rodeado de velas, cuyos pabilos encendidos competían con el sol de la mañana. Ante el sacerdote, tomaste mi mano. ¿La pareja imperial experimentó nuestra misma emoción (cautiva, oculta, palpitante), ante un futuro promisorio... fatal?

Asistieron a la ceremonia dignatarios franceses, austriacos y dos damas de honor. Hubo poquísimos invitados... en nuestro casamiento no llegaban a diez. Y, algunos a disgusto, como si la aceptación de las arras (o del trono), presagiara una tragedia.

Puesta la diestra sobre los Santos Evangelios, Maximiliano juró desempeñar el cargo que le ofrecían con lealtad y amor a su nueva Patria. Tú juraste amarme, con fidelidad y respeto, hasta que la Muerte... ¿Ella también estaba ahí, sin invitación, ignorada por todos, excepto por los ojos claros del Archiduque? ¿La presintió, como yo, el día de nuestra boda?

Al terminar, el Sr. Gutiérrez Estrada, presidente de la comisión, gritó: “¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!” y al mismo instante en el Castillo de Miramar se izó el pabellón mexicano, con una salva de 21 cañonazos. Después del *Te Deum*, nuestra misa de esponsales, amor, los soberanos ofrecieron una opípara comida, el banquete nupcial. ¡Tantas coincidencias! ¿Casualidad o destino? Y al final, el desenlace previsto.

El soberano comenzó a ejercer sus funciones, reinstaurando la decoración de Guadalupe. A los cuatro días de su coronación, partieron hacia Bélgica, donde saludaron al Rey Leopoldo, padre de doña Carlota.

Estando en Bruselas, Maximiliano recibió una voluminosa caja conteniendo las actas de quienes se adherían al Imperio. Esto lo satisfizo en extremo, pues lo consideró un plebiscito a favor de su augusta persona.

Apenas recibimos estas noticias en México, se apoderó de los conservadores una especie de frenesí. Únicamente hablaban de la manera más digna y brillante para recibir a los soberanos.

A los títulos de nobleza que aún quedaban en los roperos, les sacudieron el polvo.

–¡Yo soy marqués! –decía uno.

–¡Yo conde! –se vanagloriaba otro.

–¡Yo duque y grande de España!

Las señoras principales formaron una junta presidida por (¿quién otra?) Dolores Almonte. Se encontraba en su elemento, mandando aquí, allá y acullá.

–Obsequiaremos a la Emperatriz un tocador trabajado en plata maciza.

Todas, cual dóciles corderos, contribuimos al fastuoso regalo. **Costó una fuerte suma, de cuya cifra no me puedo acordar.** ¡Naturalmente

que me acuerdo! Pero omitiré ese detalle para no suscitar nuevas críticas contra el Imperio.

Tú, amor, eras el único que permanecía tranquilo, lejos de la barahúnda colectiva. Cuidabas tus rosales, vigilado por la policía a sueldo de los franceses, y te convertías en observador de las ridiculeces humanas, ignorado por tus correligionarios, los ingratos conservadores.

En esa época se presentó en nuestra casa don Joaquín Alcalde, condiscípulo de Miguel en San Gregorio. Eran de ideas diametralmente opuestas, pero esa diversidad no había apagado la amistad nacida en la infancia.

Don Joaquín llevaba un mensaje de Manuel Doblado, antiguo ministro juarista. Apenas terminó la entrevista, mi esposo irrumpió en mi cuarto.

–¡Lee! –me dijo, poniendo una carta sobre mi regazo.

Con ansiedad recorrí aquellas líneas.

–¿Qué has contestado?

–Me negué.

–¿Por qué?

–¿Cómo por qué? No cambiaré de partido cuando me necesita el príncipe en quien están fundadas las esperanzas de nuestra Patria.

–Pues yo –le contesté colérica–, me refugiaría con los liberales o el gran turco con tal de no ver a estos franchutes y darles un buen soplamocos.

–Cállate, chinaquita –repuso riendo–. ¿Te gustaría que trabase amistad con Carvajal o Rojas, que sacaban los ojos a sus prisioneros, diciéndoles: “ahora sí, vayan a defender a Miramón?” ¿Cómo quedaría yo ante esos oficiales? Fueron mutilados por permanecer fieles a nuestros ideales; pero, en última instancia, por mantenerse leales a mí.

–Doblado te ofrece honrar los compromisos que acuerden.

–Por el momento, Concha. Pusimos a don Benito contra la pared y, si ya empenó al país para conseguir aliados, no le importará mentir con tal de recuperar el poder. Juárez y yo coincidimos en una cosa: urge

expulsar a los europeos. ¿Y después? ¿Nos pondremos de acuerdo respecto a los bienes eclesiásticos y la Constitución del 57?

La respuesta se atoró en mi garganta. Entonces, tristemente, negué con la cabeza.

El *Novara* ancló en Veracruz el 28 de mayo de 1864. Almonte fue recibido por los soberanos, quienes le prodigaron su benevolencia. Esto no impidió que el Emperador lo relevase del cargo de Lugarteniente del Imperio, nombrándolo Gran Mariscal de la Corte. De esa manera, tan diplomática, le quitaba toda injerencia en la política del país.

El puerto los acogió con suma frialdad; a tal grado que doña Carlota no pudo evitar que algunas lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Los pobres debieron sufrir mucho durante el trayecto a México, pues los indios les ofrecían sus parabienes en lenguas autóctonas y ellos dos... isin comprender una palabra! Pero lo que en verdad los hizo padecer, fue que en Acultzingo les sirvieron mole de guajolote, frijoles, tortillas, enchiladas, y otros platillos a cual más picante.

El 12 de junio, hicieron su entrada en la Capital. La bienvenida fue regia y mi pluma no es capaz de describir la belleza, ni la grandiosidad con que la ciudad estaba engalanada. Parecía un extenso jardín por la cantidad de arbustos, plantas y rosales que la adornaban.

Yo presencié esa fiesta desde un balcón de la calle de Plateros (a mí me invitaron, pero se alquilaban en una fortuna, entre 80 y 100 pesos). El entusiasmo dominó los espíritus. Las matronas se inclinaban al paso de los soberanos para ofrecerles flores. Una, muy conocida por sus conceptos liberales, se acercó tanto al carruaje, que el Emperador la retiró para que los caballos no la maltratasen. Por la noche, la iluminación convirtió la oscuridad en amanecer. No había casa sin lámparas encendidas o artísticos faroles de colores pendiendo de los balcones. En algunos zaguanes se veían los retratos de la pareja imperial rodeados de enredaderas, gallardetes y ricos cortinajes de seda y terciopelo.

Al otro día, hubo una función en el teatro a la cual asistieron las autoridades, el Cuerpo Diplomático, la Corte y la alta sociedad. El Emperador llevaba frac y sobre el pecho la Gran Cruz de Guadalupe. La Emperatriz vestía un elegante traje blanco con encajes de Bruselas; una diadema de brillantes adornaba sus sienes y un collar de gruesas perlas, su cuello.

La banda militar ejecutó el Himno Nacional. Al sentarse, la princesa dio anuencia para que el público hiciera lo propio. Los palcos se vendieron a precios fabulosos. Mi esposo y yo ocupamos uno, bastante cerca del imperial.

Doña Carlota sin cesar se volvía hacia su acompañante, Dolores Almonte, preguntándole los nombres de los asistentes. Cuando llegó a nosotros, la Sra. Almonte nos presentó: “El general Miramón y su esposa”. La Emperatriz expresó que le interesaba conocer a mi esposo, de quien tanto había oído hablar, y que me nombraría su dama de honor. Entonces Lolita comentó, con una sonrisa irónica: “Su orgullo no le permitirá aceptar, Majestad. Como fue Presidenta...”

Así me lo contaron y, en circunstancias diferentes, jamás hubiera prestado atención a un chisme. Sin embargo, Lola siempre me tuvo envidia y no dudo que me haya desprestigiado.

A la semana, recibimos un convite. Mi esposo interpretó aquello como un presagio feliz. Esperaba que el Emperador, no obstante la opinión contraria de Bazaine, lo facultara para formar un ejército nacional. Esta posibilidad se convertía en la solución de todos los problemas y en un empeño que le quitaba la paz.

Fuimos recibidos por un chambelán, el Conde del Valle, y su esposa. Los salones estaban amueblados con ajuares de madera dorada, seda y brocatel; las paredes, tapizadas de esos mismos géneros y espejos de anchos marcos adornaban las paredes. El efecto resultó deslumbrante. ¡Para eso sí había dinero en el país! Los soberanos recorrieron la fila de sus convidados. El Emperador vestía otra vez de frac, con la cinta roja de la Legión de Honor. La Emperatriz lucía grandes solitarios y en su negra cabellera una *aigrette* de brillantes.

El Emperador, en excelente español, me hizo mil cumplidos por haber elegido para vivir (cuando mi esposo era presidente), el Castillo de Chapultepec, pues le parecía el sitio más bello que había en México. Su amabilidad, su amplia cultura y buen humor hicieron que esa pequeña reunión (sólo había veinte invitados) fuera en extremo agradable.

Por lo tanto, Miramón no podía entender cómo, después de aquella comida en la cual Maximiliano le había demostrado tanto interés y tanta simpatía, lo hubiese dejado en disponibilidad, con la policía francesa en la puerta de nuestra casa. Sin embargo, así sucedió porque la desconfianza que le tenían los conservadores, se la comunicaron al soberano.

Hoy, amor, mi melancolía crece al comprender que el pobre austriaco no aprendió de sus errores. Te imitó en todo. Tú nunca ocultaste tu desdén hacia los franceses, aliados de los conservadores: él era más liberal que los juaristas. ¿Las consecuencias? Los rechazaron unos y otros. Y, en el momento de aflicción, se quedaron solos.

Mi esposo permaneció inactivo... Era imposible aplacar tu energía física y mental con tareas inocuas: los rosales no bastaban. Las reuniones terminaron por fastidiarte y a mitad de una plática te disculpabas: dolor de cabeza, cansancio. Si perdías en el tresillo... mejor no recordemos esa escena en que puse mi mano sobre la tuya para que no arrojaras las cartas al suelo.

Nos descarriamos. No obstante mi preñez, hacíamos el amor con desenfreno. Yo, para disminuir tus frustraciones; tú, para descargarlas. Y, como ya ninguno de los dos se andaba con melindres, alcanzamos una nueva cima.

A pesar de todo, alguna noche que fui a tu cuarto lo encontré vacío. Como las rosas y el jardín, mi cuerpo no te satisfacía por completo. Necesitabas a otra, otras...

Las escenas que te hacía azoraban a la servidumbre. Reclamos, insultos, llanto. Mis gritos llegaban hasta la cocina, seguidos por tu voz, razonable, tratando de calmarme. Tonos agudos, réplicas graves, como en una sinfonía.

¿Nuestras reconciliaciones? Largas, a puerta cerrada... Las bandejas se recogían al día siguiente con los platos casi llenos; nuestros hijos sobrevivían sin vigilancia... y los criados nunca osaron interrumpirnos para entregar un recado o resolver un pendiente.

El miedo no teñía mis celos. Ni siquiera pensaba en las enfermedades venéreas que con tus infidelidades podías contraer. Te quería para mí. Para mí sólo. Que no las cubieras con tu sudor ni oyeran tus gemidos. Que su espalda no se pegara contra tu pecho, piel contra piel, mientras te afanabas por llegar al éxtasis. Para mí. Para mí sola... **hasta noviembre, en que recibió una comunicación.**

El Ministro de la Guerra lo enviaba a Berlín con una comisión militar. Te sacaban de la política y ninguno de nosotros dos tuvo corazón para insinuarlo. Fingiste sentirte útil. Preferí la lejanía a compartirte. **El 8 de aquel mes, Miguel se despidió...** entre besos, pidiéndome perdón sin mencionar el motivo... **para embarcarse en Veracruz.**

A bordo del Luciente, 8 de diciembre de 1864.

Muy amada mía:

No obstante lo mal que saldrá ésta (ya porque nunca lo hago bien, ya por el movimiento del buque), he querido escribirte para recordar tu santo. Como no vienen aquí más mexicanos que la familia Aguilar y Garay, pienso tomar con ellos una copa a tu salud.

Dios sabe lo que he sufrido en esta separación. Dios sabe que eres irremplazable. Jamás me había podido tanto alejarme de ti. ¿Será porque sufres en mi ausencia? ¿O porque corro algunos riesgos? Prefiero mil veces esto, pues la idea de que padezcas, me atormenta mucho. Nada tengo que decir del viaje; ha sido pesado, porque continuamente llevamos mal tiempo.

La Sra. Aguilar, que se marea bastante bien, aunque no tan bien como tú, es la persona con quien más hablo. Me contó del poco caso que la Emperatriz hace de la Almonte. En cuanto a cosas menos intrascendentes, su marido apoya la consolidación del Imperio. Para lograrlo es preciso confirmar las adjudicaciones; lo cual haría entrar en las arcas del Erario 40 millones de pesos.

Dejo ésta porque ya no puedo seguir.

París, 31 de diciembre de 1864.

Muy querida mía:

¡Con cuanta ansia he deseado saber de tu salud y la de los niños! Desgraciadamente el mal tiempo ha retardado la correspondencia y me obliga a escribirte sin tener noticias tuyas.

Infórmate cuántos meses han decidido que permanezca aquí. Si fuesen más de seis, no podría vivir separado de ti; es imposible, por lo mucho que te extraño. Una vez informada, me lo avisas para arreglar tu viaje.

Te mandé una comunicación para que te den la paga de diciembre. Yo no necesito nada; respecto a la paga de enero, no sé cuándo la recibiré.

Por conducto del compadre Rincón envió unos juguetitos a mis hijos. Bésalos por mí, saluda a la familia y para ti, Concha querida, todo el amor de tu

Miguel.

Leonardo Márquez recibió una orden semejante a la de mi esposo. Debía dirigirse a Constantinopla, como Ministro Plenipotenciario, para establecer un convento de franciscanos. ¿A un oficial cruel y descreído lo ponían a fundar monasterios? Esa nota cómica hirió su orgullo militar, sembrando las semillas para su traición. No contento con esta torpeza, el soberano nombró a Fernando Ramírez ministro... ¡cuando el tal señor había formado parte de la camarilla juarista! Así, paso a paso, el Emperador alejó a los hombres más influyentes del Partido Conservador y se rodeó de enemigos.

Esta carta tampoco te la remito. Es demasiado íntima pero, si pudieras, leerías:

El parto resultó bastante fácil, Miguel. Tu madre, a mi lado, suplió a mis muertas, Mamá, mi nana Lola... Además, cumplí tu encargo: fue varón. Lo llamaremos Rafael, en honor al arcángel.

Estaba impaciente por expulsar (¡qué terrible palabra!) a esa criatura para que nada evitara nuestro amor. Te extraño como al sol, como al agua...

¡Qué estúpidas comparaciones! ¡Me haces una falta indescriptible! Entre mis piernas. Sin obstáculos. ¿De qué manera evitaré un nuevo embarazo? ¿Esos meses con el vientre hinchado, el cansancio, los pechos deformes? ¡Necesito recuperarte a toda costa! Iniciaré una lucha sin cuartel contra mis rivales, soldaderas de dieciséis, diecisiete años. Te lo apuesto: tienen los muslos duros y los pechos firmes; por si algo faltara, las inhibiciones no las limitan, como a nosotras, “las decentes”.
Aún ignoro el modo, pero borraré de tus manos la morbidez prohibida; de tu piel, una tibieza ajena; de tus oídos, palabras que yo jamás pronuncié. Si viviendo en la misma casa, en la habitación contigua, te las ingeniaste para quebrantar tus juramentos... lejos, ¿qué no harás?

Apenas me repuse del parto...

–Seguiré una dieta a pan y agua para recuperar mi figura, doña Carmela.

–Se te irá la leche, hija.

–Lo prefiero a que se me vaya el marido.

...pedí una audiencia al Emperador. Me extrañó que no hubiera más invitados, pero la Emperatriz me dijo que habían querido recibirme en la intimidad para platicar después de la comida.

El soberano alabó tu valor, tu inteligencia, la táctica genial que habías demostrado en las campañas y con lisonjeras palabras me llenó de esperanza.

–En estos momentos no podemos obrar a favor de vuestro esposo, como deseamos. Sin embargo, cuando los franceses se marchen, Miguel Miramón ocupará el puesto que le corresponde. ¡Decídselo!

Incliné la cabeza. Entonces agregó algo que me dejó pasmada:

–Comprendemos el disgusto que *Monsieur le general* tuvo al abandonar vuestro hogar, señora. Por tal motivo, nos parece que haría bien en reunirse con él.

¿Cómo? Fui a indagar el tiempo que duraría tu ausencia, ¿y me indicaban que partiese? ¿Mi presencia también los molestaba?

Expuse la dificultad que tenía de viajar con cuatro niños y poco dinero.

–**Sí, sí, lo entendemos. Todo se arreglará** –y, sin más, mencionó el clima, los colores y las frutas de nuestra tierra y otras banalidades.

Al cabo, me plegué a lo evidente. Haciendo una reverencia, me despedí de los soberanos.

Haré una pausa en esta historia, para describir a Maximiliano y a Carlota. Habiéndolos visitado varias veces en Chapultepec, pude observarlos a mi gusto. Si mis lectores aprecian mi opinión, hela aquí. **Él tenía treinta y tres años (un año menor que mi esposo). Era tan guapo que, cuando se ausentaba, hasta las plantas del jardín entristecían. Ella conocía el arte de la navegación y seis o siete idiomas, que hablaba correctamente. Sin embargo, sus desmedidas exigencias la volvían insoportable.**

La Condesa del Valle, íntima amiga mía, me contó que las damas de honor temblaban al salir a pasear, pues la Emperatriz les hacía mil preguntas:

–¿Bajo qué virrey se edificó la Escuela de Minería?

–No sé –respondía la aludida.

–¿Y la catedral metropolitana?

–No lo recuerdo, Majestad.

E insistía, pretendiendo saber hasta el nombre de las piedras de nuestra ciudad.

–La falta de respuesta le da oportunidad de afirmar que las mexicanas somos unas ignorantes. En muchas ocasiones, nos tiene en pie durante dos horas, sin importarle quiénes estamos encinta o quién tiene esos malestares comunes a nuestro sexo. Créame usted, Conchita, me fatigo tanto que me va a costar la vida.

No se equivocó: mi pobre amiga murió en su parto.

El Marqués de Corio me entregó mil pesos (cinco mil francos) para el viaje a Europa. Una vez más, debía dejar la Patria. Aunque era injusto, parecía que los cuatro angelitos que el Cielo me había dado debían participar de nuestras amarguras y trabajos. Todavía estaba en México y la nostalgia ya se aposentaba en mi alma. No obstante, existía un aliciente: te recobraría. Eso pesaba más que todas las consideraciones juntas.

El domingo antes de mi partida invité a don Bernardo y a doña Carmela. Concluida la comida, mi suegro me dijo:

–Tengo algo que quizá les sea útil –y me mostró los pergaminos que acreditaban la nobleza de los Miramón–. Toma, hija. Aquí se ríen de estas cosas; en el viejo continente, no. Se los entrego a Miguel porque se ha hecho digno de la familia a la que pertenece. Abrázalo por mí y, si no nos volvemos a ver, dile que lo bendigo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas; yo lo estreché para consolarlo. A mi suegro lo asistía la razón. Es natural que los ancianos mueran de un día para otro, por el menor percance. Sin embargo, me estremecí al descubrir sobre sus hombros las manos blancas, demasiado blancas y heladas, que lo jalaban, dulcemente, hacia la nada.

El día de la partida algunos amigos nos acompañaron a la diligencia y, con amarga tristeza, nos dijimos adiós.

Mi sorpresa fue mayúscula al no encontrar a mi esposo: se había ido a Venecia con su hermano Pedro. Don José Rincón le envió un telegrama y a las veinticuatro horas lo tenía en París. Al verme no hubo ni un saludo.

–¿Por qué llegas sin avisarme? Tus celos, ¿verdad?

–¿Y acaso me equivoco? Interrumpo un amorío, ¿verdad? –imitaba su tono de voz y sus palabras. No podía evitarlo, aunque fuera sumamente infantil.

–¡Concha, por Dios! Jamás he admitido tus acusaciones.

–Mejor. Si descubro que... Te lo juro, Miguel, no vuelvo a acostarme contigo.

Te di dos opciones: la cólera o la reconciliación. Optaste por una tercera.

–¿Por qué llegas sin avisarme? Tus celos, ¿verdad? –reiniciabas el diálogo, pasando por alto nuestras mutuas recriminaciones. Si me mostraba accesible, esa noche nos pertenecería; cada una de sus horas... nuestras.

–Un poquito de celos. Ven, dame un beso. No estés enfadado, no te quiero ver así.

Mucho después, cuando ya me habías llamado bruja, insustituible, loca, salvaje, única, cuando me explicaste (¿te explicaste?) que las personas vienen en paquete: se asumen en su totalidad o se rechazan, **le platicué cuanto había pasado en México y las promesas que me había hecho el Emperador. Por su parte, me dijo que Manuel Doblado no cesaba de hacerle las mayores instancias para que rompiera con los conservadores y se afiliara a los liberales.**

—¿No te das cuenta, cariño? Doblado pretende formar un tercer partido y que tú, Miguel Miramón, te conviertas en el instrumento de sus planes. ¿Sabes que se peleó a muerte con Juárez?

Éstas y otras proposiciones discutimos y al fin decidimos que, por principio de cuentas, Miguel debía cumplir el encargo que le había hecho el Gobierno Imperial.

En Berlín, me ocupé del cuidado y educación de mis hijos. A los mayorcitos les enseñaba las primeras letras y el catecismo. Cuando sabían sus lecciones, me acordaba de mi infancia y les hacía una obrita de teatro, que les divertía mucho.

Una cosa desagradable fue la comida. La carne mezclada con sabores dulces y las legumbres con vinagre nos causaban náusea. Así que cenábamos en la única fonda francesa que había en la ciudad, y consolábamos nuestros estómagos con un sabroso pollo asado, una excelente tortilla de huevos y un Burdeos.

Tampoco encontré agradable el orden excesivo que reinaba. Los teatros comenzaban a las cinco de la tarde y las representaciones terminaban antes de las diez, vigiladas por un militar. Entonces las calles se volvían desiertos y se cerraban fondas y cafés.

Por las mañanas, Miguel y su intérprete, visitaban los cuarteles. Tal actividad despertaba en mi marido un enorme interés. Cumplía con la encomienda de Maximiliano, pero también acariciaba su sueño dorado, es decir, establecer una armada semejante a la prusiana, cuando retornáramos a México.

En sus horas de ocio, se entretenía estudiando batallas, con soldaditos y caballos de plomo.

—Si estuvieras en la posición de este oficial, ¿qué harías?

–**Me echaría a correr.**

–**Vamos, vamos, tontita...**

–¡No me llames...!

–Vamos, vamos, preciosa, si el enemigo tomase el flanco derecho... –y me ensartabas una serie de hipótesis que me dejaban lela. Cuando tomabas aliento, fingía indignarme:

–**¿Cómo es posible que sigas pensando en guerritas?**

–**¿Qué quieres? Nací para militar.**

Y por las noches eras mío. En la misma habitación, en la misma cama. El desconocimiento del alemán nos mantenía en un capullo. Nunca estuvimos más cerca. Compartíamos comidas, paseos, baño. Veinticuatro sobre veinticuatro horas. Esa proximidad forzada nos hizo libres. Requerimos de todo ese tiempo, amor, para sentirnos a gusto con nosotros mismos, fundiéndonos en el otro, renovando las costumbres del principio, como dos recién casados. Al final descartamos restos de inhibiciones. Aceptamos la intimidad y las funciones de nuestros cuerpos porque conocíamos, íntimamente, nuestras almas.

Ese otoño de 1865 bajó mucho la temperatura. Llovía. Mis hijos, acostumbrados al clima de nuestro país, resintieron ese cambio, y Conchita, de cinco años de edad, cayó en cama con bronquitis. Mi mundo se derrumbó.

–**¿Le doy un remedio que no conozco?**

–**Mi traductor me recomendó al doctor. Dice que es muy bueno. Tenle confianza.**

–**¡Ni siquiera puedo pronunciar su apellido! ¡Nos comunicamos a señas!**

Recelaba del médico, pero obedecí sus instrucciones. Además, luché a mi manera: no me separaba de mi hija. Dormía a su lado, cogiendo su mano y susurrándole frases absurdas, suplicantes, llenas de Fe, desesperadas. **Cuando se agravó, la tomé en brazos.** Apenas cerraba los ojos, exhausta, los abría de nuevo; si me descuidaba un instante, mi hija... no, no iba a pronunciar esa palabra. Si no la nombraba, Ella no se percataría de que una niña pequeña, en un país extraño, ansiaba respirar a pleno pulmón.

Cuando fue dada de alta, yo también respiré. Sólo entonces me di cuenta de que no recé ni acudí a un sacerdote. Porque, para alcanzar el perdón divino, se requiere propósito de enmienda. Y tú engendrarías hijos en mí, pecando. Y yo los concebiría en el pecado.

Tenía sumamente disgustado a mi esposo que, trabajando a conciencia para enviar sus apreciaciones al Ministerio, ni siquiera recibía respuesta. Pero, lo que agravaba nuestra situación, era la irregularidad de su sueldo.

La política mexicana se complicaba. El Emperador, imaginando que los ciudadanos verían con buen ojo la implantación de ideas modernas, que él mismo poseía, aprobó la libertad de cultos y bienes de manos muertas, dadas por Juárez. A causa de ese desliz, la Santa Sede rompió relaciones con el Imperio y el Nuncio abandonó nuestro país.

Napoleón III ya no estaba en su apogeo. La Cámara de Diputados se oponía a la intervención en México, los Estados Unidos se mostraban descontentos por la misma razón y las relaciones franco prusianas, se hacían cada vez más tirantes.

—¿Qué pasará si Napoleón retira sus tropas antes de que tengamos un ejército que sostenga a Maximiliano?

—Una catástrofe.

Mis hijos enfermaban continuamente. Yo iba de una cama a otra, temblando de frío, y la crianza de Rafael, ese bebé rollizo que ambos adoramos, me debilitaba. Ahora, aunque comía lo que encontraba a mano, los vestidos me quedaban holgados y las ojeras ensombrecían mi rostro.

Por otra parte, la escasez que nos hacía sufrir el Ministerio y el poco o ningún caso que prestaba al trabajo de mi marido, nos decidieron a que pidiese nuestro traslado.

Llegamos a París en enero, para la abertura del Congreso. Napoleón, queriendo calmar los ánimos, pronunció un discurso anunciando que retiraría sus tropas, pues había firmado un acuerdo respecto al pago de la deuda que contrajo México con Francia. Pero se le fue en blanco agregar que los norteamericanos le

hacían mala cara y lo obligaban a traicionar al desgraciado Maximiliano, que Bazaine impidió organizar un ejército nacional, que una parte de nuestro territorio estaba en poder de los republicanos y que, finalmente, Juárez había sido reconocido como presidente constitucional, por los Estados Unidos.

Pero si a Napoleón se le olvidaron esos “pequeños” detalles, el bravo Mariscal Forey alzó la voz en la Cámara de Diputados y dijo que las tropas francesas se debían mantener en México y, además, mandar otras para consolidar el Imperio. Así lo exigían las promesas hechas y el honor de Francia.

En febrero hubo un baile en el *Hotel de Ville* y habiendo recibido billetes para asistir, mi esposo se empeñó en llevarme.

Se anunció una cuadrilla, y como en materia de caballeros no conocía a ninguno, pensé que me quedaría sentada. Cual no sería mi sorpresa al ver a un elegante oficial inclinándose ante mí.

—*Madame, vous ne me connaissez pas? Je suis Miribel.*

—Ah! *Pardon, Monsieur.* ¡Naturalmente que os reconozco! Sois el coronel que iba de Veracruz a la Habana y que estuvo a mi disposición en aquel viaje —respondí, presentándolo a mi esposo.

—Ahora también estoy a vuestras órdenes, si queréis concederme este baile.

Miramón dio su permiso y yo tomé el brazo de M. de Miribel para dirigirnos al centro del salón. Este encuentro me cambió el humor. A mi esposo no le pasó lo mismo, pues me lo encontré muy enojado. Mi alegría lo puso peor, pero Miribel no lo comprendió, redobló sus amabilidades y me llevó al bufet. Entonces subió de punto el disgusto de Miguel y sin que yo lo notara, nos fue siguiendo.

La Sra. Terreros, que se había dado cuenta de esta maniobra, se me acercó discretamente: “Su esposo la vigila. No sabía que el general fuera tan celoso”. Al oírla, tuve una especie de gustillo pues yo solía sufrir de ese mal.

Mi esposo tomó esta tontería a lo serio, y por más instancias que le hice para permanecer en el baile, me sacó de allí. En el coche me dijo:

–Señora, sépase usted que si me falta la mato.

Solté una carcajada e imprimiendo en su mano un beso, bromeé:

–¿Qué tal, señor general? ¿Le agradan a usted los celos? ¿Verdad que son imposibles de reprimir? Entonces, ¿por qué se enfada tanto con su mujercita cuando los tiene? –hubo unos instantes de silencio y luego, en otro tono–: Mírame a los ojos. ¿Crees que podría serte infiel?

Mis palabras calmaron su cólera y volviendo a su estado normal musitó, contrito: “Perdóname si he sido injusto contigo”.

Aparte de este episodio, nuestra vida en París era tranquila; poco salíamos y la única distracción de Miguel era oírme cantar.

Perturbaron nuestra paz, las noticias que llegaron de México. Don Bernardo había sucumbido a una grave enfermedad. Aún no salíamos de ese dolor, cuando nos dieron aviso de la muerte de doña Carmela. Yo, que nunca experimenté el odio que muchas nueras prodigan a sus suegros, agregué mis lágrimas a las tuyas. Solos, aislados, nos unió una desesperanza mórbida: nadie entendería nuestros sentimientos, con nadie podíamos compartirlos.

Austria y Prusia se declararon la guerra. Mi esposo, que sufría por la inacción en que estaba, solicitó que lo admitieran en el Ejército Austriaco.

Yo no creía lo que escuchaba.

–¿Me dejas con cuatro niños, sin amigos y sin dinero?

–Precisamente a eso voy: a ganar dinero.

–¿Exponiendo la vida?

–No conozco otra manera de mantener a mi familia. Soy militar, Concha.

–Jamás lo he olvidado.

–Te lo advertí antes de nuestro matrimonio...

–Si te alistás, significa que no me quieres.

—¡No inventes idioteces!

La puerta retumbó, apagando el ruido de tus pasos al bajar la escalera. Corrí al balcón. Revisé la calle... “Hasta que regrese... me aferré al barandal, perdida en mis pensamientos... no me muevo de aquí.” La criada entró y salió, diciendo cosas que yo no comprendía. Tras el oca-so, la oscuridad cubrió la calle. Después, las farolas despejaron las tinie-blas convirtiéndolas en penumbras donde resaltaban las sedas de los vestidos, los sombreros con plumas...

Aun en verano, el frío del amanecer me estremeció, pero estaba dema-siado absorta, esperándote. No me di cuenta de que tú, al fin, llegabas. Me llevaste a la cama en brazos. Luego me estrechaste, como único remedio para disminuir mis temblores. Y yo busqué tu cuerpo, porque necesitaba ese calor para sobreponerme a mi soledad.

Caí enferma con fiebres altísimas. En medio del delirio discurrí: per-manecerá a mi lado. Y lo hiciste, pues únicamente aceptaba tisanas y remedios de tu mano. A duras penas reprimías tu impaciencia, contan-do los minutos, preguntándole al médico una y otra vez, si podías mar-charta. Cuando asintió, partiste. Sin decirme adiós.

Fue la criada la que me dio esa noticia. Entonces, ¿para qué te llamaba a gritos si no acudirías? Juré no perdonarte, mas tu ausencia borró mi despecho. Ansiaba saber de ti.

Llegando a Viena, me dirigió la siguiente carta:

Viena, 4 de julio de 1866.

Querida mía:

No obstante haber cabalgado 36 horas sin parar, he llegado tarde para presenciar las últimas batallas que han sido adversas al Ejército Austriaco. Me has privado de asistir a este gran drama. ¡Qué diferencia si en lugar de salir el lunes 2 de julio lo hubiese hecho el sábado 22 de junio! Debes tener remordimientos por no haberme dejado venir antes. Nunca vuelvas a oponer tu amor a nuestra separación. Esas cosas, pasado el momento, cobran un significado enorme.

Escríbeme directamente al Hotel del Archiduque Carlos o a la Legación de México.

Besa por mí a nuestros hijitos y cuídate mucho

Miguel.

A pesar del “querida” esa carta revelaba el enojo de mi esposo. Jamás habrías escrito esos reproches, si no los hubiera engendrado tu rencor. Estábamos lejos uno del otro; no por la distancia, por un pleito. Sin embargo, me alegró saber que no habías participado en una batalla. Tu vida era lo único importante: la reconciliación vendría después. Así que... te equivocaste, amor, no sentí remordimientos.

Viena, 16 de julio de 1866.

Muy querida mía:

Ayer pasé un día de muy mal humor, porque recibí carta de Gutiérrez Estrada, y no tuya.

He tenido noticias de México, pues leo cuatro periódicos diariamente adonde tomo café. El desacuerdo entre Bazaine y el Emperador Maximiliano es completo. Si hubiera dado oídos a los que le aconsejábamos formar su propio ejército, hoy no le importaría que los franceses lo abandonaran.

Vamos a lo nuestro. No quiero decírtelo para que no te pongas orgullosa, pero si algo me falta, eres tú. Dile a Miguel que me escriba y me pida lo que quiere para él y sus hermanitas, pues ya lo olvidé. A Conchita, a quien tanto quiero porque lleva tu nombre, le escribiré en el próximo correo. Dales a todos muchos besos. Cuídate mucho y recibe el amor de tu

Miguel.

La paz no se había firmado a causa de la ambición de Prusia; las hostilidades continuaban. ¿Qué haría mi esposo si lo admitían en el Estado Mayor? ¿Combatiría en la batalla decisiva? ¿Y si una bala me lo mataba?

El miedo, como un martillo que golpea incesante, metódicamente, aplastó mi pequeña Fe. Los círculos, que se habían repetido a lo largo de mi vida,

mostraban un patrón inconfundible: cuando esa virtud teologal disminuía en mi alma, su recuperación nunca igualaba el tamaño de la pérdida. Ya no me refugiaba en los rezos y descarté el confesionario. Te quería conmigo, con la urgencia de un instinto básico. Tú eras mi bien, la salvación. Pensando en español, me aturdí hablar francés. Apenas probaba la comida. Noche a noche velaba a mis hijos, porque no soportaba encerrarme en mi habitación para recordar tu ausencia. Muda, hambrienta de ti, alucinada, perdí contacto: la realidad (tú, mi realidad eras tú) se desvanecía. Temiendo que mi tristeza fuese una premonición (¡estabas en peligro, morirías!), me resolví a mentir. ¡Dios mío, como pude recurrir a ese subterfugio! Con la inconsciencia de una demente, **mandé a don Gregorio Barandiarán, nuestro ministro en Viena, un despacho telegráfico, pidiéndole le avisara a mi esposo que Rafael se encontraba gravemente enfermo. Apenas recibió la noticia, Miguel, asustadísimo, emprendió el viaje. Dos días después, a las seis de la tarde, estaba en París.**

No fue poca su sorpresa al ver que nuestra pequeña familia se encontraba en perfecta salud. Miguel te tiraba de la manga:

—¿Qué nos trajiste?

Y la Conchita gritaba:

—¡Cárgame, cárgame, papá!

Como si no existieran, me observaste:

—¿Hasta esto has llegado para tenerme pegado a tus faldas? ¡Usaste a mi hijo para un engaño!

Tu voz resonaba con una ira helada, a duras penas bajo control. Aquel sonido desconcertó a los niños.

—A ver si no provocas una desgracia.

Guardamos silencio. Desde ese momento, la casa se vistió de luto.

—Sírreme la cena.

—Miguel...

—La cena.

No hubo manera de que me miraras, de que intercambiáramos una palabra. **Disimulando su enojo, se fue a la cama.**

Esta vez el problema no se arreglaría con lágrimas. Me prometí contentarte. Entonces otra voz (¿o fue la tuya?), susurró, dulcemente cruel,

tiernamente sádica: “Guarda tu dolor intacto. Pronto habrá ocasión de mostrarlo”.

Tenía la costumbre de ver a mis hijos antes de dormir para darles un beso y bendecirlos. Al entrar al cuarto de Rafael, lo encontré sentado en su camita con el semblante descompuesto, la mirada vaga. Dos líneas amoratadas surcaban sus mejillas, y un vómito incesante lo atormentaba. Corrí a despertar a mi esposo; al oírme balbuceó algunas frases y se quedó dormido. Ambos sabemos que no fue así. Ésta es la realidad: me eché sobre la puerta, golpeándola con mis puños.

—Miguel, el niño se muere.

Y tú contestaste (memoricé cada burla, cada amenaza):

—Concha, no hagas que pierda la cabeza. Inventa un cuento distinto. Ése está muy trillado.

Loca de pena hice levantar al mozo, para que llamara a un médico. Llegó una hora después y, cuando vio al enfermo, declaró: —Le colera.

En esto amaneció y el movimiento que había en la casa despertó a mi esposo.

—**¿Qué ocurre?** —preguntó, al abrir la puerta de su cuarto.

—**¡Ay de mí! ¿Por qué te engañé? Mi embuste se ha convertido en verdad: ise nos muere Rafael!**

—Cálmate —me cogió las manos, inmovilizándome—. Las mentiras no matan. No tienes la culpa de...

—Atraje esta desgracia.

Casi a rastras me llevaste ante el médico.

—Explíquele a mi mujer cuál es la enfermedad de mi hijo, su origen...

—¿Del cólera?

Palideciste. El golpe te atontó. En un tono distinto, indagaste:

—¿Qué puedo hacer, doctor?

—Llévese a los niños. Aquí se contagiarán.

—No conocemos a nadie.

Mi marido apeló a la caridad de los vecinos. Mme. Gautier ofreció asilo a Miguelito y sus hermanas. Los tres rehusaron irse con una

desconocida. Se agarraban a mi vestido, gritaban. Hubo que prometerles que al día siguiente iríamos a recogerlos.

Mientras, el mal seguía su curso, como si se apegara a un manual de medicina. **Mi pobre Rafael, que no había perdido el conocimiento, pretendía consolarme y tomando la punta de la sábana, me enjugaba las lágrimas.** Por tercera vez, llamaste al médico. El pobre hombre nos miró, triste.

—*Monsieur le general*, he agotado todos los recursos.

El tierno cuerpecito de mi hijo se heló. Lo abracé tratando de comunicarle mi calor, de sofocar sus temblores con el cerco de mis brazos. **Sus ojos se cerraron y a las treinta horas de haber caído enfermo, ivoló al cielo!**

Lo enterramos en el cementerio de Saint Germain. Sobre su lápida quedaron escritos estos versos:

**Tu madre llora
sin hallar consuelo.
Tú se lo alcanzarás,
allá en el Cielo.**

Regresé contigo a casa, amor. La niñera me dio el pésame, mientras Miguelito preguntaba:

—¿Dónde está mi hermano? ¿Ya se alivió?

Mi mente no funcionaba con la rapidez adecuada, quizá para aminorar mi pena; pues, si la captaba en toda su profundidad, la culpa me enloquecería.

—Dos años. Rollizo. Fue al único al que amamanté el tiempo completo de la crianza. Tres idiomas. *Il parlait Français et Allemand avec vous, mademoiselle.*

—*Oui, madame.*

—Conmigo hablaba español. Risueño, sano... treinta horas.

—¿Dónde está mi hermano, Mamá?

Cerré las cortinas, pero no fue suficiente; entonces, me oculté bajo las sábanas. “He agotado todos los recursos.”

—Concha, abre la puerta.

No distinguía la luz. Ni la oscuridad.
“Sin hallar consuelo.”

En aquellos días llegó a París el general Almonte, que había sido enviado por el Emperador Maximiliano para pedir a Napoleón III que prolongase por cinco años la estancia de las tropas francesas en México. Sus esfuerzos fueron vanos.

—Concha, tienes que comer, salir. ¡Haz un esfuerzo!

Maximiliano, viéndose abandonado, suplicó a su hermano, Francisco José, que le enviase una legión compuesta por oficiales austriacos. El Emperador de Austria accedió gustoso.

—Concha, tienes tres hijos que te necesitan.

—¿Y tú? ¿Me necesitas?

—Eres mi vida.

Apenas se conoció esta medida, Washington protestó contra la disposición de mandar súbditos austriacos al Ejército Mexicano. Francisco José, no deseando tener dificultades, desistió.

—Miguel, yo atraje esta desgracia. Yo maté a Rafael.

—¡No! No lo repitas.

—Tú lo dijiste. Me acusaste...

—Perdóname. No sabes cuánto me reprocho esa crueldad.

Aquel año terminó la presidencia de Juárez y lo sustituyó el general González Ortega, don Benito, que amaba entrañablemente el puesto que ocupaba, se negó a dejar su adorado sillón. Y no sólo se negó, puso fuera de la ley a González Ortega y sus partidarios.

—No necesité que la Muerte invadiera mi casa. Le abrí las puertas de par en par.

—Perdóname. Dije esa tontería porque estaba furioso. Y, cuando la ira me ciega, hago cosas de las cuales me arrepiento después.

Me acariciaste las manos, la cara, hasta llegar a mi boca. Un beso. Principio y fin. Origen de todo amor.

En una de las reuniones del Congreso de la Unión Norteamericano se trató este asunto y se decretó, por mayoría de votos, que el presidente de la República Mexicana, debía ser Juárez (lo subrayo

para que conste la codicia de don Benito) y, para que este ínclito ciudadano, **nombrado por nuestros vecinos del Norte** pudiese destronar al Emperador Maximiliano, Washington le facilitó la modesta suma de veinte millones de pesos.

Me obligaste a vivir.

¿Con qué derecho los americanos tuvieron la insolente desfachatez de nombrar un presidente de una nación que no era la suya? ¿Y qué país que se respeta podía sufrir semejante afrenta? ¿Y cómo un partido político llevó su ceguera hasta hacer de Juárez, el servil, un ídolo?

Volvimos a amarnos. Con desesperación. Para recobrarlos, para rescatar la vida que perdíamos con la muerte de nuestro hijo. Jamás nombrábamos al ausente, al vacío que se aposentaba en lo cotidiano quitándole sentido... al alivio que, como un espejismo, estaba siempre al alcance de la mano. Pero no lo lográbamos sujetar. Nuestro consuelo había quedado grabado en una tumba, a perpetuidad, en tierra francesa. **Algunos liberales honrados y de buena fe desertaron de su partido; otros protestaron enérgicamente. El diputado Aguirre, en plena Cámara opinó que lo que Juárez había hecho, era una perfidia, una traición a la Patria.**

Te traicioné, querido hijo, mi adorado Rafael. Ansié substituirte. Concebí para que, en otra criatura, borrara tu recuerdo.

Maximiliano recibió noticias de la capitulación de Mejía en Matamoros, la derrota de las tropas imperialistas en Santa Gertrudis y la entrada de Juárez en Chihuahua. Estas nefastas nuevas lo afectaron tanto, que decidió renunciar al trono. Su ambiciosa mujer le hizo una formal oposición. Sencillamente, no aceptaba la idea del triste porvenir que les esperaba en Europa.

El Emperador no quiso escuchar aquellas razones, tomó la pluma y escribió su abdicación; sin embargo, al momento de firmar, su esposa le detuvo la mano e impidió que lo hiciera.

Días después, la Emperatriz partió para Europa. Pretendía conseguir lo que Napoleón le negó a Almonte, la continuación del apoyo militar en México.

Ahora que recapacito y veo la situación a distancia, me doy cuenta de los defectos que doña Carlota y yo compartimos. Por bonitas, conquistábamos a quienes nos rodeaban, obteniendo favores imposibles para otras. Así, nos acostumbramos a que nuestras caprichos siempre se cumplieren. Nadie nos enseñó estas dos virtudes: humildad y paciencia. Por la posición social que ocupábamos, la gente debía obedecernos.

El 7 de agosto de 1866, la soberana llegó a *St. Nazaire*. La esperaban el general Almonte y su señora, quienes la llevaron al Gran Hotel, donde le habían reservado un lujoso alojamiento para ella y su Corte.

Napoleón no quería ver a la Emperatriz y sólo a instancias de su esposa Eugenia, accedió a recibirla. El coloquio que sostuvieron fue penoso y acabó en una completa negativa. La Emperatriz volvió al Gran Hotel en un estado de agitación que alarmó a sus acompañantes. Al no poder doblegar la realidad a su antojo, se refugiaba en trágicas fantasías. Como postrer recurso, decidió ir a Roma, para suplicarle al Papa que la apoyase.

Pio IX, desilusionado por el Gobierno Imperial (que había sancionado las Leyes de Reforma, dando motivo a una ruptura con la Santa Sede), se negó a interesarse por una causa perdida.

¿Lo ves? Se recurre a cualquier expediente, amor, con tal de salvar al hombre que amamos. Humillaciones, rechazos... todo nos parece poco. Las preocupaciones que había tenido la soberana en aquellos meses, su orgullo ofendido, el peligro en que se encontraba su marido, determinaron el extravío de su razón.

El Santo Padre dio parte a Austria y Bélgica de lo que sucedía y el conde de Flandes, hermano de la Emperatriz, fue a Roma, para conducirla a un asilo.

La situación financiera en que se encontraba el erario del Gobierno Imperial, dio lugar a que faltara el sueldo de mi esposo y esto, unido a la carestía de París, hicieron imposible nuestra permanencia en Francia.

Ignorando lo que nos esperaba en nuestra Patria, con gran tristeza dejamos Europa. Éramos como un barco sin vela, ni timón. A fines de septiembre desembarcamos en La Habana. Varios amigos nos aseguraron que si Miguel llegaba a Veracruz, entraría fácilmente al país. Esa opinión me pareció descabellada, pues estando mi esposo cumpliendo una misión en Europa, no podía volver sin ser llamado. Inútiles fueron mis advertencias, mis ruegos, mis lágrimas. Miramón salió de la Habana formando nuevas y halagüeñas ilusiones. Yo sentí, al entrar al barco, que subía el primer escalón de mi calvario.

QUERÉTARO

En México, las arcas estaban exhaustas a causa de los enormes gastos que originaban los invasores, más aquéllos que ocasionaba la Corte. Apenas supieron los juaristas que las tropas francesas se retiraban, y ya con los millones de los Estados Unidos en la bolsa, se esparcieron por todo el país.

En octubre de 1866, Porfirio Díaz ocupó Oaxaca; en noviembre, los liberales ganaron Colima, Jalapa, Mazatlán... Los negros presagios del Emperador no lo habían engañado.

Una tarde, el Dr. Basch lo encontró llorando.

—¿Habéis oído hablar de Riedel? Es muy famoso en Viena.

Cuando oyó ese nombre, su médico comprendió el motivo de aquellas lágrimas. Aunque hubiera deseado fingir ignorancia, lo contrariaban las mentiras.

—Dirige una casa de dementes —respondió.

—Según su diagnóstico, mi desventurada esposa ha perdido la razón.

Abandonado de la suerte, agobiado por el dolor, indiferente a cuanto pudiese acontecer, Maximiliano no hallaba consuelo, excepto en la idea de reunirse con la Emperatriz. Adoptando esa decisión, la comunicó al Consejero de Estado. Herzfeld no sólo aprobó la abdicación sino que transmitió su urgencia al soberano quien, esa misma noche, a las dos de la mañana, salió con dirección a Orizaba.

Cuando Bazaine supo que el Habsburgo se había marchado, obligó a los ministros a que permanecieran en sus puestos, para evitar desórdenes públicos.

Ésta era la situación en tanto surcábamos el océano. Mi alma, en otras ocasiones ansiosa de pisar nuestro suelo, sentía una oscura tristeza.

–Admitamos el fracaso del Imperio, del Partido Conservador, de nosotros mismos, Miguel. ¿Para qué regresas a un país donde no tienes amigos y tus enemigos han ganado la partida?

–Yo todavía no acepto esa derrota, Concha.

El Sr. Bauret, prefecto de Veracruz, nos exigió el permiso para desembarcar. Aquella medida, que causó disgusto a mi esposo, fue para mí motivo de contento, pues lo veía libre de peligro. Bien poco me duró el gozo, porque Miguel recibió un despacho telegráfico:

General Miramón,

Os felicito por vuestro regreso al país y deseo que, cuanto antes, se presente en Orizaba.

Maximiliano.

Entonces, me resigné. Había empleado todas las tretas y armas a mi alcance sin resultado. Además, me invadía una convicción fatalista: “No puedo evadir mi destino. Que sea lo que Dios quiera”.

No terminábamos de vaciar las maletas, cuando Maximiliano mandó llamar a mi marido. En esa entrevista, Miguel le comunicó su entereza.

–Yo luché con menos recursos de los que tiene el Imperio y, con tropas disciplinadas, pacifiqué casi la totalidad de este territorio. Si no hubiera sido porque Juárez vendió nuestra soberanía a los Estados Unidos, dando lugar a la traición, en Antón Lizardo, mi causa habría triunfado.

Tu entusiasmo, tu ardiente confianza en el triunfo y en tus capacidades, desbarataron los titubeos del austriaco. Te contempló con admiración, quizá avergonzándose de su propia cobardía.

–Por otra parte, los conservadores siguen trabajando para que vos permanezcáis en el país –no lo engañabas. Ciego a aquello que se opusiera a tus planes, fincabas tu confianza en el honor de tu partido. Nunca creíste que los tuyos también te traicionarían.

Maximiliano señaló las cartas apiladas en varios montones.

–De las municipalidades aún bajo nuestro poder, llegan oficios rogando que renuncie a la abdicación.

–Bien podían haber guardado silencio o rebelarse, Majestad. Han optado por apoyaros.

Casi sin esfuerzo, imbuiste en ese hombre débil un nuevo optimismo. No comprendías (y eso te costó la vida) que así como su ánimo cambiaba ante tus palabras, así variaría ante personas con mayor decisión que él.

En Orizaba, el Emperador se convirtió en un simple particular. Se levantaba temprano y paseaba a caballo; frecuentaba a poquísimas personas, y no asistían a su mesa más que dos o tres íntimos. Por las tardes salía en coche al campo. Se apeaba donde abundaban las palmas, un sinnúmero de flores silvestres y las mariposas que hermo세aban aquellos apacibles sitios.

En una ocasión, estando con mis hijos por esas praderas, a poca distancia, lo descubrí. Empuñaba una redecilla, con la cual tomaba en el aire algunas mariposas, las clavaba en alfileres y de allí iban a morir en la bandeja que sostenía su lacayo. Tan encantado iba en su trabajo, que no me vio y así pude contemplarlo. Su sencillez acaso fuera admirable en un príncipe; su apatía resultaba imperdonable en un gobernante. Como soberano debía estar resolviendo los terribles problemas que asolaban su trono. O, al menos, intentándolo. Ciertamente, Bazaine lo tenía atado de pies y manos; mas ¿hubiera sido igual con un dirigente de mayor aplomo?

Mientras, los republicanos no perdían tiempo. Intrigaban contra mi esposo e infundían desconfianza en el Emperador. Esto, que para mí era obvio, tú no lo percibías, amor. Y yo me desesperaba ante la lealtad inamovible, total, que entregabas a un pelele de sangre real. Sí, ya para entonces empecé a despreciarlo. Su indolencia me alteraba los nervios e, imitando a Carlota, intenté demoler los obstáculos para que me obedecieras. Te sofoqué con mis súplicas, argumentos, propósitos, discusiones, quejas. Ella consiguió que Maximiliano permaneciera en México. Yo no logré que partieras.

Veía a mi marido al borde de un precipicio. Por lo tanto, seguí buscando la manera de salvarlo.

Un día que Miguel fue a una excursión, llamé al padre Fischer, a la sazón Jefe del Ministerio, y le rogué que lo despachase fuera del país.

—¿Cómo quiere usted, señora, que haga semejante cosa cuando tengo la certeza de que, con la ayuda del general, se puede salvar este embrollo?

Imaginé oír a Napoleón III refutando la solicitud de Carlota: “¿Cómo queréis, *ma très chère Madame*, que os ayude cuando las tropas francesas no pueden salvar la situación en México?” Rechazando nuestros ruegos, condenaron a nuestros esposos.

A pesar del entorno idílico de la ciudad, esos campos verdes donde la fertilidad compite con la abundancia, nunca tuvimos sosiego. El miedo me impedía vivir y, no obstante de mis esfuerzos, comunicaba mi nerviosismo a mis hijos y a la servidumbre. De manera que deambulábamos como si en cualquier momento una crisis estuviera a punto de explotar.

Una noche nos despertaron los fuertes golpes que daban en la puerta.

—¿Quién es?

—García Aguirre, mi general. Traigo una comunicación urgente de Su Majestad.

Miguel se vistió y salió del cuarto. Después de algunos minutos, volvió a entrar, demudado.

—¡Figúrate! El Emperador ha recibido un aviso: Bazaine me quiere encarcelar porque yo evito que Maximiliano abdique. ¡Pamplinas! ¡Ni siquiera merezco que el Emperador me entregue un batallón y me acusan de influir en sus resoluciones!

—¿Y qué vas a hacer?

—Maximiliano ordena que me oculte.

No accederías. Tú siempre luchabas cara a cara.

—Miguel, Bazaine te encerrará en una celda. Preso, ¿de qué servirías? Apretaste los puños. Tu frustración te hizo palidecer.

–Prepárame un maletín. Mañana te escribiré diciéndote dónde mandes mis uniformes.

Pero Miguel no podía permanecer escondido. Odiaba todo lo que oliera a apocamiento. Así que, **sabiendo que el Emperador salía a pasear por las tardes, se dirigió a su encuentro. Cuando lo vio apearse del caballo, Maximiliano lo reconoció.**

–¡Miramón!

–Sí, señor, soy yo –no hiciste una pausa ni perdiste tiempo en ameni-
dades—. **Vengo a suplicar a V. M. que me permita retirarme a la vida privada, pues no quiero causarle disgustos con los franceses.** El soberano, sin captar que tu honor había sido puesto a prueba de una manera indigna, replicó con una bonhomía totalmente fuera de lugar.

–Allons, allons, mon general, tened, como yo, un poco de paciencia. Pronto nos libraremos de Bazaine; por ahora, volved a casa, que ya me entenderé con el mariscal.

Otro hecho me dio una ráfaga de esperanza. Un oficial de caballería suplicó a mi esposo, a su nombre y al de muchos compañeros, que desistiera de servir al Emperador.

–S. M. abdicará sin que le importe nuestra suerte. No nos duele morir luchando por los ideales que sostuvimos junto con Gutiérrez Estrada, Francisco Arangóiz, don Lucas Alamán, Velázquez de León, Paredes... pero nos enoja estar indefensos. Deseamos ponernos bajo sus órdenes, general.

Apoyaste una mano sobre su hombro para atenuar tu negativa.

–Ni como caballero, ni como hombre de honor, acepto esa proposición. No formaré un batallón sin el permiso de nuestro soberano. Pero, si el Emperador abdica, entonces cuenten conmigo; nunca antes.

–¿Y no le subleva que usted, y una gran mayoría de nuestros correligionarios, hayan sido expulsados, o puestos a buen recaudo, durante el tiempo que duró la prosperidad del Imperio?

–Las injusticias lastiman, mas no justifican una traición. He dedicado mi vida a sostener el gobierno legítimo, elegido por la mayoría; mi conducta no variará.

Ésas eran las respuestas que provocaban mi admiración: tu lealtad a toda prueba, en las buenas y en las malas... Ahora, ya muerto, cuando es imposible mentir, me gustaría indagar: y a mí, ¿me fuiste fiel? ¿Merecí que nadie se interpusiera entre nosotros? ¿A tus queridas no les diste un momento de cariño, una palabra agradeciendo su entrega? ¿O es verdad que, para los hombres, la prostituta ocasional no significa nada?

El Emperador exigió que se reuniesen los miembros de los diferentes partidos, a fin de que decidieran qué opción debería adoptar. Pero, ¿cómo tendría lugar esa asamblea, cuando casi todos los Estados estaban ocupados por los republicanos?

En ese momento crucial, Maximiliano recibió una carta de su madre, la Archiduquesa Sofía. Le aconsejaba sepultarse en los escombros de México antes que regresar a Europa, sin trono y sin gloria. El adorado Max, su consentido, sería un estorbo para la familia. Fue el golpe de gracia; el soberano renunció a la abdicación. Resuelto ese punto, se empezó a organizar un ejército que pacificara el país, lo cual dio por resultado la división del territorio en tres partes. Miramón defendería el norte, los Departamentos de California, Sonora, Chiapas, Chihuahua, Nazas, Durango, Nayarit, Jalisco y Colima. Para formar un ejército, mi esposo no contaba con un sólo soldado, un fusil o un cartucho. Leonardo Márquez estaba nombrado para mandar la segunda división con seis mil soldados. El general Mejía dispondría de un efectivo de cuatro mil hombres.

Mientras, Bazaine comprendió que su protegido ya no cambiaría de opinión: Maximiliano permanecería en México. Por lo tanto, exigió el pago de la deuda en que había incurrido el Imperio. Mandó comisarios a las aduanas, con órdenes de que, por bien o por fuerza, se pagasen las sumas que se debían a Francia.

Yo que vislumbraba el laberinto en que se iba a meter mi esposo, lo conjuré a que se retirase a la vida privada.

—Estoy esperando a nuestro sexto hijo y no tengo con qué mantenerlo. Ni a él ni a los demás. ¿Te parece correcto que me asile con mi familia... que nunca te ha aceptado por completo?

–Concha, todavía no estoy muerto. No te dejaré en la penuria, tenlo por seguro.

–No se trata de dinero únicamente. Sin ti, ¿cómo voy a educarlos? Entre liberales, se volverán rojillos.

–Cuento contigo para que conozcan mis ideas. Después, y a una edad conveniente, que piensen como les parezca.

Tu tranquilidad, el modo en que desbaratabas mis argumentos, me sacaban de quicio. Perdiendo el control, intentaba herirte en lo más hondo.

–¿Qué ejemplo le heredarás a tu primogénito? ¿El de un fracasado?

Te sonrojaste y, en ese instante, te costó un gran esfuerzo mantenerte calmado.

–La derrota no implica, necesariamente, un fracaso, Concepción. Hay veces en que es preferible morir con la frente alta a vivir en la deshonra.

–¡No me cites frases célebres!

–Y yo que creí que acababa de inventarla –exclamaste, intentando bromear.

Aquello no iba a componerse con risitas. Prolongué el pleito, pero **no le valieron a mi esposo ni razones, ni caricias, ni enfado**; por fin, harto, dando un portazo saliste de la casa.

Tampoco mi cólera tenía límites. Agarré un florero y lo arrojé al suelo. Hice lo que siempre me pareció una estupidez: destruí un objeto valioso. Me encogí de hombros, como si no me importara; al mismo tiempo, me solté a llorar. Los sollozos me sacudían. No me amabas. “¡Mentiste!”, te acusé, contemplando los pedazos de porcelana que salpicaban la alfombra. “¡Si me quisieras un poquito, no me harías sufrir de esta manera!” Mientras recogía las flores, avergonzadísima de mis actos, **resolví marcharme a la Capital, en tanto mi esposo se entregaba a las quiméricas ilusiones de salvar el Imperio.**

Estaba en el cuarto mes de mi embarazo, y por ese motivo Miguel me sacaba a hacer ejercicio. Aquella noche cenamos en silencio y, al terminar, me tendiste mi capa y el sombrero... como si nada hubiera pasado. Siguiendo con la farsa, me apoyé en tu brazo. Formábamos la pareja perfecta: un apuesto general paseaba con su esposa embarazada. Ambos, muy sonrientes, saludábamos a los oficiales que

se cruzaban en nuestro camino. Nadie supo nunca que me tragué un río de lágrimas.

Al pasar por la administración de las diligencias, entré al despacho y le dije al empleado que me pusiese aparte cuatro asientos en la que debía salir para México.

Mi esposo no hizo la más mínima observación. Pero al salir me dijo con gran disgusto:

—¿Con que decididamente se marcha usted?

—Sí —contesté y no nos volvimos a hablar en toda la noche.

Al día siguiente, con el pretexto de los preparativos del viaje, pocas palabras le dirigí, sin embargo de que él buscaba la manera de aplacarme.

Mi marido nos acompañó a la diligencia, llenando de caricias a nuestros hijos. Al momento de subir, me quiso abrazar, pero yo me retiré de sus brazos y entré al carruaje. No se dio por vencido. Trepándose sobre la rueda, trató de darme un beso; entonces lo rechacé mordiéndole la mejilla.

Te llevaste la mano a la cara y luego, azorado, contemplaste tus dedos manchados. ¿Sangre? Tu incredulidad me ayudó a medir la magnitud de tu desencanto. Considerabas esa humillación mucho más terrible que una injuria. La dama, la señora, desaparecía para convertirse en una verdulera.

Ibas a decir algo; te interrumpí:

—Y haría cosas peores con tal de salvarte.

Así me separé del hombre a quien tanto amaba.

Apenas echó a andar la diligencia, prorrumpí en un llanto que no lograron calmar las caricias de mis hijos.

—¿Por qué no viene con nosotros Papá?

—Tu padre permanecerá en su puesto para sostener sus ideales

—repliqué, sabiendo que el niño no me comprendería. Sin embargo, era urgente repetírmelo porque de lo contrario te odiaría, amor, y sin ti... Dios mío, sin ti...

Mi llegada a México fue espantosa. Aún se encontraban algunas tropas francesas en la Capital, lo cual me causó profundo disgus-

to. Mis hermanos mayores y varios de mis mejores amigos ya no eran en este mundo.

Sola, rechazada, triste, **reanudé las relaciones con mi abuela y mis tías, hermanas de mi Madre, con las cuales estaba en quiebra desde antes de mi matrimonio.**

Presentí que la reconciliación sería difícil; por eso me preparé, cual si actuara en una obra de teatro. Elegí un vestido sobrio y a mis hijos los acicalé de tal manera que se hubieran confundido con tres ángeles. Una extraña emoción me estrujó ante la puerta de la casona de los Par-tearroyo. Esa mansión había sido un refugio durante mi infancia y primera juventud y ahora volvía a ella desamparada, igual que de niña.

—Dígale a doña Dolores que quiere verla su nieta —le ordené al portero, dándole mi tarjeta.

Regresó a los pocos minutos.

—Mi ama dice que las puertas de su hogar siempre han estado abiertas para la señora Miramón.

Mi abuela, con bastón, aunque tan majestuosa como antaño, me recibió al pie de la escalera. Entonces nuestros sentimientos fluyeron: nos abrazamos, reímos, hablábamos al mismo tiempo.

—¡Y no te atrevas a contradecirme, Concha! Te mudarás aquí hasta que tu marido venga a recogerte.

Mi estancia me devolvió la paz que tanto necesitaba. Mis tías y los criados consentían a mis hijos; a mí me alimentaban “por dos”. Sobre todo, me rodearon de cariño. Sintiéndome segura, mis pesadillas cesaron. Dormía doce horas seguidas y despertaba con hambre.

Durante las comidas nunca discutimos sobre política. Mis tías se referían a ti como “Miguel”, “tu esposo” y, desde luego, el padre de esos niños que hacían las delicias de la familia. Mi abuela les demostraba un cariño inmenso, maravillándose de tener biznietos.

—He enterrado a muchos seres queridos. ¡Es el precio por vivir tantos años! —suspiró—. Pero tus hijos, la promesa de que, de alguna manera, nos prolongamos en ellos, me proporciona una dicha enorme.

A los tres días, recibí estas cartas:

Orizaba, 30 de noviembre de 1866.

Muy querida Concha:

Supongo que hoy estarás más tranquila que antes de separarnos y que te habrás arrepentido del mal rato que me hiciste pasar al despedirte de mí.

No puedes tener idea de lo que me pudo tal ocurrencia; sobre todo, por la injusticia con que me trataste.

Te ruego que te calmes.

Mismo día, más tarde

¿Cómo te fue con el movimiento de la diligencia? ¿Lo soportaste? ¿Mis hijos te han dado mucha guerra? Ya los extraño y sobre todo a mi mujer a quien hago sufrir lo indecible.

No olvides a quien te quiere

Miguel.

Orizaba, 2 de diciembre de 1866.

Muy querida mía:

El emperador se queda definitivamente en México. Sintió no verte antes de que te fueras. Ayer me hizo prevenir que debía salir para la Capital; por consiguiente, a tu pesar tendré el placer de abrazarte. Muy mal me has juzgado y espero que me harás justicia.

Escríbeme. Deseo saber si llegaste buena, así como mis hijos. Salúdame a los amigos y hermanas, besa por mí a mis hijos y recibe el corazón de tu

Miguel.

A la semana llegó un despacho anunciándome tu arribo. No me alegré: hoy estabas conmigo; mañana te marcharías.

Mi abuela y mis tías, que no conocían a mi esposo, cuando lo trataron se enamoraron de su bondad y agradable carácter. Por nuestra

parte, aparentamos ser felices para que nada turbara aquella tregua.

Con el fin de cimentar esa reconciliación, organizamos una comida. Entre mi familia y algunos amigos, nos sentamos 13 a la mesa.

–¡Qué horror! –exclamó una tía–. ¡Qué se levante alguno!

–No –dijo Miguel, que le gustaba embromar–, si la Muerte viene, me escogerá porque soy el más joven de los hombres.

Las miradas convergieron en mí. Todos, excepto tú, comprendíamos que no existía la posibilidad de ganar esa guerra contra los juaristas, financiados por los norteamericanos. Quizá empleaste esa chanza para prepararme o, acaso, ¿ya habías renunciado a la vida?

En diciembre, Miramón recibió la orden de marchar al Interior con 400 hombres, los únicos que había conseguido reunir. Los oficiales que lo acompañaban, llevaban sólo sus pistolas, y a quienes les faltaban las espadas, se armaban de garrotes.

Yo acompañé a mi esposo hasta la garita y cuando se bajó del coche para montar a caballo, se presentó ante nosotros un sargento francés.

–*Monsieur*, por orden del Mariscal Bazaine no se le permite salir de esta ciudad.

–*Monsieur, le general* –lo corregiste–. Le suplico use ese título al dirigirme la palabra.

El majadero se cuadró y tú, con voz tranquila, aclaraste:

–No obedezco las órdenes del mariscal porque no tiene derecho a mandarme. Es un extranjero sin posición oficial en nuestro gobierno –giraste sobre la silla y le dijiste a un ayudante–: Ve al Ministerio de Guerra y da parte de lo que ocurre.

Al cabo de una hora, el edecán trajo la orden para dejar salir a mi esposo.

No paró aquí la maldad de Bazaine: mandó echar agua a la pólvora, clavar los cañones que estaban en la garita y destruir los fusiles. ¡Pobre Maximiliano, víctima de la política napoleónica! Después de sentarlo en un trono, su protector lo abandonaba, privándolo de medios para la defensa.

Cuauttlán, 29 de diciembre de 1866.

Muy querida mía:

Anoche no pasamos de Tlalnepantla y hoy, a pesar de mis esfuerzos, no he ido más aprisa, porque las mulas de la artillería (brutas las más) no jalaban lo suficiente. Hemos andado tres leguas y media ien 7 horas!

Supongo habrás encontrado el antejo que dejé olvidado, mándame-lo por la diligencia hoy mismo.

¿Qué quieres que te diga sobre lo mucho que te extraño? Todo sería poco, por consiguiente, anhelo concluir lo que tengo que hacer, para volverte a ver.

Mil cosas de cariño a la familia, mil besos a mis hijos, y tú recibe el amor de tu

Miguel.

En esa época te escribía mensajes que nunca te envié. Eran muy cortos, llenos de amargura y decepciones. “No me digas que me extrañas. Si lo hicieras, estarías conmigo.”

Hacienda del Sauz, 3 de enero de 1867.

Muy querida mía:

No he tenido una sola letra tuya y me temo haya sucedido otro tanto contigo; sin embargo, procuro por todos los conductos que sepas de mí.

A juzgar por el número de familias que se retiran y por el espanto que tienen, concluyo que los juaristas arruinan y queman las poblaciones que caen en su poder. Espero que las providencias que estoy dictando den calma a los desgraciados que no pueden emigrar.

Siento como tú el que no me halle a tu lado para tu instalación en una nueva casa. ¿Qué vamos a hacer? Hay que conformarnos con lo que Dios dispone.

¿Cómo te encuentras de salud? ¿Cómo la pasan los niños?

**Ten fe, pues obro por la felicidad de mi Patria.
Muchos besos a mis hijos, cuídate y recibe el amor de tu**

Miguel.

“Dios no dispuso que nos separáramos. Tú me dejaste sola, a pesar de mis ruegos.”

Querétaro, 7 de enero de 1867.

Muy querida mía:

La cuestión del dinero me tiene desesperado, el presupuesto de estas tropas vence 150 mil pesos, y el gobierno me ha mandado tres mil. Por lo tanto me he visto obligado a decretar el anticipo de los dos tercios de las contribuciones, para tener con qué moverme.

Los últimos franceses salen mañana. ¡Quiera Dios que no causen más males en su retirada!

Hoy he pasado un día fatal, recordando que hace un mes lo pasé muy contento a tu lado y hoy... ¡lejos de ti! Tu próximo alumbramiento me tiene inquieto y deseo con frecuencia tus letras para saber cómo sigues.

Salúdame a todos, besos a mis hijos y tú recibe el amor de tu

Miguel.

Las tropas francesas iban abandonando las poblaciones del Interior, que eran inmediatamente ocupadas por los republicanos.

El Mariscal Bazaine actuaba como el peor enemigo del Imperio pues creyó que privando a Maximiliano de todos los medios de defensa, lograría que se embarcara con él.

Con este objeto disolvió el Cuerpo de los Belgas, que se encontraba en Tulancingo, e hizo igual con la Legión Extranjera. Esta odiosa medida fue reprobada por los propios involucrados que, con autorización de Napoleón III, se habían puesto al servicio del Habsburgo, jurándole fidelidad. Muchos protestaron y un buen número permaneció en las filas del Ejército Mexicano.

El Emperador salió de Orizaba el 12 de diciembre de 1866.

En Puebla fue recibido con grandes muestras de alegría y fue largamente vitoreado por el pueblo. Bazaine redobló sus instancias para que abdicase, haciéndole ver la imposibilidad de sostenerse careciendo de recursos; pero Maximiliano se mantuvo fiel en su resolución y lo despidió fríamente.

¡Cuánto te parecías al austriaco! Los unía el mismo sentido (absurdo) del deber, la disciplina, el orgullo de casta, la generosidad, el honor, la dignidad... Seis cualidades, seis balas: dos muertes.

La primera preocupación del Emperador al llegar a la Capital, fue el reunir una junta de notables a fin de que decidieran si debía conservar la corona. Salió con 26 votos favorables y 8 en contrario. ¿Por qué entonces esos, dizque imperialistas, no reunieron sus capitales y los pusieron a disposición del infortunado príncipe? En el momento de la catástrofe lo abandonaron y bien se puede decir que esa Junta de Notables lo llevó al paredón.

Zacatecas, 27 de enero de 1867.

Muy querida mía:

No obstante la corta fuerza de que dispongo, me resolví a atacar Zacatecas. El enemigo tenía 4,000 hombres, fue preciso no ser muy tenaz en la persecución; sin embargo, me dejó su artillería, carros, prisioneros y municiones. Joaquín mi hermano se ha distinguido como siempre.

Juárez se nos escapó de las manos; lo vimos salir, pero desde una altura de mil pies, pues estábamos en el cerro.

Quiero quitarme la inquietud por tu estado, el cual calculo que se violenta y que ya tendrás un nuevo Rafael, quien no te habrá causado mayores dolores que el pobrecito que está en los Cielos.

No sé si habrás recibido lo que por conducto de P. P. te mandé, hoy te acompaño otra pequeña cantidad.

Contéstame a San Luis, para donde saldré muy pronto. Dales muchos besos a mis hijos y tú recibe mi amor

Miguel.

Apenas llegó a la Capital la noticia de la toma de Zacatecas, pareció abrirse un nuevo horizonte y los conservadores se llenaron de entusiasmo. Yo, por el contrario, no experimentaba emociones. Una indiferencia total crecía en mi vientre, junto con mi hijo.

Una tarde me encontraba en casa con mi tío, el general Partearroyo, don Santiago Blanco y mi cuñado, Isidro Díaz. De pronto, la criada introdujo en la sala al Sr. Blasco, secretario del Emperador, quien me anunció que S. M. deseaba saber si lo podía yo recibir. Bien entendido mi contestación fue afirmativa y mis visitas se refugiaron en la pieza contigua, desde donde oyeron mi conversación con el soberano.

Maximiliano comenzó por felicitarme del triunfo de mi esposo, y luego me dijo que deseaba ser el padrino del niño o niña que iba yo a tener, me confirió la Gran Cruz de la Orden de San Carlos y se retiró llenando de alabanzas a mi marido. Guardé la condecoración y, creo, casi sonreí.

Desgraciadamente el gusto nos duró bien poco, pues llegó una noticia contraria. Los pocos soldados con que contaba Miramón, lo obligaron a abandonar Zacatecas. Al acercarse a la hacienda de San Jacinto fue atacado por Escobedo a la cabeza de 7,000 hombres y 24 piezas de artillería. La derrota de las fuerzas conservadoras fue completa.

Y tú, amor, regresaste a Querétaro.

Querétaro, 1 de febrero de 1867.

Querida mía:

Como estarás enterada y al corriente de las razones por que me encuentro aquí, no te hablo sobre este asunto. Sólo te ruego que tengas confianza en Dios.

He reunido cuatro mil hombres y pronto tendré siete con los de Méndez; con estas tropas difícilmente encontraré una desgracia, pero su número hace más difícil mi salvación financiera y estos desgraciados

tienen tres días sin socorro. Los oficiales nada han recibido este mes y les falta una tercera del pasado.

He escrito al Emperador, a quien creo no le dan mis cartas; si se te presenta una oportunidad, dile que sin recursos su causa está perdida.

Te deseo completa salud, mil besos a mis hijos y al recién nacido si ya vino, mis recuerdos y mi amor

Miguel.

¿De que sirvió, amor, que reunieras un ejército, que despertaras su entusiasmo y lealtad, si Maximiliano te abandonaba? Tus cartas eran como alfileres bajo mi piel, pues comprendía que los liberales jamás te hubieran vencido. Tu partido y Maximiliano debieron traicionarte para propiciar esa derrota.

Dejo a mi esposo desesperado, sin recursos para mantener sus tropas y en la más completa inacción, y llevo a mis lectores a la Capital, donde pasaban los siguientes acontecimientos.

El 5 de febrero de 1867, se comenzó a oír, desde la madrugada, un gran movimiento por la ciudad. No sabiendo qué ocurría, mandé preguntar a mi cuñado de qué se trataba.

—Hoy se van los franceses.

Mi corazón dio un salto de gozo y mi lengua exclamó:

—¡Bendito Dios! ¡Lo que siento es que mi marido no les haya dado una buena zafacoca!

El Mariscal Bazaine, con su Estado Mayor, circuló por las calles para que los mexicanos admiraran los dorados y elegantes uniformes de sus oficiales. Las plazas estaban llenas de curiosos, que en silencio observaban desfilas aquella gente, que con la máscara de pacificadores habían hecho el papel de conquistadores, dejando nuestra Patria más pobre y desgraciada que cuando desembarcaron en las playas de Veracruz. En medio de los peligros en que quedaba sumergido el Imperio, todo mundo sentía satisfacción al ver salir aquellos franchutes.

Me contaron que el Emperador hizo cerrar los balcones de Palacio, pero se puso tras una persiana y, cuando Bazaine desapareció de su vista, exclamó: “¡Al fin! ¡Estoy libre!”

Bazaine no se conformó con los desmanes que había hecho. En Puebla, actuó según su costumbre: ordenó destruir las armas, los cañones y arrojar agua a la pólvora. El general Noriega, que mandaba en esa plaza, propuso la compra de las mulas y del convoy que llevaban los franceses, poniendo a su disposición ocho mil pesos, pero el Mariscal se negó e hizo ese negocio con Aureliano Rivera, uno de los jefes republicanos que combatían contra el Imperio.

Otro abuso fue sacar de la prisión a Alarcón, que debía ser juzgado, y dejarlo en libertad para que se reuniera con Juárez.

La derrota de San Jacinto hizo tanto daño en el ánimo de los conservadores, que colocaron sus endeble esperanzas en el general Márquez quien, con sus argucias, había cautivado al Emperador. El soberano nunca se percató de que lo odiaba por haberlo enviado a fundar un convento en Turquía. **Esa encomienda sumió al militar en el más terrible ridículo, pues los periódicos lo pusieron en caricatura. *La Orquesta* lo pintó vestido de peregrino entrando en una barca con un báculo en la mano. ¿Cómo podía Leonardo Márquez perdonar semejante afrenta? Hoy lo recuerdo con horror y me parece verlo delante de mí, frotándose las descarnadas y diminutas manos y diciéndome con su infernal sonrisa: “Conchita, a mí quien me la hace me la paga”.**

Así que infundió en el Habsburgo una total desconfianza contra ti; asegurándole que tenías una ambición desmedida y que aprovecharías tu popularidad en tu propio beneficio. **Además, Márquez convenció al Emperador de irse a Querétaro. Cuando Maximiliano dio parte a sus ministros, encontró una común oposición; pero prevaleció la opinión del traidor, quien desde entonces maduraba su doble venganza, y el 13 de febrero de 1867 emprendieron el viaje.**

En la garita los esperaba una escolta de 1,600 hombres a las órdenes del coronel López. No bien llegaron a San Juan del Río, Maximiliano nombró a su general predilecto (¡Márquez, siempre Márquez!) jefe del Estado Mayor y comandante en jefe del

Segundo Cuerpo de Ejército. Enterarme de lo ocurrido, casi me mata. ¡Yo fui quien le impuso la banda de general de división a Márquez! Y tú, con la galantería de un hombre enamorado, no ridiculizaste aquella acción. Aceptaste, en contra de tu buen juicio, ese ascenso. ¡Tonta! ¡Estúpida! Y ahora, gracias a Maximiliano, un asesino, *el Tigre de Tacubaya*, era tu superior.

Estaba tan alterada que una criada llamó a mi abuela. Con sus años a cuestas, apoyándose en el bastón, a duras penas llegó hasta mi lecho. Hubo de repetir, alternando amenazas y súplicas, que se me adelantaría el parto:

–No te culpes, Conchita, por actos pasados. Nadie prevé el futuro.

–Estoy harta de esa cantaleta: ¡no es tu culpa, no es tu culpa! cuando, por mis boberías, pongo a Miguel en manos de su peor enemigo.

Tras la tisana, las caricias en la frente y cien ruegos más, claudiqué, amor, porque si enfermaba, o algo peor ocurría, perdería a nuestro hijo. Entonces, mis remordimientos rebasarían cualquier límite.

Cuando mi esposo leyó aquella comunicación sobre el ascenso de su rival, se sintió profundamente herido. El emperador, tratando de calmar a mi esposo, le explicó que Márquez gozaba de su confianza; pero también la tenía en Miramón y, por consecuencia, no admitía su renuncia.

Como réplica, Miguel le dirigió la siguiente:

Señor:

Tal vez mis palabras no han sido interpretadas en su verdadero sentido, por este motivo, me interesa explicarlas nuevamente a Vuestra Majestad.

Las graves razones que tengo para obrar como lo hago son tan públicas que me parece inútil indicarlas, pero deseo que no se me acuse de insubordinado cuando soy el primero en obedecer.

El general Márquez fue hecho general de brigada por recomendación mía. Después, siendo yo el Jefe del Estado, lo elevé al rango supremo del ejército. A cambio, se apoderó de los caudales que pasaban por Guadalajara e intentó proclamar presidente al general

Santa Anna, desconociendo el cargo que yo ostentaba y obligándome a ir personalmente a Jalisco para destituirlo y hacerle volver a México, donde lo sometí a juicio.

Habiendo estado siempre a mis órdenes, nunca podré considerarlo mi superior. Preferiría retirarme a la vida privada que recibir un golpe que heriría mi honor y estaría en oposición con todos mis antecedentes.

Pero, Vuestra Majestad me dice que el general Márquez ha merecido su confianza en calidad de jefe del Estado Mayor, como yo en el importante mando que me ha sido otorgado. Si es así, nada tengo que objetar. El jefe del Estado Mayor no es mi superior, sino simplemente el intermediario por el cual recibo vuestras órdenes. Por lo tanto, esta situación en nada me lastima.

De Vuestra Majestad, etc.,

General Miguel Miramón.

¿Qué tanto creías en esas frases? Poco... Nada. Servían para darte permiso de seguir en tu puesto. Estabas seguro que sólo tú podías salvar al Imperio. ¡Vanidad de vanidades! La suerte te ofrecía una salida para alejarte del peligro, salvaguardando tu honor. ¿Ibas a aceptar esa oportunidad? Jamás.

El disgusto tan tremendo que sufrí, me tiró en cama. Vomitaba bilis y quedaba yerta, amortajada en un sudor frío. **El 15 de febrero, di a luz a mi última hijita.** Arrojarla del vientre significó una liberación: mis males ya no la afectarían; al mismo tiempo, mi cuerpo dejaba de protegerla contra el mundo. Esta ambivalencia, en muchos sentidos cruel, impidió mi recuperación. Enfermé y, en la exaltación nerviosa en que me encontraba, me sentí morir.

—Quiero que la bauticen cuanto antes. Mi abuela será la madrina y se llamará como ella, Dolores.

Un nombre triste, igual a mi ánimo, pero evocaba manos viejas y tibias, olores a merienda, cuentos antes de dormir, consejos, ternura. Así se llamaban las dos mujeres que iluminaron mi infancia: una descendiente de marqueses; la otra, una india, mi nana.

Envié un telegrama a mi esposo, que me contestó de inmediato:

Querétaro, 19 de febrero de 1867.

Muy querida mía:

Me había hecho la ilusión de que me darías un Rafael; pero Dios no lo ha querido. ¿Qué vamos a hacer? Conformarnos y desearte un completo restablecimiento y mucha leche para que tengas el gusto de criar a nuestra hija.

Me dicen que el parto fue penoso. Yo siento no haber estado a tu lado para servirte, consolarte y demostrarte mi cariño. Recibe pues, mi buena voluntad y dale a mi nueva hija muchos besos a nombre de su padre.

Mañana esperamos al Emperador. De mi hermano Joaquín no tengo noticias y esto me tiene muy violento; me dicen que está muy grave, otros que lo han cogido. No temo por su seguridad, porque tengo 12 prisioneros que fusilaría si cometiesen con él una barbaridad.

Todos te dan la más cumplida enhorabuena por tu feliz alumbramiento. Mis memorias a cuantos me recuerden, y tú, vida mía, recibe el amor de

Miguel.

Querétaro, 20 de febrero de 1867.

Muy querida mía:

Dicen que Joaquín cayó prisionero, tú podrás averiguar la verdad y consolar a su pobre mujer.

Cuídate mucho, ten paciencia y espera resignada la suerte que la Providencia nos reserva; por mala que sea, siempre la consideraré gloriosa, supuesto que la encuentro defendiendo mi religión contra el vandalismo, la barbarie, la impiedad y el despojo.

Recibí la ropa que me mandaste; ¡qué envidia me tienen todos!, pues ni un pañuelo les han enviado sus familias. ¡Qué orgullo me causas! Pero no te pongas orgullosa.

¿Qué nombres le han puesto a la nena, además del de Lola? ¿Quiénes asistieron al bautismo?

En cuanto a dinero, estamos muy mal. Los pobres oficiales, que con la venida del Emperador esperaban grandes cosas, se han pegado un chasco, pues apenas les han pagado cuatro días en este mes. Concluyo pidiéndote les hagas muchos cariños a mis hijos, mis recuerdos a tus hermanas y para ti el amor de tu

Miguel.

Hacía una semana que había dado a luz y aún guardaba cama. Esa noche se presentó en casa un oficial para entregarme las cartas y objetos pertenecientes al general Joaquín Miramón.

Una losa oprimió mi corazón al comprender lo ocurrido. Mi cuñado... ¡muerto! El aliento me faltó. ¡Joaquín, el hermano queridísimo de Miguel! Militar, como él, valiente, entregado a la causa. Siempre se prestaron auxilio sin que existieran las envidias que separan a los mezquinos. Compartieron su infancia, la disciplina castrense, los momentos de gloria y hoy...

Todavía luchando por respirar, oí una discusión. **Concha, mi concuña y tocaya, bien que mi hermana le advirtió sobre mi delicada salud, no escuchó razones y entró en la recámara suplicándome le dijese si era cierta la funesta noticia.** Nos abrazamos, llorando a mares. Mercedes tuvo que atendernos ("¡traigan las sales, compresas, agua!"), pues las dos llamábamos a nuestros maridos a gritos. Seguimos sollozando, juntas, sin ningún consuelo. Al fin ella salió del cuarto, en el colmo del abatimiento, dejándome con una terrible aflicción.

Me entró una fuerte calentura que degeneró en peritonitis y me tuvo tres días entre la vida y la muerte. Dios hizo la gracia de conservarme. Cuando recuperé la salud llamé a mi concuña para entregarle un reloj de oro, un anillo, unas mancuernas y una carta que Joaquín le había enviado. Llorando a tu hermano, me parecía que ya lloraba tu fin.

Querétaro, 20 de febrero de 1867.

Muy querida mía:

Anoche te escribí participándote la entrada del Emperador.

La muerte de Joaquín ha sido sentida por todos, aun nuestros enemigos han tenido a mal que lo fusilaran herido del pie izquierdo y del hombro del mismo lado. Sufrió mucho. Debieron llevarlo en una silla a la caballeriza y allí, con dos velas por delante, lo mataron.

Me encerré dos días y hasta hoy me recobro.

Cuídate mucho, no te violentes ni hagas cóleras, que sólo servirán para causarte males.

A mis hijos, incluso la última, muchos besos y para ti el amor de tu

Miguel.

Márquez sabiendo cuánto valía mi esposo, cuán grande era su arrojo y cuán superior a él en sus conocimientos militares y en su admirable táctica, se esmeró en privar al Emperador de la más valiente espada de su ejército.

La ciudad de Querétaro estaba casi cercada. Miramón propuso batir a los republicanos antes de que engruesasen sus filas, pero sus proyectos fueron desechados. No sólo eso, Maximiliano aceptó el plan de Márquez: establecer el cuartel general en el Convento de la Cruz, rodeado por un jardín que servía de panteón, sin la menor defensa en caso de ataque.

Sin embargo de que el Emperador no era militar sino marino, insistió en que era urgente fortificar aquel punto, pero Márquez se opuso, dando opiniones sin lógica ni fundamento, pero que hicieron ceder al Emperador y renunciar al proyecto. Estaba sordo a la razón, igual que tú, Miguel.

A las diez de la mañana del 14 de marzo, los republicanos abrieron fuego sobre el convento. Maximiliano, sin tomar parte en la acción, se paseaba en medio de balas y proyectiles, como si aquello no le concerniese.

El valor de los soldados imperiales impidió la entrada de los asaltantes. Márquez había ordenado que abandonaran la plaza, pero un soldado avisó a Miramón lo que sucedía.

Mi esposo, que se hallaba en el Cerro de las Campanas, corrió a auxiliarlos y en un santiamén derrotó a los juaristas. El tigre de

Tacubaya que ya saboreaba su venganza, ignoraba que Miguel acababa de hacer fallar sus horribles designios.

A cada momento llegaban a la Cruz prisioneros a quienes el Emperador interrogaba y trataba con dulzura. Al presentarse allí el general Miramón, Maximiliano lo abrazó, felicitándolo. Mi esposo quiso aprovechar la desmoralización en que estaban los republicanos.

—No les demos reposo. ¡Ataquemos, Majestad, y la victoria definitiva será nuestra!

Pasaron dos días sin respuesta; al cabo, recibió una negativa.

Dando pruebas de una tenacidad férrea, le demostraste al soberano los inconvenientes de un largo sitio. Tus argumentos eran tan contundentes que conseguiste una débil aprobación.

Alegre, acariciando una esperanza, Miguel formó sus columnas al pie de San Gregorio dispuesto a lanzarlas sobre el enemigo. En ese momento Méndez se presentó en el Cerro de las Campanas, ante el austriaco:

—Señor, el enemigo entra en la plaza, del lado de la Cruz. Mi brigada no ha podido respaldar al general Miramón.

—¿Qué hacemos? —preguntó Maximiliano al jefe del Estado Mayor.

—Dad la orden de retirarnos; ya no es posible el ataque.

La cabeza rubia, de cabellos sedosos, asintió. Para asegurar el éxito de su intriga, Márquez partió a toda brida a transmitir la orden.

—Suspenda el ataque, general.

Miramón no daba crédito a sus oídos.

—¡Estaba a punto de iniciarlo!

—Lo dicta el Emperador.

Una rabia ciega te revolvió las entrañas. Las tropas, llenas de entusiasmo, a tiro de metralla, esperaban. Pero, la primera obligación del soldado es la obediencia. Así, tú y tus valientes se retiraron con la ira en el cuerpo y el abatimiento en el corazón. A los pocos pasos, **incapaz de controlar su cólera, Miramón se detuvo e hizo pedazos su espada; después, la arrojó al suelo.**

Enorme fue la indignación del Emperador contra Méndez, quien, acatando las órdenes de Márquez, le había dado la falsa noticia

de que los republicanos invadían la ciudad. Sin embargo, este acto no influyó en la actitud del soberano y el funesto predominio de su general predilecto aumentaba.

Tú y nuestro pobre gobernante estaban ciegos a la realidad. Los comparo porque en tales coincidencias encuentro respuestas. Eran católicos y su Fe les prohibía el suicidio. Esa solución cobarde estaba descartada. Mas el futuro no ofrecía alicientes. Tras un imperio y una presidencia, lo cotidiano significaba poco: quizá la tibia compasión de los amigos, acaso la burla de los adversarios... y ninguno de ustedes aceptaba convertirse en trágico payaso.

Compartían algo más, la desilusión. Fueron traicionados por aquellos en quienes depositaron su confianza. Si la vida los rechazaba, sólo quedaba una alternativa: caminar dignamente hacia la muerte. Ella no los buscó, ambos corrieron a su encuentro. Y el suicidio se disfrazó de heroísmo o de martirio.

Márquez disuadió al Emperador de que la única manera de salvarse era retornar a la Capital. En aquellos momentos los liberales contaban con 25 mil soldados, numerosa artillería y 8 mil caballos; los imperialistas, con 15 mil hombres.

A pesar de la repugnancia que le causaba la huída, propuesta por el jefe de su Estado Mayor, Maximiliano accedió a sus instancias y ordenó llevarla a cabo.

—¡No puede ser! —gritó Miramón, al escuchar aquel disparate—. ¡Va contra toda regla militar! Sufriremos una derrota espantosa.

Sin pérdida de tiempo, pidió una entrevista con el Emperador. Trató de disuadirlo, pero el soberano se mostró inflexible. Entonces, mi marido reunió a los oficiales y exigió una junta. Maximiliano, queriendo dejarlos en plena libertad para que deliberasen, se retiró de la sala prometiendo que se sometería a la decisión de la mayoría. La resolución fue permanecer en Querétaro.

Sin embargo las municiones faltaban, faltaba el dinero y a causa de las privaciones que sufría la tropa, los soldados enfermaban, produciendo gran número de bajas. Queriendo poner remedio a tales desgracias, Maximiliano pensó mandar un emisario a la

Capital y nombró al general Márquez. Para demostrar la confianza que en él tenía, lo nombró su lugarteniente, con facultades omnímodas, lo decoró con la medalla de bronce del mérito militar y lo autorizó para destituir y nombrar ministros como juzgase conveniente.

Para ti resultaba incomprensible que el Emperador cometiera semejantes torpezas; para mí era absurdo tu comportamiento. Varias veces pudiste desistir; no lo hiciste. Quizá por esto, al reconocer tus errores, abrazaste tu sino. Yo, en cambio, nunca aceptaré que en la misión más importante, la de salvar tu vida, te haya fallado.

Al amanecer del 22 de marzo, se esparció la noticia de la partida de Márquez. El Ejército Imperial quedó reducido a 7,600 soldados, pero se esperaba que la ausencia del jefe del Estado Mayor sería de corta duración y que pronto regresaría con municiones, dinero y refuerzos.

El Lugarteniente del Imperio llegó a la capital el día 29 y, como primera ocupación, impuso un préstamo forzoso de 500,000 pesos. Con esta suma debió volver a Querétaro, pero hizo las cosas a su manera. Salió con dirección a Puebla, sitiada por Porfirio Díaz y fue batido por las tropas republicanas, que en triple número que las suyas, lo derrotaron.

Cuando se supo tal desgracia, se apoderó de la gente un verdadero pánico, que aumentó con el manifiesto de Márquez declarando a la Ciudad de México en estado de sitio. Todo mundo se puso en movimiento para abastecer las despensas. Yo, con mis escasos medios, hice lo mismo. Y ahí me tienes, preparando conservas, mientras amamantaba a Lolita y vigilaba la distribución de los granos en tinajas con el fin de evitar la humedad y el gorgojo.

Para llevar a cabo la defensa, Márquez extorsionaba sin compasión a los capitalinos, aumentando frecuentemente las contribuciones. Nuestra angustia era tal que vivíamos de crisis en crisis, sin saber lo que pasaba en Querétaro.

Entonces me di cuenta de una cosa. La Muerte residía entre nosotros y afloraba al azar: una noche escogía a un mendigo; otra, a un tuberculoso.

También te sonreía, amor, como una coqueta. Y, tanto en el altiplano como en los llanos, se preparaba un succulento festín. Sin embargo, ya no veía su sombra. Estaba tan cerca, que su presencia disminuyó en importancia. O, acaso, la realidad brutal e inmediata, redujo mi imaginación.

El 22 de marzo, mi esposo hizo una salida. Batió a la caballería enemiga, la obligó a retirarse de las haciendas, quitó a los sitiadores víveres, caballos y forrajes, e introdujo este cuantioso botín en Querétaro.

El 24, los republicanos atacaron Casa Blanca, punto fortificado por los imperialistas. Fueron rechazados por el coronel Ramírez Arellano, quien tuvo una notable parte en el triunfo, valiéndole su bravura el ascenso que le dio el Emperador después de la batalla.

El general Mejía, lleno de ardor y entusiasmo, hizo una salida y desenvainando la espada, gritó a la tropa:

—¡Muchachos, así mueren los hombres! —y aplicando las espuelas a los ijares de su caballo, se lanzó sobre el enemigo, sin que un soldado faltase a la llamada.

La batalla de Casa Blanca, costó a los juaristas más de dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Después de reñido combate, mi esposo conquistó el Cerro del Climatorio, persiguiendo a los republicanos hasta la Hacienda del Jacal, donde les hizo gran número de muertos y heridos, más de 500 prisioneros, les quitó 20 cañones, fusiles, municiones y buena cantidad de forraje. Desgraciadamente todas aquellas glorias, toda aquella sangre, todos aquellos sacrificios del minúsculo Ejército Imperial, eran infructuosos; el tifo diezmaba a la tropa y las fatigas y privaciones habían reducido a los defensores al miserable número de 15 mil hombres! Por si fuera poco, casi se habían terminado los pertrechos de guerra.

Ante esa desesperante situación, Ramírez Arellano estableció fábricas de pólvora y salitre, carboneras, fundiciones de proyectiles, fraguas para la reparación de cañones y fusiles. No teniendo plomo ni cobre, usó las campanas de las iglesias para los

cañones y el plomo que cubría el techo del teatro para fabricar balas.

Mi esposo, queriendo salvar la vida del Emperador, le planteó que abandonase la ciudad escoltado por el general Mejía. Maximiliano rechazó la sugerencia y contestó que jamás abandonaría a sus generales; estaba dispuesto a morir con ellos.

Era imposible no admirarlos. Un puñado de locos... o de héroes.

El enemigo, temeroso, incapaz de emprender otro asalto, propuso tomar la plaza por hambre. Los sitiados recurrieron a la carne de caballo, que desde el Emperador hasta el último soldado comían. Pero aquello no podía durar largo tiempo.

El 14 de mayo se reunieron los principales jefes del Ejército Imperial. Esta junta decidió romper el cerco al día siguiente, arriesgando el todo por el todo. Los oficiales se abrazaron, como si partieran a un viaje. Y tú, amor, loco y héroe, exigiste ser el último en salir de la ciudad.

El coronel Miguel López seguro de que apenas cayera en manos republicanas, lo fusilarían, tembló de miedo. Además estaba airado contra sus superiores porque, queriendo el Emperador elevarlo a general de brigada, se opusieron, haciendo saber al soberano, que ese infame había sido degradado por Santa Anna, en 1847, como castigo por desertar del Ejército Mexicano y pasarse a las filas del enemigo, los norteamericanos. Por tanto, su traición no surgió en aquel momento: venía de antaño.

Tales hechos, unidos a la avaricia, que al igual que a Judas entró en su pecho, lo decidieron a tratar la venta de Querétaro. Por ese vil comercio recibiría 30,000 pesos en efectivo.

Escobedo no tenía disponible esa suma y recurrió a José y a Pedro Rincón Gallardo para que se la facilitaran. Estos individuos eran hijos de la Marquesa de Guadalupe, dama de honor de doña Carlota. Su padre, el marqués, era padrino de mi primogénito y ellos dos habían estado ligados a mi esposo con fraternal amistad. Pero ni estos títulos, ni la nobleza de su linaje, les impidieron cometer esta villana acción: prestar dinero para un crimen.

Por otra parte, Maximiliano había otorgado a Miguel López el mando del Regimiento de la Emperatriz, lo decoró y, finalmente, le concedió el alto honor de apadrinar a uno de sus hijos, contrayendo así, un parentesco espiritual. También fue en vano. El 14 de mayo, estando de guardia Alberto Hans, a eso de las dos de la mañana oyó pasos que se dirigían a la plataforma. Sorprendidísimo, escuchó la voz del coronel López:

–Subteniente, despierte usted a sus hombres y coloque este cañón hacia la izquierda. Pero hágalo pronto.

Partió precipitadamente, dejando a Hans admirado de lo que pasaba; sin embargo, obedeció. Entonces, uno de sus artilleros se quejó:

–Esos jijos me quitaron mi mosquetón.

–A mí también –dijo otro.

El subteniente empezó a sospechar lo que pasaba, aunque recordando la confianza que el Emperador tenía en López, le parecía imposible que lo hubiera vendido; pero en ese momento, el enemigo entraba por la Plaza de la Cruz. Pretendió dar aviso; los liberales le cerraron el paso. Dirigiéndose al oficial, Hans le preguntó si el coronel López los había introducido.

–Sí, pero no tema, a ustedes no les sucederá nada. Nuestros jefes tomarán en cuenta lo bien que se han portado.

Los juaristas, protegidos por la oscuridad y guiados por López, el traidor, iban desarmando y reduciendo a prisión a los defensores.

A las tres de la mañana, un ayudante despertó a mi esposo, que tenía dos noches sin dormir.

–Mi general, su presencia es indispensable. Un coronel y tres subalternos se pasaron al enemigo.

Sin perder un segundo, Miguel se dirigió a la 4ª línea y después de alzar la moral de las tropas, volvió a pie a su alojamiento. Al pasar por una esquina, oyó un repique de campanas en San Francisco; la alarma se esparcía como un reguero de pólvora por la ciudad. El teniente coronel Pradilla, corrió a dar parte a Maximiliano. El Emperador se despabiló en seguida. Cogió una

pistola y dio orden de que le trajesen su caballo. Salía al patio cuando se topó con López.

–Infórmeme usted, ¿qué ocurre?

–Señor, los republicanos han entrado a la plaza. Sálvese V. M. Yo me comprometo a ponerlo en seguridad en casa de unos amigos.

El Habsburgo observó a López y con aire de grave indignación exclamó:

–¡Eso jamás!

Mientras tanto, mi esposo, violentando el paso, se encontró con el Coronel Ordóñez quien le comunicó que el Convento de la Cruz estaba tomado.

–Señor, no hay escape posible. Miguel López ha entregado la plaza y el enemigo me sigue de muy cerca.

En eso vieron a un jinete, que les gritó:

–¿Quién vive?

Ordóñez contestó: “¡Imperio!”

Entonces, el desconocido disparó su pistola destrozándole la cara. Luego tiró sobre mi esposo, a quien también hirió en la mejilla. Mientras se restañaba la sangre, Miguel caminó a casa de su médico, el Dr. Licea, para hacerse extraer la bala. Cerca de ahí vivía Mercedes Salazar, prima de mi esposo; al saber lo ocurrido voló al domicilio del médico.

–Señora, llega usted muy a tiempo. Necesito vendas para cubrir la herida.

–Ahora mismo las tendrá, doctor.

Pasó a la pieza contigua, se quitó las enaguas y las rasgó en tiras. Ocupada en este trabajo, escuchó que el doctor hablaba en voz baja. La curiosidad la hizo acercarse a la puerta y oyó que Licea mandaba notificar a Escobedo el nombre de quién estaba en su casa.

De inmediato se presentó una escolta para apresar a mi marido. El teniente se aproximó a la cama.

–Identifíquese usted.

–Soy Miguel Miramón, general de división.

El oficial lo saludó respetuosamente y le aseguró que nadie lo molestaría mientras estuviese enfermo.

Mientras tanto, el Emperador, acompañado de algunos servidores, se dirigió al Cerro de las Campanas, donde había una fuerza de 140 hombres. Poco después lo alcanzó el general Mejía con un total de 200 soldados. Como mi esposo no llegaba, el soberano preguntó con insistencia por él, hasta que alguien le dio la noticia de que lo habían herido.

Cuando los republicanos supieron dónde se pertrechaba el Emperador, cubrieron la colina con una lluvia de proyectiles y granadas. Viéndose sin esperanza de salvación, Maximiliano mandó al coronel Pradilla, como parlamentario.

—Pedidle a Escobedo garantías para mis tropas. Yo me ofrezco como rehén.

Escobedo se dirigió al Cerro de las Campanas, donde sostuvo un breve coloquio con el austriaco. Al terminar, invitó a Maximiliano a que lo siguiese al Convento de la Cruz. Ahí se encontraban varios jefes republicanos, entre ellos el general Corona, a quien el Emperador entregó su espada:

—Me constituyo vuestro prisionero.

¿Y qué ocurría en la casa del Dr. Licea? Después de extraer la bala, se apoderó de la cartera de mi esposo y se la llevó a Escobedo. Éste, menos indigno que el medicucho, la devolvió.

—General, doy a usted mi palabra de honor: no he leído sus papeles.

—Puede leerlos. Son cartas y algunos apuntes míos que no contienen secretos; pero por el peso, adivino que faltan seis onzas de oro.

—Debe haberlas tomado Licea. Pierda cuidado, haré que las restituya.

—Si las tiene, que las guarde en pago de la curación.

No obstante, Escobedo descontó los honorarios del doctor y entregó el resto a mi esposo.

Me pregunto, amor, si su conciencia no los molesta; si Miguel López goza su mal adquirida riqueza. Después de todo, hizo el gran negocio:

la venta de Querétaro al precio que impuso. Sin regateos. Desde luego, ahora dirán que Escobedo te venció. Como tienen el poder en sus manos y el Partido Conservador ya no existe... ¿quién va a contradecirlos? El país se llenará de estatuas y calles conmemorando a los juaristas pero, a los que atestigüamos esa historia, no nos engañan.

¿Y Licea? ¿Pensará alguna vez que pretendió robar unas monedas (de oro, ¡eso sí!) al más famoso de sus pacientes? ¿Que lo entregó para consagrarse con los vencedores? Dicen que en esta vida todo se paga. Yo exijo que también se pague en la otra. Dios es infinitamente misericordioso e inmensamente justo. Recorro a Él. ¡Que en su inabarcable sabiduría juzgue a estos traidores! Y, si los encuentra culpables, que reciban su merecido. Nada más. Nada menos.

El sitio de la Capital continuaba y yo no tenía ninguna noticia de mi esposo desde hacía 70 días. El 28 de mayo se presentó en casa uno de mis mejores amigos, don Vicente Parada, para pedirme que usara mis influencias a fin de que liberaran a doña Luciana Baz, prisionera en el Hospicio de Pobres.

Apenas nos despedimos, fui al cuartel general y tuve la fortuna de encontrar a Leonardo Márquez.

—El objeto de mi visita es suplicar a usted ponga en libertad a la Sra. Baz.

Soltó una carcajada.

—Eso, Conchita, jamás. Déjela usted, déjela encerrada hasta que venga su marido a sacarla. ¿Ignora que esa mujer no ha hecho otra cosa que seducir a nuestros oficiales, para que me traicionen, meter cartas a México y dar noticias al enemigo de cuanto ocurre aquí?

—Sin embargo, si esta plaza cae, su madre de usted y yo corremos el riesgo de una represalia.

Después de unos veinte minutos de ruegos y razonamientos, Márquez cedió a mis deseos. Yo misma me dirigí al Hospicio, para recoger a doña Luciana.

—¿Qué puedo hacer por el servicio que me ha prestado? —indagó, una vez a salvo.

–Otro más grande: averigüe la suerte de mi marido.

–Pierda cuidado. En cuanto llegue a Tacubaya me comunicaré con usted.

No habían pasado veinticuatro horas cuando un mensajero de la señora Baz me dio la triste noticia de que mi esposo estaba herido, prisionero, y Querétaro en poder de los republicanos.

Al fin había ocurrido lo que tanto temí. Y ahora que la realidad sustituía mil pesadillas, mi terror desapareció. ¿O era demasiado grande para sentirlo? Me parecía que navegaba por un espacio acuoso en el que acciones y palabras me llegaban con sordina, requiriendo de mi concentración total para descifrarlas. ¿Preso? ¿Herido? ¡Y tan lejos!

Aceptaba las noticias sin discusiones. Necesitaba estar contigo. Después, una segunda idea remplazaría la primera. Tú sabrías qué hacer. Pero, antes que nada: contigo.

Me dirigí al Cuartel General e hice saber al general Márquez que deseaba hablarle; al cabo de unos minutos, entró a la pieza donde yo estaba y con gran afabilidad y la sonrisa en los labios, me extendió la mano:

–Conchita, ¿en qué la puedo servir?

–He pensado, general, mandar a Querétaro a una persona de mi confianza para que me traiga informes fidedignos.

–¿Y quién es esa persona?

–Una mujer. Si usted quiere escribir al Emperador, ella llevará su carta.

–Le escribiré; pero dígame el nombre de la persona.

–Poco importa, deme usted un pasaporte en blanco.

–Eso jamás –interrumpió Márquez, frunciendo el ceño–, de México no sale ni una mosca sin que yo sepa quién es.

–Pues bien –le contesté iracunda–, ésa mujer soy yo. ¡Quiero ver a mi marido! Entrégueme un salvoconducto y dinero, pues hace varios meses que no recibo el sueldo de mi esposo. Además, si usted no me auxilia, me iré lo mismo, pero antes publicaré lo ocurrido en Querétaro, aunque cunda el pánico en la Capital.

Tal amenaza lo turbó y, cambiando de tono:

–¿Con quién se iría usted?

–No lo sé, con el primero que encuentre.

En ese momento la Providencia trajo a mi mente a don Alejandro Argandar, buen amigo nuestro y discípulo de Miguel. Dos veces lo había yo librado de la cárcel, donde lo había puesto Márquez por un préstamo forzoso que no pudo cubrir.

–Me iré con Argandar.

Al oír esto Márquez se alzó de su asiento y lo mandó llamar. ¡Cuán largo se me hizo el tiempo encerrada en esa habitación con aquel hombre detestable! No intercambiamos una frase, ni siquiera nos vimos a los ojos.

Apenas llegó Argandar, el general Márquez sin más preámbulo indagó:

–¿Acompañará usted a la señora Miramón?

Nuestro amigo, figurándose que estábamos de acuerdo y que halagaba a su superior, contestó con exagerada amabilidad:

–Sí, sí, señor, iré donde usted mande.

Márquez tomó dos pliegos sellados con las armas del Imperio, y extendió los salvoconductos. Me despedí fríamente y acompañada de Argandar volví a mi casa. En el trayecto, le revelé lo que pretendía y él se puso a mis órdenes.

Una preocupación me torturaba, ¿qué haría con mis hijos? ¿Los llevaría para que su padre los bendijera y les diera su último adiós? Y, ¿cómo conseguiría transporte? En medio de mi angustia, una certeza me entibió el corazón: tenía una familia a quien recurrir.

–Yo cuidaré a los niños –resolvió mi abuela quitándome ese peso de encima–. Tú apoya a tu marido; es tu obligación. Pero no le causes más penas: ver a sus hijos le provocaría un terrible dolor y ellos se podrían impresionar.

–Tienes razón. Sin embargo, como estoy criando a Lolita, la llevaré para que Miguel la conozca –besé a mi abuela con inmenso cariño–. Te agradezco tu ayuda y, sobre todo, que no me ensartes consejos ni opiniones adversas.

–A mi edad, hija, los viejos aprendemos a callar.

Sonreí y entre lágrimas nos despedimos.

Mi tío, el general Partearroyo, republicano, se encargó de organizar mi viaje. Con su apoyo borraba las divergencias que alguna

vez nos separaron. Ahora, únicamente faltaba fijar el día de la partida.

A causa del sitio, no tomamos la calzada que iba a Tacubaya. Nos metimos por los potreros que estaban en terrenos fangosos. Las mulas con dificultad tiraban el coche y, a un momento dado, dijeron “ya no queremos andar” y ni jalones, ni cuartazos las movieron.

Fue preciso bajarnos del coche. Dando mil vueltas y revueltas para no enterrarnos en aquel lodo, arribamos a las primeras avanzadas del enemigo después de tres horas de camino.

Argandar presentó nuestros salvoconductos y el centinela nos permitió pasar. Lo que me sorprendió muchísimo fue ver a la Sra. Baz atrás de los guardias.

Apenas nos saludamos, se empeñó en llevarme a su casa.

—No hay un cuarto libre en las posadas —me advirtió y yo debí tragar gordo para aceptar el albergue que me ofrecía.

Juan José Baz, que tanto había perseguido a mi esposo, nos salió a recibir. En la sala se encontraban varios oficiales juaristas. Al verme hubo un momento de silencio. Tras las inclinaciones de cabeza, me senté, rígida como una estatua, e hice los movimientos adecuados: bebí limonada, probé unas galletas. La plática se reanudó. A toda esa gente causaba una inmensa satisfacción el triunfo de Querétaro. Oí sus chanzas, sus pronósticos para un futuro halagüeño bajo un gobierno juarista. Entonces me eclipsé de aquella habitación. Centré mis pensamientos en reconstruir tu rostro: ojos negros, sonrisa bajo el bigote. ¿Te lo dejaste crecer, amor? ¿Y tu cabello? Cuando nos separamos no tenías canas. Dicen que el sufrimiento blanquea las sienas...

Respingué al sentir que alguien me tocaba el hombro.

—Vamos a pasar a la mesa —susurró mi anfitriona.

—Le ruego me disculpe —repliqué irguiéndome—. Me duele tanto la cabeza que no escuché una palabra de lo que se dijo. ¿Me podría mandar una taza de leche a mi cuarto?

Pero, ino quería pasar la noche ahí! En medio de esta aflicción, entró en la sala un coronel. Y cual no sería mi asombro

al reconocer a Juan Espinosa de los Monteros, un amigo de mi infancia.

—¡Conchita!

Al corresponder a su fraternal abrazo, murmuré a su oído: “¡Sácame de aquí!” Sin perder la compostura, Juan inventó un cuento chino:

—Mi esposa tomaría muy a mal si Conchita no se hospeda con nosotros. Así que la voy a raptar con o sin anuencia de ustedes.

Las horas que compartí con los Espinosa fueron un oasis en aquella peregrinación. Me distrajeron de mis penas, permitiéndome descansar. Sin embargo, terminaron demasiado pronto. Partimos al amanecer y la pesadilla se reanudó, pues escapamos casi por milagro de caer prisioneros.

En Maravatío, nos alojamos en un hotelucho. Había dormido unos veinte minutos, cuando me despertó la agitación de mi pequeña. Me quedé horrorizada al ver su inocente cuerpecito enrojecido y las sábanas llenas de chinches. Arrullé a Lolita, subí los pies en una silla y me senté en otra, contando los minutos que faltaban para que apareciera la luz. ¡Qué noche de amargura y tristeza! “¿Qué haré”, pensaba, “si pierdo a mi esposo? ¿Cómo educaré a mis pobres hijos? Tal vez ya no lo encuentre vivo...” y me parecía tenerlo en mis brazos bañado en sangre.

Mentía. Ambos lo sabemos. Jugaba a la madre perfecta, cuando lo único que me importaba era tu ausencia. Nuestros hijos sobrevivirían de alguna manera, igual que miles de huérfanos comen, duermen y reciben educación. Pero ¿quién llenaría mi vacío si tú faltabas?

Salimos a las cinco de la mañana. Al acercarnos a Querétaro me llenó de horror descubrir esqueletos humanos regados por el campo. Su carne debió haber sido devorada por las aves de rapina. Sin embargo, aun ante ese espectáculo, mi mente continuaba paralizada, casi ajena. Captaba por un instante lo que ocurría y al siguiente retornaba a ti, amor. Enumeraba tus rasgos (ojos negros, cabellos negros), tus gestos (sonrisa bajo el bigote) como una letanía protectora. Mientras la rezara, estarías a salvo.

Llegando a la ciudad, quise correr a la prisión, pero era necesario un permiso. Debía pedirselo a un tal Azpíroz, fiscal de la

causa que juzgaba a los presos. Y, me hubiera gustado saber, ¿de qué acusaban a mi marido? ¿Los juaristas consideran un crimen defender al gobierno legítimo de un país? Todo dependía, desde luego, de quién estuviera sentado en la silla presidencial para que “legítimo” cobrara su debido significado.

Azpíroz me recibió en mangas de camisa. Tenía un pantalón blanco bastante sucio y en los pies unas babuchas viejas, dejando ver unos calcetines cuyo color no logré descifrar. Echado en un sofá, no hizo otro movimiento que girar la cabeza, diciéndome con marcada grosería:

–¿Qué se le ofrece a usted?

–Suplico me firme un permiso para visitar a mi esposo, el general Miguel Miramón.

De mal modo, escribió unos renglones y me entregó el papel sin dirigirme una palabra. Salí, admirada de la ordinariez de aquel truhán, que los liberales habían escogido para condenar a un príncipe de la noble casa de los Habsburgo.

Los republicanos convirtieron el Convento de las Capuchinas en prisión. La primera celda, llamada de Santa Teresa, se le asignó al Emperador; la segunda, que tenía por nombre Santa Rosa, la ocupaba mi esposo, y la tercera, que se llamaba de las Once Mil Vírgenes, la destinaron al general Mejía. El interior no podía ser más modesto; el ajuar se componía de un catre, una mesa de pino, tres sillas y un aguamanil en forma de aro.

Esfuerzos supremos hice para atravesar un corredor, subir la escalera, peldaño a peldaño, y acercarme a aquella mazmorra. Temiendo que el estado en que me encontraba, afligiera a mi esposo, contuve el llanto.

Calmo, sereno, y con su acostumbrada sonrisa, me abrió los brazos: –Gracias porque has venido –musitó, besándome–. Tuve miedo de no verte ya.

Entonces fue imposible contenerme. Las lágrimas salieron a torrentes de mis ojos.

Argandar había permanecido en la puerta, sin atreverse a entrar.

–Pasa, Alejandro, dame un abrazo.

Al observar la entereza de mi esposo, el aludido se echó a llorar.

Miguel, al verlo tan emocionado, bromeó:

–Vamos, hombre, ¿dónde están los pantalones?

–Da vergüenza tenerlos delante de ti.

En el corredor se paseaba un cantinela; pero lo verdaderamente odioso, era tener sentado en la celda, en un banquillo bastante bajo, a un soldado que al cambiar de posición arrastraba su sable sobre el piso de ladrillos, causando un ruido muy desagradable. El Emperador y el general Mejía estaban vigilados del mismo modo.

Argandar, después de una hora de dialogar con nosotros, se despidió. Cuando nos quedamos a solas, me atrajiste hacia ti.

–Mírame a los ojos –al obedecerte, desapareció el guardia, las paredes encaladas, los barrotes en las ventanas. Sentada a tu lado, sobre un mísero camastro, construimos un mundo propio, al que nadie tenía acceso.

Apartaste de mi cara algunos mechones y los colocaste detrás de la oreja con una delicadeza que me estremeció. Entonces recosté mi cabeza sobre tu pecho, mientras musitabas:

–No te hagas ilusiones, mi vida, porque sufrirás lo doble o lo triple. Imagínate que estoy enfermo y que no existe remedio para mi enfermedad. ¿No te parece igual?

Negué con la cabeza. Por más que lo intentaba, no podía hablar y las lágrimas seguían corriendo por mi rostro.

–Perdóname, Concha. Siempre creí que dramatizabas, que tus consejos los dictaba el miedo; ahora comprendo cuánto padeciste... cuánto me has amado –para dominar tu emoción, elegiste otro tema–: Sufrí lo indecible en este sitio. Nunca me he vanagloriado de mis proezas; pues bien, te aseguro que aquí hice milagros.

Yo esperaba un caudal de quejas contra López, el maldito traidor, o Licea, quien te había delatado a Escobedo: ni siquiera los mencionaste. Una vez seguro de que tu voz no temblaría, preguntaste por nuestros hijos.

–¿Cómo es Lolita? ¿A quién se parece?

–Mañana la verás; la traje para que la conozcas.

–¡Cuánto te lo agradezco! Me has adivinado el pensamiento.

Nos besamos y permanecemos abrazados.

–Tu tío, don Joaquín Corral, se puso a mi disposición, lo cual le agradezco mucho. Una amiga tuya, la señora Cobos, también me presta mil servicios. Manda comida y me facilita ropa blanca y lo necesario para la *toilette*, pues a estos soldados –agregaste en tono de chanza–, no sólo les ha gustado mi coche, mis caballos y uniformes, sino que me dejaron sin camisas. Lo que más sentí perder es el estuche de viaje con utensilios de plata que me regalaste; si no fuera por la señora Cobos, no habría podido ni peinarme.

Llegó el momento de la despedida, pero me resistía a la separación.

–Si te rebelas, quizá no te permitan regresar –susurraste.

–Tienes razón.

Más triste que al entrar (entonces me acercaba a ti, ahora me alejaba), bajé los escalones, recorrí el pasillo. **Al llegar al hotel, me encontré con la Sra. Cobos.**

–Tocayita, no admito razones. Ya pagué su cuenta y un mozo llevará el equipaje a mi casa. Usted se queda conmigo.

Sin fuerzas, asentí.

El hogar de Concepción era modesto; pero no carecía de comodidades. En la sala había una consola de caoba, sobre la cual se admiraba una hermosa escultura que representaba a Nuestro Señor Jesucristo. Me detuve a contemplarla.

–Tocayita, figúrese usted que la primera vez que me visitó el general y me trajo carta de usted, también se detuvo a disfrutar esta imagen.

–¿Y qué dijo?

–Que quería tenerla delante, a la hora de su muerte.

De inmediato se arrepintió de esas palabras y, como distracción, esbozó un proyecto de fuga.

–Ya tengo los caballos. Desde ayer están ocultos en el establo.

Su entusiasmo embrolló mis emociones. La esperanza renació, el temor a un fracaso me estrujaba; deseé que el plan tuviera éxito; me resistía... imposible entregar nuevamente mi confianza. ¿Y Dios? Si Él lo disponía... ¡Un milagro! La Fe mueve montañas. Mis emociones se

ampliaban, monstruosas; al mismo tiempo, me parecía que vivía dentro de otra piel y que nada de lo que sucedía me afectaba.

Pasé una noche terrible, esperando con ansia el amanecer. **A las nueve de la mañana, pronta para irme a la prisión, bajé a la cuadra. Cuál sería mi estupor al toparme con una extranjera y un oficial juarista. Concepción me informó que la Princesa Salm, dueña de los caballos, era americana y no hablaba otra lengua que el inglés. En cambio, el coronel Villanueva conocía ese idioma y en aquel momento sostenía una acalorada discusión con la dama. Las frases que entendí no me supieron bien, pues era raro que un liberal de alta graduación apoyara al Imperio.**

Apenas me condujeron a la celda, susurré a mi esposo mis impresiones. —El plan me parece poco seguro, amor. ¿Por qué una mujer desconocida se interesa en tu suerte? No se trata de una travesura para romper la rutina diaria, sino de salvar tu vida.

Por su parte, Miguel me contó que mi familia se esmeraba en rescatarlo.

—**Esta actitud me conmueve, pues comprendo que luchan contra sus principios.**

—**No te preocupes. Apoyan a mi marido, no al general Miramón.** Había llevado a Lolita para que la vieras. Pero, por temor a despertarla, no la tomabas en brazos. Aprovechando la necesidad de una distracción, te la entregué. Le acariciaste las manos pequeñitas, el contorno del rostro. De pronto afirmaste:

—**Ésta no es mi hija.**

—**¿Cómo?**

—**Tiene los ojos azules y nosotros los tenemos negros.**

—**Entonces tú tampoco eres hijo de tu mamá, porque ella los tenía azules.**

—**Vamos no te enfades. Lo dije por hacerte rabiar.**

Nos turnábamos en ese juego con un fin: preservar nuestra cordura. Resultaba espantoso hablar una y otra vez de temas que desembocaban en tu muerte. Había que tomar aliento, secando las lágrimas, fingiendo que la vida seguiría su curso. Por eso bromeábamos... aunque se nos cerrara la garganta y un remedo de risa nos ahogara.

Conchita Cobos nos había preparado una sorpresa; a las doce nos mandó a su mozo con el almuerzo. Desde ese día, 31 de mayo de 1867 (¿te das cuenta? Recuerdo cada fecha, cada detalle de nuestro calvario), me proporcionó el consuelo de comer contigo, pues me parecían siglos los minutos que no estábamos juntos.

Por la tarde, el Emperador nos mandó llamar. Se encontraba en cama. La palidez de su semblante, su dorada cabellera y la mirada melancólica de sus claros ojos, formaban un conjunto que oprimía el alma.

Al verme se incorporó y con una expresiva sonrisa, indicó que me sentara. Primero mencionó el valor de mi esposo, sus proezas, lo mucho que había trabajado en el sitio... Después habló con horror de dos traidores, Miguel López y Leonardo Márquez. –Si hubiéramos tenido recursos, no nos toman Querétaro –concluyó.

Hubo un largo silencio. Al fin anuncié que me entrevistaría con Juárez para obtener el indulto.

Simulaba mi confianza en esa posibilidad postrera. En verdad mi desesperación crecía, pero la domeñaba pues no iba, por ningún motivo, a mostrarme débil cuando tú, amor, requerías mi fuerza.

El Emperador aprobó la empresa. Me recomendó mucha prudencia, no fuera a injuriar a Juárez o a violentarme con él, porque le habían contado que era una mujer de armas tomar.

–Señor, ¿cómo puedo ofender a un hombre a quien le pediré la vida de mi esposo?

Permanecí en la prisión hasta las nueve de la noche y al separarme de mi esposo, le rogué que no apoyase ningún plan de fuga, hasta mi regreso.

A las doce, acompañada de mi tío, don Joaquín Corral, salí con dirección a San Luis Potosí. Por la mañana llegamos a la Quemada, donde se detenía la diligencia para el recambio de caballos. Mi tío, viéndome tan fatigada, me rogó que tomase algún alimento, y saliendo de la pieza ordenó un chocolate. Mi cansancio

era tan grande, que me quedé dormida en pie, apoyada contra la pared. La sensación de caer me despertó.

–Concha, siéntate un momento –me suplicó don Joaquín, tendiéndome una bandeja–. Come, aunque sea un pan.

–Sigamos. ¡Por favor! –rogué–. Si no llego a tiempo, será demasiado tarde.

–Pero...

–Descansaré en la diligencia –y prometí mil imposibles hasta que mi pariente cedió.

En la siguiente parada nos cruzamos con mi hermano Alberto. Lo abracé, encantada de verlo.

–¿Qué haces aquí? ¿Visitas a Lupe?

–Fui a San Luis a hablar con Lerdo. Como estudié en San Ildefonso, cuando él era rector, y tuvimos una relación muy afectuosa, le rogué que ayudara a Miguel.

Mi pobre hermano ignoraba que las diferencias políticas sólo se subsanan cuando existe respeto entre vencedores y vencidos. Así que el sarcasmo de su maestro (“**Muchachito, mejor consuele a su hermana porque a su cuñado lo vamos a fusilar**”) le causó un enorme desengaño.

–Esto confirma lo que ya sospechaba –interpuse, sintiendo que me partían el corazón–. La sentencia está dada de antemano.

Luego, la vista se me nubló.

–Concha, ¿qué te pasa?

–Esta muchacha se va a enfermar –pronosticó mi tío, no sé si de mal humor o asustado.

–El juicio será una faramalla –murmuré con la boca seca–, pero, cuando no hay esperanza, nada se pierde removiendo hasta la última piedra.

–Si estuviese en tu lugar, hermana, regresaría a Querétaro.

–Lerdo es sólo un ministro; Juárez decide el destino de los prisioneros. Me aferré a esa terquedad porque era mi única esperanza. Tapándome los oídos, como una niña haciendo una pataleta, caminé hacia el carruaje mientras murmuraba:

–Lo convenceré. Todavía soy bonita... pertenezco a una familia de abo-lengo. A una Lombardo, nadie le niega un favor.

Entonces callé. Los locos hablan en voz alta, recapacité, y un estremecimiento recorrió mi espalda. ¿Terminaría loca, igual que la Emperatriz? Las ruedas del vehículo giraron, el paisaje se deslizó ante mi mirada... ¿o éramos nosotros quienes avanzábamos hacia el fracaso? Saqué un espejito de mi bolso y me contemplé. Los años no pasan en vano, fue mi veredicto. Dos noches sin dormir, amamantaba a mi sexto hijo... ¿Dónde quedó mi talle, dónde los ojos negros, las largas pestañas, el cabello lustroso que tú peinabas? ¿Recuerdas? El cepillo con moldura de plata bajaba y subía por mi espalda, provocando un escalofrío delicioso. Después, tus manos abrían veredas en mi piel hasta que las posabas sobre mis pechos. Me volvía hacia ti. Entreabría la boca... y siempre se me escapaba un suspiro.

“Hoy, únicamente tú me consideras bella”, decidí. El amor, los poetas lo han repetido hasta la náusea, es ciego.

Como había alquilado la diligencia, no la compartíamos con otros pasajeros. Tampoco nos detuvimos a reposar en ningún punto. Viajamos día y noche. Los baches nos hacían saltar en nuestros asientos y no fueron pocas las veces en que nos golpeamos contra los costados del carruaje.

A mi llegada, me dirigí a casa de mi hermana. La sala estaba llena de mujeres, representantes de las principales familias; mi presencia les causó alarma y perdimos un tiempo precioso entre saludos compasivos.

Mi pobre hermana se arrojó llorando a mis brazos y me dijo:

—Estas señoras han venido para ayudarnos. Dime, ¿qué quieres hacer?

—Ver a Juárez, a solas —y recalqué esas palabras—. Si no obtengo el indulto, estas damas pueden insistir mañana o pasado, cuando haya regresado a Querétaro.

Y sin perder un minuto nos dirigimos a Palacio.

—Ya veremos —le confié a Lupe—, si esas cacatúas arriesgan el futuro de sus maridos para defender a un prisionero en desgracia.

—No te conocía esa amargura.

—Mi vida nunca fue tan amarga —repliqué y, por centésima vez, me tragué mis lágrimas.

Al atravesar el umbral, el pasado se agolpó en mi mente. Hacía ocho años había estado en ese mismo edificio, gozosa y feliz, acompañada de mi esposo que acababa de recoger los laureles de su victoria en Ahualulco.

En la antesala, nos recibió un ujier a quien dimos nuestros nombres. A los pocos minutos nos condujo a un salón donde nos esperaba Juárez. Su tez color chocolate, su cabello lacio, sus ojos oscuros, sin la menor expresión, pertenecían a la raza india. Como todos los de su clase era lampiño y en su cara brillaba la completa ausencia de barba y de bigote. Su estatura, más bien baja que mediana, y algo obesa; pero lo que más llamaba la atención era la impassibilidad de su semblante. Al verlo me parecía estar delante de un ídolo azteca.

Mi presencia no le causó el menor azoro. Extendió la mano y me hizo sentar cerca de él.

—Adivinará usted, señor, el objeto de mi visita. Vengo a pedirle el indulto para los prisioneros de Querétaro.

—No depende de mí.

—¿Pues de quién depende?

—El país lo pide; yo nada puedo hacer.

¡El mismo razonamiento que en mi primera entrevista! Él, dizque tan inteligente, ¿no tenía otros argumentos? La frustración, mi dependencia, la apatía de ese hombre ante el sufrimiento humano, abrieron un dique. **Llorando, imploré que me concediese aquella gracia, destacué la popularidad que le daría en Europa ese acto generoso, le toqué el corazón como padre y como esposo**, evoqué el episodio en que un general conservador le había salvado la vida. Hablaba sin parar, temerosa de que, si me detenía por unos segundos, ese desalmado me despidiera. Finalmente me humillé aún más y, con voz suave, **le demostré cuán grande lo haría ante nuestro país y ante el mundo, trocar la pena de muerte por el destierro. Nada lo conmovió, nada llegó a enternecer su espíritu.**

Lerdo fue peor, se negó abiertamente a recibirnos.

Salimos de Palacio poseídas de la mayor aflicción. Al llegar a casa, Lupe mandó traer la diligencia. No había tiempo que perder, era necesario preparar la fuga.

Mi retorno causó verdadero pasmo, pues para ir a San Luis se requerían dos jornadas y yo había hecho ese trayecto, de ida y vuelta, en tres.

Cuando le conté a mi esposo el resultado de mi viaje me dijo:

–Confórmate; no abrigues la menor esperanza. Mis enemigos no soltarán su presa. Me tienen que sacrificar.

–No me conformo –repuse, furiosa–. Voy a hacer todo, absolutamente todo, para salvarte.

–Gracias.

–¡Y no me des las gracias! No es por ti, sino por mí. Cuando... si... si... (no pude acabar la frase. Aspire dos o tres veces. Luego di un giro diferente a la discusión, porque de otra manera no lograría expresarme): si algún día nos separan, me consolaré pensando que intenté lo posible y hasta lo imposible con tal de rescatarte. De lo contrario...

–Ven acá, fierecilla.

Ante el guardia me besaste tanto, tan largo, tan suavemente, que las lágrimas se secaron en mis mejillas. Y, esa tarde, no las renové.

Hablando con el Emperador, le pregunté cuál era el proyecto de la Princesa Salm. Me contó que faltaba comprar al coronel Palacios, que tenía a su cargo a los presos.

–Ni yo, ni vuestro marido, disponemos de esa fuerte cantidad. La Princesa Salm promete letras de cambio a mi nombre; pero ¿quién se expondría por una firma?

El coronel Palacios, al descubrir que no ganaría nada en ese peligroso asunto, se negó a secundarlo.

A pesar de que ya era inmensa, mi aflicción aumentó. Me costaba un esfuerzo tremendo levantarme cada mañana. Hubiera deseado cubrirme con las sábanas y anular al mundo; sin embargo, tú aguardabas, amor, y la prisa por verte me acuciaba.

Nos quedaban dos recursos: la intervención de los diplomáticos y el talento de tus defensores. Entonces, queriendo evitar un error, por pequeño que fuera, imaginaba el juicio, paso a paso.

—Miguel, ¿tienes alguna idea de qué te preguntarán?
—¿Cuándo esté en el banquillo de los acusados? No es muy difícil adivinarlo. Hasta he estudiado mis respuestas. Mira.
Me mostraste unas notas que leí en voz alta.
—“General Miramón, ¿considera legítimo el llamado Imperio de México?”
Te pusiste de pie y elevando tu hermosa voz hablaste como si te dirigieras a tus tropas, con el campo y el porvenir abiertos ante ti.
—Al llegar a este país, en 1863, encontré un gobierno reconocido por la mayoría. Aceptando tal hecho, lo consideraré legítimo.
—“¿Sabía usted que en la misma época el gobierno republicano luchaba contra el ejército francés?”
—Sabía que Juárez mantenía tal guerra, pero no sus generales, pues vi documentos en que Uraga, Vidaurri, Comonfort y Doblado, deseaban tratar con Bazaine.
—“¿Creyó que, sin el apoyo extranjero, el llamado Imperio Mexicano podía sostenerse?”
—Esta pregunta es fundamental. ¡Ojalá me la hagan! —y te embarcaste en tu tema predilecto—: Creí que los excesos que cometían los franceses enajenaban las simpatías hacia el Emperador; apoyado por un ejército nacional, se hubiera sostenido por sus propios medios.
—“¿Cómo prueba que usted no secundaba a los franceses?”
—A causa de mis opiniones, contrarias a la intervención, mi propio partido me impuso el destierro, paliado con una comisión militar en Prusia.
—“¿Confiesa su constante rebelión contra el gobierno constitucional de la República?”
—No soy rebelde ni nunca lo he sido, porque no reconozco la legitimidad de ese gobierno, cimentado en la ayuda que le presta una potencia extranjera, Estados Unidos de Norteamérica.
Tras beber agua, me pediste:
—Sáltate cuatro o cinco preguntas, hasta llegar a los asesinatos de Tacubaya.
—“Conteste al cargo de haber ejecutado a los prisioneros hechos el 11 de abril de 1859.”
—Esos fusilamientos no fueron autorizados por mí, sino por Leonardo Márquez. No llevo sobre mi conciencia un sangriento apodo: *el Tigre de*

Tacubaya. Yo liberé a las personas cuya ejecución se pospuso para el día siguiente. Son testimonio vivo, entre varios, el coronel Chavarría y don Ignacio Jáuregui, distinguido liberal y mi abogado defensor.

—¡Bravo!

—Ahora las preguntas sobre...

—Siempre consideré que ese turbio asunto saldría a relucir en el momento menos conveniente. En fin, prosigamos.

—Conteste al cargo que resulta de violar los sellos del gobierno inglés para extraer y consumir los fondos destinados al pago de nuestra deuda y que, al no efectuarse, sirvió de pretexto para la intervención europea en México.

—No hubo violación del pabellón británico, ya que el dinero estaba depositado en un almacén particular. En cuanto al pretexto para la intervención, recuerdo que la Convención de Londres, el 30 de octubre de 1861, fundó su reclamo en la suspensión de pagos decretada por el gobierno constitucional. Juárez decidió esa medida, no yo.

Volviste a calmar tu sed mientras caminabas por la celda. Cuatro pasos hacia la derecha. Vuelta. Cuatro hacia la izquierda.

—**Quítale a nuestro Miguel toda idea de venganza. Te recomiendo que no sea militar; pero, si hubiese en México una guerra, que sirva al gobierno, sean cual fueren sus ideas, y defienda a la Patria —viéndome de frente, continuó—: Si encuentras un hombre honrado, que te ame, cástate con él; yo te lo apruebo.**

—¿Tratas de enojarme? Pues vas a lograrlo, con creces. Necesitas oírlo de nuevo, ¿verdad? Te lo aclaro: nadie puede sustituirte en mi cuerpo ni en mi alma. Ningún hombre tiene tu estatura moral y yo no me conformo con menos.

—Eso se merece un beso.

Retornamos a nuestro noviazgo, cuando un beso robado era lo máximo que osábamos. Pero ahora no había un futuro donde culminaran nuestras caricias. ¡Hacía tanto que no nos amábamos! Intenté, con urgencia frenética, recordar nuestras noches.

—Miguel...

—Mi bien...

Éramos tan asiduos en nuestras demostraciones de amor que el guardia terminó por hastiarse. Nos observaba un buen rato con atención; luego

desviaba la vista y bostezaba. Entonces, sólo nos interrumpían las necesidades diarias.

—General, ya llegó su comida. ¿*Onde* pongo la canasta?

¡Como si hubiera muchas opciones!

—En la mesa, sargento.

A causa de mi profunda pena, mi estómago se rehusaba a recibir alimentos.

—¿Te sirvo?

—No tengo hambre.

Mi cariñoso esposo partía en minúsculos pedacitos la carne y me la ponía en la boca: “Esto se come a mi salud” y no cesaba hasta que me terminaba el guiso.

Un día, el Emperador entró repentinamente llevando una botella.

—Mi última botella de coñac. Es excelente y quiero compartirla con vosotros.

De inmediato Miguel se puso de pie.

—¿Qué celebramos, V. M.?

—Los abogados opinan que **a un archiduque no lo fusilan impunemente**. Muy pronto me mandarán a Veracruz; de ahí, a Austria.

—¿Y qué sucederá con mi marido y el general Mejía?

—Eso no importa —me atajaste impaciente. Dirigiéndote al soberano, añadiste—: **Ojalá así sea, Majestad, pues habremos cumplido doblemente nuestro deber, defenderlo y salvarlo.**

Maximiliano colocó la diestra sobre tu hombro:

—Gracias. Sé que lo decís de corazón.

Algunas tardes visitábamos a don Tomás Mejía. Su valor y sus hazañas le hicieron obtener el grado de general de división, al mando de la caballería. Casi siempre estaba en cama porque sufría una grave enfermedad del intestino. Sin embargo, nuestra presencia lo animaba y solía bromear con mi esposo.

Una noche el Emperador nos mandó llamar. Lo encontramos con una bandeja sobre las piernas, cenando sopa de leche. Estaba muy triste. Apenas nos vio, comenzó a hablar de su familia, particularmente de su madre, la Archiduquesa Sofía, a quien

amaba tiernamente, y de la pena que le causaba la enfermedad de doña Carlota.

En medio de la conversación, mi esposo, que solía acariciarme delante de la gente, tomó mi mano y se la llevó a sus labios. No tuve tiempo de retirarla, y no fue posible evitar que el Emperador lo viera; fue tal la emoción que le causó, que no pudo articular palabra. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Mi esposo, mortificado, le habló de la Emperatriz, creyendo que su recuerdo motivaba aquellas lágrimas.

—*Mon general*, no llores por la Emperatriz, llores porque no merecáis que os haga desgraciados, pudiendo ser tan felices.

—*C'est la vie*—contestó mi esposo, tomándome de nuevo la mano—.

Yo estoy aquí por no haber seguido los consejos de mi mujer.

—General, no tengáis remordimientos. Yo estoy aquí por haber seguido los consejos de la mía.

Fue lo más cercano a un reproche que le oí. Aunque se conocían sus deslices con la *India Bonita* y algunas damas de la corte, amaba a su esposa. Ustedes dos, ¡hasta en sus infidelidades se parecían! ¡Con criadas y con señoras: los dos extremos sociales! Sin embargo, no dudo que me amaras. Tanto...

A las nueve nos despedíamos. Hubiera querido seguir así: teniéndote a salvo, viéndote el día entero. ¡Si aquello durase! No deseaba más. Apreciaba mis posesiones: el atardecer cayendo sobre las baldosas para acentuar ocres y amarillos, las campanas alabando a Dios, los pájaros cantores, el eco que rebota contra las paredes encaladas... La cárcel recuperaba su antiguo uso, se transformaba en convento.

Ni siquiera me concedieron esa felicidad. Traté de comprar tiempo, porque era vida, **suplicándole al fiscal Azpíroz que alargase la causa. Anegada en llanto le hablé de mis pobres hijos e hice el intento de echarme a sus pies. Con un ademán de cólera, me rechazó: “Señora, no me gustan las comedias”.**

Mis esperanzas, hilvanadas punto por punto, como aquellos bordados de mi infancia, se desmoronaron; la llaga, reabierta, empezó a supurar. Mi actitud varió. Todo me parecía negativo. **El calor era intolerable;**

el sol bañaba el estrecho claustro y se introducía en las celdas que se convertían en verdaderos hornos. Las moscas, fieles compañeras del bochorno, volaban a millares, el olor de la tropa y ciertos asquerosos insectos que aquella sucia gente producía, hacían doblemente amargo el cautiverio. ¡Y pensar que ni un príncipe, ni sus dos fieles generales, se quejaban! Yo más imperfecta que ellos, renegaba de esas molestias y al volver a mi alojamiento, me cambiaba hasta la última pieza de ropa.

Siempre con la preocupación de salvar a mi esposo, discurrí un plan. Por las noches, los presos se quedaban sin vigilancia. Por el techo de la prisión se podía hacer un agujero, echar una cuerda a mi esposo, que era fuerte en la gimnasia y salvarlo. La casa a espaldas de las Capuchinas pertenecía a una señora de nuestro partido, a la cual confié mi secreto. Se prestó a ayudarme y me proporcionó varias escaleras que ligamos una con otra hasta llegar a la altura requerida.

Hice aquella horrible ascensión, que con un paso mal dado me podía costar la vida; pero mi valor superaba todos los peligros. Llegué al último escalón; me disponía a saltar a la azotea, cuando descubrí un centinela. No puedo expresar mi rabia. ¡La fatalidad nos perseguía!

No me di por vencida. Me aconsejaron que fuese a San Miguel, situado a pocas leguas de Querétaro, donde vivía la madre de Mariano Escobedo. Tenía gran influencia sobre su hijo y por su medio quizá conseguiría algo.

Me dirigí a ella y le pinté con vivos colores mi pena. Me oyó tranquilamente, sin demostrar interés y cuando acabé me dijo: —¿Y qué quiere usted que haga? ¿Se ha olvidado de los asesinatos de Tacubaya?

—Esos crímenes no los cometió mi esposo.

—Da igual. Los propició su partido.

—Perdóneme, no es lo mismo. Leonardo Márquez está libre y su vida no peligrará. Al general Miramón lo van a ejecutar.

—Entonces, reclámeselo a ese tal Márquez.

Me volví a Querétaro, desconsolada ante la crueldad de aquella octogenaria. A la mañana siguiente iban a sacar a los presos para juzgarlos.

Antes de que se hiciera el cambio de guardia, mi esposo y yo fuimos a saludar al Emperador. Cuando llegó la tropa, el teniente que entregaba los presos, señalándolo con el dedo, dijo: “Ése es Maximiliano de Habsburgo”. El oficial recién llegado, con supremo desprecio arrojó un salivazo que fue a caer a los pies del príncipe. Miguel, no pudiendo contener su indignación, se echó sobre el insolente:

–¡Cobarde! ¡Miserable!

–*Mon Dieu, monsieur le general, prudence!* –murmuró el Emperador–. Estos son piquetillos de alfiler que debemos despreciar.

Salimos para nuestra celda, a fin de sufrir la entrega de mi esposo. Yo iba pidiendo a todos los Santos que le dieran calma para evitar mayores disgustos. Gracias al Dios, así fue. Miguel, apretando los labios, se contuvo.

El tribunal se reunió en el teatro, lugar muy a propósito para la representación con que el Partido Liberal iba a ensangrentar nuestra Historia.

En ese mismo teatro, ocho años antes, había asistido a una función dedicada a mi esposo. En medio del júbilo, una nube turbó mi alma. Justo detrás de mí, la Muerte aplaudía al héroe del momento. Cerré los ojos: mi imaginación no empañaría tu triunfo. Mis párpados fueron una cortina por la que apenas se filtraba el resplandor de las velas. Esa penumbra opacó al público, las felicitaciones, el oropel de los vestidos, joyas, música y, en aquel silencio artificial, oí a la Parca: “Todavía no, Conchita”. Hoy se cumplía el respiro que Ella me había dado. Ante las butacas vacías de ese mismo teatro, sin testigos que legalizaran aquella injusticia, te condenarían.

Miguel me recomendó que, aprovechando las horas del juicio, visitase al coronel Ordóñez, herido al mismo tiempo que él. La bala le había atravesado la nariz y salido por la mejilla; así que sus finas facciones estaban completamente descompuestas. Al saludarme se animó su semblante:

–¿Cómo está mi general?

–En el banquillo de los acusados. ¿Cree usted que lo absolverán?

–No lo sé, se trabaja para conseguirlo.

Cuando volví a la prisión, pospuse por unos segundos las preguntas que se aglomeraban en mi garganta, y **le conté a mi esposo lo sucedido.**

–**¡Cuánto siento que ese valiente se haya sacrificado por seguirme! Ojalá se sacien en mí nuestros enemigos y lo dejen libre.**

Suspiré. Consciente de la brevedad del tiempo, no iba a enzarzarme en una discusión, pero hubiera deseado rebatir esa generosidad, lanzarte, como un reproche odioso, tu disposición al sacrificio.

–¿Qué argumentos esgrimió el licenciado Jáuregui en tu defensa?

–Muchos. Como adiviné que me interrogarías al respecto, te traje un extracto de su discurso.

Me senté sobre el camastro y leí, más bien devoré, aquellas páginas.

Querétaro, 13 de junio de 1867.

Extraño parecerá a muchos de mis correligionarios verme en este sitio y con tal encargo, correspondiéndome el carácter de acusador por mis opiniones políticas, especialmente por los asesinatos de Tacubaya, en que una de las víctimas fue un hermano querido, cuya sangre clama venganza al Cielo. Si estuviera convencido de que don Miguel Miramón tuvo complicidad en esos asesinatos, me separaría de esta causa y no sería su defensor, por más que a él le debo la vida. Cesará la admiración, cuando se vea que vengo a defender a mi Patria de los cargos que le haga la ilustración del siglo y a pedir el exacto cumplimiento de la Constitución Federal que defendemos, como la piedra en que descansa nuestro edificio social y por la que hemos peleado a tanta costa. Repito, estableciendo mis preliminares, no saldré un punto de la Constitución.

Mi cliente fue desterrado por Maximiliano, bajo un pretexto honroso y después, sin ser llamado, vino a defender sus convicciones. El militar deja de ser ciudadano para convertirse en instrumento del que manda como gobierno establecido. De lo expuesto concluyo que su delito es puramente político y no esta incluido en la ley marcial.

El origen del Decreto del 25 de enero de 1862, asentaba que ningún mexicano ayudase a la intervención francesa, ni se prestase a servir en el cargo más insignificante. Pero se perdió Puebla, evacuamos la Capital y demás poblaciones, y la Ley del 25 de enero perdió su influjo pues resulta impracticable. ¿Se comprende el número de personas que caerían bajo la cuchilla de tal ley, la suma de los procesos y las ejecuciones? Buena y útil en 1862, estaría fuera de propósito en 1867.

Una ley que no puede cumplirse en toda su extensión, claudica, se hace nula y de ningún valor, porque falta la igualdad de aplicación. No se puede elegir a una persona para culparla, exceptuando a las demás. Mi defendido ha servido seis meses militarmente. ¿Cuántos de los cuatrocientos oficiales aprehendidos son más culpables? ¿Cuántos tendrían menos descargos? Ya lo dice el Artículo 29, “la suspensión de garantías no puede contraerse a determinado individuo”.

¿Por qué no se escogió a otro entre el gran número de jefes prisioneros? Lo voy a decir. Porque en el Partido Conservador don Miguel Miramón ha figurado siempre en primer término, siendo su más firme y constante apoyo. Pues bien, aun suponiendo por un ligerísimo momento, que hubiese sido traidor a la Patria en una guerra extranjera, una de las garantías del Artículo 13 es: “En la República Mexicana nadie puede ser juzgado por leyes privativas ni por tribunales especiales”. ¿No es este un tribunal especial?

En Querétaro no ha habido una sedición, ni un motín contra la autoridad. Los conservadores peleaban bajo un gobierno que consideraban legítimo. ¿Qué reglas se observan, pues? Las que determina el Artículo 128 de nuestra Constitución. A don Miguel Miramón no puede hacerse más cargo que haber tomado las armas en una guerra civil. La pena de muerte esta expresamente derogada por nuestra Constitución para los delitos políticos y ningún tribunal puede imponerla. Todos los autores modernos convienen en este axioma: “Cuando nuestro enemigo está desarmado y rendido, no tenemos ningún derecho sobre su vida. ¡Qué idea la de castigar a un hombre que ha defendido su plaza hasta el último extremo, cumpliendo con su deber!

Los poderes extraordinarios de un comandante cesan tan pronto la guerra termina. Arrestados los culpables, ningún castigo sumario se

les puede infligir. La Nación ejerce su derecho quitándoles el poder de obrar. Pero este derecho no se extiende hasta quitar la vida, precisamente porque es preventivo. Si el temor fuera la norma, tendríamos que sacrificar un número considerable de los que han sido, son y aun pueden ser, jefes de revolución. El destierro es la pena natural porque aparta al culpable de las circunstancias que lo convierten en tal.

Varios cargos se han hecho a don Miguel Miramón. Unos relativos a la usurpación del poder público; otros, los pertenecientes a delitos de subversión, militares y aun del fuero común. El buen orden pide que me encargue de unos y otros, pero antes de proceder, no puedo menos que hacer presente a ustedes, señores, la deformidad de este proceso, que consiste en la absoluta carencia de datos. No se encuentra una justificación, un papel, la prueba más ligera que directa o indirectamente funde los cargos hechos al reo. Suponiéndolos existentes e incontrovertibles, se dan por consumados, no ocupándose el proceso de probarlos. Ni la Ley del 25 de enero de 1862, ni la de 1857, excluyen el deber de justificar el delito, por angustiado que sea el término de setenta horas concedido para la formación de este proceso.

Me he ceñido a la estricta justicia y a la Constitución de 1857. Suplico, pues, al consejo, se sirva absolver del cargo de traidor a la Patria, en guerra extranjera, a don Miguel Miramón e imponerle la pena extraordinaria que merezca por su conducta como partidario en la guerra civil, con arreglo al artículo 48, tratado 8, título 5, de la orden general del ejército, para lo cual protesto lo necesario, etc.

Lic. Ignacio de Jáuregui.

—¿Qué te parece, Concha?

—Extraordinario. Humano, claro, recto...

—Así es él. Le tengo plena confianza... aunque no sirva de nada.

—¿No tomarán en cuenta sus razones?

—Sí.

—Entonces, ganará el juicio.

—No. Ya nadie confía en el destierro como una solución. Iturbide regresó, Santa Anna hizo lo mismo.

—Y nosotros, ¿cómo actuaríamos?

–Juraría por Dios y por mis hijos permanecer en el país que me asignaran.

Algo debió delatar la levísima esperanza que alentaba, pues añadiste:

–Nunca he roto un juramento. Tampoco ambiciono el poder personal. ¿Quién otro hubiera devuelto la Presidencia teniendo, como yo, el mando del ejército y el respaldo popular? Un gesto igual no se vuelve a presenciar en México, pero nadie toma en cuenta esas quijotadas. Maximiliano me juzgó ambicioso, el partido conservador también.

–Las excepciones son difíciles de aceptar –te consolé.

–Cierto. Ya verás: Juárez se eternizará en el gobierno.

Los diplomáticos habían llegado de la Capital, y como se habían marchado a San Luis para ver a don Benito, el Emperador confiaba que obtuvieran el indulto. Mi esposo, al contrario, estaba convencido de que nada conseguirían y su mayor preocupación era que yo tuviera valor.

Su certeza me sacaba de quicio. Yo apilaba motivos para alimentar un endeble optimismo; pero él, con una lógica implacable, los rebatía. **Entonces, la más profunda tristeza se apoderó de mi alma; nada me podía reanimar.**

–Vamos, señora, ¿con que mi mujercita es una cobarde? Pues ya no la quiero.

Cuidaba de no tocarme, pues el menor contacto desataba torrentes de lágrimas. Te observé. Con el ceño fruncido estudiabas al guardia. “Mides hasta qué grado es posible revelar nuestra intimidad sin que yo lo considere una indiscreción”, pensé. Entonces, como te contentabas, era yo quien te acariciaba. Luego, enmarcando tu rostro con mis manos, te besaba la frente.

Por fin, rompiendo tu abstracción, ordenabas:

–Saca las barajas, amor. **¿Cuánto dinero traes? Porque te voy a ganar.**

Subyugada por su imperturbable calma, recobraba la paz que en aquel grande y noble corazón no había cesado de reinar.

–¿Para qué quieres el dinero?

–**Mandaré comprar pan, que con los restos de nuestra comida, lo doy a los centinelas. Aquí no quieren que engorden.**

El sargento se llevó la diestra al quepí. Siguiendo la costumbre, ganabas adeptos sin mayor esfuerzo.

Era preciso idear un nuevo plan para salvarte. **Con toda intención, había acudido a las visitas con un espeso velo. Pero si iba vestida de hombre y cubría el pantalón con una crinolina, cuando el soldado saliera de la celda para asistir al rezo, mi esposo se disfrazaría con mi ropa.**

Le comuniqué mi estratagema y sonrió:

–¿Pretendes que cambiemos de sexo? Tu idea es buena, pero no tiene lugar.

–¿Por qué?

–Jamás me prestaré a semejante cosa. Figúrate que me salvo y tú quedas expuesta a mil peligros y a una terrible represalia.

–A mí no me pueden matar. Me amenazarán, eso sí, pero aunque te aseguren que me llevan al patíbulo, no lo creas.

Esto lo enternecía y me llenaba de caricias. Después seguía la discusión y volvía a decirme:

–No, no accederé a tus ruegos; busca otro medio de salvarme.

Entonces me desesperaba, le decía que no me quería, le pintaba mi dolor, mencionaba a nuestros hijos.

–Tal vez tu fuga salve a tus compañeros. Quién quita que la causa se suspenda mientras te encuentran.

Mi sugerencia le hizo mella. Logré que me oyera sin rebatir mis razones y al cabo accediera: “bien, ya veremos”. Esto me alentó, decidiéndome a confiar mi secreto a C. R., íntimo amigo de Miguel, que por la familia a que pertenecía y por su posición independiente, podía prestarnos ayuda.

Un día después puse en práctica mi proyecto. Cual sería mi sorpresa que al llegar a la prisión me rodearon varios oficiales, me hicieron quitar el velo y permanecieron en la celda de mi marido en todo momento. A las siete, me notificaron que tenían orden de hacerme salir a esa hora y no a las nueve, como era costumbre. Volví a la casa angustiada, casi loca. No puedo describir mi desesperación. ¡Me habían traicionado! No tardé mucho en averiguarlo:

C. R. me había vendido. ¡Por rastreros intereses perdió el honor y sacrificó su amistad!

Desde ese momento, la vigilancia se redobló. Incluso, prohibían a los presos el uso de cuchillos y tenedores.

Tras ese desengaño, sólo quedaba un recurso: correr de un jefe a otro, implorando socorro.

José Justo Álvarez era pariente de mi Madre, además de maestro en el Ejército Republicano. En 1859 cayó prisionero. El pueblo se lanzó a buscarlo, queriendo arrastrarlo por las calles. Mi esposo lo puso bajo custodia y, cuando se curó de sus heridas, le dio la libertad. ¿Alguien podía pensar que semejantes beneficios se hubiesen olvidado?

Fui llena de esperanzas, pero don José me recibió fríamente y cuando le detallé mi aflicción, me contestó con sequedad: “¿Qué quieres que haga? ¿Para qué se enredó Miramón con Maximiliano?”

El 16 de junio, a las siete de la mañana, recibí un billete de mi esposo, mandándome llamar con urgencia. Apenas lo leí, salí de casa. El centinela que estaba en la entrada del patio, ordenó: “Atrás”, pero yo seguí mi camino. Entonces un oficial, con la espada desenvainada, gritó:

–¿No oye? ¡Atrás!

–Mi marido me manda llamar.

–Señora, tengo orden del coronel de no dejar pasar a nadie.

–Pues tráigalo usted acá, se lo ruego, para que él me dé el permiso.

Fueron tan enérgicas mis palabras y tantos mis sollozos, que se ablandó: “Bien, le voy a hablar”. Apenas se alejó, corrí como una demente en medio de aquellas filas de soldados, que atravesaron sus fusiles para detenerme. Yo los retiraba, abriéndome paso sin saber de mí, hasta caer en brazos de mi esposo.

Al verme en aquel estado, me preguntó dulcemente:

–¿Qué te han hecho, mi vida?

–Nada.

Me aparté de sus brazos y empecé a arreglarme, para disminuir mi aspecto salvaje, pero las manos me temblaban, a tal grado que los mechones escapaban, cual sierpes.

–¡Tuve tanto miedo!

Por todo consuelo enderezaste una peineta; la colocaste sobre mi nuca.

–Cuanto me gustaría que tus horquillas cayeran al suelo, y que tus cabellos formaran una cortina sobre tu espalda.

–Creí que te iban a sacar para matarte.

Pronuncié la palabra maldita y el estómago se me contrajo. La náusea me invadía...

–Aún tengo unas horas de vida. Acaban de notificarnos que hoy, a las tres, es la hora del sacrificio. Debes tener resignación, es preciso que cuides a nuestros hijos; sólo te tienen a ti.

Después se puso a escribir. De tiempo en tiempo suspendía su labor para recomendarme que perdonase a quienes me hacían tan desgraciada, que no les guardase rencor y que me mostrase valerosa para aceptar la dura prueba a que el Cielo me sujetaba.

–¡Pobre del Emperador! Yo al menos te tengo a mi lado y sé que recogerás mi cadáver; pero él no tiene a nadie y siente intensamente su soledad. Ven, vamos a consolarlo.

Diciendo esto se alzó de su asiento, y me condujo a la celda contigua. El desgraciado soberano estaba sentado en un sillón; sus mejillas parecían de marfil a causa de una gran palidez. Al verme se irguió, asegurándome que me había recomendado con su familia.

–Mi madre velará por vos y por vuestros hijos.

Luego me confió que temía que profanasen su cadáver.

–Si V. M. no cuenta con la presencia de los suyos, yo estoy aquí y recogeré su cadáver junto con el de mi esposo. Dígnese darme una orden para Escobedo, a fin de que no me pongan dificultades.

Notablemente conmovido, susurró:

–Gracias señora, gracias.

Los minutos desaparecían y un asunto muy grave me inquietaba: la salvación de tu alma.

Como caído del cielo, en nuestra celda encontramos a mi tío, don Joaquín Corral, que deseaba despedirse.

–Por favor, traiga usted a un sacerdote.

El anciano no necesito más: salió precipitadamente a cumplir mi ruego. Al quedarnos a solas, Miguel comentó:

—¿Sabes? Le tengo más miedo al cura que a los soldados que me van a fusilar.

Lo dijo medio en broma, pero **comprendí que era el momento de la última lucha**, cuando el arrepentimiento y la culpa torturan agrandando los errores, empequeñeciendo los triunfos o, peor aún, dándoles un giro adverso hasta convertirlos en derrotas. En ese momento de horrible angustia, mi Fe resurgió con la fuerza de una ola gigantesca. Te hablé de Su misericordia y, como no encontraba las frases precisas, recurrí al rezo. Orar significa hablar con Dios.

—Oh, piadosa, oh, bendita, oh, siempre virgen, ruega por nosotros, los pecadores hijos de Eva.

Sin duda por inspiración divina, llevaba conmigo unos ejercicios espirituales. Busqué el examen de conciencia, para hacer confesión general. Con este tesoro, empezamos a analizar los impulsos del espíritu para actuar de cierta manera. ¡Qué sencillo resultaba caer, que fácil reincidir!

—¿Quién me hubiera dicho que mi mujer me iba a examinar antes de morir?

Permanecimos callados. Me contemplaste largamente. ¿Deseabas confesarte conmigo antes que con Dios?

—Concha, si te desilusioné, si cometí errores, nunca mencionados para evitar mayores daños, te pido perdón. Tenlo por cierto: no quise ofenderte. Me dejé llevar por la debilidad humana y, aunque no es una justificación, explica esas fallas. ¿Disculparías mis secretos?

—¿A ciegas?

Asentiste.

—A ciegas los disculpo, amor.

Esperando al sacerdote nos dimos cuenta que era 16 de junio. Mi esposo recordó nuestras fiestas y dijo tristemente:

—Mira cómo te paga la Santísima Trinidad los altares que le puse.

Esta reflexión me aterrorizó. ¿Te atrevías a juzgar a Dios? Pero la Virgen inspiró mi respuesta:

—¿Sabes cómo me paga? Llevándote al Cielo a cantar con los ángeles.

Mi esposo abrió sus brazos y yo me refugié en ellos.

—**¡Al fin recuperas la esperanza!** Con tu actitud me devuelves la paz. Gracias, mujer. En estas últimas horas me has dado un hermoso regalo, tu Fe.

Debíamos ser precavidos. Un temblor de voz, una tenue hesitación, rompería aquel reposo... frágil como, en esos instantes, nuestro espíritu. Había, pues, que estar acompañados, hablar, ahogando con palabras vanas la angustia terrible, cercana, de tu muerte.

—**Vamos con el general Mejía, a que te despidas.**

Don Tomás acababa de separarse de su hijito recién nacido. Su semblante estaba marcado por un profundo dolor e, igual que nosotros, desconfiaba de las emociones. En silencio **me estrechó y nos dimos el último adiós.**

¡Ni un instante a solas! Necesitábamos la presencia de otros, aun del guardia, para dominar nuestra tensión. **Volvimos con el Emperador.**

—*Madame*, uno de los barcos austriacos, atracado en Veracruz, os conducirá a Europa —su voz temblaba, lo mismo que sus manos cuando se quitó una cadena que llevaba al cuello—: Pronto veréis a mi madre. Os ruego le deis esta medalla, asegurándole que muero como buen cristiano.

—Señor, ¿habéis dado orden para que me entreguen vuestro cadáver?

—Sí —y con honda tristeza, agregó—: **¡Qué tarde he conocido las grandes almas de esta tierra!**

Besó mis manos, y pronunciando la dolorosa palabra adiós, salimos Miguel y yo de la celda.

Mi tío regresó con un canónigo. Nadie habría podido arrancarme de los brazos de mi esposo, pero era preciso dejarlo solo, a fin de que preparase su alma. Ese pensamiento me dio valor para separarme de él.

Apoyada en el brazo de mi tío, bajé casi arrastrándome la escalera, pero al llegar al último escalón, me senté con la firme resolución de no moverme.

Viendo que no podía quitarme de allí, don Joaquín recurrió al coronel el cual, con dos oficiales, me sacó del Convento de Capuchinas, donde dejaba a mi esposo y mi corazón.

Llegué al alojamiento en un estado deplorable. En una habitación, la Sra. Cobos preparaba las camas para colocar los cuerpos del Emperador y de mi marido.

Apenas el reloj comenzó a marcar la hora de la ejecución, se apoderó de mí un nerviosismo atroz. Imaginaba a mi marido salir de la celda, bajar aquella funesta escalera, emprender el camino de su calvario; oía la descarga de la fusilería, los pasos de los que llevaban su cadáver ensangrentado para ponerlo en mis brazos.

Pasadas las cuatro de la tarde, cuando creí que todo había concluido, escuché varias voces. Mi tío, mi hermano Alberto y los abogados defensores, me iban a anunciar que la ejecución se había suspendido.

Perdida la compostura, el decoro, las costumbres que detienen al instinto, corrí a la cárcel. Me tropecé con varios transeúntes, intenté disculparme en medio de mi llanto. Después ya ni eso. No importaba que me tacharan de loca y se apartaran con temor, como si mi mal fuera contagioso.

Al verte, desfallecí. Estrechándome (todavía sentía tu tibieza, aún me resguardaba tu fuerza y esa felicidad casi superaba un dolor infinito), comentaste:

–Lo que han hecho con nosotros es una maldad. Al posponer la ejecución nos matan dos veces, hoy y pasado mañana. El Emperador ha protestado; yo no, pues estimo un bien que la Providencia me aumente una hora de vida. Ahora no te estaría abrazando, amor, mi amor, ni te diría lo mucho que te adoro.

Permanecimos quietos para que no se resquebrajara ese milagro. Entonces **el Emperador supo que estaba yo allí y nos mandó llamar.**

–Nos han matado moralmente –opinó– y ya no tienen derecho de volverlo a hacer. Os quiero pedir un favor, señora. Creo indispensable que vayáis a San Luis y que en unión de mis defensores consigáis el indulto.

–No –musité–. No, no... V. M. pide algo superior a mis fuerzas –rompí en sollozos–. ¿Cómo puedo separarme de mi esposo cuando el Cielo me concede dos días para estar a su lado?

Estos pensamientos y las mil emociones sufridas, me ocasionaron una espantosa crisis de nervios. Dentro de mí, algo saltó en pedazos. Gritaba, temblando sin control. Debiste contenerme para que en mi agitación no me golpeará contra las paredes, pero la misma violencia de mis emociones propició su brevedad. Exangüe, rogué:

–Señor, os suplico me perdonéis. Me resulta imposible complaceros.

Maximiliano te observó como esperando una señal de tu parte. Al recibirla, redobló sus instancias. Sin embargo, yo jamás hubiera cedido si tú no intervienes.

–Concha mía, dame esta prueba de cariño. Yo también confío en que obtendrás la gracia y te la quiero deber a ti.

–Pero, dijiste que... que no debíamos fiarnos de ellos.

–No me fío: en ti deposito mi fe.

Las instancias que me hacían y un átomo de esperanza que pasó por mi mente, me decidieron a consentir. Debía renunciar a consolar a mi esposo en sus últimas horas y perderlo antes de que nuestros enemigos me lo arrancasen de los brazos.

A los pocos momentos llegó mi hermano Alberto. Temeroso de que fuera a arrepentirme, no perdiste tiempo.

–Alquila una diligencia para esta noche, cuñado, y busca a la Princesa de Salm, a quien Escobedo expulsó de Querétaro, para que le ofrezcas llevarla a San Luis. Esta dama pretende hablar con Juárez y así, ella y Concha se acompañarán.

Una vez resuelto aquel asunto, y ya sin alternativas (haría ese trayecto espantoso, me separaría de ti), rogué que nos concedieran unos minutos a solas. Sentados sobre el camastro, dándole la espalda al guardia, **sostuvimos nuestra última conversación, la más tierna, la más triste, y al mismo tiempo, la más amarga.**

Miguel repitió lo que muchas veces comentamos. A nuestro primogénito debía quitarle toda idea de venganza; se refirió con ternura a nuestras hijitas, especialmente la mayor, y por fin me pidió:

–Háblame de Dios.

Una frialdad terrible se expandió en mi alma. La desesperación aplastaba mi confianza en Jesucristo y, ya sin sostén, me derrumbaba.

–Soy incapaz de mencionar a Alguien, a Algo, ajeno a lo humano. El Buen Pastor no cuida a sus ovejas.

–¡Concha! Tú, tan creyente...

–Le he suplicado ayuda, postrada; he rezado dejando el corazón en prenda; ofrecí mi vida a cambio de la tuya... ¿De qué sirve?

–Dios, querida, queridísima, no concede caprichos...

–¿Caprichos? ¿Reduces tu vida a un capricho?

–... ni hace milagros para complacernos. Nuestro amor hacia el Creador no está supeditado a los favores que de Él recibimos. ¿Recuerdas ese poema, tan bello, que te leí? ¿Cómo va? “¿Y si no hubiera Cielo, yo te amara, y si no hubiera infierno, te temiera?” ¿Qué sigue?

–“No tienes qué me dar por que te quiera, pues si todo lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero, te quisiera”.

–Estoy seguro de que equivocamos los versos, pero la idea vale. Concha, admite Sus designios. Si es Su voluntad que yo muera, acéptalo.

–¡No! No puedo.

–Puedes. Un católico sincero no es el que tiene una Fe inamovible. Es aquel que, dudando, abraza la Cruz.

–No puedo.

–Es aquel que acata la voluntad divina porque comprende que una mente finita no abarca los designios de una sabiduría sin límites. Dios, padre misericordioso, no nos castiga, Concepción; al contrario, nos lleva por el buen camino para conducirnos a Él.

Negué con la cabeza.

–Además, testaruda, a un militar le disgusta morir en la cama. Me invadirá un cierto orgullo cuando esté ante mis verdugos; en la flor de la edad, con mis facultades completas. Lo prefiero a mojar de orines las sábanas o comer papillas porque se me cayeron los dientes. Los valientes y los árboles mueren de pie.

–¡Ah, no podías evitar las frases célebres!

Me besaste la frente, la nariz, la boca.

–Anda, sonríe un poco –y cuando lo hice, calculando que resistiría su siguiente encargo, agregó–: **Si no nos volvemos a ver, te recomiendo saques mi cadáver de esta nefasta ciudad y lo hagas enterrar cerca de la tumba de mis padres.**

No le pude contestar, pero estreché sus manos y las cubrí con mis besos, bañándolas en lágrimas.

A las diez, volvió Alberto. Yo probaba una momentánea calma, el dolor parecía estar suspendido por el consuelo de tenerlo vivo, a mi lado, cuando por la mañana lo había llorado muerto.

–La diligencia está pronta, hermana; la Princesa de Salm se marchará contigo.

Te abracé. Me quedaría ahí, para siempre. Ya ideaba excusas: renegaré de la palabra dada al Emperador, fingiré una enfermedad...

–Amor –dijiste–, ¡me duele tanto esta separación!

–La separación no existe. Una parte de ti vivirá en mi alma.

–¿Y tú?

–Lo mejor de mí, morirá contigo.

–Si no te vas, me desmoronaré. Y no quiero. Concha, ayúdame.

Aflojé mis dedos agarrotados, solté tus hombros. Cuando hubo un espacio y ya no formábamos una unidad, caminé hasta la puerta. Quise regresar y seguí adelante. “Un beso, un último beso.” Adelante. Otro paso. Otro más. “Échame en ese camastro sucio, Miguel, y hazme un hijo. Que tu semen quede entre mis piernas y en el vientre vida, para obligarme a existir. De lo contrario...” Bajé las escaleras. Llegué a la calle.

Aunque el dolor fue más profundo que el que había sufrido por la mañana, un átomo de esperanza me daba valor. Afuera, la noche era lóbrega, ni una estrella nos acompañaba en aquel doloroso viaje; los caballos se detenían a cada paso a causa de los muchos hoyancos y numerosas piedras. Los mozos que iban en el pescante alumbraban al cochero por medio de antorchas encendidas y así caminamos hasta que apareció la luz.

Al llegar al pueblo de Dolores, nos encontramos con los diplomáticos que volvían a Querétaro sin el indulto. Deseé regresar para estar presente cuando mataran a mi esposo, pero el ministro de Prusia, Barón Magnus, me hizo desistir.

–Si no agota todas las posibilidades, nunca se lo perdonará, señora. La tranquilidad se encuentra en la convicción de que hemos cumplido nuestro deber.

Seguimos hasta la Quemada. Tomamos un cuarto con dos camas, pero no logré descansar. A las cuatro de la mañana nos llamaron para proseguir el viaje.

Aquel 18 de junio, a las ocho y media de la noche, llegamos a San Luis. La princesa se despidió, dándome las gracias por haberla llevado conmigo y nos separamos para no volvernos a ver.

En casa de Lupe, le conté lo que había pasado y la insté a que me ayudara. “Vamos a Palacio” propuso, con los ojos humedecidos por las lágrimas. Yo no habría podido ir sola, las fuerzas me faltaban y hubiera caído por tierra sin la compañía de mi hermana.

Al llegar, comenzaron las dificultades, pero nuestra tenacidad las fue venciendo hasta llegar a la presidencia.

En la puerta nos saludaron agriamente dos ayudantes, los cuales nos dijeron que el presidente no nos recibiría. Entonces recorrimos las salas de los ministros que tenían más influencia sobre Juárez; todo fue inútil.

Me aconsejaron que me dirigiese a Lerdo. Le escribí una carta que habría enternecido hasta las piedras, pero él no se dignó a hablar conmigo, me dio su negativa por escrito.

Sentí una espantosa desesperación, pues la idea de haber perdido dos días, cuando pude estar al lado de mi esposo, la amargura de no recibir sus últimas palabras, el dolor de no consolarlo, ni recoger su cadáver para lavarlo con mis lágrimas, llevaron al colmo mi pena.

Intenté marcharme, pedí la diligencia, pero me informaron que no tenían caballos disponibles. Era las nueve y media de la noche. Ya no te volvería a ver, amor. Sin embargo, aún podía enviarte mis noticias por telégrafo. Así lo hice.

Mi hermano Alberto me contó que él mismo había entregado el despacho a Miguel y que después de leerlo, mi esposo besó el telegrama.

—¡Pobre Concha! Ya me figuro lo que estará sufriendo. Yo rogué al Emperador que me auxiliara para sacarla de aquí. Cualquier cosa era preferible a que contemplara mi cuerpo ensangrentado.

Su corazón era tan grande, tan generoso, que prefirió privarse de mi presencia a que yo sufriera. Sin embargo, aún lloro por haber accedido a los deseos de un príncipe.

La noche del 18 la pasé de rodillas, deseando rezar, pero no podía; quise llorar y tampoco pude. Entonces un sollozo convulsivo se apoderaba de mí, aumentando la pena de mi fatigado cuerpo. Después reía y Lupe empezó a temer por mi cordura. No sabía qué hacer para apaciguarme y cuando la cercana iglesia anunciaba las siete de la mañana (hora en que debía tener lugar la ejecución), me dijo:

–Consuélate, hermana, en estos momentos trescientas personas están comulgando por tu marido.

Lancé un grito de dolor y estrechándola violentamente exclamé:

–¡Ay, Lupe, soy viuda!

–Llora, laméntate –musitó–. Hace daño tragarse el dolor.

–La Muerte nos separa después de ocho años y medio de una unión tan dichosa, que provocaba envidias –afirmé, sin estar muy consciente de lo que decía.

Después, las palabras fluyeron en caudal. Lupe me las recordó, para que las transmitiera en estas *Memorias*, pues yo no era dueña de mi mente.

–Miguel no concebía el matrimonio sin respeto hacia la mujer. No me consideraba un subalterno a quien se imparten órdenes. ¿Y a ti, hermana? ¿Cómo te trata Romualdo? Éramos uno. Tomaba en cuenta mis opiniones, admiraba mis insignificantes logros: el canto, el bordado... ¿Aprecia tus conservas, el huerto, la organización de esta hacienda? Por tal motivo compartía conmigo sus glorias y triunfos. **Perdí con él bienes efímeros: posición social, bienestar, honores... Pero, si lo extraño, y lo extrañaré siempre, es porque grabó sus virtudes en mi memoria y se lleva a la tumba mi paz y mi corazón.**

Me dirigí a la capilla y al caminar noté algo curioso: sangre. Pequeñas gotas, brillando sobre las losetas, como rubíes.

–¿Recuerdas, Lupe, el aderezo que me regaló el día que nos casamos? ¡Cuánto me lo elogiaron! Y nada menos que en la corte de Napoleón III.

–¡Cuidado!

De pronto vi algo inusitado. ¿De dónde salió aquel florero roto, las rosas regadas por el suelo?

–¡Se desmaya! Hermana, no te vayas a cortar con esos vidrios. ¡Por Dios, traigan las sales, agua! ¡Apúrense!

Caí en cama con una fuerte hemorragia ocasionada por los viajes en diligencia.

–Me alegraría enfermarme. La Muerte es una bendición.

–Únicamente Dios quita y da la vida. No peques deseando lo que no te manda.

Si sobreviví fue gracias a Lupe.

–Debes cuidar tu salud para encargarte de tus hijos, Concha.

–La cantinela de siempre.

–Miguel no te permitiría persistir en este estado. Mientras permanezcas aquí, tienes que comer.

Poco después recibí dos cartas.

–Yo te las leo, hermana. La primera es de nuestro tío.

Querétaro, 23 de junio de 1867.

Querida sobrina:

El 17 de junio estuvimos algunas horas en la prisión la Sra. Cobos, Naborita, Alberto y yo. Encontramos a tu esposo tranquilo como de costumbre, sólo a la hora de la comida se le notó una gran tristeza. Al despedirnos, se enjugó los ojos. Estaba llorando. Su confesor, le dijo: “Vamos, general, valor”. “No me importa la muerte”, contestó él, “jamás la he temido; pero ¿sabe usted que se ha ido mi Concha?” Aquellas lágrimas eran por ti.

Naborita le llevó a la nena y antes de separarse de ella, Miguel la bendijo.

El Sr. Ladrón de Guevara te dirá lo demás.

Recibe el cariño de tu tío

Joaquín Corral.

–La segunda es del canónigo.

Muy señora mía:

El general Miramón, siempre grande, conservando la serenidad de su alma trabajaba con asiduidad para salvarla. Algunas veces la prudencia me dictaba darle algún descanso que él ocupaba en escribirle a sus hijos, hermanos y amigos con mano firme y semblante sereno.

Una vez el Emperador entró al aposento y, poniéndole la mano al hombro, le dijo: “General, ¿usted cree que nos fusilarán?” “Sí, no lo ponga V. M. en duda. Moriremos, pero no hay cuidado, hagamos de cuenta que sucumbimos en campaña.” Entonces Maximiliano exclamó: “¡Ah, cuan tarde os conocí!”

Al quedarnos a solas, Miramón me confió: “Si el Emperador hubiese creído en mí, él no muere en el cadalso, el Imperio no cae y la suerte de la Patria sería distinta. Pero Dios lo ha ordenado de otra forma”. Recordándola a usted, señora, suspiró: “¡Pobre Concha! Me quiere mucho y yo la hice ir a San Luis para evitarle este sangriento espectáculo”.

Llegó la hora de la ejecución y después de haber oído Misa y comulgado fervorosamente a las cinco de la mañana, nos dirigimos al patíbulo en un coche.

En el camino no dio la más ligera muestra de debilidad y sólo antes de llegar me dijo: “Padre, ¿me será lícito despedirme de mi esposa?” “Sin duda, señor general”, le contesté. Entonces sacó una cajita y abriéndola contempló un retrato: “Adiós, Concha, vida mía, Dios te bendiga en unión de mis hijos; adiós hasta la eternidad” y humedecidos los ojos, estampó un ósculo en el rostro de usted. Después me dijo con sonrisa agradable: “Padre suplico a usted entregue este retrato y este reloj a mi mujer” y tomando en sus manos la imagen de Jesucristo Crucificado agregó: “Dios mío, te ofrezco mi sangre en expiación de mis pecados, pidiéndote por la felicidad de mi Patria”.

Cuando le mandaron apearse, sin dejar de dirigir sus oraciones a Dios, marchó con paso firme hasta el lugar de la ejecución, a la derecha del Emperador. Entonces, éste le dijo: “General, un valiente tiene derecho a los honores de un soberano. Permitidme que, antes de morir, os ceda mi puesto” y colocándolo en el centro, se puso a su derecha.

Maximiliano dirigió algunas palabras al pueblo, que terminaron con un “Viva México”. El general Miramón dio un estrecho abrazo al general Mejía y pronunció con voz firme, como si mandara en una batalla, estas palabras que llevaba escritas con lápiz, cuyo original conservo en mi poder.

“¡Mexicanos, en el Consejo, mis defensores quisieron salvar mi vida, aquí, pronto a perderla, y cuando voy a comparecer delante de Dios, protesto contra la nota de traidor que me han arrojado para cubrir mi asesinato. Muero inocente de este crimen y perdono a los que me lo imputan esperando que Dios me perdone y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva México!”

Acto continuo se presentó don Joaquín Corral con una sábana para envolver el cadáver, cumpliendo fielmente ese doloroso encargo.

Es cuanto puedo decir a usted acerca de tan penoso asunto.

Pidiendo a Dios la consuele, me pongo a sus órdenes como su afmo. servidor y capellán

Pedro Ladrón de Guevara.
Canónigo de la catedral de Querétaro.

—¡Lupe! ¿Dónde están los cuerpos?

—N-no sé.

—¿La señora Cobos los tiene depositados en su casa? ¡Si no estoy ahí, los van a ultrajar!

—¡Cálmate!

—Miguel me decía: cálmate, tranquilízate. A veces me llamaba fierecilla. Hermana, ¿crees que soy muy mandona?

—Bueno...

—Llama una diligencia. Paga para que viaje día y noche, sin parar.

—Se reanudará la hemorragia...

—El Emperador temía que profanaran sus restos. ¡Está indefenso, a la merced de sus enemigos! Miguel, ¿pienso en Maximiliano y no en ti? Préstame una blusa, falda, tocado, corpiño, medias. Negro, todo negro, Lupe. No tengo nada de ese color... guardaba una esperanza.

Al llegar a Querétaro, mi único pensamiento fue visitar a mi esposo, “visitar... a... mi esposo” (como si estuviera vivo, en la cárcel,

aguardándome), cuyo cadáver estaba depositado en la capilla de Santa Teresa.

Junto al féretro pasé la mañana, hasta que mi buena amiga la Sra. Cobos, con cariñosas instancias me sacó de mi ensimismamiento.

—Falta la alianza de nuestro matrimonio, que mi esposo llevaba en el dedo.

—Quizá fue robada por los hombres que transportaban el cadáver. Por buena suerte, unas horas después, alguien la llevó a mi casa. Al leer su nombre y la fecha de su matrimonio en la argolla, la compré por una onza de oro, suma que exigía el ladrón.

—Por favor, devuélvamela.

—En cuanto comamos y descanse un ratito, se la doy.

Apenas me entregaron las prendas de mi esposo, me encerré en la recámara y con mano convulsa rompí la cinta que ligaba la caja. Encontré su reloj, una cadena hecha de mis cabellos, de la cual pendía un relicario con mi retrato, su cartera, retratos de nuestros hijos, dos monedas de oro, un almanaque en el cual fue doblando la esquina de las hojas desde que cayó preso, una pequeña charola con objetos de *toilette*, el libro de Kempis, otro libro de oraciones, una pluma y los restos del dulce y del último pan que cenó.

En un sobre había tres cartas, para mí y para nuestros hijos; una lista de las pertenencias que dejaba a sus parientes y amigos; otra, de las personas que le debían dinero; otra más de las personas a quienes él debía y media hoja con las palabras que pronunció antes de morir.

Sus cartas decían:

Capuchinas, 18 de junio de 1867.

Adorada Concha:

Ayer en la mañana estuve tranquilo, como de costumbre, pero a la hora de almorzar me entró una tristeza que no me ha abandonado,

ya comprenderás que es el resultado de tu ausencia. Pero, ¿cómo obligarte a sufrir por segunda vez este martirio? ¡Imposible! Hubiera sido una crueldad peor que las de mis enemigos.

Dios permita que regreses sin novedad y no tengas mal resultado en tu salud, porque después de mi muerte sería la peor calamidad que pudiera sobrevenirte.

Deseo que arregles los honorarios de los defensores, sobre todo, del Lic. Moreno, que no vive sino de su profesión, y que está un poco alcanzado de recursos.

Ordóñez tiene una trenza de cabellos de mamá, recógela y que se conserve respetada, o enterrada con el primero de la familia que sucumba.

Son las ocho de la noche, todas las puertas están cerradas, menos las del Cielo; estoy conforme, y sólo por ti, vida mía, siento abandonar este mundo.

Ruégote tengas resignación, te cuides para la educación y colocación de los niños, para que quites a Miguel toda idea de venganza, y que pienses alguna vez en quien tanto te ha hecho sufrir, pero que mucho te ha amado.

Mil cosas a los hermanos y parientes, y tu recibe el último adiós de tu

Miguel.

¿Te preocupas por mi salud? Salud implica que el alma goce, amor, y sin ti... ¿cómo puedo aspirar, siquiera, a un poco de dicha?

Te equivocas, cariño. La peor calamidad no es una enfermedad a destiempo. Es vivir sola.

Amada mía:

He recibido a Dios y estoy lleno de confianza en Su misericordia. Te he bendecido, así como a mis hijos; mi último pensamiento en la Tierra será para ti. En el Cielo, si Dios me lo concede, rogaré por ti y por mis hijos.

Te ruego tengas resignación, perdones a los que te causan tanta desolación y pidas a Dios por el descanso de mi alma

Miguel.

En un pedacito de papel, encontré la frase siguiente:

Concha, te amo más que a mi vida

Miguel Miramón.

Y, en el último renglón:

Querida mía, esposa adorada

Bajo esos manuscritos estaban las ropas que mi esposo llevó al patíbulo. Al ver aquellas ropas ensangrentadas, quemado y hecho pedazos el chaleco, el pantalón por donde habían corrido arroyos de sangre y la camisa que había perdido su color, volviéndose roja, mis ojos se anegaron en llanto. Un torrente de lágrimas desahogó mi espíritu y me salvó de morir.

Di orden de que embalsamaran el cadáver de mi esposo y que extrajesen el corazón. Mi hermano Alberto me entregó un frasco que contenía aquel corazón que tanto me había amado. Estaba casi dividido en dos, por consiguiente no sintió la muerte, pues los mejores tiradores habían sido escogidos para el Emperador; pero como cedió su puesto, fueron para Miguel Miramón.

El canónigo don Pedro Ladrón de Guevara me iba a ver diariamente. Yo lo hacía repetir, una y otra vez, mi mayor consuelo:

–Hábleme de Miguel.

Una tarde me encontré junto a una mesa sobre la cual ardía una lámpara. Frunciendo el ceño, se aproximó:

–¿Qué es eso?

–El corazón de mi esposo.

Don Pedro se quedó pasmado.

–Pienso llevármelo a Europa y colocarlo en mi recámara.

–Ese corazón ya no le pertenece. Lo ha juzgado Dios y debe estar en la tumba.

Apagó la llama, tomó el frasco.

–Póngalo donde estaba –aullé.

–Pero...

–Es mío.

Me contempló durante un minuto entero y con voz muy suave, de tal manera que me costaba trabajo oírlo, diagnosticó:

–Señora, lamento decírselo... está a punto de perder la razón, igual que la Emperatriz.

–Nada fue como preví. Seis balas... la hierba roja.

–¿Se refiere usted al pelotón de fusilamiento? Eran ocho soldados.

–La Muerte es sorpresiva, incongruente. Un dolor agudo que abarca nuestro espacio vital, asfixiándonos.

–¡Las dos terminarán sus días en un manicomio, lamentando sus pérdidas! –alzaba la voz, indignado–. Me parece una vergüenza que dos vidas se desperdicien de tal modo; no obstante, disculpo a doña Carlota: no tiene hijos. Usted, en cambio, no merece perdón. Dios le encomendó a cuatro criaturas en las que resaltarían los rasgos morales y físicos del general Miramón. ¿Y qué hace usted? Se encierra, entre penumbras, alimenta pensamientos morbosos y llora su pena, como si fuera la única viuda sobre la faz de este mundo.

Aquel ataque me sacó de mi abstracción.

–Nadie quiso a su marido como yo.

–Eso no lo sabemos, doña Concha. Confronto a una mujer derrotada que no cumple con la voluntad del difunto: educar a sus hijos. Y, ¿me entiende usted?, no lo permitiré.

De pronto, apareció. Me miraba, comparándonos. Ambas de negro, pálidas, alentando apenas. Puso su diestra sobre la mía. Sentí frío. Una tumba se abría para tragarme. “Somos una, hermana”, susurró la Muerte. “Ven, ven conmigo.” La impresión fue tan horrenda que me negué a gritos.

El sacerdote tocó la campanilla y mi cuñada Naborita, que sin duda escuchaba tras la puerta, alarmada por mis voces, entró de inmediato.

–¿Me llamaba, don Pedro?

El canónigo le entregó el frasco, recomendándole que lo hiciera enterrar.

–¿Dónde, señor cura? No tengo idea...

–Infórmele usted, señora Miramón.

–Bajo tierra no. Aún estoy viva.

–Concha, por amor de Dios, dices incoherencias.

–Debí verlo morir, para creer que está muerto.

Ella, mi rival, se burló: “Acéptalo. Gané la partida”. Estuve a punto de asentir; tú, amor, te interpusiste. Me mirabas con tus ojos negros, con la pasión que fue mi vida. Y no pude defraudarte. Repliqué en voz alta, ¿o fue un susurro? “Vencerías si, en algún momento, olvidara a Miguel y eso... ¡imposible!” Nunca claudicaste. Considerabas tu deceso una eventualidad del oficio militar. Entonces lo decidí: yo tampoco claudico.

Con la cara roja por la turbación y la rabia, mascullé:

–**Llévenlo a Cerroprieto.** No sepultan su corazón, sino el mío.

Naborita transportó el frasco a la hacienda y mis queridos hermanos Romualdo y Lupe lo depositaron en una caja de madera fina, rodeada de una guirnalda de plata con hojas de laurel. En los costados grabaron una inscripción en latín, que traduzco al castellano: Mi muerte ha sido prematura, pero mi nombre vivirá por siempre, pues mis actos me perpetuarán.

Les encargué que, antes de cerrar el nicho, introdujeran un poema para que entibiara tu oscuridad. No soy poetisa, pero a ti te gustan mis cursilerías: “porque escribes con fervor”. Tienes razón. Escribiría con mi propia sangre.

Si tú me soñaras muerta,
y yo vivo aún te sueño,
en el cruce de dos mundos
habría un instante de fuego:
el encuentro de dos almas,
el suspiro de mil besos
y después, en el adiós,
la aceptación de lo eterno.

Fue sepultado en la capilla. Al amanecer, ¿oyes el cencerro de las vacas? Quizá huelas el polvo que levantan al trotar hacia los pastizales. A lo lejos, el canto de los pájaros; cerca, el sol, que con pisadas luminosas, entra al templo. Tu pobre corazón recobrará la calma. Y descansarás en paz.

Gran consuelo fue salir de aquella ciudad donde te perdí; **al mismo tiempo sentía pena al decir adiós a mi querido tío, don Joaquín Corral, así como a la Sra. Cobos, mujer generosa, que viviendo de una renta exigua, se encargó de los alimentos de Miguel y le facilitó cuanto necesitaba, prestándole a su cadáver los reverentes oficios de una madre.** No contenta con sus obras, hizo más: me obsequió el Cristo que te acompañó al patíbulo.

El total de los gastos que me ocasionó el entierro, 435 pesos, comprendía la tumba y el transporte del féretro a la Capital. Me pareció poco para lo que tú merecías; mucho para mí, que carezco de medios.

Nada podía hacer para honrar aquellos amados restos. Los amigos de Miguel estaban en prisión; sus compañeros de armas, heridos o muertos. Algunos, ajenos a la política, pero temerosos de ser perseguidos por Juárez, de ninguna manera hubieran asistido al sepelio. Así, decidí que la ceremonia fuese enteramente privada. Mis dos cuñados, Isidro Díaz, Vicente Vidal y don Santiago Blanco, siempre fiel, cumplieron la dolorosa obligación de llevar a mi esposo a la sepultura. Este anciano, cubierto de condecoraciones, me entregó la pequeña llave que encerraba los restos de mi esposo.

El general Blanco forma parte de nuestra historia. **Hace veinte años, siendo Ministro de Guerra me fue a sacar de mi asiento y me llevó del brazo, para recibir el premio por mi bordado, de manos del presidente Santa Anna.** Ese día, con sólo verme, te enamoraste de mí.

—La muerte de nuestro caudillo ha sido una gran pérdida para los conservadores —asentó, interrumpiendo mi meditación.

—Ciertamente, don Santiago. El Partido quedó enterrado en esa tumba.

—Quizá el Partido; jamás nuestros ideales.

Todavía lo vi en una ocasión, cuando me pidió que relatara mi vida para que nadie te tachara de traidor.

–Haga constar lo sucedido. Por miedo a represalias, nadie se atreve a tanto. Usted, como mujer, hará la labor de un hombre.

–¿Y quién me creará? La Historia la escriben los vencedores.

–Pierda cuidado. Tarde o temprano, la verdad se impone.

Gracias a él nació esta obra, pues empeñé mi palabra. Hoy, al poner el punto final, la rescato.

Don Emiliano Lojeño, uno de los que formaron parte del Consejo de Guerra y condenó a muerte a mi esposo, es decir, su enemigo, refiriéndose a Miguel Miramón escribió en el libro que está en el museo de esta ciudad:

Los que luchando por su causa vencen, son grandes.

Los que por ella mueren, son héroes.

La Patria te debe, además de un juicio imparcial, un sitio en la Gloria.

Todo se ha dicho. Escribiendo te he revivido. También recuperé la paz del cuerpo ahíto... como si en un largo abrazo hubieras satisfecho mis anhelos.

No quiero enterrarte de nuevo. Lanzaré mis palabras al tiempo. Y, aun muerta, te defenderé contra las voces que pretenden manchar tu honor porque, ahora lo sé, la única eternidad es la del recuerdo.

30 de junio de 1869.

María de la Concepción Lombardo de Miramón.

EPÍLOGO

Juárez no permitió que Concepción Lombardo honrara al Emperador con ritos fúnebres. Por orden del gobierno republicano, los restos fueron depositados en un féretro de madera corriente, tan corto, que sobresalían los pies. Fue la primera vejación.

Vicente Licea, el médico que delató a Miramón, se encargó de preservar el cuerpo. Quiso lucrar con órganos y vísceras, pero se conformó con vender pañuelitos humedecidos en sangre real.

Cuando trasladaron el cadáver a la Capital, cayó dos veces del carruaje; la última en un río. Esto propició la descomposición. Además, en el embalsamamiento se cometieron crasos errores. Por tal motivo, colgaron los despojos durante dos días para que escurrieran los líquidos inyectados, antes de efectuar una segunda momificación. En total abandono, Maximiliano aguardó varios meses hasta que, el 13 de noviembre de 1867, emprendió el viaje que lo conduciría a Viena.

Concepción Lombardo vivió muchos años en Europa, donde educó a sus hijos. Durante ese tiempo, hasta su regreso a México, sólo efectuó un acto público: exhumó el cadáver de su esposo para que no descansara cerca del de Juárez.

Como prometiera, nunca se quitó el luto.

En 1917, a los ochenta y dos años, alguien le pidió que continuara sus *Memorias* y ella replicó:

—Nada tengo que añadir. Mi vida terminó con la muerte de Miguel Miramón: él se llevó mi alma. Sin embargo, aunque carezco de espíritu, me mantengo en pie.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTE PRIMARIA:

Lombardo de Miramón, Concepción, *Memorias*, Porrúa, México, 1989.

FUENTES SECUNDARIAS:

- Del Paso, Fernando, *Noticias del Imperio*, Santillana, México, 2006.
- Fuentes Aguirre, Armando, *La roca y el ensueño*, Diana, México, 2006.
- Hall, Frederic, *Life of Maximilian of Hapsburg with a Sketch of the Empress Carlota*, University of Michigan (Michigan Historical Reprint Series), EUA, s.a.
- Henestrosa, Andrés, *Benito Juárez bicentenario, ideario político*, Porrúa, México, 2006.
- Martín Moreno, Francisco, *México ante dios*, Alfaguara, México, 2006.
- Montgomery Hyde, H., *Mexican Empire. The history of Maximilian and Carlota of Mexico*, R&R Clark, Edimburgo, 2004.
- Peza, Juan de Dios, *Epopéyas de mi patria*, Peña Hermanos, México, 2006.
- Valadés, José C., *El pensamiento político de Benito Juárez*, Fondo de Cultura Económica, México, 2006.
- Usigli, Rodolfo, *Corona de sombras*, Porrúa, México, 2006.
- Villalpando, José Manuel, *Amores mexicanos*, Booket, México, 2000.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de
Yvette Couturier

Se terminó de imprimir en mayo de 2010

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 12, 15, 16 y 22 puntos

Editado por
DEMAC